



# Scorpions

MARÍA JOSÉ TIRADO

*« Solo un corazón curtido por el sol del desierto  
podrá liberar a un alma presa entre barrotes de oro ».*

A large, black, stylized letter 'S' that curves around a butterfly. The butterfly is positioned in the center of the 'S', with its wings spread. The butterfly has a detailed pattern on its wings, resembling a monarch or similar species.

# Scorpions

MARÍA JOSÉ TIRADO

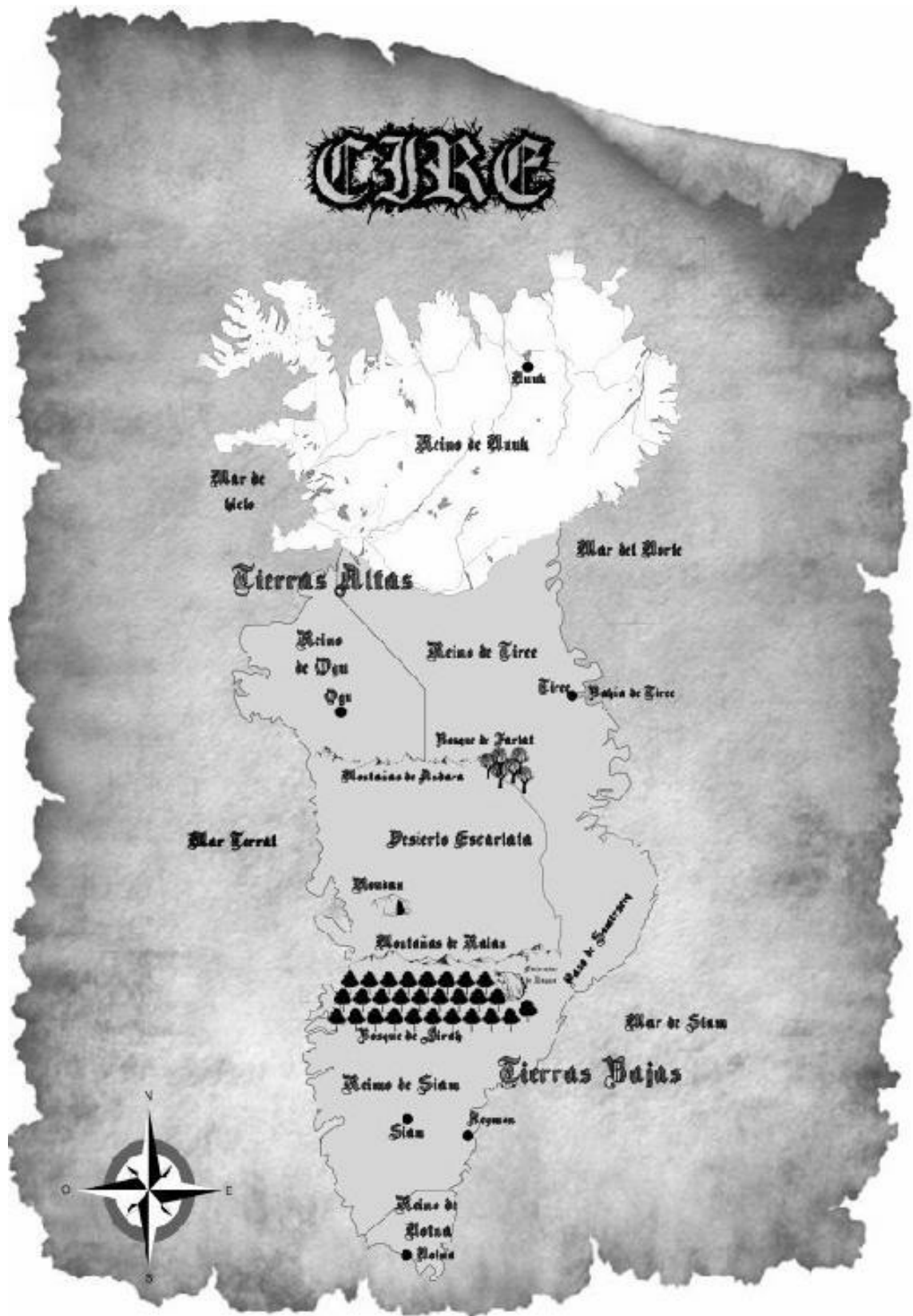
Copyright © 2017 María José Tirado  
Todos los derechos reservados.  
ISBN: 9781973489498  
ISBN-1

*A María y José María, mis padres,  
por enseñarme lo que de verdad importa.*

*El odio a las razas no forma parte de la naturaleza humana;  
en realidad es el abandono de la naturaleza humana.*

Orson Welles

# CIRE





# ÍNDICE

[Capítulo 1, Scorpions](#)

[Capítulo 2, El peso de la sangre](#)

[Capítulo 3, Masuk](#)

[Capítulo 4, Caída del Cielo](#)

[Capítulo 5, El bosque de Yirah](#)

[Capítulo 6, Caainots](#)

[Capítulo 7, Si me engañas](#)

[Capítulo 8, Recuerdos](#)

[Capítulo 9, Gracias](#)

[Capítulo 10, Cosas](#)

[Capítulo 11, Roudan](#)

[Capítulo 12, Nunca me han besado](#)

[Capítulo 13, Princesa Guerrera](#)

[Capítulo 14, Grago](#)

[Capítulo 15, Hambre](#)

[Capítulo 16, La noche de las hogueras](#)

[Capítulo 17, Deseo concedido](#)

[Capítulo 18, Sin vuelta atrás](#)

[Capítulo 19, Rescate](#)

[Capítulo 20, Guerra](#)

[Capítulo 21, Veneno](#)

[Capítulo 22, Verdades ocultas](#)

[Capítulo 23, El llanto de la ciudad](#)

[Capítulo 24, Un nuevo Amanecer](#)



# Capítulo 1

## Scorpions

Una flecha negra rozó el brazo del guerrero, rápida como el viento, provocándole un rasguño justo bajo la axila izquierda. La herida pronto comenzó a sangrar derramando el oscuro fluido vital sobre la piel y la coraza que protegía su torso. Talik llevó veloz una mano hasta la porción de piel desgarrada, cubriéndola, tratando de contener la hemorragia.

El silbido de las flechas rasgaba el aire en la oscuridad, llovían por docenas desde la cima de la alta muralla que circundaba el Castillo de las Siete Torres. Después se estrellaban contra el suelo en un golpe seco, o siseaban al rasgar las hojas de la tupida arboleda del jardín interior, eran sonidos que podía reconocer a la perfección.

Apoyó la espalda contra la fría pared de piedra. Permanecer oculto en la vegetación entre las sombras de la noche era lo único que había impedido que le hubiesen descubierto ya. Miró hacia el cielo, la poderosa luna roja, la luna Soor se mantenía parcialmente oculta por las nubes. Gracias a los dioses estas contenían su fulgor escarlata.

No podía acabar así. Debía encontrar el modo de salir de allí. El primogénito del jefe de la tribu Scorpion no podía morir ensartado por una de aquellas flechas élficas, cazado como una rata en un jardín.



Al menos sus guerreros estaban a salvo.

Sí, lo estaban. No debía dudarlo. Les había visto desvanecerse entre las sombras cuando se inició el ataque y eran tan rápidos y hábiles que ninguno de aquellos malditos soldados podría haberles alcanzado.

La herida continuaba sangrando a pesar de hacer presión con los dedos. Los soldados elfos continuaban corriendo arriba y abajo con sus antorchas por la muralla, hablando en voz baja, casi en susurros, y esto le desconcertaba. Quizá estuviesen empezando a creer que había escapado.

*Estúpidos elfos*, maldijo y contuvo el impulso de escupir que le acució al mencionarles incluso en el pensamiento, cualquier ruido podría delatarle. Apartó los dedos de la herida un instante, presionó el brazo contra el costado mientras extraía un pañuelo de su zurrón de piel, con el que practicarse un rudimentario vendaje compresivo.

Arremolinó el pedazo de tela ajada atrapándola entre la herida y su negra coraza, provocando que presionase con fuerza la herida.

Poco a poco las flechas fueron disminuyendo en cantidad y a la vez desviándose hacia la zona norte del inmenso jardín, alejándose de él.

La oportunidad de escapar acababa de materializarse ante sus ojos, y sería solo una, mientras los elfos se dispersaban hacia las murallas más alejadas buscándole. Debía superar la pared trepando y huir por entre las viviendas de la aldea hasta que sus pasos le llevasen a alcanzar el bosque de Yirah. Una vez atravesase el frondoso bosque estaría a tan solo a un día de distancia de su hogar, a través las montañas.

¿Iba a marcharse, sin más? ¿Iba a huir como un cobarde sin cumplir la misión que le había llevado hasta allí?

Apretó los dientes tratando de contener la rabia que sentía por haber sido descubierto por aquellos malditos elfos.

Dirigió una mirada hacia las campanas de bronce del torreón de la ciudadela. Permanecían inmóviles, silentes, resultaba desconcertante que no hubiesen comenzado a repicar anunciando el peligro.

¿Por qué? ¿Por qué no tocaban frenéticas cuando la Guardia Real al completo debía saber ya de la incursión de su grupo? No recordaba una sola ocasión en la que con tan solo divisar a uno de los suyos en la lejanía no hubiesen dado la voz de alarma, redoblando frenéticas una y otra vez. Tanto que por largo rato continuaban oyéndolas en su retirada, lejos ya del reino enemigo.

Sin embargo allí estaban, mudas en la oscuridad de la cima del Torreón Gris.

No podía entenderlo, como tampoco podía entender que aquellos soldados elfos que disparaban flechas a la oscuridad no le hubiesen atacado con su magia, con los poderosos haces de luz azulada que surgían de sus manos desnudas, rayos que quemaban como el fuego.

Había combatido contra ellos en más de una veintena de ocasiones y sabía bien que uno solo de aquellos rayos cerúleos iluminaría la práctica totalidad del jardín, descubriéndole en su escondite. En cambio los soldados de la Guardia Real se limitaban a lanzar aquellas simples flechas silentes hacia las sombras, desconociendo si lograban alcanzar su objetivo o no.

*Aquí sucede algo raro, y yo voy a descubrir qué es, se dijo convencido.*



## Capítulo 2

### El peso de la sangre

La luna Soor resplandecía con timidez por entre las nubes, en mitad del firmamento, iluminando con su pátina escarlata el extenso y fértil valle. Al norte se hallaban las escarpadas montañas que delimitaban los confines del reino de Siam. Desde ellas fluía el río Osir, encargado de regar las vidas de los habitantes del valle, proveyéndoles de peces, moluscos y demás fauna fluvial, así como del agua más limpia y pura de los cinco reinos élficos.

La bulliciosa ciudad de Siam se sumía en la calma de la noche del recién estrenado invierno. Oscuras siluetas se dibujaban en el laberinto de callejuelas de la ciudad amurallada, medidas por la luz de las antorchas que iluminaban el interior de las pequeñas viviendas de piedra, madera y brezo, trazando un paisaje voluble que danzaba ante el soplo de la brisa.

El cabello dorado de la princesa Odalyn se mecía con el viento. Su larga melena de bucles y ondas se revolvía sobre su rostro salpicado de pecas ambarinas, agitándose en torno a sus orejas pequeñas y afiladas, signo inequívoco de su raza. La joven cerró los ojos un instante, estos resplandecían como dos aguamarinas, y abrazando ambas manos contra el pecho pidió un furtivo deseo a Soor, la diosa de la Luna Roja.

Un deseo que no era capaz de decir en voz alta, que sus labios eran

incapaces de pronunciar.

Acababa de cumplir diecinueve años aquella misma noche. Sin embargo la celebración de su decimonoveno aniversario se realizaría al día siguiente, con todos los honores que su paso a la edad adulta conllevaba. Así como con todos los deberes.

Porque a la siguiente salida del astro solar, Odalyn Hawatsi, primogénita del poderoso rey Garum Hawatsi, no solo celebraría su cumpleaños, sino que esa misma noche tendría lugar la proclamación de la fecha de su enlace con Enar Farae, también hijo primogénito de Surim Farae, monarca del próspero reino de Tiree. Un completo desconocido.

En dicha fiesta se proclamaría con toda la pompa y magnificencia habituales en los enlaces élficos, que el enlace tendría lugar el primer día de la primavera, en Tiree, en el Castillo Blanco, como habían acordado ambas familias.

Odalyn sabía que su padre había postergado la celebración de dicho matrimonio hasta que su inminente mayoría de edad imposibilitó que continuase inventando excusas con las que prolongar la espera de su prometido. El padre de Enar, el rey Surim, había insistido en varias ocasiones en los últimos años en que se celebrase el enlace, a pesar de la juventud de la princesa, con la autorización paterna como establecía la ley de los Cinco Reinos Élficos, pero Garum se había negado.

Odalyn sabía que estaba destinada a compartir su vida con Enar, desde que se vieron por primera y única vez en la mayor *Fiesta de la Cosecha* celebrada en Siam cuando ella tan solo tenía cuatro años y él ocho.

Aquel año las cosechas del reino habían sido especialmente abundantes gracias a las lluvias y su padre invitó a todos los reyes elfos y sus familias a celebrarlo juntos en el Castillo de las Siete Torres. Llegaron emisarios incluso de Notna, el lejano reino helado. Fueron cinco días de celebración de los que aún podía recordar las guirnaldas de colores, el olor de los pasteles de maíz y los guisos de especias, y la gente. Había gente por todas partes, el castillo estaba atestado de invitados... También recordaba la risa de su madre aquellos días, la felicidad en sus ojos, quien a pesar de estar en cinta no se perdió un solo baile alrededor de las hogueras, ni una sola noche. Nunca más habían vuelto a celebrar una fiesta como aquella.

Uno de aquellos días, no podía recordar cual, mientras celebraban un suculento banquete en el Jardín Real, ella jugaba con una de sus muñecas

junto a una de las fuentes y un niño alto y espigado se le acercó. Ante su sorpresa le pidió que le dejase su muñeca para verla, Odalyn se la entregó y este, sin decir nada más, sacó una navaja que escondía bajo su jubón dorado y le arrancó los ojos, dos botones de marfil que cayeron sobre la hierba. Odalyn comenzó a llorar y entonces el niño echó a reír a carcajadas burlándose de ella.

La princesa no pudo contener furia que burbujeó en sus venas como el metal fundido y le empujó tan fuerte que le hizo caer espaldas con tan mala suerte que en su caída se golpeó en la sien con una de las piedras de la fuente, produciéndose una herida. A su llanto acudieron varios nobles para ver qué le había sucedido mientras un hilo de sangre recorría su rostro pálido. Entre ellos estaba su padre, el rey Garum, quien después de llamar a uno de sus físicos para que atendiese al pequeño, la agarró del brazo con brusquedad y la llevó a una de las habitaciones interiores del castillo. Jamás olvidaría sus palabras.

—Es un niño malo, padre, ha roto mi muñeca —se defendió antes de que empezase regañarla.

—¡Odalyn, no puedes ser tan impulsiva! Es solo una muñeca, ¡tienes docenas de ellas! —la reprendió mirándola con severidad—. Ese al que has golpeado es el príncipe Enar, su padre acaba de pedirme tu mano y tu reacción podría echarlo todo a perder.

—¿Acabas de conceder la mano de nuestra hija? —preguntó su madre alarmada, entrando en la habitación buscándoles.

—Sí —respondió este rehuyendo la mirada de su esposa. Odalyn corrió hacia su madre, abrazándola por la cintura.

—¿Acabas de conceder la mano de nuestra hija de cuatro años? —insistió esta incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír.

—Ya está hecho. Una alianza semejante con Tiree hará que Siam prospere como siempre hemos soñado. En cuando tenga la edad suficiente...

—Odalyn, mi amor. Déjanos a solas, por favor —pidió su madre besándola en el cabello. La pequeña la obedeció, salió de la habitación, pero se quedó oyendo tras la puerta. A penas podía entender lo que decían pero supo que discutían. Sí que pudo oír cómo su madre hizo prometer al rey que esperaría a que cumplierse la mayoría de edad para celebrar dicho enlace. Pero entonces su *ama* Naíta la descubrió y la regañó por espiar tras la puerta.

Ese mismo día, antes de la cena, tuvo que disculparse con el rey Surim,

un elfo alto con barba cana y semblante serio, con el propio Enar, con la ceja aún inflamada, que la miró con odio, herido en su amor propio porque una hembra menor que él le hubiese golpeado.

Aquella había sido la primera y única vez que había visto a su prometido. Esperaba que a lo largo de aquellos años hubiese tenido tiempo suficiente de perdonarla de corazón.

Desde el balcón del alto torreón en el que se situaba el dormitorio de la princesa, Odalyn se había permitido pedir a la diosa de la Luna Roja, que la librase de aquel matrimonio. O que, de ser éste inevitable, el que debía de ser su esposo fuese meritorio de su amor.

Ansiaba con todo su corazón enamorarse de Enar. Que aquel niño caprichoso y malvado, que había sido elegido por su padre para ser su esposo, se hubiese convertido en un elfo amable y considerado que la cautivase por completo al conocerle.

Porque la princesa creía en el amor verdadero, aquel del que le hablaban sus doncellas Tinara y Ganae entre susurros furtivos, eso que llamaban *chispas en el estómago*, y que sin embargo ella jamás había tenido la oportunidad de experimentar pues había sido preservada para aquel matrimonio. Los únicos elfos machos con los que se relacionaba eran los miembros de la Guardia Real, todos demasiado rudos y serios. Todos excepto uno.

En cambio su hermana Arlet, cuatro años menor que ella, aún no había sido comprometida con ningún regente o noble elfo y su propio padre se lamentaba por no encontrar príncipe a la altura de su amada hija pequeña.

Odalyn en silencio envidiaba su suerte. Quizá Arlet tuviese la oportunidad de enamorarse del primogénito de alguna de las familias nobles de la ciudadela. Y quizá éste pidiese su mano en matrimonio, como hacían el resto de elfos libres del peso que concedía la sangre real que recorría sus venas.

De pronto, desde la balaustrada de piedra distinguió un extraño ir y venir entre los miembros de la Guardia Real. A varios metros bajo sus pies los soldados corrían cargados con antorchas por el muro sur del castillo. Vio entonces cómo algunos disparaban con sus arcos hacia la maleza, al tupido jardín interior por el que solía pasear cada mañana para deleitarse con el perfume de las azaleas. Pero entonces no fueron las azaleas las que

cautivaron su total interés sino el motivo de aquel bullicio, y lo que era más inquietante aún: ¿por qué no habían dado las campanas la voz de alarma si es que alguien, como parecía, se había adentrado en el interior del castillo?

Se estremeció al recordar cómo en el último tiempo se habían multiplicado los ataques de los terribles scorpions, una tribu de malhechores que habitaban los confines del extenso desierto Escarlata, a varios días a caballo atravesando las montañas.

Aquellos rufianes asaltaban a los comerciantes cuando se desplazaban por el paso de Somerseeq entre los reinos de Siam y Tiree. No solían atacar las ciudades, al menos en el pasado. Sin embargo desde hacía algún tiempo flotaba entre los susurros del castillo una idea que nadie se atrevía a decir en voz alta, pero que cobraba fuerza poco a poco; la tensa paz parecía estar a punto de acabar y las incursiones de esos indeseables comenzaban a sucederse demasiado a menudo.

Trató de no pensar en ello. Debía estar equivocada, si se tratase de un ataque scorpion las campanas del Torreón Gris hubiesen estallado en un interminable repicar anunciándolo, hasta que hubiese cesado el peligro. En cambio permanecían en la más absoluta calma.

Alguien llamó a la puerta de su habitación, sobresaltándola en sus pensamientos.

Odalyn se detuvo junto a esta, no era habitual recibir visitas en sus aposentos, menos aún tras la cena, aunque aquella cena en particular había sido distinta.

Su padre había presidido la mesa como de costumbre y ella tomado asiento a su diestra, sin embargo a su izquierda, el lugar habitual de su hermana menor, se habían situado los emisarios de su prometido. El general Taradean, un elfo menudo de nariz alargada como la punta de una flecha, y August Meire, el consejero real de Tiree, más bajo y grueso que el anterior, con una acuciante calvicie. Sería con ellos con quienes, en nombre del rey Surim, su padre negociaría hasta el último detalle de aquel enlace.

—¿Quién llama? —preguntó, reflexionando sobre que si fuese alguien extraño los guardias jamás le habrían permitido acercarse a la puerta.

—Arlet —respondió su hermana menor al otro lado y Odalyn la abrió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó saludando con una leve inclinación de su rostro a los guardias. Los ojos azules de Arlet brillaban chispeantes, llevaba una bata de raso sobre la suave muselina de su largo camisón. Las

habitaciones de ambas estaban separadas a penas por un corredor.

—No podía dormir, Lyn —dijo con una sonrisa mientras cerraba la puerta tras de sí, la tomó de la mano y la condujo hasta la cama con mirada soñadora—. ¿Por qué no te has desvestido aún?

—He estado leyendo —mintió. Sabía que si le confesaba a Arlet que había estado dejando vagar la mente apoyada en la balaustrada, esta sospecharía que algo la preocupaba—. ¿Por qué no puedes dormir?

—No dejo de preguntarme cómo será Enar, si será guapo, si será alto y fornido. ¿Es que no tienes curiosidad en saber cómo será tu futuro marido?

—Déjame pensarlo... rubio, con ojos azules y orejas puntiagudas, como todos los elfos. Lo importante de Enar no es cuán alto o hermoso sea, lo importante es el beneficio...

—*El beneficio que ocasionará en los dos reinos.* Ya. Me he aprendido la lección de tanto oírse la repetir a padre —suspiró decepcionada con la falta de entusiasmo de su hermana—. Y no te preguntas, ¿cómo besaré? ¿Si sus labios serán finos o gruesos? —Arlet se tumbó hacia detrás en la cama, desparramando la larga cabellera dorada sobre la colcha color lavanda, acariciando sus propios labios con los dedos.

—No, claro que no, ¡qué tontería! Como si eso fuese importante —aseguró sin demasiada convicción. Claro que lo había pensado, había fantaseado cada noche durante el último año con el aspecto actual de su prometido, pero le parecía una frivolidad hacerlo y se reprendía a sí misma por ello.

—Dicen Wahana y Cermey que sus doncellas les han contado que los machos que tienen labios gruesos son capaces de derretirte por dentro con sus besos —aseguró entre risas la hija pequeña del rey Garum.

—Dile a tus amigas que como su padre se entere de que andan fantaseando con los labios de los machos las va a encerrar en un torreón y a tirar la llave.

—Eres una aguafiestas, Lyn —protestó incorporándose de golpe con una mueca de disgusto en su rostro casi infantil—. ¿Has visto toda la comida que mandó preparar padre hoy? Nunca le había visto tan preocupado por impresionar a unos emisarios.

—Precisamente eso debe hacer que te des cuenta de lo importante que es este matrimonio —proclamó, como la cantinela aprendida a base de oírla una y otra y otra vez.



El rey Garum había tenido a las cocineras del castillo ocupadas desde por la mañana bien temprano en preparar sus mejores platos, desde pato estofado con trufas, pasando por jabalí asado y faisán con arándanos, hasta el pastel de chocolate y ciruela que la princesa Odalyn adoraba desde que era niña. Una mesa a rebosar de alimentos cuan larga era esperando al príncipe del reino de Tiree.

*Y ni siquiera se ha molestado en venir él mismo a cerrar mi pedida de mano,* había pensado removiendo los guisantes con el tenedor, en el plato de jabalí asado. Los emisarios del príncipe habían excusado su ausencia por labores estratégicas en el reino amigo de Nuuk. No habían querido decir nada más y supo que habían evitado hacerlo porque consideraban que no era tema a tratar delante de ella.

*Los temas interesantes nunca se tratan delante de las princesas,* pensó.

Sin embargo Enar había escrito de su puño y letra una carta para el rey en la que se disculpaba por su ausencia y declaraba su deseo de contraer matrimonio con la princesa, además solicitaba permiso para visitarles en cuanto acabase con sus maniobras militares.

Permiso concedido, por supuesto, había dicho el rey a los emisarios de Enar con una sonrisa.

Lyn se había sentido observada por ambos elfos, cada uno de sus movimientos, de modo casi obsesivo, como si evaluaran si valía todo lo que se iba a entregar por ella. Una alianza beneficiosa para ambos reinos, que se harían con el dominio del territorio entorno al desierto Escarlata, así como del paso de Somerseeq y del comercio del mar de Siam. Una flota de diez magníficos navieros de los astilleros de Tiree que atracaría en pocos días en el puerto de Keymon, la principal ciudad portuaria del reino de Siam, cincuenta rollos de seda de los famosos telares del reino de Ogu y cincuenta mil escudos de oro. Esa era la oferta de Enar Farae, una oferta que había hecho muy feliz al rey Garum.

El de Siam siempre había sido un pueblo dedicado al cultivo y la ganadería, su clima templado tanto en invierno como en verano les había ayudado a convertirse en los mayores productores de carne y verduras de los cinco reinos. Los barcos prometidos por Enar ayudarían a aumentar sus rutas comerciales y esto se traduciría en más escudos para las arcas del castillo.

—Y... ¿No te da miedo que cuando Enar se presente ante ti sea tan feo que lo encuentres repulsivo?

—No me importa el aspecto físico de mi prometido, lo importante es...

—Ya lo sé, lo sé... Solo le pido a las diosas que a mi futuro cuñado no le hayan mutilado en la batalla y seas capaz de mirarle a la cara. ¿Y si...? ¿Y si tiene una nariz enorme, tan grande como un pie?

—Mientras le sirva para oler, a mí no me importará —respondió fingiendo una convicción de la que carecía.

—¡Eres imposible! Me voy a la cama —proclamó Arlet poniéndose de pie.

Entonces alguien volvió a llamar a la puerta de su dormitorio. Si ya era extraño recibir una visita tras la cena, dos debía significar que algo estaba sucediendo.

—¿Quién es? —preguntó aproximándose a esta.

—Sirah Inala, capitán de la Guardia Real, princesa —pudo oír a través de la puerta, así como reconoció la inconfundible voz del capitán, su más devoto guardián desde su niñez. La abrió, permitiéndole pasar—. Majestad, princesa Arlet, no sabía que estuviereis aquí.

—¿Qué pasa Sirah? Y dime la verdad —exigió. Era apenas un par de años mayor que ella, habían crecido juntos y cuando se encontraban a solas se comportaban como lo que eran en realidad, grandes amigos. Sirah se adentró en la habitación, cerrando tras de sí.

—Lyn, tu padre me ha pedido que no te informe de nada para no preocuparte pero ha habido una incursión de scorpions en el castillo —confesó con la tez encendida por la tensión, en la que refulgían los grandes iris azules en contraste con el cabello rubio.

—¿Scorpions? ¡Qué emocionante! —repitió Arlet dando un grito con el que no podía camuflar su entusiasmo. Ambos le dedicaron una mirada de reproche.

—¿Y entonces? ¿por qué no repican las campanas para avisar al pueblo?

—Porque el ataque ha sido repelido, princesa —dijo en un tono demasiado formal, un tono que a ojos de Odalyn traslucía su escepticismo ante sus propias palabras—. Y porque vuestro padre no desea que dicho ataque trascienda, de ser así quizá el rey de Tiree, Surim Farae, impidiese la próxima estancia del príncipe Enar en el castillo, al considerarlo poco seguro.

—¿Quieres decir que a mi padre le preocupa más la celebración de mi matrimonio que la seguridad de su propio castillo, de sus propias hijas?

—No seas injusta Lyn, tu padre se preocupa por vosotras. Ha pedido a la

Guardia Real que os conduzcamos a la princesa Arlet y a ti a un lugar seguro. Ella será ocultada en la cocina y tú en las dependencias del servicio donde ninguno de esos malditos scorpions imaginaría hallaros.

—¿Estaré escondida en la cocina? —preguntó Arlet sin camuflar su excitación ante aquello que debía parecerle una aventura.

—¿Ah sí? ¿Esa es su gran idea, escondernos entre comida y escobas? —protestó Odalyn cruzando ambos brazos sobre el pecho, como una niña pequeña. El capitán de la Guardia Real del Castillo de las Siete Torres sonrió mostrando las brillantes perlas de su boca.

—Me temo que el rey te conoce demasiado bien, Lyn. Me ha concedido potestad para cargarte al hombro y obligarte a bajar de ese modo los ciento dos escalones del torreón —reveló. Ella descruzó los brazos, situando las manos una frente a la otra en señal de amenaza, entre ambas comenzó a surgir un pequeño destello de magia, de luz —. No creo que pretendas atacarme con eso, princesa.

Su *magia de guerra* era muy débil, ambos sabían el motivo, aunque ninguno sería capaz de tocar el tema delante del otro. La princesa se sonrojó, descubierta, su *magia sanadora* en cambio era buena, mucho, pero jamás poseería la capacidad de lanzar rayos devastadores desde sus manos desnudas.

El elfo era un pueblo de magia, todos y cada uno de ellos poseía magia fluyendo en el interior de sus venas a cada latido de su delicado y etéreo corazón. Algunos solo contaban con la magia primigenia, la natural, aquella que poseía el poder de sanar. En cambio otros, unos pocos elegidos, poseían la magia más poderosa de todas, la sublime energía que les había permitido combatir y dominar la práctica totalidad de Cire, la *magia de guerra*. Un don que debía ser desarrollado e instruido para mostrarse en su mayor poder.

Un don que poseía Sirah, que poseían los principales miembros de la Guardia Real o determinados nobles de la corte. El poder, innato aunque acrecentado con el duro aprendizaje, no terminaba de mostrarse en todo su esplendor hasta que el elfo poseedor de dicho don no concluía un ritual que le reconocía como adulto.

—No te atreverás, Sirah —amenazó, y su pequeña luz relumbró con más fuerza.

—Ponme a prueba, Lyn —afirmó pagado de sí mismo, enfrentando las

palmas de sus manos. Un poderoso destello refulgió iluminando la habitación, como la luz de un relámpago, haciendo que su *luz* semejante a la llama de una cerilla, se extinguiese como si la hubiesen apagado de un soplo.

—Eres un presuntuoso —protestó apretando los labios en un mohín de fastidio. Arlet rió divertida con el espectáculo. El capitán abrió la puerta, cediéndoles el paso. Odalyn recorrió el largo corredor de piedra custodiada por una pareja de soldados delante y otra detrás hasta la escalinata que comunicaba con las estancias inferiores del castillo, Arlet hizo lo propio y ambas hermanas se despidieron con un beso al pie de la escalera.

Un trueno rompió el silencio de la noche sacudiendo con su estruendo los cristales del castillo, iluminando con luz casi diurna la sala por la que caminaban en aquel momento rumbo a las dependencias del servicio. Acto seguido llegó la lluvia, una lluvia ruidosa, plomiza, espesa como una manta que golpeó las paredes y vidrieras con violencia.



## Capítulo 3

### Masuk

Talik no podía creer su suerte, llovía. El cielo se había cerrado sobre su cabeza ocultando la luz de la luna Soor. Su valor debía haber agradado a la diosa Laris, protectora de todos los clanes del desierto, pues al parecer esta trataba de proporcionarle la oportunidad ideal para huir. El agua caía con fuerza, golpeando sin piedad las impermeables hojas de yedra que la escupían sobre su piel, escondido entre la tupida maleza de sarmientos y raíces trepadoras.

Sin embargo debía darse prisa pues su piel, curtida por el sol del desierto, estaba acostumbrada al ardiente calor que acaecía sin piedad día tras día, pero pronto comenzaría a resentir el frío húmedo de la lluvia que en aquellos momentos empapaba el valle.

La coraza que protegía su pecho le mantendría caliente, aunque no sabía por cuánto tiempo. Estaba fabricada a base del negro exoesqueleto de un *masuk*, un inmenso escorpión de dimensiones titánicas al que como cada uno de los miembros de su tribu había tenido que vencer para poder ostentar el título de guerrero. Después, con el cuerpo exánime del animal, mediante el trabajo de un artesano de la tribu fabricaban aquella magnífica armadura. La más poderosa de cuantas existían y el símbolo que identificaba a su pueblo.

Talik maldecía la suerte de su expedición; Rök, su lugarteniente, había

sido avistado por uno de los vigías del puente levadizo al trepar el muro este del castillo. El propio Rök había solicitado la retirada con uno de sus silbidos de inmediato, cuando una decena de guardias echaron a correr hacia ellos dibujando trazos rojizos y dorados en el aire de la noche con la luz de las antorchas.

Pero Talik Sagán, primogénito de Barack Sagán, *yantar* del pueblo del desierto Escarlata, pensó que no habían realizado aquel largo camino a pie durante días para marcharse así, a las puertas de alcanzar su objetivo; asaltar el castillo.

El *yantarii* de los guerreros scorpion giró el cuello, apartando la cabeza de la pared de piedra, intentando vislumbrar si la alta muralla permanecía despejada. Trataba de decidir si proseguía con su intención inicial de asalto o si debía huir, regresando con los suyos, conservando la vida al menos.

Sobre su cabeza morena divisó una ventana. Una oquedad en la pared a la que podría acceder trepando por la piedra, alcanzarla, romper el vidrio y adentrarse en el interior del castillo. Estaba solo a un par de metros. Un par de metros le separaban de su objetivo.

Su pecho vibraba de inquietud con la respiración acelerada, su cabeza le decía que no debía arriesgar su vida de modo inconsciente, que su padre no soportaría otra pérdida. Pero su corazón le pedía, le gritaba, que alcanzase aquella ventana, que penetrase en el interior del castillo y tratase por todos los medios de cumplir su objetivo, aquel que le había robado el sueño durante las últimas seis lunas rojas, ciento ochenta y cuatro noches.

Volvió a mirar hacia la ventana, lleno de dudas, cuando, de pronto, ésta se abrió con violencia.



## Capítulo 4

### Caída del cielo

Odalyn trató de contemplar la luna Soor a través de los vidrios de las diminutas ventanas del pasillo mientras caminaba, pero era imposible, estaba oculta por las nubes, por completo. Como cada primera noche del mes la Luna Roja se había mostrado llena en el cielo en ausencia de su hermana mayor Laris, la Luna Plateada, que recorría el cielo estrellado en su pasear calmo cada noche.

Según la leyenda ambas lunas eran hermanas, ambas se amaban entre sí y cuidaban la una de la otra. La Luna Roja simbolizaba la fuerza, la energía y la lucha y la Luna Plateada, más pequeña y serena, el amor, la salud y la familia. En el inicio de los tiempos ambas decidieron compartir el cuidado de Cire y sus habitantes. La Luna Plateada, del doble de dimensión que su hermana decidió salir cada noche, derramando su calma y su sabiduría sobre los pueblos. Y la Luna Roja en cambio, recorrería los cielos cada veintiocho noches, marcando el inicio de cada mes élfico, con su pasear rápido tiñendo campos y montañas del color de la sangre, exaltando los corazones y enviándoles su fuerza. No sin motivo las grandes guerras habían dado comienzo durante la Luna Roja.

Una vez al año, en el solsticio de verano, durante la noche más corta del año, ambas lunas compartían el firmamento, una noche de grandes

celebraciones por parte de los cinco reinos.

*Las Tierras Altas* veneraban a la Luna Roja por encima de su hermana mayor. Estas estaban divididas en tres grandes reinos élficos, los reinos de; Nuuk, Ogu y Tiree. *Las Tierras Bajas*, en cambio veneraban con mayor devoción a la Luna Plateada, y estaban divididas en dos reinos, Siam y el pequeño reino de Notna. Entre ambas tierras se extendía el vasto desierto Escarlata, habitado por esos terribles forajidos. Seres horribles, auténticos salvajes de sangre envenenada que no dudaban en asaltar a cuanto viajero hallasen en su camino.

Su ama de cría les había hablado de ellos para asustarlas cuando insistían en salir del castillo para pasear a caballo. Según ella eran seres con rostro de animal, muy peludos y con una larga cola oscura. Cuando le habían preguntado cómo lo sabía, si alguna vez había visto alguno, esta se llevó ambas manos al pecho dando gracias a las Diosas Lunares por no hacerlo. Esas historias se las habían contado los mercaderes que se atrevían a atravesar el paso de Somerseeq, el único que conectaba *Las Tierras*. Muchos dudaban de la veracidad de sus testimonios pues los mercaderes tenían fama de aumentar leyendas y rumores.

Odalyn los imaginaba como una especie de demonios peludos de apariencia pseudo humanoide. Cuando era pequeña su padre solía relatarle las hazañas como militar de su abuelo el gran rey Milkim Hawatsi, en la Segunda Gran Guerra contra los guerreros scorpion.

Ella y su hermana habían crecido oyendo historias de cómo esos seres habían asesinado a familias enteras; padres, madres e hijos, e incluso devorado sus cuerpos, hasta que con la presión unida de los cinco reinos pudieron ser confinados a aquel recóndito paraje.

A pesar de ello de vez en cuando osaban atravesar las montañas de Raian, que delimitaban Siam al norte, esconderse en los frondosos bosques que les rodeaban y atacar las poblaciones más cercanas, robando cuanto pudiesen cargar en sus harapientas manos.

Pero nunca su ferocidad había sido semejante, tres ataques en las últimas seis lunas rojas. ¿Por qué? ¿Qué pretendían? ¿Es que a caso se acercaba una nueva gran guerra?

Su corazón palpitó veloz de temor.

Sirah abrió la puerta de un pequeño almacén en mitad del corredor en el



que los sirvientes guardaban los enseres de limpieza, esta chirrió al abrirse, sacándola de sus pensamientos. La princesa le miró incrédula.

—Bromeas, ¿verdad? —requirió al capitán de la Guardia Real y el gesto serio del militar le hizo saber que no era así, en absoluto—. No voy a meterme ahí dentro.

—Son órdenes del rey, princesa —aseguró asido al pomo de la puerta abierta.

—Pueden ser órdenes de la mismísima diosa Laris —protestó—. Pero yo no me meto ahí dentro.

Sirah sabía que cuando Odalyn decía que no, era que no.

Y no solo porque fuese una consentida, lo eran ambas princesas. Tras el fallecimiento de la reina Sarabin en el parto de Arlet se habían criado con la carencia de una madre, y, como si con ello tratase de suplir su ausencia, el rey las había malcriado con todo aquello que pudiesen desear. Sino porque la princesa no negociaba, cuando decía que no, no había marcha atrás, así estuviese asida a la última piedra de un precipicio sobre un volcán de ardiente lava y retractarse fuese la única posibilidad de salvación.

—Sirah, Sirah... —balbució justo antes de que el capitán remangase su lustrosa guerrera roja en la que resaltaban los botones dorados, e hiciese ademán de agarrarla por la fuerza —. No te atrevas Sirah —amenazó, pero este tomó sus muñecas con firmeza. Odalyn se revolvió, pataleando con energía—. No soy una escoba —mascullaba mientras trataba de zafarse, pero la determinación de su escolta era firme y acabó retenida en el interior de aquel pequeño habitáculo que olía a jabón y trapos húmedos, con un pequeño candil prendido entre las manos, oyendo como la llave giraba dos vueltas completas en la cerradura —. ;;;Siraaaaaaaaaaaaaaaaah!! Esta me las vas a pagar, eres un adulator de mi padre. ;;;Aduladooooor!!! —gritó hasta que le dolió la garganta.

Pateó la puerta, pero era una madera resistente a coces de princesa ofendida por lo que resultó inútil, excepto para magullarse los dedos de los pies a través de los zapatos de seda dorada.

—Maldito Sirah, maldito mi padre, malditos scorpions... —renegó observando todo el derredor con la luz de su candil, atestado de enseres. Lo dejó sobre una estantería porque comenzó a sentir una intensa opresión en el

pecho, no le gustaba el olor de aquella habitación, si podía llamársele habitación. Oía a cerrado, a viejo, y había trastos por todas partes, escobas, cubos de madera y otros de metal, esponjas...

Entonces descubrió una ventana a su espalda, casi oculta por los palos de las escobas y otro sin fin de cosas que retiró apremiada.

*Se van a enterar, pensó. Voy a asomarme esa ventana y a gritar hasta que vengan a sacarme de aquí.*

Pero la ventana no sería fácil de abrir, alguien debía haber arrancado la manecilla y en su lugar tan solo quedaba el perno, oxidado por el desuso. Debía llevar décadas cerrada.

Trató de tirar con fuerza y girarlo, pero resbalaba, así que cogió uno de los pedazos de tela apilados a sus pies para evitar que sus dedos se deslizasen sobre el metal. Y, empujando con toda su energía, logró que la cerradura girase. Una oleada de satisfacción recorrió todo su cuerpo, lo había conseguido, ella sola.

Empujó la hoja de la ventana, pero estaba atascada, si la golpeaba con cualquiera de los utensilios que la rodeaban podría romper el vidrio, así que la empujó con sus manos, con toda su energía de nuevo. Nada. Aquella hoja de madera parecía soldada al marco.

Pero Odalyn no acostumbraba a rendirse, nunca.

Se apartó todo lo que aquella diminuta habitación le permitía y se lanzó con el hombro contra la hoja de la ventana, como había visto hacer al propio Sirah cuando la puerta de la despensa se encallaba y las cocineras acudían en su ayuda, al ser el miembro más fornido de la Guardia Real.

La ventana se abrió. Y Odalyn tropezando con todo cuanto había a sus pies la atravesó con tanta energía que no pudo evitar caer hacia el jardín interior del castillo.

Creyó que aquel era su último momento, que cuando su cabeza se estrellase contra el suelo no habría nada más, y el mismísimo dios Dagán, señor del inframundo, la vería cruzar las puertas en su busca.

Cerró los ojos, aguardando el golpe.

Pero este no llegó. Alguien la atrapó en el aire, sosteniéndola con firmeza al final de su inesperado vuelo.



En los brazos de un sorprendidísimo Talik cayó una diosa, directa desde el cielo. El guerrero que había reaccionado de modo automático, atrapando a quien caía desde la ventana y contempló sorprendido, cómo se trataba de una hembra. De una elfa de piel clarísima, la más clara que jamás habían contemplado sus iris plateados, con el cabello dorado, como era habitual en ellos, pero tan brillante y ondulado que pareciese una cascada de miel.

Ella permaneció con los ojos cerrados, apretados, mientras la observaba paralizado por su extraordinaria belleza, esa que sus ojos adaptados a la oscuridad de las cuevas en las que vivía le permitían apreciar con claridad.

Pero entonces la hembra, sujeta por sus fornidos brazos, abrió uno de sus ojos, mirándole.

—¿Estoy muerta? —preguntó con pudor. Su voz era delicada y su iris de un azul clarísimo, como el mismísimo cielo del desierto.

—No —respondió turbado por su pregunta.

—¿Estamos en el inframundo? —insistió, sus delicados ojos elfos no le permitían ver con claridad en mitad de aquella oscuridad.

—No —repitió Talik. Había cesado de llover, aún estaba empapado, más no sentía frío. Una oleada de calor recorrió su pecho cuando ella abrió el otro ojo tratando de distinguir las facciones de quien la había salvado de una muerte segura. Pero la oscuridad reinante en el jardín no le permitía distinguir nada más allá del brillo de sus ojos.

—¿Eres un miembro de la Guardia Real?

—No.

—¿Eres Enar? —probó suerte entonces con su prometido, quien quizás hubiese llegado antes de lo esperado, rogando en su interior que fuese así, sin saber porqué. No podía vislumbrar las facciones de aquel que la sostenía, pero jamás se había sentido tan a gusto entre los brazos de nadie. Quizá porque en las ocasiones anteriores lo había hecho para ser trasladada contra su voluntad.

Aquel nombre heló la sangre del *yantarii* scorpion, haciéndole despertar de la especie de embrujo que le había producido. Enar Farae era el hijo mayor

del sanguinario y despiadado rey de Tíree.

—¿Quién eres tú? —preguntó pensando que se trataba de una doncella noble o una sirvienta real de la que podría obtener la información necesaria para ayudarlo en su cometido.

—Soy Odalyn Hawatsi, princesa de Siam —dijo decidida, el extraño acento de su salvador la hizo creer que había acertado, que se trataba de su prometido. Tras pronunciar su nombre cayó al suelo, como un fardo. ¡Plof! —. Auch, ¿pero qué...?

—Ssst, no hagáis ruido, princesa —pidió quien ella creía su prometido, del que tan solo era capaz de distinguir la oscura silueta, una silueta inmensa.

—Es verdad, esos malditos scorpions podrían oírnos —balbució recordando que aquellos seres merodeaban los alrededores del castillo—. Enar, qué alegría que hayáis venido, volvamos dentro, el jardín no es un lugar seguro —pidió, ofreciendo la mano para ser asistida en levantarse, ayuda que no llegó. Hubo de incorporarse por sí misma del suelo, recuperándose de la impresión que la escasa delicadeza de su salvador le producía. Pero Odalyn desconocía el revuelo que acababa de provocar en mitad del pecho de su salvador al revelar su identidad.

Talik no podía creer su suerte, tenía a la mismísima hija del rey Garum a sus pies, literalmente, ahora solo necesitaba encontrar el modo de sacarla de allí.

—Mi nombre no es Enar, majestad, sino Talik —reveló esperando que lo reconociese de inmediato, sin embargo la princesa no dijo nada. Que la hija de su principal enemigo desconociese su nombre le hizo enfurecer—. Talik Sagán.

—¿Sagán? —dudó. Aquel apellido sí que le sonaba, de pronto un miedo terrible la recorrió de pies a cabeza, paralizándola, convirtiéndola en una estatua—. ¿Sagán, como...?

—Como vuestro peor enemigo, princesa. Barack Sagán, el *yantar* de los guerreros scorpion, mi padre.

Con su ruda mano tapó su boca antes de que comenzase a gritar. Odalyn se resistió, pataleó con toda su energía, pero su captor era demasiado poderoso, parecía que luchase contra un gigante de hierro.

Talik era capaz de sostenerla con una sola mano, con la mano de su

brazo lesionado por las flechas de la Guardia Real. Pasó uno de los dedos de su mano derecha por la herida, tiñéndolo con su sangre oscura, hundiéndolo después entre los labios de la muchacha con brusquedad, que lo mordió, con toda su energía, justo antes de desmayarse.



## Capítulo 5

# El bosque de Yirah

Todo le daba vueltas, se sentía como subida a la rueda de uno de los molinos de agua que trituraban el trigo a orillas del río Osir. Aunque el balanceo era más parecido al de un caballo. Era incapaz de abrir los ojos, envuelta en unas poderosas náuseas y el sabor horrible, amargo y ácido a su vez, que aún sentía en su boca. La cabeza le pesaba como si llevase puesto un casco de piedra. Y sentía los pómulos hinchados por el peso de su propia sangre.

¿Por qué se sentía tan mal? Solo recordaba haber estado así una vez, aquella vez que durante la celebración del solsticio de verano bebió escondidas un par de tragos de la copa de vino de su padre y tuvo que acostarse para que el suelo dejase de dar vueltas a sus pies.

Las náuseas regresaban con más fuerza.

¿Y por qué no estaba en su cama? ¿Qué hacía colgando boca abajo? Hizo un terrible esfuerzo por abrir los ojos. Primero uno, después el otro.

¿Árboles? ¿Un bosque? ¿Amanecía?

¡Amanecía! De pronto dio un respingo, acababa de recordarlo todo, todo.

Trató de enderezarse pero alguien sostenía sus piernas, alguien la llevaba sobre su hombro como quien cargaba un fardo. Alguien que a su espalda portaba una espada enfundada de la que tan solo podía ver la empuñadura

plateada, lisa, con anchos gabilanes pero sin apenas rudimento.

¡Por las Diosas Lunares! No había sido un sueño, era prisionera de un guerrero scorpion del desierto Escarlata. Y no de un guerrero cualquiera, sino del hijo de Barack Sagán, el rey de los scorpions.

—¡Socorroooo!;Ayudaaaa!

—Si gritas volveré a dormirte —le advirtió con voz áspera, la misma voz grave que en las sombras de la noche le había parecido sensual y masculina. Sin duda era una ingenua.

—¡Socorroooooooooo! —volvió a gritar.

—Se acabó, a dormir —proclamó su captor, dispuesto a bajarla de su hombro para volver a dejarla inconsciente.

Pero Odalyn no quería dormir, sobre todo si para ello tenía que volver a degustar aquel fluido cálido y repugnante que le había untado en la boca y del que aún conservaba rastros del sabor.

Recordarlo volvió a producirle nauseas.

—No, no por favor —pidió en un tono mucho más sosegado—. No gritaré pero bájame, voy a vomitar... Por favor, bájame —suplicó. Aún no había logrado verle la cara pero parecía muy fornido, a juzgar por la facilidad con la que la sostuvo entre sus brazos cuando cayó a través de la ventana, además de por la amplia espalda y anchos hombros de piel oscura, que entonces, bajo la luz del naciente sol podía distinguir con claridad —. Me encuentro mal, tengo nauseas —insistió ante el mutismo de su captor que continuaba caminando con paso apresurado por el bosque.

—Es por el veneno —respondió al fin.

—¿Veneno? ¿Me has envenenado?

—Tranquila, solo fueron unas gotas de mi sangre, las necesarias para aturdirte, pero si no te callas volveré a hacerlo —advirtió dando un salto entre dos gruesas piedras.

—¿De tu sangre? ¿Me has obligado a tomar tu sangre venenosa? —trató de revolverse, pero las poderosas manos de Talik la asieron con fuerza por los muslos contra su cuerpo—. Maldito bicho endemoniado, cuando mi padre te coja te va a despellejar vivo —trató de patear, pero la tenía bien sujeta.

—Estoy seguro de que es algo en lo que tiene bastante práctica, pero primero tiene que atraparme —aseguró pagado de sí mismo. Dando un nuevo salto, produciendo que el cuerpo de la princesa rebotase contra su espalda.

Odalyn, se dolió en el vientre por el impacto y trató de revolverse de nuevo, pero era imposible.

—¡Bruto! —le increpó y comenzó a golpearle en la espalda, a darle puñetazos con toda su energía en las escápulas, en cualquier parte no cubierta por aquella especie de armadura que le cubría desde estas hasta el abdomen. Sin embargo pareciese que apalease un saco de piedras, su captor no dejaba un solo paso atrás, sin dar muestra de la menor de las molestias. Entonces trató de tirar de la empuñadura de la espada pero pesaba tanto que en aquella postura invertida jamás sería capaz de sacarla de su vaina.

Agotada reposó sobre la espalda, rendida. Talik caminaba con una soltura desmedida sobre el terreno, con una habilidad casi animal, con agilidad y velocidad muy superiores a las que lo haría cualquier elfo. Lyn suspiró apesadumbrada y de nuevo las nauseas regresaron, aquel vaivén había terminado por agitar del todo su estómago.

—Creo que voy a vomi... —Palabras mágicas. El guerrero la dejó caer, como quien se deshace de un saco de estiércol, sin la menor delicadeza.

Se golpeó contra el suelo, pero a pesar de ello fue capaz de incorporarse quedando a cuatro patas sobre la tupida hierba y comenzó a vomitar ante la imperturbabilidad de su captor, quien tomó asiento sobre una enorme roca, observándola.

Una vez expulsó incluso la primera gota de leche proporcionada por su querida ama Naíta, comenzó a sentirse mejor. Poco a poco fue capaz de calmar su respiración, de recuperar el aliento y recomponerse, limpiándose los labios con las mangas de su vestido se volteó para mirar a su secuestrador.

Aquel que se había presentado como Talik Sagán permanecía con el cuerpo apoyado contra la rugosa corteza de un árbol. Era un macho que parecía joven, su cabello era negro y corto, estaba despeinado aunque asido con una cinta de cuero que atravesaba su frente. Sus ojos eran de un color muy particular, grises, casi plateados, como si la diosa Laris viviese dentro de ellos, Lyn jamás había visto ojos así. Pero tampoco había visto nunca unos hombros así de robustos, en los que la musculatura se marcaba como si fuesen bollos de azúcar. Como en el resto del torso de piel morena que alcanzaba a ver por encima de la armadura con la que protegía su pecho y vientre. Iba vestido con una especie de calzón de piel curtida de algún animal hasta la rodilla, con las pantorrillas al descubierto, mucho menos peludas de



lo que habría imaginado en sus fantasías terroríficas. Y en sus pies calzaba unos peculiares zapatos anudados en el tobillo, también formados a partir de la piel de algún animal.

No era un demonio, no tenía aspecto de demonio. Pareciese más un elfo al que hubiesen encerrado en una sucia mazmorra durante meses que un espectro. Tampoco un ser del inframundo, como relataban las leyendas.

Pero no debía olvidar que aquel scorpion representaba a toda una estirpe de seres despiadados y sanguinarios, como lo sería él mismo.

Entonces él la miró con sus ojos grises, que se clavaron en los suyos con una mirada retadora, intensa, y fría. Su mentón era cuadrado, su nariz recta y sus labios voluminosos, raciales, oscuros. En ese momento recordó las palabras de su hermana Arlet sobre los machos de labios gruesos y enrojeció avergonzada.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó descarado consciente de la curiosidad con la que lo miraba, haciéndola sonrojar aún más.

—Más bien algo que me repugna —aseguró altiva—. Exijo que me devolváis al castillo ahora mismo.

—Estás acostumbrada a que tus órdenes se cumplan sin rechistar por lo que veo.

—Por supuesto.

—Pues por si no lo ha notado, *princesa...* —Su *princesa*, sonaba mucho más parecido a *rata inmunda* que a un tratamiento real— las cosas acaban de cambiar. Nos vamos.

—Necesito beber agua —exigió levantándose, caminando hacia él. Limpió de nuevo sus labios, asqueada aún con el sabor que envolvía su boca y su garganta.

—Y yo atravesar este bosque antes del anochecer —advirtió hostil, incorporándose de un salto, mostrándose ante ella en su enorme envergadura, era alto como una montaña. Ahora la princesa podía entender por qué las caídas desde sus brazos habían sido tan duras.

—Necesito agua, de verdad —insistió en un tono de voz mucho menos severo, a dos pasos de él, alzando el rostro para poder mirarle a los ojos, si continuaba mucho rato en aquella postura acabaría con dolor en el cuello.

El guerrero contempló entonces con la claridad que le permitía la luz

solar los matices azulados del iris de su prisionera, de sus ojos circundados por larguísimas pestañas doradas. *Maldita elfa*, gruñó en su interior, *malditos todos ellos*.

Estaba dispuesto a dejarla pasar sed, como la habían pasado los suyos durante décadas, pero sabía que si no le proporcionaba agua sería incapaz de soportar el camino que les esperaba. Al fin y al cabo solo era una elfa, una de esos seres llenos de pura arrogancia, poderosos gracias a su magia, pero sin ella tan frágiles como una mariposa. Tomó el pequeño recipiente metálico que guardaba asido con una correa a su cinturón y se lo entregó.

—Bebe —ordenó, extrayendo el diminuto tapón de corcho.

—Es solo agua, ¿verdad? —El guerrero enarcó una de sus morenas cejas desconcertado. Por supuesto que era solo agua, acaso aquella elfa pensaba que en sus misiones viajaban provistos de licores —. Quiero decir... no le habrás echado un poco de tu sangre, de tu saliva, o...

—¿La quieres o no?

—Sí, claro que la quiero —aseguró tomándola, bebiendo del gollete —. Uff, sí, es agua... ¿Quién se fía de quien va por ahí dando a probar sus fluidos vitales? —refunfuñó terminándose de un trago el resto del recipiente, devolviéndoselo —. Gracias.

—¿Te has bebido toda el agua?

—Sí.

—¿Toda? —insistió volcando el depósito, que pareció minúsculo entre sus manos, comprobando que era cierto.

—Sí —repitió desconcertada con su obstinación—. Han sido dos sorbos, no es que me haya bebido un estanque. Ahora la llenas, en cualquier arroyuelo, un río o...

—No hay arroyuelos, ni ríos a donde vamos elfa estúpida —protestó, furioso. Aún les restaba por atravesar todo el bosque de Yirah y el último arroyo de agua pura había quedado varias leguas atrás en dirección contraria, a la que no podían dirigirse porque con casi total probabilidad ya estarían buscándoles.

—Tampoco hace falta insultar, salvaje.

—¿Que me has llamado?

—Salvaje —repitió, con mucha menor decisión, así solía llamarlos su padre cuando hablaba de ellos —. Es lo que sois los scorpions, ¿no? Unos salvajes.

—¿Eso es lo que piensas? ¿*Nosotros* somos los salvajes? Y vosotros que nos quemáis y despellejáis, vosotros que arrancáis a los hijos de sus madres, ¿qué sois?

—¿No te da vergüenza inventar esas injurias? Los elfos no hacemos esas cosas, somos un pueblo pacífico —protestó, sin amedrentarse un ápice. Talik no daba crédito a lo que decía, creía que estaba burlándose de él.

—¿Pacífico? —preguntó con los ojos muy abiertos, como si fuese incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo—. Me desconcertáis princesa Odalyn, desconozco si sois una ingenua o una cínica. Aunque en este momento, quizá sea lo menos importante.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿A dónde me llevas?

—Lo veréis a la llegada.

—¿Vas a matarme?

—Creo que me servís mejor viva, pero si no cerráis esa boca de una vez me lo replantearé —sentenció y pareció una amenaza veraz.

—Mi padre te recompensará si me llevas ahora mismo de vuelta, te lo aseguro, te dará tanto oro que no podéis imaginarlo...

—¿Tengo pinta de que me importe el oro? —preguntó con una inconfundible mueca de asco, haciéndola enfurecer.

—Será mejor que no te diga de qué creo que tienes pinta —sentenció cruzando ambos brazos ante el pecho y pudo ver un resplandor de rabia en sus ojos.

Antes de que pudiese decir una sola palabra más la subió al hombro de nuevo y echó a correr, tratando de liberar la furia que le habían ocasionado sus palabras.

—Sé andar —protestó mientras Talik se repetía una y otra vez las reglas de hospitalidad de su padre para con los prisioneros.

Cuando el poderoso sol descendía en pos de la noche habían cruzado la mitad del bosque de Yirah y las altísimas montañas de Raian con sus cumbres desnudas se alzaban en el horizonte. Talik había caminado durante todo el día, sin detenerse para comer, y ella había permanecido subida a su espalda. Sin quejarse, sin lamentarse, ni una sola vez. Pues si el guerrero scorpion no lo hacía tampoco ella mostraría su debilidad ante el enemigo, aún a pesar del dolor que sentía en el vientre y en los brazos por la postura forzada, además de otra molestia que empezaba a hacerse demasiado incómoda.

Rogaba a las Diosas Lunares que la comitiva que suponía enviada en su busca se apresurase en encontrarles. Pero los elfos, lejos de las formidables murallas de sus ciudades, eran mucho más vulnerables durante la noche. En las horas de oscuridad su magia era mucho menos precisa pues se regeneraba bajo la influencia lunar. Estuviesen donde estuviesen a aquellas horas se hallarían resguardados de la oscuridad, en cualquier cueva u hondonada en la que protegerse de los animales salvajes que poblaban aquellos bosques.

—Necesito parar —pidió urgida de repente.

—No podemos parar —gruñó desabrido.

—Necesito parar, ¡y lo necesito ya!

—Silencio.

—¿Silencio? ¡O paras o me hago pis encima! —protestó muerta de vergüenza. Talik pensó en cómo podía ser tan bruto de no haber reparado en una necesidad como aquella.

Se detuvo y la bajó de su hombro, por primera vez dejándola tocar el suelo de pie, en el centro de un pequeño claro entre los árboles.

—Supongo que este lugar es tan bueno como cualquier otro. Date prisa —dijo haciéndole un gesto con el mentón para que se apresurase, aguardando de pie a un paso.

—¿No esperarás que lo haga aquí, delante de ti? —preguntó con las piernas temblando por la urgencia—. Aléjate, por favor.

—Por supuesto, para que puedas escapar.

—No me voy a escapar —proclamó dando pequeños saltitos, apremiada.

—Yo también diría eso si pensase escaparme.

—Lo prometo, lo prometo por la diosa Laris, por la diosa Soor y por todos los dioses, por favor, aléjate.

Talik la observó malhumorado y se limitó a darse la vuelta.

—¿Estás loco? No puedo hacerlo si me estás oyendo.

—Estoy a punto de darme la vuelta de nuevo así que será mejor que te des prisa.

—No pued...

—Diez... nueve... ocho... —Lyn se apresuró a agacharse tras un pequeño matorral, subiéndose la falda del vestido y bajándose las enaguas veloz—. Siete...seis... —No podía creer que estuviese haciendo pis a tres metros de un scorpion. Un scorpion que la había secuestrado y que la llevaba

solo las diosas sabían dónde. Apretó apremiada por terminar y un ruido se escapó, rogó que no la hubiese oído—. Tres, dos...

—Ya —proclamó ajustándose el vestido, alejándose del matorral.

—Si no hay ninguna otra necesidad que aliviar supongo que podemos proseguir la marcha —aseguró volviéndose.

—Podemos —respondió enfadada por la violenta situación que acababa de vivir. Talik la agarró de la cintura y la subió a su hombro de nuevo y comenzó a andar.

—Aunque no estoy seguro de que sea una buena idea llevarla a cuestas en esta postura.

—Pues no lo hagas. Bájame.

—Porque yo creía que las princesas elfas no se tiraban pedos y ahora que he descubierto que es así...

—Serás desgraciado, malnacido —protestó furiosa, dándole puñetazos en los hombros—. No te atrevas a burlarte de mí —el guerrero echó a reír a carcajadas. Podía sentir cómo se agitaba entre risas mientras ella roja de ira y de vergüenza volvió a tirar de la empuñadura de su espada y rabiosa como estaba logró sacarla hasta la mitad.

De pronto Talik se detuvo, bajándola de nuevo con brusquedad.

—¿Qué haces? —requirió desde el suelo polvoriento en el que la había tirado.

—No vuelvas a tocar mi espada, ¿me oyes? —ordenó mirándola con desprecio.

—Y tú no vuelvas a burlarte de mí, desgraciado. Soy tu prisionera, no tu bufón —se defendió incorporándose, enfrentándose a él, altiva.

Talik sonrió y sin decir nada más comenzó a amontonar ramas y matorrales en el suelo. Lyn le observó en silencio. Comenzaba a percibir cómo el frío seco de las montañas se colaba en sus menudos huesos.

—¿Es que vamos a pasar la noche aquí? —El guerrero la miró un instante, si no respondía, jamás se callaría. Aquella princesa debía desayunar lengua estofada cada mañana.

—Estoy tratando de hacer fuego para calentarnos, ¿de acuerdo? — profirió arrojando con fuerza uno de los trozos de madera que sujetaba en sus manos al montón que conformaba.

—Gracias —masculló, buscando un lugar donde sentarse, apretando las rodillas contra el pecho, su suave vestido celeste de seda y tul a penas la

protegía de la drástica bajada de temperaturas.

Miró hacia el horizonte, contemplando parte de las cimas desnudas por entre las copas de los árboles, en invierno solían estar cubiertas de nieve y esto dificultaba las ya de por sí complejas expediciones en terreno hostil. Las cúspides de la cordillera de las montañas de Raian delimitaban los confines del desierto Escarlata al sur, creando una línea divisoria horizontal con el reino de Siam, solo interrumpida por el paso de Somerseeq.

El paso de Somerseeq era una lengua de tierra árida paralela a la costa, única vía de comunicación terrestre, evitando el desierto, entre los reinos de Tiree y Siam. Cada vez más frecuente lugar de emboscadas en las que los comerciantes eran asaltados y sus mercancías arrasadas. Lo que provocaba que aumentasen las rutas marinas, con el consiguiente encarecimiento de los productos que comerciaban entre los reinos.

Hacía meses que Odalyn Hawatsi no podía encargarse de un nuevo vestido de la magnífica seda elaborada por los artesanos de Ogu, o que su padre no había podido reponer sus reservas de aguamiel de Nuuk, las tierras heladas del norte.

Desconocía en qué parte a los pies de la cordillera se encontraban, probablemente muy lejos del paso.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —se atrevió a preguntar de nuevo. El scorpion la ignoró, agachándose junto al montículo de ramas que había formado, sobre el que depositó seca hojarasca, sacó dos pequeñas piedras del minúsculo zurrón de piel que llevaba atado a la cintura e ignorando sus palabras las golpeó entre sí, provocando brillantes chispas que prendieron el pasto seco. Sopló con fuerza, avivando las llamas —. ¿De verdad no vas a matarme?

—No voy a matarte. A menos que me des un motivo para hacerlo —aseguró y se apartó un par de pasos de las llamas que despacio cobraban fuerza. Se sentó frente a ella y recostó la espalda contra uno de los árboles, solo el fuego se interponía entre ambos—. En estos bosques hay animales salvajes mucho más peligrosos que yo. Si me obedeces tu vida no correrá peligro pues solo pretendo canjearte como prisionera por uno de los nuestros, pero si huyes puede que caigas en las fauces de un ser mucho menos misericordioso —espetó sin disimular su desprecio.

«¿Menos misericordiosos que él, de veras existían?», se preguntó Lyn en

su fuero interno, apretando los labios en un mohín de disgusto, reflexionando sobre si lo que le decía era cierto o tan solo pretendía amedrentarla para evitar su huida.

¿Cómo se atrevía a hablarle con semejante menosprecio? Entendía que sus pueblos eran enemigos, pero, parecía que tuviese algo personal en contra de ella, reflexionaba tirando de las largas mangas acampanadas del finísimo traje tan poco apropiado para un viaje a las montañas. Por suerte empezó a percibir el calor que emitía el fuego.

Un animal gruñó en la distancia, fue un sonido gutural y ronco que la hizo encogerse, sin embargo Talik pareció no concederle la menor importancia, concentrado en revisar las ataduras laterales de su coraza.

—¿Es que tiene miedo, princesa? —preguntó casi en una burla.

—Tendría que ser de piedra para no tenerlo en manos de uno de los enemigos de mi reino.

—Tendría que ser de piedra algo más que vuestro corazón, queréis decir, ¿verdad? —Su mirada desafiante la enervaba.

—¿Me conocéis de algo para saber de qué está hecho mi corazón?

—Es un corazón élfico, no necesito saber más —escupió después de mencionar a su pueblo, provocándola.

—Oh, pero qué guerrero tan valiente, amedrentando y secuestrando a una princesa, ¿por qué no habéis osado secuestrar al capitán de la Guardia Real? —se burló—. Vuestro padre debe estar muy orgulloso.

—No oses mencionar a mi padre, mi paciencia tiene un límite y estás a punto de sobrepasarlo —la amenazó—. Y te recuerdo que no entré a secuestrarte, fuiste tú quien se tiró a mis brazos.

—Me caí de una ventana. No lo digas de ese modo.

—No lo digo de ningún modo. Es la realidad. Y por supuesto que acabaré con el capitán de la Guardia Real, a su debido tiempo. Es más, disfrutaré mucho en tu honor cuando le rebane el cuello con mis propias manos —Lyn se estremeció al pensar en Sirah. Maldito salvaje.

—Jamás he conocido a nadie tan insolente y fanfarrón, en toda mi vida —ladró enfadada. El scorpion se limitó a echar a reír entre dientes.

—Es lo que tiene vivir en una jaula de oro rodeada de aduladores, que nunca conocerás a nadie de verdad —Sentenció. Aquellas palabras se le clavaron en el pecho como una lanza, ¿sería cierto? Estaba acostumbrada a recibir halagos vanos, a percibir cómo la gente se enderezaba a su paso y le

sonreía. Pero, ¿sería cierto que no conocía a nadie *de verdad*? ¿Qué todos fingían en su presencia? Ella era amiga de sus doncellas, ¿se puede ser amiga de quien tiene miedo a tu padre? A Sirah, ella le conocía de verdad, le conocía enfadado y contento, le conocía malhumorado y divertido. Y a Arlet, a ella también la conocía de verdad... ¿A nadie más?

—No sabes nada de mi vida ni de mí. No tienes derecho a juzgarme por como crees que soy.

—¿Acaso no me has juzgado tú desde que te dije quién era? ¿No me has llamado salvaje?

—Sí, lo he hecho. Pero lo hice por tu actitud, no por...

—¿Por mi actitud? —dudó enderezándose contra el tronco en el que estaba apoyado, sin poder contener una mueca de dolor.

—No es que hayas sido demasiado amable conmigo.

—¿Amable? —dudó incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo—. Es que no tengo que ser amable, ¡por las Diosas Lunares, te he secuestrado! No sé si conoces a alguien que haya sido capturado alguna vez, pero sus palabras no suelen ser; mi captor era de lo más amable... mientras me torturaba me preguntaba en todo momento cómo me sentía.

—¿Vas a torturarme?

—¡No! —respondió demasiado rápido—. Al menos por ahora — corrigió. No tenía intención de hacerlo pero ella no debía saberlo.

—Vaya, es un consuelo saber que *por ahora*, no voy a ser torturada.

—Vuelvo a repetir, y será la última vez, que mi intención es canjearos por uno de los míos, princesa. Aunque me estoy sintiendo tentado a coseros los labios hasta entonces —espetó áspero como el papel de lija.

Lyn cruzó ambos brazos sobre el pecho y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse en silencio y no soltarle algún exabrupto.

Ella no tenía la menor noticia de que su padre acostumbrase a retener prisioneros ya fuese en el castillo o en algún lugar de la ciudadela.

Puede que en las mazmorras, ella nunca había bajado a las mazmorras, no le estaba permitido. En una ocasión descendió hasta la entrada, hasta la planta previa al sótano del castillo en busca de Sirah para pedirle que la acompañase a montar a caballo y se topó con que la Guardia Real no le permitió el paso por órdenes expresas de su padre. Era la primera vez que la Guardia Real le impedía el acceso a algún rincón del castillo y se sintió muy molesta.



Después el rey Garum le explicó que lo hacían para protegerla de las imágenes que sus ojos inocentes podrían haber percibido de aquel lugar, una respuesta que la había convencido. Los elfos eran un pueblo tranquilo, poco dado a la conflictividad, según tenía entendido, ya que ella tan solo se relacionaba con la nobleza y el clero residentes dentro de las inmensas murallas del castillo. Por lo tanto los robos y demás delincuencia eran muy infrecuentes, en contadas ocasiones debía el rey Garum impartir justicia entre sus siervos, siendo estos encarcelados en las mazmorras.

Era eso lo que su padre pretendía evitar que contemplase, la degeneración psíquica y física de aquellos elfos a los que ni siquiera la magia sanadora ingente a su especie era capaz de curar después de años de cautiverio.

Ahora sabía que también encarcelaban guerreros scorpion, al menos a uno, por el que pretendía canjearla si las palabras de Talik Sagán eran ciertas. Estaba segura de que su padre lo haría sin la menor duda, y si el *jefe* de aquellos salvajes era sincero en sus intenciones, entonces, no tenía por qué preocuparse.

Talik era hostil, desabrido y un completo maleducado, además de que necesitaba un baño y un cepillado de pelo con urgencia, pero no sabía porqué pero no le producía terror, respeto sí, pero no miedo, o no todo el miedo que debería producirle.

Quizá estaba comenzando a volverse loca por efecto del veneno, las náuseas regresaban con solo recordarlo, pues no hallaba otra explicación a su falta de miedo. De hecho le había salvado la vida al atraparla entre sus brazos cuando cayó al vacío a través de aquella ventana.

Pensó en su padre, en la Guardia Real, habrían pasado todo el día buscándola. Debían estar desesperados, desconociendo por completo cuál había sido su suerte. Con disimulo rasgó un pedazo de su frágil vestido y lo dejó caer al suelo, tratando de ofrecerles una pista.

Sirah, era el mejor rastreador de cuantos existían, el más poderoso mago y el mejor soldado de todos los tiempos según palabras de su propio padre. Sus habilidades fueron descubiertas cuando era apenas un niño, el hijo menor de unos humildes campesinos. Sus vecinos le descubrieron jugando con la magia, elevando gallinas en el aire. Los rumores llegaron al castillo y fue reclutado para adiestrarle en la Guardia Real. Recibió clases como uno más

entre los hijos de los nobles del castillo, formándose y preparándose para el que debía ser su lugar, el máximo mandatario de la Guardia.

Ambos habían compartido juegos a escondidas de su ama, acompañándose el uno al otro al contar ambos con edades similares y la práctica ausencia de ambos padres. El rey siempre andaba ocupado con los asuntos inherentes a su cargo y Sirah había sido apartado de los suyos por el bien del reino. Odalyn lo sentía como a una especie de hermano mayor.

También él debía estar muy preocupado por su suerte, responsabilizándose por no haber previsto que sería tan insensata de atravesar aquella recóndita ventana tratando de contrariarlo.

Casi podía verle enrojecido de ira y preocupación, buscándola desesperado, primero por toda la ciudadela, piedra bajo piedra, y después por los alrededores del bosque de Yirah. Temiendo por su sino, con la voz grave del rey Garum gritando sobre su nuca que era culpa suya.

Aquel era otro motivo para su preocupación, que el rey responsabilizase a Sirah de su secuestro. El capitán no podía prever que ella caería por aquella ventana con la suerte, o la desgracia, de que justo bajo esta se hallase escondido el guerrero scorpion al que andaban buscando. ¿Quién podría haberlo imaginado?

Un guerrero alto como un torreón, incluso más alto que el propio Sirah, mucho más que su padre y cuanto elfo había conocido hasta el momento. Un guerrero de piel tostada por el sol, serpenteada de negros trazos de tinta en el pecho y antebrazos, así como los ojos, pintados de negro en los que resplandecía la blanca esclerótica y el particular iris gris.

¿Serían aquellas pinturas de guerra? Pensó observándole, en silencio. El fuego dibujaba doradas siluetas sobre su rostro, sobre su amplio cuello, sobre su mentón... Estaba desprendiéndose de la coraza que le protegía, desconocía con qué intención. Obviamente Talik no había realizado una incursión de recreo, si cualquiera de los soldados del castillo le hubiese descubierto le habrían atravesado en dos con su magia o con las flechas de sus arcos.

Desde luego tenía que admitir que era valiente, o quizá solo un descerebrado.

Pero, ¿qué le habría llevado hasta allí?

Parecía inteligente para arriesgarse de ese modo. Desde luego no era el animal sin conocimiento que describían las leyendas. ¿Qué habría ido a

buscar al castillo? Podría haber robado casi cualquier cosa en la aldea sin arriesgarse a entrar en el castillo.

¿O es que su intención había sido secuestrarla desde el principio?

Si alguno de los soldados de la Guardia Real le hubiese descubierto habría caído, como lo habían hecho otros guerreros antes, centenares. Guerreros que no tenían cara, ni nombre y por los que nunca había sentido la menor emoción al conocer sus bajas cuando los soldados alardeaban de ellas ante su padre, porque les consideraba sucias alimañas.

Sin embargo, ahora que había visto a uno de ellos, ahora que le había puesto rostro, se alegraba de que no hubiese resultado muerto en aquella incursión.

¿Pero porqué? Si el que estaba sentado frente a ella, pasando una mano por las costillas marcadas en la piel cetrina era su enemigo.

Talik no pudo evitar emitir un leve lamento. Como llevaba horas sospechando no solo había sido alcanzado en el brazo por una de aquellas malditas flechas élficas. Otra de ellas había golpeado el punto de unión lateral de ambas partes de su coraza, el único punto débil de ésta, produciéndole una herida en las costillas bajo la axila izquierda que tras el roce con el rígido material durante la larga caminata se había convertido en una dolorosa llaga abierta de casi cuatro dedos de diámetro.

Y cómo dolía la condenada.

Estaba acostumbrado al dolor, a las heridas producidas por las armas durante las batallas libradas, que habían sido muchas a su edad. Como estaba acostumbrado al dolor de las quemaduras mágicas. Pero las heridas producidas por aquellas flechas eran poco habituales, habían sido envenenadas con magia, estaba seguro, y era el veneno el que estaba quemándole la carne bajo la piel, no había otra explicación para el porqué no hubiesen comenzado a cicatrizar al ritmo veloz que era habitual.

Odalyn le observaba en silencio, distinguiendo, gracias a luz del fuego, las heridas que tornaban violáceas bajo la axila y en el brazo izquierdos. El rasguño había adquirido el mismo color y parecía infectado.

Había sido envenenado con magia, no había duda.

Sintió por un instante la tentación de acercarse y preguntarle cómo se

sentía, pero le habría respondido con un nuevo desaire, así que para qué provocarlo.

Entonces Talik sacó un puñado de hojas alargadas y finas de su zurrón de piel y comenzó a machacarlas entre los dedos.

Eran hojas de aeliptus, el particular aroma balsámico que desprendían se lo hizo saber. Las hojas de aquel árbol alto y espigado favorecían la cicatrización de heridas, tanto ella como su hermana Arlet lo habían estudiado durante horas con el maestro Ifirin, su físico. Y es que una buena regente debía conocer todo tipo de curas, ungüentos y pociones, para poder unirlas a su poder innato para la magia sanadora en caso necesario. Además de otras muchas particularidades como los dialectos particulares de los cinco reinos y la historia de la creación de Cire por las dos diosas mayores, las Diosas Lunares.

—Es un error —dijo, en voz baja, pero él pudo oírla, buscándola de inmediato con sus ojos plateados—. El aeliptus solo te producirá más dolor, más escozor, pero no sanará tu herida, estás envenenado con magia y solo la magia puede curarte —anunció, segura de lo que decía—. Yo puedo curarte, si a cambio me dejas marchar.

Estaba segura de que podía hacerlo, a pesar de que resultaría difícil y agotador. Reconocía aquella marca violácea de bordes desgarrados, era debida a la impregnación de la punta de la flecha en polvos de terracota. Había toneles y toneles en el almacén junto a la cocina que fueron hechizados por el propio Sirah. Otorgándoles un poder ácido incalculable que desharía sus tejidos despacio hasta acabar con él. Sirah se sentía muy orgulloso de aquel poderoso hechizo.

El muchacho apartó los ojos de ella, apretando los labios con rabia y desoyéndola aplicó las hojas de aeliptus, anudando después apresurado la coraza sobre el pecho.

—Ni sueñes que voy a liberarte, así este veneno me corroa las entrañas no lo haré —espetó furibundo. Y haciendo un alarde de fuerza se incorporó, caminando un par de pasos hacia ella decidido, deteniéndose justo ante el fuego. Pero entonces el dolor debió de ser insoportable y se dobló por la mitad, ahogando un lamento entre los labios e introduciendo una mano bajo la coraza se deshizo del emplaste que había colocado tan solo unos segundos antes, arrojándolo a las llamas.

Ella evitó mirarle, evitó clavar en sus ojos pintados de negro la frase que

le quemaba los labios; *Te lo advertí.*

Entonces Talik volvió a tomar algo de su zurrón. Utilizando una afilada daga que portaba al cinto lo seccionó por la mitad y le arrojó un pedazo. Odalyn lo atrapó, como acto reflejo. Se trataba de algún pedazo de raíz gruesa y seca, de corteza oscura y rugosa salpicada de pequeños brotes. El interior, accesible por el extremo seccionado, era blanquecino y más suave al tacto.

—¿Qué es esto?

—Vuestra cena *alteza*, raíz de Abezno —afirmó, tomando la otra mitad y llevándosela a los labios la mordió con energía.

—¿Tengo que comerme esto? ¿No vas a cazar algo para mí?

—Oh, se me olvidaba que custodio a una princesa, a una exquisita y delicada princesa elfa. ¿Acaso la cena no es de su agrado, su excelentísima majestad? —requirió con ironía y rabia tintando la voz, doblándose, arremolinando la mano en una sobreactuada actitud servil.

—No, por supuesto que no lo es. Esto es una porquería que me niego a probar siguiera.

—Pues es el alimento principal de mi pueblo desde hace más de un siglo —advirtió, dándole otro mordisco, masticando aquel pedazo duro y rasposo con energía.

—¿Y yo que culpa tengo de que os guste comer esta asquerosidad? — Por un momento la fugaz idea de arrojarle aquella abominación a la cara cruzó por su mente, pero por suerte la descartó al instante. Sus palabras en cambio parecieron enfurecerle, apretó los puños y los dientes con fuerza desmedida, un músculo palpó en su mandíbula.

—Princesa Hawatsi, ¿de verdad sois tan ignorante como aparentáis? ¿O acaso tan solo sois una necia? —requirió dando de nuevo los pasos que les separaban. Odalyn se incorporó, temiendo que fuese a agredirla por la furia que desprendían sus ojos grises—. ¿Acaso pensáis que nos gusta comer raíces y alimañas del desierto? ¿Acaso creéis que no preferiríamos alimentarnos con la caza de grandes animales? ¿Qué no nos gustaría deleitarnos con el agua de los manantiales de las montañas de Raian en lugar de la sucia agua de los pozos en los que nos obligáis a escondernos? Sois nieta de uno de los mayores asesinos que ha existido en Cire, hija de uno de los reyes más despiadados y sanguinarios que habitan estas tierras...

—¡Mientes! —gritó en su propia cara, a un paso de esta, de sus ojos

pintados —. Vosotros sois los asesinos, los que matáis por diversión, mi padre tan solo trata de proteger a su reino. Sois... sois unos monstruos — afirmó mirándole, dedicándole una mirada de furor que le hizo saber que realmente desconocía de quién era hija.

—No lo sabes, no tienes ni idea —aseguró sobrecogido, arrugando el entrecejo. Sorprendiéndola, desconcertándola con su actitud.

Se apartó de ella, rehuyendo sus ojos, percibiendo cómo aquellos iris puros, cristalinos, habían golpeado con fuerza en su interior. Sintió un pinchazo en el corazón que achacó al veneno élfico, pero que le obligó a apartarse de aquella mirada fundente y descarnada, la mirada inocente de su enemiga.

—¿Qué es lo que no sé? Dímelo, vamos, dímelo —exigió, pero este se volteó, ofreciéndole la espalda, su espalda de transportador de troncos—. Dímelo, dílo de una vez —exigió Lyn agarrándole del brazo con energía, tratando de obligarle a voltearse. Sin intención alcanzó su brazo lastimado, presionándole cerca de la herida y el guerrero se dobló de dolor —. Lo siento, de veras, lo lamento.

Talik fue consciente entonces de que las lesiones eran mucho más graves de lo habitual y de que hacía ya demasiadas lunas desde su último baño en la laguna Coon y quizá ese fuese el motivo de su lenta sanación.

Una vez cada seis lunas rojas los miembros de la tribu acudían a la lejana laguna Coon a bañarse en sus aguas purificadoras, era ese baño ritual el que les proporcionaba la capacidad de sanar sus heridas con una velocidad sobrenatural y confería a su piel una extraordinaria resistencia frente a nuevas lesiones.

Él estaba acostumbrado al dolor, tanto como a la noche infinita y oscura de las cuevas en las que se protegían del fortísimo sol del desierto, solo tolerable hasta antes de mediodía y a última hora de la tarde. Se tomó un segundo para enderezarse y tratar de fingir que estaba bien.

—Condúceme hasta el valle de Siam, por favor, y te curaré —rogó Odalyn —. Puedo hacerlo, sino morirás.

—No os apartéis del fuego, princesa. Cazaré algo para vos —dijo ignorando sus palabras, después de aquella mirada le urgía apartarse de ella

lo antes posible—. Pero si osáis escapar, si no os atrapa alguno de los muchos *caainots* que recorren estos bosques durante la noche y os devora, os encontraré yo mismo y os daré muerte, al instante.

Lyn volvió a agazaparse, tomando asiento junto al fuego mientras su captor se hacía con la espada que había dejado en el suelo, atándola de nuevo a su espalda dentro de la funda de cuero labrado.

Cuando desapareció en un rápido movimiento entre la maleza sintió la tentación de escapar. Pero un nuevo gruñido, gutural, hondo, como salido de una cueva cruzó el aire de la noche, haciéndola estremecer. No llegaría muy lejos corriendo en medio de aquella oscuridad, sin la menor idea de en qué dirección se hallaba Siam. Con el riesgo de ser atacada por uno de aquellos *caainots*, una especie de lobos de las montañas, o capturada y finiquitada por el propio Talik.

Quien además le había asegurado que no le haría el menor daño si su padre aceptaba canjearla por uno de sus prisioneros, algo de lo que no albergaba la menor duda. Así que lo más razonable era quedarse quieta, esperar a que regresase con su cena e intentar dejar de desafiarle, por difícil que se lo pusiese con sus mentiras.



## Capítulo 6

### Caainots

Rodeó sus menudas rodillas con los brazos y hundió el rostro entre ellas, estaba agotada, dolorida por las largas horas mecida sobre el hombro del guerrero. Y en el estómago rugía la necesidad de alimentarse, alimentarse y dormir. Sentía que los párpados le pesaban como piedras. Ahogó un tibio bostezo en los labios mientras cerraba los ojos despacio.

¿Qué clase de arrebató había llevado al *scorpion* a ir a la caza de algún animal para proporcionárselo como cena? Después de que segundos antes le hubiese dicho que todo su alimento sería aquella raíz negruzca y áspera. Jamás podría adivinarlo, así que se dejó vencer por el agotamiento mientras la embargaba la seductora sensación que precede al sueño.

Pero entonces un nuevo aullido, mucho más cercano, agitó las hojas de los árboles y resonó en sus oídos, alertándola. Alzó la vista, recorriendo el derredor con ojos, encogida sobre sí misma como estaba. Contemplando cómo el fuego chisporroteaba y levantaba pequeñas cenizas encendidas que flotaban sobre las llamas. El calor anaranjado ascendía en el aire, levantando una leve cantidad de humo grisáceo hacia las infinitas estrellas.



Sintió miedo, sola en mitad de aquel claro, sin la compañía de su captor. De alguien quien al menos conocía aquella tierra, así como los peligros que la rodeaban. Un nuevo rugido la hizo ponerse en pie. Si aquel ser, cualesquiera que fuese, acudía en su busca no estaría aguardándole, indefensa, dispuesta a convertirse en su cena. Puede que lo razonable fuese permanecer allí, pero Odalyn Hawatsi no era una elfa razonable, al menos la mayor parte del tiempo.

Miró al cielo estrellado de nuevo y una lucecita comenzó a prenderse dentro de su cabeza. La gran estrella Atlas relumbraba en el firmamento. El maestro Ilfirin les había enseñado a su hermana Arlet y a ella que aquella estrella indicaba hacia el sur y siguiéndola podría llegar al Castillo de las Siete Torres. Lecciones que le parecieron una auténtica pérdida de tiempo, pues en solo contadas ocasiones había abandonado el castillo a sus diecinueve años, pero que en aquel momento acababan de cobrar todo el sentido.

Comenzó a caminar en línea recta hacia Atlas, aunque en cuanto abandonó el pequeño claro el bosque fue tan espeso que a penas alcanzaba a ver pedazos de cielo estrellado entre las tupidas copas sobre su cabeza.

Pero guardaba la dirección invisible dentro de su mente y decidió seguirla. Con pasos cuidadosos de sus zapatos de seda, tratando de evitar cualquier ruido, se adentró en la más absoluta oscuridad. Caminó entre los matorrales, apartando ramas espinosas que se enredaban en su vestido, desgarrándolo, sin a penas poder divisar qué había al otro lado de aquel laberinto de ramas.

¿Cómo podía ser tan difícil desplazarse por el bosque? Talik lo había hecho a toda velocidad cargando con ella al hombro. Pero él debía conocer los senderos y recovecos de aquella maraña arbolada.

Un búho ululó en la distancia, sobrecogiéndola, mientras se deslizaba sobre el trasero por una roca de grandes dimensiones. Tocó el suelo con sus pies mojándose los tobillos con la alta hierba, aquella tierra estaba impregnada de rocío, de humedad nocturna.

De pronto un destello capturó su atención. Una especie de reflejo, como el emitido por un espejo enfrentado al sol. Provenía de unos arbustos situados a su derecha. Presa de la curiosidad decidió averiguar de qué se trataba, quizá los soldados se hallasen más cerca de lo que esperaba.

Silenciosa se aproximó a la maleza, asomándose con cuidado entre las

hojas suaves y redondeadas de un arbusto y el viento del sur sacudió su cabello peinándolo hacia detrás. La imagen que halló al otro lado le resultó sobrecogedora. No eran soldados elfos.

Era Talik, quien permanecía sobre una roca de grandes dimensiones, sentado con ambas piernas cruzadas y ambas manos reposadas sobre sus muslos. Tenía los ojos cerrados, con el cabello oscuro arremolinado y el semblante serio iluminado por el poderosísimo brillo de la luna Laris, la luna plateada.

¿Pero qué hacía allí? Se suponía que estaba capturando algo de comer para ella. Y sin embargo se ponía a... ¿Meditar? ¿Rezar? O cualquier cosa que fuese aquello.

¿Los scorpions rezaban?

«Incluso las tribus salvajes deben seguir a un dios», pensó contemplándole con curiosidad.

El mango de la espada que portaba a su espalda resplandecía con el brillo de la luz lunar, era aquel el reflejo que había llamado su atención. Permaneció observándole unos instantes, curiosa, pero a la vez impresionada por la imagen de calma y serenidad que transmitía.

De pronto oyó cómo una hojas se movían a su espalda, pequeñas ramitas que se partían bajo el peso de algo o alguien que se dirigía hacia ella. Y de entre los arbustos que acababa de atravesar vio cómo surgían unos inmensos ojos rojos. Dos luceros rojos entre la maleza hicieron que comenzase a gritar, aterrorizada. Aquel animal inmenso y oscuro caminaba despacio hacia ella, mientras todo su cuerpo temblaba de terror.

Gritó como una posesa cuando las grandes fauces del animal se abrieron a punto de saltar sobre ella para devorarla.

Pero entonces un haz de luz plateado cruzó el aire ante sus ojos, a la vez que oía los pasos de una carrera hacia ella.

El animal calló fulminado sobre sus piernas, muerto por la herida de una daga que le había sido arrojada desde la distancia. Aún así el cuerpo pesado la dejó atrapada y trató de zafarse de él pataleando y gritando asustada.

—Está muerto, deja de gritar o provocarás que vengan otros. ¿Te ha herido? —Odalyn se llevó ambas manos a los labios y negó en un gesto, no pensaba hacer ningún ruido, tan solo pensar en la posibilidad de que

acudiesen otros monstruos como aquel la asustaba. Talik caminó hasta el *caainot* y tras extraerle la daga que le había clavado entre los ojos, tomó el cuerpo del animal y lo cargó alrededor del cuello para después comenzar a caminar en la oscuridad sin volver la vista atrás. Lyn se incorporó del suelo y le siguió apremiada hasta hoguera que tan solo un rato antes habían abandonado.

Una vez allí Talik arrojó el pesado animal al suelo, bajo la luz de las llamas podía distinguirlo en toda su envergadura. Era uno de aquellos gigantescos lobos de pelaje negro, que tan solo había contemplado en las ilustraciones de los libros de estudio. El animal con la boca abierta mostraba sus grandes dientes amarillentos.

Sintió un escalofrío que le erizó la piel, si Talik no hubiese acertado estaría muerta, le debía la vida, otra vez. Trató de entrar en calor acurrucándose junto al fuego.

—Por todos los dioses, es un monstruo.

—Te dije que no te movieses de aquí.

—Y que ibas a cazar algo para mí.

—Y lo hice, aquí está —afirmó arrojándole un conejo que llevaba atado al cinto, el animal destripado levantó un leve polvo en el suelo—. Siempre cumplo mi palabra.

—También dijiste que me matarías si trataba de escapar y sin embargo me has salvado —apuntó buscando una reacción en sus grandes ojos plateados.

Pero el guerrero no la oía, apoyó el brazo en el suelo, clavándolo como una columna, dejándose caer sobre este, mientras en su rostro no podía camuflar una intensa muestra de dolor.

—¿Estás bien?

—Deja de preguntar cómo estoy como si te importase —respondió desabrido—. Podéis desollarlo vos misma, si tanta hambre tenéis.

Ni siquiera medio desmayado mejoraba el carácter, pensó Lyn. Estaba preocupada, sabía que tarde o temprano desfallecería y puede que ya no hubiese vuelta atrás. En cuanto el veneno alcanzase su corazón, moriría. Pero ni aunque se lo dijese con señales de humo le haría caso.

Decidió que lo mejor sería asar el conejo que había capturado para ambos, quizá la comida le ayudase a sentirse mejor. Tomó una pequeña rama de las que él había amontonado para la hoguera y atravesó con ésta al animal,

colocándolo junto al fuego pero sin tocarlo, después alimentó el fuego que se consumía despacio.

De vez en cuando miraba hacia el lugar en el que se hallaba recostado con los ojos cerrados. Cuando creyó que el animal estaba cocinado lo apartó del fuego, depositándolo sobre una piedra plana para aguardar a que se enfriase.

—Estoy casi segura de que tendría que haberle quitado la piel antes, pero es la primera vez que hago algo así —dijo tratando de romper el silencio, esperando que Talik abriese los ojos al oírla. Pero no lo hizo. Dejó el conejo y se aproximó a él—. Talik —volvió a llamarle y no respondió. Así que se acucilló a su lado, observándole con detenimiento.

Podía ser un salvaje del desierto Escarlata, pero era atractivo, de un modo en el que ningún elfo se lo había parecido, quizá porque todos eran iguales: rubios, altos y de ojos azules. Aquel macho era diferente. Muy diferente a ella, a los suyos, pero desde luego no era ninguna bestia sin corazón, le había salvado la vida dos veces desde que se habían encontrado. Por sus propios intereses, pero aún así lo había hecho, la había salvado.

Posó una de sus manos sobre su brazo lastimado tratando de ver la herida con mayor claridad. El contraste de sus pieles resultaba cuando menos llamativo, la suya tan clara, la de él tan oscura. Continuaba inmóvil.

—Despierta —pidió y él apretó los ojos con dolor. Sintió el calor de la sangre en los dedos, la herida del costado estaba sangrando.

Talik estaba gravemente herido, la magia acabaría por matarle si no le ayudaba. Pero eso era algo bueno, ¿no? En las circunstancias en las que estaba no podría perseguirla si huía. Huir en dirección sur, sorteando a animales como el que acababa de matar.

También podía esperar, sin moverse de allí, a que la encontrase la Guardia Real. La descubrirían junto al cadáver de su raptor, porque estaba convencida de que en el estado en el que se encontraba no llegaría al alba.

¿Iba a dejarle morir?

Debería hacerlo. Al fin y al cabo él era su enemigo. Quizá no suyo, pero sí de su pueblo.

Pero él la había salvado de morir dos veces.

Pero la había secuestrado.

Pero era el macho más grande y sensual que había visto en toda su vida.

¿Y eso qué tenía que ver? Su mente divagaba sin control.

Jamás se perdonaría a sí misma por no hacer nada para tratar de ayudarlo por muy hijo del *rey* de los scorpions que fuese.

—Por las Diosas Lunares —clamó al cielo—. No claro que no voy a dejarle morir sin más —se dijo posando ambas manos sobre la herida azulada y cerró los ojos.

Talik se sentía inmerso en un sueño agotador. Un sueño del que no podía despertar. Quería abrir los ojos pero no podía. Oía la voz de la princesa pero era incapaz de entender lo que le decía y mucho menos responderle. Carecía de la fuerza necesaria para mover un solo dedo.

Ese iba a ser su final. Moriría por la magia de sus enemigos más acérrimos, ellos le vencerían, y su cuerpo acabaría devorado por los animales salvajes.

Pero entonces comenzó a percibir un cosquilleo eléctrico, una sensación regeneradora, única, de la que solo había oído hablar en las viejas leyendas, la sensación producida por la sanación mágica. Una especie de pulsión estremecedora, vibrante. Como si una corriente chispeante recorriese todo su cuerpo, desde los pies a la cabeza, erizando su piel. Una sensación experimentada por muy pocos de los suyos a lo largo de la larga historia de guerras entre ambos seres. No era en absoluto habitual que un elfo utilizase su magia sanadora para curar las heridas de su enemigo.

Poco a poco fue recuperando la conciencia de su propio cuerpo hasta que abrió los ojos al fin, descubriendo el rostro de Odalyn próximo al suyo con los ojos cerrados, como si pretendiese abanicarle con sus largas pestañas doradas. Y contempló asombrado cómo su resplandeciente cabello flotaba en el aire, danzaba como si fuese mecido por el mar mientras él podía sentir aún toda aquella energía recorriéndole.

Entonces Odalyn elevó sus manos, canalizadoras de aquella magia ancestral que recorría sus venas, alcanzando con ellas la lesión en el brazo. La llaga abierta en su piel dejó de dolerle y comenzó a borrarse hasta desaparecer por completo, como si nunca hubiese existido. Talik la observó inmóvil, cuando comenzó a deslizar sus dedos por la ruda coraza de *masuk*, hasta descubrir las cintas de cuero que la mantenían anudada sobre su cuerpo, tirando de ellas, deshaciendo los nudos, abriéndola, dejando al descubierto su pecho. El roce de aquellos dedos sobre la piel fue una sensación

completamente nueva, arrolladora. Los latidos de su corazón se dispararon como si fuese a escaparse de su pecho y echar a correr por el bosque.

Buscó sus ojos, desconcertado, pero ella, sin abrirlos, movió su brazo hasta permitirle alcanzar la profunda herida abierta bajo la axila. Segundos después esta también había desaparecido, así como el mágico cosquilleo, y su cabello cayó de nuevo preso de los efectos de la gravedad.

Odalyn abrió los ojos, deslumbrándole con sus iris de aguamarina, y Talik volvió a sentir cómo algo se removía dentro de su pecho. Cómo la coraza que protegía su corazón, la que él mismo se había impuesto, se resquebraba como un papel mojado. Y algo parecido al fuego, un fuego invisible pero que quemaba como debían hacerlo las hogueras del inframundo, creía en su interior.

Fue aquella sensación, ni la mitad de intensa que en ese momento, la que le había llevado a meditar sobre la gran roca solicitando consejo a la diosa Laris, diosa del amor y la guerra, antes de que fuesen atacados por el *caainot*.

Observó los dedos aún posados sobre su piel. Ella miró su mano, sobre la piel ahora intacta de su torso desnudo, regresado a sus ojos. Sus mejillas se tintaron de rubor, a la vez que su respiración se hacía más y más lenta, y un leve hilo de sangre descendía por su nariz.

Entonces, perdió el conocimiento. Odalyn cayó desmayada entre los brazos desconcertados de Talik.



## Capítulo 7

### Si me engañas

El sol calentaba de modo intermitente su piel por entre la espesura de las ramas de los árboles, generando una placentera sensación de bienestar. A pesar del pinchazo que sentía en la espalda, la incomodidad de algo rígido presionando contra sus escápulas, se sentía bien.

Oyó voces. Varias personas conversando entre sí. Estaba agotada, como si hubiese pasado la noche caminando. Aquel pensamiento la hizo despabilar de golpe. Abrió los ojos, oteando el derredor, observando cómo se hallaba en una especie de camilla tejida con ramas de árbol, cuyo extremo inferior se arrastraba por el suelo. Trató de incorporarse pero estaba atada por la cintura con una gruesa liana.

Miró a su derecha, había otra camilla, en ella reposaba alguien que era arrastrado al igual que ella, tirado por dos guerreros. Las negras armaduras que cubrían sus rudos cuerpos, así como sus oscuros cabellos y pieles cetrinas así se lo hicieron saber.

—¿Cuánto crees que tardaremos en alcanzar el desierto, Talik? —preguntó uno de ellos.

—Estoy seguro de que si esos malditos elfos no nos dan alcance llegaremos sin dificultades antes del anochecer —respondió él decidido. Toda su piel se erizó con solo reconocer el tono grave de su voz.

Así que estaba bien, había logrado salvarle. Se sintió orgullosa de sí misma, de su magia, y trató de convencerse de que aquel era el único motivo de su gozo. Se volteó para poder mirarles y descubrió las espaldas de dos

guerreros más que tiraban de su improvisada camilla, delante de ellos caminaba decidido él.

—Anoche divisamos un centenar de antorchas cerca del desfiladero de Durum cuando te buscábamos, *yantarii* —reveló el scorpion de espalda ancha y cabello largo a mitad de la espalda, muy oscuro, que tiraba de su camilla él solo.

—Eso quiere decir que les llevamos menos de medio día de ventaja, Ninwo.

—Talík, ¿crees que ese desgraciado del rey Hawatsi accederá a cambiarla por Jannike? —preguntó otro de ellos, uno alto y delgado, con el cabello por los hombros, oscuro con reflejos que parecían rojizos bajo el sol. Tiraba de la camilla del guerrero que yacía al parecer malherido sobre ésta. Odalyn lo miró un instante, permanecía inconsciente y la piel de su cuello comenzaba a ponerse azul, la señal característica de que había sido envenenado con magia élfica.

—No lo sé, Rök. Eso espero, pido a Laris cada noche que me ayude a recuperarla —confesó apesadumbrado. Odalyn no pudo evitar sentir curiosidad por saber quién era la tal Jannike, por qué motivo podría su padre, el rey Garum, retenerla como prisionera, y lo que le resultaba aún más enigmático, ¿por qué era tan importante para Talík?

—Tranquilo hermano, la rescataremos —afirmó el guerrero al que había llamado Rök, dándole un suave golpe en la espalda, tratando de infundirle ánimo.

¿De dónde habían salido todos aquellos scorpions? Se preguntaba la princesa Hawatsi.

Hasta dónde alcanzaba a recordar la noche anterior ella y Talík habían permanecido solos hasta que fueron atacados por el caainot.

¿Dónde la llevaban?

Al parecer pretendían calearla por una tal Jannike que además parecía ser muy importante para Talík. ¿Una hembra scorpion? ¿existían? Claro que debían existir, se reprendió en su fuero interno, incluso los animales necesitaban de un macho y una hembra para perpetuar la especie. Se ruborizó. Sintió cómo le ardían las mejillas.

Tiró de la cuerda vegetal que la asía por la cintura tratando de liberarse. Si era cierto lo que habían hablado entre ellos, Sirah se hallaba cerca, a menos de medio día de distancia, siguiéndoles los pasos acompañado por un



centenar de soldados elfos. Si lograba romper aquella liana y escapar pronto sería él quien la encontrase. Pero no se sentía con fuerzas. La noche anterior había agotado su magia hasta desfallecer para sanar las heridas Talik y tardaría al menos una semana en reponerla por completo. Al menos dos lunas serían necesarias para que también su cuerpo se recuperase. Si no le hubiese ayudado habría tenido una oportunidad de huir.

Aún así trató de soltarse. Su movimiento provocó que la camilla se cimbrease lo cual alertó al scorpion al que Talik había llamado Ninwo, el encargado de transportarla. Este se volteó con brusquedad, atravesándola con sus ojos negros como la noche.

—¡*Yantarii!*! La *elfa* ha despertado! —exclamó, provocando que el resto de guerreros se volvieran hacia ella, mirándola con la mayor de las repulsas. Talik caminó hasta alcanzarla, Rök y el otro guerrero depositaron la camilla con su compañero herido en el suelo y también se detuvieron a su lado.

—Vaya, la princesita ha despertado —espetó Rök con desprecio, observándola. Lyn alzó el rostro para mirarle a los ojos, no iba a amedrentarse —. Maldita elfa...

—Maldito tú, monstruo repugnante —exclamó sin un ápice de temor en la voz. Rök caminó furibundo hacia ella y temió que iba a golpearla, pero el antebrazo de Talik se interpuso en su camino, impidiendo que diese un solo paso más en su dirección.

—La princesa Hawatsi es nuestra prisionera, y debemos tratarla con respeto —advirtió muy serio, rehuyendo mirarla a los ojos. Odalyn pudo leer cierto desconcierto en sus iris grises, incluso temor aunque desconocía a qué.

—Deberíamos obligarla a sanar a Kainah. Ellos pueden hacer eso —masculló Ninwo que asía la camilla entre sus manos, manteniéndola de pie.

—No voy a hacerlo —advirtió. Estaba agotada, no sobreviviría a un nuevo ritual de sanación.

—Lo harás o te rajaré en dos, maldita elfa —espetó Rök venenoso, sacando una daga plateada de su cinto y mostrándosela, el metal brilló bajo los rayos del sol.

—¡Rök! No vamos a rajar a nadie, ¿eso es lo que quieres? ¿Qué crea que somos unos bárbaros tan sanguinarios como ellos? —le increpó, a un paso de ella. ¿Bárbaros sangrientos como ellos? ¿Bárbaros los elfos, y lo profería una tribu del desierto vestida con pellejos y harapos?

—No me importa lo que crea, Talik. Me importa la vida de mi hermano

Kainah, que está muriéndose envenenado por esa maldita magia —afirmó Rök señalando al cuerpo exánime del *scorpion* que permanecía desmayado en la camilla sobre la hierba—. Es solo un niño, no puede morir así —afirmó con un ligero temblor en su mandíbula, parecía emocionado y asustado por la suerte de su hermano.

—No podría hacerlo aunque quisiese —admitió Lyn mirándole—. No puedo curarle porque anoche consumí toda mi energía en sanar otras heridas —afirmó mirando a Talik de soslayo. El *yantarii* extrajo su daga del cinto y sesgó con ella la cuerda que la mantenía sujeta a su camilla y pudo al fin poner los pies en el suelo—. Gracias.

—Rök, Ninwo, Handa, necesito hablar con la princesa a solas —pidió a sus camaradas. Estos se miraron entre sí, desconcertados, antes de apartarse unos pasos para permitirles conversar con cierta intimidad.

El sol calentaba con fuerza sobre sus cabezas, cada vez se hallaban más lejos del bosque y en terrenos más secos y áridos, pisaban las faldas de las montañas de Raian, predecesoras al desierto. Talik la miraba de soslayo y parecía no decidirse a hablar.

—Gracias, por salvarme la vida anoche —dijo al fin. Su voz sonó lo más calma y suave que la había oído nunca. Lyn descendió la mirada, amedrentada, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza en los oídos.

—Ese chico que ves ahí —afirmó señalando a Kainah—, tan solo tiene catorce años. Esta era su primera incursión, sus manos jamás se han manchado de sangre élfica.

—¿Las tuyas sí? —Talik apartó la mirada un instante antes de responder.

—Las mías sí, muchas veces —admitió. En su interior pesaban todas aquellas muertes. A pesar de que trataba de convencerse de que acababa con los asesinos de su gente, con aquellos que les habían cazado como a bestias salvajes los últimos dos siglos. Y sin embargo, nunca había podido evitar sentirse culpable de todas y cada una de las vidas que había arrebatado—. Pero las tuyas no. Kainah no deja de ser un niño y no merece morir.

—¿Y toda esa gente de mi pueblo a la que has matado sí lo merecía?

—Jamás he acabado con la vida de alguien que no lo mereciese.

—Quizá la familia de esos a los que asesinaste a sangre fría opinasen muy distinto.

—¿A sangre fría? Solo tu pueblo mata a sangre fría.

—¿Aún piensas que voy a tragarme esas patrañas? De todos modos lo

que he dicho es cierto, carezco de la magia necesaria para poder sanarle en este momento y probablemente tarde unas siete lunas en recuperarla.

—¿Siete lunas? Kainah no sobrevivirá siete lunas.

—No, no lo hará... —masculló observándole con misericordia. Talik tenía razón, no era mas que un chiquillo, sus rasgos eran casi infantiles. Dio un paso hacia él, también Rök en la distancia al comprobar que se acercaba a su hermano, desconfiado. Odalyn observó la herida en su hombro derecho, a penas un leve rasguño, pero la marca azulada de la magia ya se extendía por todo el brazo y el cuello, incluso el mentón lampiño comenzaba a teñirse con aquel tono violáceo del veneno que paralizaba los órganos antes de descomponerlos—. No creo que aguante esta noche siquiera.

—Si al menos dispusiese de un par de días para alcanzar la tribu, Shana, nuestra sanadora quizá pudiese hacer algo por él —decía Talik para sí, con la mirada perdida en las agrestes montañas que debían cruzar aún.

—Yo podría intentar algo —dijo arrepintiéndose en el acto al ver un destello de esperanza en los ojos de Talik—. Podría tratar de canalizar la energía de la naturaleza para sanarle. Conozco la teoría pero jamás la he llevado a cabo —advirtió recordando las palabras de su maestre—. Aunque no lograrse sanarle, creo que al menos podría otorgarle dos o tres lunas más. Pero no estoy segura de que funcione —apuntó temiendo haber hablado demasiado. Desconocía si sería capaz de hacer algo semejante. Sanar con la magia natural que fluía de los elementos, de la naturaleza, la magia de la vida a su alrededor canalizada mediante su cuerpo.

—Si hay una sola posibilidad debemos intentarlo —dijo Talik esperanzado. Esperanzado en ella, en su prisionera, en su enemiga.

—Necesito un lugar rebosante de energía, como un volcán, una gran catarata, el mar... Un lugar cargado de la fuerza de los elementos, de la naturaleza —dijo. Talik se volvió caminando hacia el pequeño grupo formado por sus compañeros a escasos dos pasos de ambos.

—Rök, ¿cuanto tardaríamos en llegar a las cataratas de Ragna? —preguntó en voz baja, sabiendo a la princesa a su espalda.

—¿Las cataratas de Ragna? ¿Es que te has vuelto loco? Están demasiado cerca del paso de Somerseeq y de donde acampó el despliegue de soldados elfos anoche. Esa maldita está tratando de conducirnos hacia los suyos... —escupió Rök venenoso, no se fiaba de ella, en absoluto. Odalyn no podía oír lo que conversaban pero su mirada dejaba muy poco espacio a la duda.

—Responde a mi pregunta —exigió Talik. En es momento no le hablaba como amigo, sino como líder de la expedición.

—A medio día podríamos estar allí —respondió con la mirada perdida en el horizonte, en las altas copas amarillas de los árboles del bosque, con las hojas a punto de caer. Se acercaba una gran nevada, podía sentirlo en el vibrar del aire, por algo Rök era el *narit*, el guía. El grupo de scorpions debía estar al otro lado de las montañas cuando la nevada cayese cortando el paso hacia el desierto. Paso que no volvería a ser viable para los elfos hasta el deshielo, en al menos sesenta lunas.

—Vamos, entonces.

—¿Por qué?

—Porque es la única oportunidad que tiene tu hermano, la princesa cree que podría sanarle si la conducimos a una fuente de energía natural, y la más cercana son las cataratas de Ragna.

—¿Y vas a creerla? ¿Por qué habría de ayudarnos? Acaba de decir que se niega a sanarle. ¡Talik, por Laris, su padre es Garum Hawatsi! Garum Hawatsi, ¿olvidas que es el gran aliado de Surim Farae?

Talik apretó los puños con rabia al oír de nuevo aquel nombre, nadie podía odiarle más que él mismo. Aquel ser ocupaba sus más oscuras pesadillas desde que era un niño. Surim Farae le había arrebatado a la persona más importante de su vida, su madre, cuando él y su hermana tan solo eran niños. Y su aliado, Garum Hawatsi, mantenía prisionera a su hermana Jannike desde hacía seis largas lunas rojas.

—¿Es que crees que no sé quien es su padre? Y nadie más que yo mismo desea acabar con la vida de ese desgraciado. Pero ella no tenía porqué sanarme y lo hizo, podía haber huido dejando que muriese y cuando llegasteis solo habríais encontrado mi cadáver.

—No fue fácil encontrarte, no tomaste los caminos habituales.

—No lo he dicho como reproche. Llevamos detrás un regimiento elfo, intentaba evitar conducirles hacia vosotros. Puede que sea cierto, que ella nos esté engañando, pero si no lo es habremos acabado con la única posibilidad de sobrevivir de tu hermano Kainah.

El silencio de Rök se convirtió en una aceptación. Talik regresó con un par de grandes zancadas hasta la princesa.

—Iremos hasta las cataratas de Ragna, pero si tratas de engañarme...

—Me matarás y blablablá —dijo hastiada de tanta amenaza—. Me lo has dicho mil veces.

—No —Su mirada se había endurecido, con las negras pupilas dilatadas, convirtiendo al iris en una finísima línea gris—. Si me engañas, juro por mi difunta madre que te arrancaré el corazón con mis propias manos y lo entregaré a mi pueblo como ofrenda.

Lyn sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo de pies a cabeza, hablaba en serio, muy en serio.

—Vámonos, camina.

Sacudió su vestido. La sangre seca de las heridas que había sanado a Talik marcaba una gran mancha en su abdomen donde se había limpiado las manos, los bajos del tul se habían desgarrado y colgaban de este como un móvil infantil, las mangas estaban sucias de tierra y hierba. Comenzó a caminar, en sentido opuesto al que lo habían estado haciendo, de vuelta en dirección a Siam. Hacia su hogar.



## Capítulo 8

### Recuerdos

Hacia calor. El sol apretaba con fuerza sus rayos sobre sus cabezas e iluminaba sus pieles. Se veían aún más distintas a la luz del día. La suya clara, casi transparente, la de ellos curtida y oscura, con un color parecido a la canela molida.

Lyn caminaba tras los pasos de Talik y Handa. Handa aparentaba ser mucho mayor que Talik aunque era más bajo. Llevaba el cabello rasurado y una tupida barba negra poblaba su mentón. Su cuello era ancho, casi tanto como sus hombros. Era una bola de puro músculo. Un tipo silencioso, no recordaba haber oído su voz durante la discusión que habían tenido antes de ponerse en marcha de nuevo.

Talik en cambio era alto y robusto aunque atlético. Rudo y autoritario. Su cabello era negro como una noche sin estrellas. Sólo él y Handa lo llevaban corto. La cinta de piel trenzada que le atravesaba la frente era idéntica a la que cosía las prendas que vestía; una especie de pantalones de piel y sandalias anudadas hasta la pantorrilla. No era difícil distinguir que pertenecían a una tribu del desierto donde no debían contar con demasiados artesanos de telas exóticas.

Rök caminaba un par de pasos detrás de ella, controlando cada uno de sus movimientos, tirando de la camilla en la que transportaba a su hermano, inconsciente. A su lado Ninwo, con la mano apoyada en el mango de su espada atada al cinto y aspecto de estar deseando que le diese una excusa para utilizarla.

Caminaban en silencio, campo a través, evitando los senderos del bosque. Odalyn sentía cómo en sus pies, cubiertos solo por lo que quedaba de sus zapatillas de seda, se clavaba cada piedra, cada guijarro del suelo. Aún así ni un solo lamento escaparía de sus labios, ella era una princesa, hija de reyes, en sus venas corría la sangre valerosa del ejército elfo. No era una elfa asustada y caprichosa.

¿No lo era? Jamás se había enfrentado a una situación parecida lo más

mínimo a aquella. En su mente repasaba las palabras de Talik, una y otra vez, mientras sus ojos permanecían fijos en su espalda morena, marcada con trazos de tinta, por encima de la coraza.

«No voy a matarte, solo a intercambiarte por uno de los nuestros». Aquel *uno de los nuestros* había resultado ser una hembra. Jannike.

¿Quién sería la tal Jannike? ¿Y por qué era tan importante para él? ¿Sería su compañera? ¿Su pareja? ¿Tenían los scorpions pareja? Al menos como lo hacían los elfos, una pareja de por vida.

Los animales se aparean unos con otros sin que medien lazos de unión entre sí más allá de la mera reproducción. Y... «*Los scorpions son animales salvajes, sin escrúpulos, sin compasión...*» Las palabras del maestro Ilfirin, acudían a su cabeza de nuevo. ¿Lo eran?

«Juro por mi difunta madre...» Había sido otra de las frases de Talik. Así que su madre había muerto. Compartían aquel abandono sin remedio. «... que si osas engañarme te arrancaré el corazón con mis propias manos y lo entregaré a mi pueblo como ofrenda» ¿Sería capaz de hacerlo? Su mirada le había dicho que sí lo era. Pero, ¿qué clase de pueblo aceptaría un corazón como ofrenda? Un pueblo de auténticas bestias, no cabía duda.

Talik oteaba el horizonte en busca de cualquier signo de peligro, de alarma que pudiese advertirle de la cercanía del ejercito elfo. El lejano canto de alarma de algún pájaro, el sonido hueco de los cascos de los caballos... Trataba de ocupar su mente en cualquier pensamiento que pudiese alejarlo de ella, de la elfa que caminaba a su espalda, su prisionera.

Había oído hablar de la belleza de la princesa Odalyn. Todos los habitantes de Cire debían haberlo hecho. Los pocos mercaderes que se atrevían a recorrer el desierto y comerciar con ellos desobedeciendo las órdenes de los reyes elfos, se habían hecho eco del rumor que sacudía todos y cada uno de los pueblos y capitales de los cinco reinos. El rumor que relataba que la hija del despiadado rey Garum Hawatsi era una auténtica beldad. Que su cabello competía en resplandor con el mismísimo sol y que sus ojos poseían el color del firmamento en verano. Que en sus mejillas resplandecía un candor inusual y sus labios, podían paralizarte si los mirabas demasiado tiempo. *Paparruchas de mercaderes desocupados*, había pensado al oírlas.

Estos también insistían en que su padre se cuidaba muy mucho de que

nadie ajeno al Castillo de las Siete Torres tuviese acceso a ella y guardaba con gran celo su belleza porque pretendía casarla con algún regente elfo que estuviese a su altura.

Pero los nobles de la ciudadela, e incluso los habitantes de la villa, quienes la habían visto salir alguna vez a cabalgar custodiada por la Guardia Real, se habían hecho eco de su belleza.

Ahora que la había visto con sus propios ojos, podía asegurar que todas aquellas palabras no le habían hecho justicia.

Odalyn Hawatsi era mucho más hermosa de lo que nunca nadie podría haber expresado con palabras. Su rostro parecía dibujado por las diosas, cincelado a la perfección por algún maestro escultor, sin un rasgo desacorde, sin una mácula. Su belleza no tenía parangón. Y por ello era aún más peligrosa. Porque su apostura le concedía un oscuro don, el de doblegar a cualquier macho, postrándolo a sus pies para obtener su favor. Cualquier elfo de los cinco reinos sucumbiría a los encantos de la princesa. Y estaba convencido de que el rey Garum sabría jugar muy bien sus cartas para sacar el mayor provecho de esto.

¿Podría ser cierto que ella ignorase por completo la violencia despiadada ejercida por su pueblo contra la tribu del desierto? ¿Que se mantuviese ajena a cuanta desgracia ocasionaban los suyos? ¿Podía serlo? Ella vivía recluida en su castillo, en su cárcel de oro, y parecía por sus palabras que jamás lo hubiese abandonado.

Desconocía de la existencia de las cataratas de Ragna, o los animales que poblaban el bosque de Yirah, a pesar de que éstos perteneciesen a los confines de su reino.

Era hija de quien se jactaba de ser el principal apoyo de Surim Farae, el mal hecho carne.

¿Acaso podía tener un corazón puro?

Jamás podría olvidar la noche en la que ese ser le arrebató a su madre. La imagen del desierto iluminado por una marea de antorchas, el frío en los huesos, el silbido de los rayos azulados de la magia cortando el aire, tintando la noche de su siniestro color, habían quedado grabados en su memoria para siempre.

Su padre y el resto de guerreros atacaron al ejército que se desplegaba a los pies de las montañas, al sur del desierto, tratando de que aquellos malditos



no alcanzasen el que entonces era su hogar. Ignorando que se trataba de una trampa.

Mientras los machos se enfrentaban al ejercito elfo, las hembras eran atacadas por un pequeño grupo de soldados que se adentraron por las cuevas en las que vivían, guiados de la mano de un traidor, el infame Munsee Dagal. Quien vendió a los suyos a cambio de propiedades y una vida entre los elfos al amparo del rey Garum. Aquel grupo de soldados secuestraron a siete hembras scorpion, a su madre, Dánaer, entre ellas.

Cuando Dánaer oyó los gritos de las otras hembras corrió a esconderles a él y a Jannike, llevándoles hacia las profundidades, recorriendo las galerías hasta alcanzar una pequeña oquedad en la roca caliza que ella misma cubrió con piedras después de meterles dentro.

—Pase lo que pase no salgáis de este escondite. Talik, cuida de tu hermana. Os quiero, siempre os querré —les dijo, atravesándoles con sus ojos negros, que resplandecían por la luz de la antorcha que portaba, llenos de lágrimas por derramar.

Talik abrazó el cuerpo menudo de su hermana, y le tapó la boca porque la pequeña comenzó a sollozar cuando oyeron pasos acercarse. Dánaer caminó al encuentro de sus enemigos, tratando de alejarlos lo máximo posible de sus hijos.

—¡Estoy aquí malnacidos! —gritó saliéndoles al paso.

—¿Es ella? —requirió un elfo de cabello y barba blancas, con una prominente barriga al que podían observar a través de un pequeño hueco entre las rocas. Iba acompañado del traidor y dos soldados.

—Es ella, majestad —afirmó el traidor.

—Maldito seas Munsee por vender a tu pueblo —profirió Dánaer. Recibiendo una bofetada por parte del traidor que la tiró al suelo. Talik se envaró. Sintió deseos de empujar las rocas y salir en su defensa. Pero entonces descubrirían a Jannike que lloraba con silenciosos hipidos, abrazándose a su cuerpo, temblando como un pajarillo asustado. Dánaer se levantó, ni un solo lamento abandonó sus labios.

—Sujetadla —ordenó el monarca elfo y los dos soldados la asieron por los brazos, inmovilizándola. No se resistió. Tan solo deseaba alejarles de aquella cueva—. ¿Dónde está ese hijo tuyo? Me lo dirás tarde o temprano, de eso puedes estar segura —No respondió. Extrayendo un puñal de su cinto tomó la mano de la *yantaresi* de la tribu scorpion y lo hundió en su palma.

Dánaer aguantó estoica el dolor, sin mudar el gesto. Surim extrajo el puñal, lo observó un instante limpiándolo sobre su ropa y sonrió. En su sonrisa resplandecía toda la maldad del cosmos.

Talik apretó los puños con rabia. Aquellos recuerdos se repetían una y otra vez en sus sueños. Se culpaba por no haber salido en defensa de su madre. Pero se lo había prometido, había prometido permanecer escondido junto con su hermana y cuidar de ella. Y sin embargo ahora también le había fallado en eso. Jannike llevaba seis lunas rojas en poder de Garum Hawatsi y ni siquiera sabía si continuaba con vida o no.

Había sido capturada mientras huía después de intentar vengar a su madre. Los rumores decían que el rey Surim Farae se encontraba en Siam visitando a su gran aliado el Garum Hawatsi, y la muy ilusa creía que sería capaz de asesinarlo ella sola, escondiéndose en el bosque de Yirah, y atacándolo durante una de sus frecuentes cacerías.

Talik salió a buscarla en seguida, pero tan solo encontró su daga en el suelo. Una daga con empuñadura de madera labrada, regalo del padre de ambos, que desde entonces portaba en el cinto.

Nunca más volvieron a ver a su madre ni a las otras hembras, después de que fuesen secuestradas por el rey Surim. Por más asedio que su padre y mucho otros guerreros dieron al Castillo Blanco en Tiree. Ataques que sólo consiguieron mermar el número de scorpions con los que contaban. Tres lunas rojas después un mercador les contó que el cadáver de Dánaer y las otras mujeres habían sido calcinados a las afueras del Castillo Blanco por un pequeño grupo de soldados, con evidentes signos de tortura.

El comerciante se encontró de modo fortuito con la expedición encargada de deshacerse de su cadáver, y esto a punto estuvo de costarle la vida, pues al parecer los soldados tenían órdenes de nadie podía saber qué hacían allí. Pero este logró convencerles de que no había visto nada regalándoles sendas garrafas de agua miel.

Después de que fuesen atacados toda la tribu hubo de mudarse, de cambiar de ubicación dentro del desierto. Se alejaron aún más de las montañas de Raian, donde las incursiones eran cada vez más lejanas y peligrosas. La magia se había desarrollado de un modo muy poderoso desde que en Siam contaban entre sus filas con un nuevo capitán: Sirah Inala. Desde su llegada al mando del ejercito las fechas élficas resultaban mortales

de necesidad, y eran muchos los que habían perecido bajo su veneno. Tantos que su padre Barack, había limitado el número de miembros en las incursiones en tierra enemiga tratando de proteger a su pueblo.

Pero Talik no podía permitir que su hermana corriese la misma suerte que su madre. Y en compañía de sus más fieles amigos arriesgaría su vida para tratar de salvarla una y otra vez antes de que fuese demasiado tarde para ella.

Aquella era la cuarta incursión en territorio enemigo desde que fuese capturada y en esta ocasión al menos no regresarían con las manos vacías. Había apresado a la primogénita del rey Garum. Ella debía ser una moneda de cambio lo suficientemente valiosa como para salvar a su hermana. Ese era su objetivo entonces. Llevarla hasta el desierto Escarlata y contactar con el rey para ofrecerle el canje.

Y si no aceptaba devolverle la cabeza decapitada de su hija en venganza por todo el daño infringido a su pueblo durante siglos.

Esto resultaría mucho más sencillo si la princesa fuese despreciable, en lugar de compasiva aunque obstinada.

«¿Compasiva?» Se recriminó a si mismo. «Es la hija de Garum. La maldita hija de Garum Hawatsi».

Y sin embargo le había salvado. Su propio padre la castigaría si supiese que habiendo podido dejarle morir le había salvado, a él, al hijo de su peor enemigo.

Si lograban alcanzar el desierto con la princesa en su poder, el *yantar* se sentiría muy orgulloso de él. Aunque sabía que Barack jamás hubiese aprobado que variasen su rumbo, regresando a territorio enemigo, para dirigirse a las cataratas y tratar de salvar la vida de Kainah. Porque él habría considerado mayor el riesgo de poner en peligro a todos los miembros de la expedición.

«En toda guerra hay bajas hijo mío, es inevitable», repetía. Pero Talik conocía a Rök y a Kainah desde que eran niños, desde que jugaban juntos a lanzar piedras a las profundidades de la cueva sagrada del chamán, tratando de adivinar si un espíritu vivía allí, o solo eran desvaríos del pobre viejo. Y no podía resignarse a perder al hermano de uno de sus mejores amigos mientras hubiese la menor esperanza de salvarle. Él creía en el poder sanador de Odalyn, lo había sentido en su piel, vibrando, electrizando cada célula de

su cuerpo.

«Maldita sea, Talik», se dijo furioso consigo mismo. «Deja de comportarte como un idiota. Es una elfa, una maldita elfa, que seguro que disfrutaría viendo como te degüellan por haberla secuestrado». Volvió la vista atrás, observándola un instante.

Una cascada de mágicos reflejos solares chisporroteaban en su cabello como un halo celestial. Apretaba una mueca de hastío en los labios que en nada ensombrecía la dulzura de su tez pálida, la candidez de sus ojos. Cómo brillaban, parecían dos faros que pudiesen guiarle lejos de la oscuridad de las profundidades de las cuevas de Roudan, su hogar. De pronto aquellos ojos le alcanzaron y sintió un hondo pinchazo en mitad del pecho. Giró el rostro, dolorido.

Talik la había mirado con desprecio. Le había descubierto mirándola, y acto seguido había girado el rostro con algo parecido a la repulsión reflejado en su faz morena. ¿Por qué la despreciaba tanto? ¿Por qué?

Porque era su enemigo. Y ella de igual modo debía despreciarle, debía desear su muerte, su perdición, su captura a manos del ejército elfo que le ejecutaría sin dudarlo, les ejecutarían a todos. Incluso a Kainah, al que iba a tratar de salvar con la fuerza de los elementos.

¿Es que se había vuelto loca? Tratar de salvar a uno de aquellos scorpion. ¿Por qué? Porque habían amenazado con matarla. ¿Pero lo hacía por eso? ¿O porque era tan estúpida que no podía presenciar como alguien tan joven perdía la vida sin hacer nada al respecto? Aunque ese alguien fuese un salvaje sin alma ni escrúpulos.

Y sin embargo Talik la había salvado de morir entre las fauces del caainot, y cuando Rök se dirigió hacia ella con ademanes de agredirla había leído en sus ojos una expresión de extraña, como si ella le importase.

«Pero solo porque trata de canjearte por su compañera, idiota», se dijo, resoplando cansada, hastiada, harta de aquella situación.

Si Talik y los suyos iban a canjearla por la tal Jannike, no debía preocuparse. Pero si los soldados elfos les descubrían habría lucha, y podría haber bajas, en uno u otro bando.

Bueno, quizá no le importaría que una de aquellas flechas envenenadas atravesase a Rök. Le miró de reojo, con la vista perdida en el horizonte y los

ojos negros cansados, circundados por profundas ojeras, con la mente muy lejos de allí. Así con fuerza los largos palos que componían la camilla en la que transportaba a su hermano moribundo. Parecía muy preocupado. No, ni siquiera quería que le hiriesen a él, mucho menos a Talik. Menos cuando ella carecía entonces de la magia necesaria para sanarlo.

Alcanzaron el desfiladero de Durum cuando el sol se hallaba en lo más alto del firmamento. La grandiosa roca rojiza se abría en dos y de ella surgía un manantial de aguas cristalinas que caían por encima de la piedra con violencia, esparciéndose en un millar de diminutas gotitas que reflejaban todos los colores del arcoíris. El cielo se convertía en una especie de bruma mágica sobre sus cabezas.

El agua conformaba una piscina natural de, al menos, la extensión de uno de los grandes patios del castillo, pensó Odalyn. A través del agua podía divisar cada roca, cada guijarro en las orillas, en el centro en cambio estaba llena de espuma por la caída de la cascada.

La princesa se sintió inmersa en uno de los viejos cuentos que le relataba su ama Naíta antes de dormir. Cuentos de los antiguos reinos en los que todos los habitantes de Cire vivían en paz, antes de que los scorpions fuesen tentados por el mal convirtiéndose en salvajes. Cuentos de príncipes y princesas que recorrían los bosques a caballo.

—Es precioso —masculló en voz muy baja ante semejante despliegue natural. Sin embargo Talik pudo oírla.

—¿Nunca has estado aquí? —preguntó con incredulidad. Odalyn descendió el rostro avergonzada. Ella, la princesa heredera, había disfrutado de menos libertad que cualquiera de sus súbditos. Porque su vida era muy importante, demasiado para ponerla en el menor riesgo. El alma se le encogió al pensar en ello.

—Nunca. En muy pocas ocasiones se me permite salir del castillo. Para protegerme de...

—De nosotros, ¿verdad?

—De cualquier peligro —respondió ella, sintiendo cómo perforaban su cuerpo las pupilas de los cuatro guerreros scorpion, detenidos a su alrededor haciéndola sentir diminuta. Había pasado casi toda su vida enclaustrada para evitar aquel momento, y sin embargo allí estaba, rodeada de los enemigos de su reino.

Talik y Handa, cruzaron una mirada entre ellos. Aquella no parecía una vida muy feliz. Encerrada entre los muros del castillo, sin poder disfrutar de las riquezas de los bosques de Siam, de sus cascadas, de sus llanuras y rincones más recónditos.

Un ruido sordo les interrumpió. Una especie de gruñido que llenó las mejillas de la princesa de rubor. Era su estómago. Estaba muerta de hambre, el derroche de energía la noche anterior había acrecentado su necesidad, pero se había negado a sí misma decirlo a sus captores. Tarde o temprano también ellos tendrían que hacerlo y estaba convencida de que la alimentarían a ella también. Lo que la princesa Odalyn desconocía era que los cuerpos de los temibles guerreros estaban tan acostumbrados a la escasez de alimentos, a la agonía de las largas travesías, que podían pasar días sin hacerlo.

—Parece que la princesita tiene hambre —notó Rök—. ¿No estáis acostumbrada al ayuno en vuestro palacio alteza? Nosotros sí, majestad. ¡Nuestros hijos se mueren de hambre porque no tenemos con qué alimentarles! —exclamó amenazador, sus ojos centelleaban de rabia.

—Déjala en paz Rök, es la última vez que te lo digo. Es nuestra prisionera y debemos respetarla. Si vuelves desobedecerme te relevaré como segundo de esta expedición —advirtió Talik muy serio. Los ojos negros de Rök se dilataron, no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Es que no recuerdas que estamos aquí para tratar de salvar la vida de tu hermano?

—Lo siento, *yantarii*.

—Es una elfa, claro que ellos no están acostumbrados a la necesidad. Y menos aún perteneciendo a la realeza. Pero debe estar fuerte para sanar a Kainah. Escondeos y descansad un poco. Tú ven conmigo, voy a alimentarte —proclamó instándola a que siguiese sus pasos, como un animal aleccionado en pos de su amo—. ¿Qué necesitas para hacer el ritual?

—Nada —respondió intimidada, apartándose con pasos breves de sus pies doloridos del escuadrón de guerreros que se dispersaron sin dejar rastro de que estaban allí—. Solo mi cuerpo, que actuará como catalizador y el contacto con el agua y la tierra, las fuentes de energía —explicó observando la agilidad felina con la que se movía por la espesura a pesar de su tamaño. De repente se agachó, hundiendo sus dedos en una huella del suelo, unos cascos que se alejaban del agua.

—Pisadas de caballo. Son recientes, de esta mañana quizá —Un poco más adelante hallaron los restos de una hoguera apagada que también se

aproximó a tocar con los dedos —Solo un grupo de exploradores. Cinco o seis...

—Tu amigo no me soporta.

—Rök no soporta a nadie —dijo volteándose para mirarla con una sonrisa. *Vaya pero si sabe sonreír y todo*, pensó—. Sobre todo desde que su madre... —se calló.

—¿Murió?

—Fue asesinada.

—¿Por mi gente? —dudó. Talik asintió. ¿Cómo podía creer aquello? Su pueblo era bueno. Su padre era bueno, poco cariñoso, pero se preocupaba por su seguridad y la de sus súbditos. *Ellos* eran los peligrosos, los asesinos.

—Su madre y muchas otras hembras cayeron a manos de un grupo de elfos. Ahora que él mismo tiene hijos su mayor temor es que alguien quiera arrebátárselo también...

—Por Laris, es terrible —masculló afectada. Si todo aquello era cierto podía entenderle, claro que lo hacía. Entendía el odio con el que la miraba, ella representaba la reencarnación de todo el mal a sus ojos.

—Voy a buscar algo para que te alimentes. Estoy seguro de que no se parecerá a los manjares selectos y elaborados del castillo a los que estás acostumbrada, pero el bosque es generoso, nos proveerá bien afirmó tomando una pequeña flor violeta del suelo entre los dedos, oliéndola. Comenzó a mirar todo el derredor, como si buscara algo. Dio un par de pasos más hacia la espesura, y tomó otra de aquellas flores violetas, también en el suelo, volviendo a acercarla a su nariz. Sonrió de nuevo y volvió a caminar en dirección al grueso tronco de un árbol que se alzaba sobre sus cabezas varios metros —. Ahí estás —clamó con una sonrisa de satisfacción en los labios y de un salto se encaramó a la gruesa corteza del árbol, trepando por él como un animal salvaje. Lyn jamás había contemplado a un ser tan ágil e intrépido deslizarse por entre las ramas de un árbol y le observaba absorta desde el suelo—. Deberías apartarte, princesa, antes de que comiencen a salir las abejas.

—¿Abejas?

—Muchas —advirtió perdido entre las altas ramas del árbol, y llevándose el puñal de su hermana Jannike a los labios, sujetándolo entre los dientes, extrajo con él una gruesa capa de cera empapada de brillante miel.

Las abejas comenzaron a revolotear nerviosas y entonces él frotó las

flores violetas que llevaba en los dedos entre sí, antes de introducirlas por la oquedad de la colmena natural. El particular aroma de las *fragantes* adormecería a las abejas, limitando su capacidad de respuesta. Otorgándole el tiempo necesario para descender del árbol con la misma agilidad con la que lo había trepado, con aquel tesoro ambarino entre las manos.

—El bosque provee manjares celestiales —aseguró orgulloso de si mismo mostrándosele.

—Vaya, ¿cómo sabías que estaba ahí?

—Porque las abejas siempre anidan en los *sangre de dragón* y éstos siempre crecen junto a las *fragantes*, es como el modo de tratar de defenderse de ellas. Aquí tienes, princesa —dijo entregándole el pedazo de panel pringoso en las manos menudas que no sabían cómo agarrarlo.

—Gracias —balbució mirándose las manos chorreantes de miel. Jamás había comido con las manos, y mucho menos lamido algo que le churreteaba entre sus dedos. Pero Talik la miraba ansioso por que lo probase y unido al hambre que la atormentaba fue suficiente para decidirse a hacerlo. Se llevó a los labios uno de sus dedos y el sabor fue... —. Delicioso, está delicioso —aseguró complacida. Ella había tomado miel en el castillo, claro que sí, refinada y procesada miel de las abejas del valle de Siam. Pero aquella miel era pura, muy dulce y en absoluto elaborada. Era deliciosa.

—Vamos, alejémonos de las abejas antes de que las *fragantes* dejen de hacerles efecto —pidió Talik pagado de sí mismo y caminó hasta alcanzar el pequeño estanque formado por la cascada del manantial en uno de sus laterales. Allí tomó asiento sobre una gran roca, observando atento el paisaje, alerta, como siempre. Odalyn le siguió, descansando en una roca cercana, muy próxima al agua donde continuó relamiendo la miel que empapaba sus dedos y sus manos.

—¿No vas a comer un poco? —preguntó.

—Ya lo haré cuando llegue a casa.

—¿Tienes casa? ¿Tenéis casas?

—Claro que tengo casa —respondió molesto—. ¿Qué pensabas acaso, que dormimos en madrigueras como los conejos?

—Lo siento, creía que vivíais en cuevas.

—Y vivimos en cuevas, es el único modo de sobrevivir en el desierto, bajo tierra. Están acondicionadas, no poseerán los lujos de vuestro palacio, pero son nuestros hogares, nuestras *chakras*.



—Dijiste que Rök tiene hijos.

—Tres.

—¿Tres? Vaya. Él es mayor que tú, ¿verdad? —aventuró mordiendo entre los dientes un pedazo del panel ceroso, sorbiendo con los labios, estaba hambrienta.

—Rök tiene mi edad, veinticuatro años, pero está emparejado desde los dieciséis. Encontró a su *serat* muy pronto.

—¿Qué es su *serat*?

—Su pareja de vida, la que será su compañera hasta el fin de sus días.

—¿Su esposa quieres decir?

—En absoluto. El matrimonio es una decisión, la pareja de vida es una bendición de la diosa Laris —declaró sin que pudiese entenderlo—. También Handa había encontrado a su *serat* y los tuyos se la arrebataron, como han arrebatado cada esperanza, cada motivo para la felicidad de mi gente —masculló con rabia.

—No conozco al pueblo del que me hablas, mi pueblo es compasivo, es noble, es justo.

—Cada vez tengo más claro que jamás habéis abandonado vuestra jaula de oro, pequeño pájaro —espetó lanzando una piedra al agua.

Quizá tenía razón, poco o nada conocía a los habitantes de Siam fuera del castillo, del propio reino más allá de las llanuras que lo rodeaban.

Así que los scorpions tenían una pareja de vida, una compañera, como una esposa para los elfos, imaginaba. ¿Sería Jannike la suya? Sintió rabia al pensarlo. Pero porqué, ¿acaso ella no estaba comprometida con el príncipe de Tíree? Apretó los puños y tras dar un último lametón al pedazo de cera lo lanzó al agua y observó como flotaba sobre la agitada superficie.

Entonces Talik se incorporó, dando por concluido el tiempo de la comida y Odalyn le imitó, pero sus pies malheridos dolieron demasiado y hubo de agacharse de nuevo agarrándolos con ambas manos por encima de la tela.

—¿Qué pasa?

—Nada —trató de incorporarse de nuevo. Pero el dolor se lo impidió. Las heridas se habían enfriado y escocían lacerantes con solo posar el pie en el suelo.

—¿Te duelen los pies?

—No es nada.

—Déjame ver —pidió agachándose a su lado, retirándole con cuidado las finas zapatillas de seda con sus fuertes manos. El corazón de Lyn latía frenético, percibiendo dicha sensación. Talik pudo comprobar que estaban deshechas por la caminata por el bosque, descubriendo debajo unos pies llenos de ampollas y heridas sangrantes—. Vaya, deben dolerte mucho —aseguró compasivo. Ella asintió avergonzada.

—Si tan solo tuviese mi magia... —masculló. No pudo evitar sentirse culpable porque había empleado toda su magia sanadora con él y entonces carecía del poder suficiente para curarse a sí misma.

Extrajo de su zurrón varias hojas de distintas hierbas con las que machacándolas entre los dedos fabricó un emplaste que aplicó con cuidado sobre las grandes ampollas de sus pies dañados.

—Esto te aliviará —afirmó deslizando el mejunje por su heridas con cuidado.

Odalyn observó aquellas manos rudas posadas en sus tobillos, recorriendo sus malheridos pies con aquellos ungüentos de hierbas y un cosquilleo nervioso recorrió todo su cuerpo. Se mordió el labio inferior tratando de contener la invisible fuerza eléctrica. Talik la miró a los ojos, como si también él hubiese podido sentirla, taladrándola con aquellas pupilas plateadas como si pudiese ver a través de ella.

La princesa estaba temblando. Temblaba como un pajarillo asustado y su pecho se mecía rápido con cada respiración. Sus labios parecían más hinchados y enrojecidos y su mirada anhelante, ansiosa. ¿Por qué? El guerrero sintió cómo una parte de su cuerpo se veía muy afectada por la expresión que podía leer en su rostro. Una parte que no sería fácil de camuflar bajo el pantalón de piel.

—Es suficiente —dijo apartando los pies de sus manos, sobrecogida. Mientras él aún la observaba con ferocidad. Ni siquiera ella misma entendía su repentino nerviosismo, ni el motivo por el que su respiración se había acelerado, sus piernas se habían apretado y *algo* había palpitado muy hondo en su bajo vientre.

Las hierbas comenzaban a aliviar el escozor de sus pies, no así el *otro* que acababa de surgir de modo inesperado y que intentaría olvidar lo antes posible, y esperaba que si era capaz de realizar la sanación de Kainah terminasen de cicatrizar en el proceso.

—Espera, no puedes volver a utilizar esos zapatos, no sirven de nada ya —advirtió extrayendo un par de sandalias de piel enrolladas dentro del zurrón. Posándola sobre el suelo junto a su pie recortó la parte delantera con la afilada hoja de su puñal hasta que se asemejó a la medida del pie de su prisionera. Odalyn le observó, acuclillado a su lado, aquella cabeza morena de negros cabellos, la cinta trenzada en su pelo, su nuca ancha y despejada, la espalda continuada por la rígida coraza que limitaba y protegía los movimientos de su tronco. Los brazos poderosos, capaces de doblar en dos una carreta, con los músculos desarrollados para la lucha... Y el corazón volvió a acelerársele.

—Está bien, está bien, sé hacerlo, no soy inútil —dijo arrebatándole las sandalias de las manos. Y decidida las ató a sus tobillos, eran idénticas a las de su captor, y descubrió que muy cómodas. Ambos iniciaron el camino de regreso al lado opuesto de la cascada donde les aguardaba el resto de la expedición en silencio.

Handa, Ninwo y Rök la observaban acercarse a la improvisada camilla en la que habían transportado el cuerpo exánime de Kainah, cuyo rostro comenzaba a teñirse de azul, ni siquiera aguantaría otra noche si la princesa no lograba salvarle.

Odalyn se mordió el interior de las mejillas rabiosa por no haber prestado mayor atención a las lecciones de su mentor. Ella y Arlet siempre habían estado demasiado ocupadas con sus juegos y sus bromas, como colocarle un huevo bajo el cojín de su sillón que estallase en cuanto el físico tomase asiento, o cambiarle el vino con el que solía *aclararse la garganta*, por vinagre.

Arlet, cuánto estaría sufriendo con su desaparición. Ella y Sirah eran su único apoyo en el castillo, sus únicos amigos.

—¿Qué debemos hacer? ¿Qué necesitas?

—Nada. Necesito silencio —afirmó introduciendo los pies en el agua, caminando con cuidado sobre las resbaladizas rocas cubiertas de musgo, mojándose hasta las rodillas con el remanso de agua helada procedente del interior de la tierra. Se arrodilló, permitiendo que el nivel le alcanzase hasta las caderas y miró al grupo de guerreros que se hallaban ante ella—. Traedle aquí —pidió. A un gesto de Talik Handa desató el menudo cuerpo de Kainah mientras su hermano Rök se revolvía como un animal asustado, pasando una

mano por el rostro, con una mezcla de dolor y rabia arrasándolo por dentro. Handa dejó caer el cuerpo de Kainah con cuidado junto a ella mojándole, situando la cabeza del muchacho entre las manos de la princesa, que la apoyó en su regazo —. Ahora necesito que os apartéis.

—No pienso dejarte a solas con mi hermano —mordió Rök.

—He pedido que os apartéis, no que os marchéis —dijo atravesándole con una poderosísima mirada azul. Comenzaba a abrir canales de conexión con la naturaleza y esto la dotaba de una energía arrolladora que crecía de modo exponencial.

Ifirin se lo había explicado; *Los elfos somos como unos recipientes en los que se acumula la magia que nos rodea, la magia universal, la energía que mueve el universo. Tenemos el poder de disponer de ella a nuestro antojo hasta que se agota, y una vez agotada, un elfo poderoso que haya sido aleccionado es capaz de canalizar la energía directamente desde el entorno y utilizarla a su capricho. Pero muy pocos son capaces de hacerlo.*

Esperaba ser uno de ellos.

Cerró los ojos e inspiró despacio, tratando de apartar su mente del grupo de scorpions que la observaban desde la relativa distancia expectantes. Sintió el frío rostro de Kainah entre sus manos, estaba a punto de cruzar al otro lado. Ella era su única oportunidad para vivir. *Estás de suerte chico*, se burló de sí misma en su fuero interno

Volvió a inspirar, a concentrarse en el ruido del agua, en la energía azulada que aún con los ojos cerrados podía ver que les rodeaba. Era como una bruma añil que envolvía el derredor. La magia natural, ahí estaba, podía verla con el ojo del alma, el tercer ojo.

Y se abrió despacio, abrió su centro de poder, permitiendo que toda aquella energía la penetrase, sintiéndola fulgurar a través de su garganta, de sus pulmones, de su pecho, recorriendo eléctrica sus manos, posadas en el rostro del joven guerrero.

Tiró con fuerza de aquella energía que la rodeaba, la que fluía por la cascada y llegaba en ondas, la chispeante que emitían los árboles mecidos por el viento que comenzó a agitar su cabello dorado, la burbujeante energía del interior de la tierra... Y fue depositándola sobre Kainah, cuyo rostro podía ver en el interior de su mente a pesar de tener los ojos cerrados.

Y fue como si Kainah se aferrase a aquella energía que estaba ofreciéndole de modo desesperado, absorbiéndola como un agujero negro,

desesperado. El chico no quería morir, se agarraba a la vida con uñas y dientes. Pero no solo tiraba de la energía que Odalyn canalizaba, sino también de la suya propia, y por un momento la princesa se sintió desfallecer.

No, no... masculló apretando los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas. E hizo un último esfuerzo para recoger toda aquella bruma azul que la rodeaba a la vez que sentía el alma del guerrero más y más cerca de la superficie, desde el oscuro pozo en el que se hallaba sumida.

Cuando ya no podía más vio dentro de su cabeza como este abría los ojos. Los abrió ella a su vez, encontrándose con sus pupilas oscuras.

—Tú, me has salvado —dijo mirándola embelesado y ella no pudo sino sonreír. Todos acudieron a su lado para comprobar el estado del muchacho.

—Hermano —Rök le abrazó con los ojos llenos de lágrimas no derramadas, arrebatándole de las manos al guerrero que recién regresaba del oscuro camino al inframundo. Talik se unió a la celebración de los hermanos, dedicándole una mirada de agradecimiento que se le clavó en el alma.

Pero esto no impidió que se percatase de inmediato que no había rastro de Handa ni Ninwo. Caminó para salir del agua despacio, agotada, provocando que la tela mojada del vestido se adhiriese a su piel. Y entonces le vio. Un elfo, embutido en su armadura dorada, escondido entre los matorrales, con su arco apuntaba una flecha hacia la cabeza de Talik.

—¡¡Nooooo!! —gritó, capturando la atención de los tres guerreros, así como la del elfo que le apuntaba, cuyos ojos azules la miraron una última vez antes de que una hacha se clavase con fuerza en su pecho, atravesando el metal, acabando con su existencia. El hacha de Handa que reaparecía entre la maleza.

Un rayo azulado cruzó frente al grupo de guerreros que lo esquivaron con agilidad. Rök tiró de Kainah hacia los matorrales y Talik corrió hacia ella, tirando de su brazo hasta sacarla del agua por completo.

—Yo en tu lugar no lo haría, elfo —advirtió situando su puñal bajo la garganta de Odalyn, volviéndose hacia la espesura. De entre los árboles surgió Sirah Inala, envuelto en su armadura de capitán de la Guardia Real. Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta y sus ojos azules ardían de rabia y preocupación.

—Aparta tus sucias manos de ella, maldito animal —exigió, mientras a su espalda surgían dos soldados más, vigilados con atención por el arco de Ninwo y el hacha recuperada ya por Handa.

—Un paso más y desgarró la garganta de vuestra querida princesita — aseguró Talik con ira, sujetándola con violencia.

Lyn rompió a llorar, por su culpa había muerto aquel soldado, solo por su culpa. La había mirado antes de morir, sin entender el porqué de su grito. Un porqué que ni ella misma era capaz de entender, lo había hecho por salvarle a él, a él que ahora la amenazaba con su arma cuando acababa de salvar la vida de su amigo. No podía dejar de llorar.

—Suéltala o... — espetó rabioso Sirah.

—¿O qué *elfo*? —Lyn sentía el frío del metal en su cuello, un frío que parecía colarse hasta sus huesos—. Trata de alcanzarme con uno de tus malditos rayos y ella caerá conmigo.

—No lo hagas Sirah, por favor —pidió ahogada en llanto—. No lo hagas, yo... yo estoy bien.

—Cállate —la instó Talik, apretándola contra sí con mayor fuerza. Pero no pensaba callarse.

—Estoy bien Sirah... Ellos no me harán daño, solo pretenden intercambiarme por una prisionera del castillo... —afirmó—. ¿Mi padre... mi padre está bien? —continuaba a pesar de sentir el pinchazo de la daga firme en su garganta.

—Tu padre está como loco Lyn... —reveló el capitán con los ojos ensombrecidos por la desesperación—. Tu prometido llegará esta noche al castillo.

—¿Su prometido? —dudó Talik sin poder camuflar cómo aquellas palabras le escocían dentro, muy dentro del pecho.

—La princesa Odalyn Hawatsi está comprometida con Enar Farae, príncipe de Tiree, el mismo que os dará caza y exterminará hasta al último de los vuestros.

—Tendrá que atraparnos primero.

—Sirah, dile a mi padre que estoy bien. Solo tiene que acceder al cambio con la prisionera... —pidió. La mirada de Sirah se nubló. Había algo que ella no sabía, algo que se le escapaba. Algo que le concedía la certeza de que no sería tan sencillo.

—Cállate, maldita sea —le ordenó Talik. Rök y Kainah sostenían sus espadas en alto, el arco de Ninwo apuntaba a la cabeza rubia de Sirah—. Lo que dice la *princesita* es cierto... Llevad a Jannike hasta el paso de Somerseeg dentro de sesenta lunas y os la devolveré sana y salva —Rök le

había advertido que aquella misma noche nevaría, imposibilitando el viaje al desierto a través de las montañas, y él nunca fallaba, así que debía conceder el tiempo necesario para el deshielo, sesenta lunas era un plazo acorde para ello—. Justo bajo la gran piedra roja de Rah, al anochecer. Y espero que no tenga un solo rasguño porque de lo contrario ríos de sangre de elfo regarán todo Siam.

—¿Sesenta lunas? Entrégamela ahora, malnacido y te prometo que liberaré a la prisionera —trató de convencerle Sirah. Así que lo admitía, admitía que la retenían en su poder, pero, ¿por qué? —. Entrégamela y te cubriré de oro.

—Vosotros y vuestra maldito oro. ¿Crees que me importa? ¿Qué nos importa? ¿Acaso el oro devolverá la vida a todos los que habéis aniquilado como alimañas? ¿Crees que no sé quien eres? Maldito seas Sirah Inala... el *Exterminador*.

¿El Exterminador? Dudó Odalyn en su fuero interno. ¿Por qué? ¿Por qué llamaban de aquel modo a su amigo?

—Matémosle ahora, matémosles a todos —gritó Rök con los ojos llenos de ira, fuera de sí.

—¡¡¡Nooo!!! —exclamó la princesa—. No por favor. Si tratáis de herirle de algún modo yo misma me clavaré esta daga y no tendréis a nadie por quien intercambiar a esa Jannike —clamó desesperada. No aquello no estaba dispuesta a permitirlo de ningún modo, contemplar cómo atacaban a su amigo aprovechando que no se defendía por miedo a que la hiriesen. Todos allí eran conscientes de que un solo despliegue de magia del poderoso Sirah acabaría con todos ellos en pocos segundos.

—Márchate elfo —exigió Talik, podía sentir sus músculos en tensión presionados contra su espalda y el frío acero del puñal en la garganta —. Desaparece y entrega el mensaje. Creo que ofrezco un acuerdo justo y pacífico, beneficioso para ambos pueblos; sesenta lunas y nos encontraremos al anochecer bajo la inmensa roca de Rah. Allí os devolveremos a vuestra princesa sana y salva si vosotros nos entregáis a Jannike. Una princesa por otra.

—Así será Talik Sagán —dijo, revelándole que también él le había reconocido, dedicándole una última mirada a la princesa. Su princesa, su amiga, cuya desaparición le había vuelto loco. La que acababa de amenazar con clavarse ella misma aquel puñal si alguno de los scorpions trataba de

herirle.

Odalyn sintió aquella última mirada llena de dolor y pesar y supo que Sirah ocultaba algo tras sus palabras, que decía que sí con los labios pero no con los ojos. Ella le conocía, le conocía mejor que nadie. Y su silencio translucía que no habría intercambio, o al menos él no lo creía posible. Pero, ¿por qué?



## Capítulo 9

### Gracias



Comenzaba a anochecer y sin embargo continuaban caminando. No habían dejado de hacerlo desde que abandonasen las cataratas de Ragna y Handa liberase y azuzase los caballos de los miembros del ejército elfo antes de atarles entre ellos para concederles el tiempo necesario para su huida. El mismo tiempo en el que la princesa no había dejado de llorar.

Caminaba en silencio en mitad del grupo. Rök y su hermano Kainah lo hacían detrás y Handa, Ninwo y Talik antecedían sus pasos. Todos en silencio. Solo su llanto lo interrumpía.

El terreno era pedregoso y estaba plagado de vegetación rastrera, pero mucho más transitable que el bosque de Yirah que habían dejado atrás, tupido como una tela de araña.

Unas palabras resonaban en la mente de Odalyn, una y otra vez, martirizándola, hiriéndola. Las palabras que solía utilizar su querida ama Naíta para regañarla cuando era una niña; *Debes pensar antes de actuar, nuestros actos tienen consecuencias, pequeña Lyn*. Y en aquella ocasión, la consecuencia de los suyos había sido dramática.

Por su culpa había muerto un soldado. El hacha de Handa se había clavado en su pecho, atravesando su lustrosa armadura, acabando con su vida en el acto. Un soldado al que a penas conocía, al que había visto en contadas ocasiones durante los cambios de guardia en el castillo, y del que ni siquiera sabía el nombre. Pero un soldado que debía tener una familia que estaría llorándole entonces, que trataba de defenderla, ¡por las Diosas Lunares, estaba allí tratando de salvarla a ella! Su última mirada había atravesado su alma como un hierro candente.

¿Y todo por qué? ¿Por qué? Porque no había podido permanecer callada para que una flecha dirigida a la cabeza de Talik le atravesase en dos. Por salvar a aquel bruto mastodonte que caminaba un par de pasos por delante de ella con la mirada fija al frente como si su mera presencia le asquease. Por el mismo que la había sostenido con rudeza apretando un afilado puñal contra su garganta, amenazando con degollarla si no le obedecía.

Si la flecha de aquel soldado hubiese atravesado a Talik, éste hubiese muerto y Sirah, con su poderosísima magia habría arrasado con el resto de guerreros scorpion en un santiamén. Habría arrasado con medio bosque en solo un pestañeo. Ninguno de los suyos habría resultado herido y ella se encontraría de vuelta en casa, en su hogar, en el castillo de altas torres que

gobernaba el valle de Siam. Habría regresado a su vida.

Y en solo unas cuantas lunas se desposaría con Enar Farae, príncipe heredero de Tiree. Quien seguro que no tendría ni la mitad de vida dentro de sus iris, porque no serían plateados, seguro serían de un aburrido azul como los del resto de elfos.

«Malditos ojos plateados. Maldito seas Talik Sagán», se repetía acribillando su espalda morena con la mirada. Maldito él y su querida Jannike. Esa era su única valía. Ser la moneda de cambio que permitiese a aquellos salvajes intercambiarla por su *princesa*, su *yantarae* como la llamaban. Y si en algún momento había empatizado con ellos, si en algún momento llegaron a parecerle menos bárbaros de lo que eran, aquel desgraciado suceso en las cataratas le había dejado bastante claro que se equivocaba.



Talik apretaba los puños con rabia cada vez que aquella escena se repetía en su cabeza despacio. Odalyn gritaba avisándole del peligro, sus ojos contemplaban la fecha que se dirigía hacia él, esquivándola a la vez que el ataque implacable del hacha de Handa caía sobre el soldado que se ocultaba en la maleza, acabando con su vida.

De modo instintivo agarraba a la princesa amenazándola con su puñal en el cuello pues su experiencia le decía que aquel soldado no estaría solo. Y en efecto no se equivocaba, el mismísimo Sirah Inala, el *Exterminador*, había surgido del bosque con las manos en alto, junto con otro par de soldados. Sabía que de no haber amenazado a la princesa jamás habrían sobrevivido, no le llamaban el *Exterminador* sin motivo.

La euforia de recuperar a Kainah les había dejado indefensos, habían bajado la guardia y lo habrían pagado con sus vidas de no ser por aquella reacción defensiva.

Y sin embargo no se sentía orgulloso de sus actos, de haberla utilizado como escudo, de haber situado el frío acero de su daga sobre su garganta. En realidad se sentía como un auténtico miserable.

Él jamás la habría dañado, jamás la habría herido. Ella había salvado a

Kainah, le había salvado a él mismo... y se lo había pagado amenazándola de muerte ante los suyos.

Pero Inala no era cualquier elfo, era el más poderoso de todos cuantos existían. Había tenido la oportunidad de observarle en combate, durante un asalto en el que había abrasado a cinco guerreros con las llamas azuladas que surgían de sus diabólicas manos, en las cercanías del paso de Somerseeq, hacía veinticuatro lunas rojas, aproximadamente dos años. El grupo de scorpions comandado por Talik fue descubierto cazando en los bosques de Yirah, les persiguieron como a animales, tratando de acorralarles para acabar con todos ellos.

Los rayos azulados que emitía desde sus manos desnudas el capitán se perdían en la distancia. Era como si toda la furia de una tormenta surgiese de las palmas de sus manos, y eran letales, vaya si lo eran. Y al contrario del resto de elfos, su magia no menguaba, el *Exterminador* continuaba impasible, implacable, como si su energía fuese inagotable, sin límite alguno.

La expresión del capitán en aquel encuentro había sido muy distinta a la preocupación que había leído en sus ojos azules aquella tarde. Sirah Inala parecía un elfo frío e impasible, y sin embargo había percibido auténtica desesperación por la suerte de su princesa en sus gestos.

¿Estaría enamorado de ella?

Además le había revelado algo que desconocía hasta aquel momento, algo que al pensarlo le producía náuseas; Odalyn estaba prometida con Enar Farae.

Prometida.

Cuando aquello acabase. Cuando al fin pudiese liberarla y entregarla a su pueblo, cuando lograse canjearla por su hermana Jannike, ella se desposaría con el príncipe de Tiree. Sin duda su padre no podría haber elegido mejor partido en todo el territorio de los cinco reinos.

Según contaban los clanes del norte del desierto, Enar Farae era tan despiadado y sangriento como su padre. Un elfo que disfrutaba con el sufrimiento que ocasionaba a sus víctimas y para el que además, acabar con todos ellos era una prioridad.

Resultaba doloroso pensar que Odalyn acabase en manos de semejante villano. Ella poseía una nobleza inconcebible en su raza. Lo había demostrado salvando la vida de Kainah sin que nadie la hubiese forzado a hacerlo. Jamás se había sentido tan conmovido por el destino de una elfa.

Pateó una piedra del camino con furia. No merecía recibir a un asesino como esposo, como tampoco merecía al despiadado monstruo que tenía por padre, pero aquel no era asunto suyo. Su asunto era rescatar a Jannike y la mirada llena de angustia del capitán había sembrado serias dudas en su interior de si sería capaz de lograrlo. ¿Acaso Garum no accedería a intercambiar a su propia hija? ¿Tal era su lealtad al reino de Tiree? ¿O es que Jannike ya estaba muerta?

Ese pensamiento le nubló la mente, llenándole de desesperanza. No, su hermana no podía estar muerta. Lo sabrían, él lo sentiría en su corazón, estaba seguro de ello.

La noche caía a sus espaldas, habían caminado el resto del día, sin detenerse para alimentarse siquiera y aunque sabía que tanto él como sus guerreros podrían soportarlo una noche más, hasta que al alba hubiesen atravesado las montañas y alcanzasen el desierto, ella no podría resistirlo.

Ella debía estar agotada, a pesar de que ni una sola palabra, ni una sola protesta hubiese escapado de sus labios desde que dejasen las cataratas de Ragna. La había oído llorar, sorbiéndose los mocos como una niña pequeña, en voz muy baja, todo el camino. Y no podía dejar de sentirse como un miserable porque él era el culpable de su dolor.

—Pasaremos la noche entre esas rocas —afirmó de pronto, deteniendo sus pasos para indicar hacia una formación natural con una gran piedra central sesgada en su mitad, por un rayo quizá, que se extendía hacia un lado, proporcionando una especie de visera lo suficientemente amplia para abarcar a todo el grupo.

—¿Estás seguro Talik? —preguntó Ninwo—. Sería mejor llegar hasta el paso de la montaña y ocultarnos ahí.

—Entonces descansaremos solo unas horas y partiremos antes del amanecer. Kainah aún está débil y nuestra *prisionera* también necesita descansar —masculó buscando las fuerzas necesarias para enfrentar sus ojos de nuevo. Y recibió una mirada de odio, de un odio profundo y azul como el firmamento.

—Puedo aguantar —aseguró Kainah, sin embargo su aspecto decía lo contrario. Estaba extenuado, se apoyaba en el hombro de su hermano y cojeaba. Aún debía dolerle la cicatriz de la herida producida por la flecha en su pierna que había estado a punto de costarle la vida y que, al contrario que

en las lesiones de Talik, su marca no había desaparecido por completo. Quizá porque la sanación había estado a punto de llegar demasiado tarde en su caso.

—También la *prisionera* puede aguantar —aseguró esta. Cuánto el dolió aquella palabra, ya no era la princesa Odalyn, solo era la *prisionera*. Pero, ¿a caso no era cierto? ¿Por qué le molestaba que utilizase aquella palabra para referirse a ella?

—Descansaremos aquí y no hay nada más que hablar — sentenció agachándose, soltando a un lado su zurrón de piel del que extrajo de nuevo el par de piedras con las que crear fuego para calentarse. Una bruma helada azotaba el aire, solo permanecerían unas horas, el tiempo necesario para recuperar fuerzas y alimentarse. Golpeó las dos pequeñas piedras de sílice entre sí creando una chispa que arrojó sobre un puñado de hierba seca, produciendo un humo espeso y gris al que siguió un fuego dorado que resplandeció vivaz protegido por sus manos—. Handa, busca algo que comer —ordenó volviéndose hacia el guerrero de larga barba oscura y cabeza rasurada. Y el individuo asintió silencioso antes de volverse, caminando hacia la oscuridad en busca de alimento para el grupo.

Lyn tomó asiento al amparo de la enorme roca, frente al fuego, abrazándose ambas rodillas contra el pecho, hundiendo el rostro entre sus piernas, agotada. Los pies le ardían a pesar del tratamiento ofrecido por Talik con sus ungüentos de hierbas, y de la magia sanadora que había canalizado entre sus manos.

Kainah se deslizó despacio desde el enorme brazo de su hermano Rök hasta situarse a su lado, tomando asiento apoyando la espalda contra la piedra, ahogando un débil lamento entre los labios.

—Gracias —masculló el muchacho. Ella alzó el rostro para mirarle—. Puede que después de lo que ha pasado te hayas arrepentido de salvarme, pero no puedo evitar sentirme agradecido, princesa. Gracias —repitió observándola con sus ojos redondos, negros, agotados pero rebosantes de vida.

—Ya me lo agradeciste en las cataratas —respondió seria, para después apoyar los labios sobre las rodillas. Observando cómo Talik daba por concluida la hoguera que había limitado con pequeñas piedras, y se giraba, dándoles la espalda, oteando el derredor expectante. Ninwo y Rök tomaron asiento frente al fuego en el lado opuesto, estirando las piernas tras la larga caminata.

—Creí que eras una diosa.

—¿Qué?

—Cuando abrí los ojos y te vi, sosteniendo mi cabeza entre tus manos, sumergidos en el agua de las montañas, me miraste con esos ojos azules como el mar y en ese momento pensé que debía haber muerto y me hallaba entre los brazos de la diosa Laris —relató entusiasmado.

—¿De Laris? ¿De la diosa del amor? —sonrió halagada. Laris era considerada la diosa más hermosa de las dos hermanas, con su largo cabello plateado mecido por el viento estelar. Además Laris era la encargada de recibir a los muertos cuando Thalassa, una diosa menor, los transportase hasta las nubes desde el fondo del mar, y los cuidaba hasta que llegase el momento de la reencarnación. Así que scorpions y elfos compartían dioses, quizá fuese lo único que tuviesen en común.

—Sois muy bella princesa, la elfa más hermosa que he visto nunca —aseguró el muchacho con inocencia. Odalyn sintió los ojos de todos los presentes sobre su cuerpo. Rök y Ninwo se miraron entre ellos divertidos por su falta de pudor. Talik se volvió mirándoles a ambos, en silencio.

—Creo que la lengua de mi hermano se halla aún embriagada por la magia —dijo Rök en tono jocosos, dando un codazo cómplice a su amigo Ninwo que comenzó a reír a carcajadas mientras desmontaba su mortífero arco para limpiarlo. Odalyn no pudo evitar sentirse violentada, se incorporó con intención de abandonar aunque fuese solo un instante aquella burbuja de presión que Kainah había creado sin pretenderlo a su alrededor.

—Gracias. Y no, a pesar de lo que ha pasado, no me arrepiento de lo que hice —masculló pasando por su lado, él la miró con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Talik cuando le sobrepasó caminando.

—Necesito aire, solo pretendo sentarme ahí —Indicó una roca plana, a unos diez metros del fuego—. ¿Temes que me escape? ¿Piensas que no sé que me capturaríais y acabaríais conmigo, antes de que diese dos pasos en dirección a Siam, al igual que habéis hecho con ese pobre soldado? No soy tan estúpida.

—Cuida tu lengua, princesa —advirtió crecido ante su rechazo—. No hablas con uno de tus súbditos. Ese *pobre soldado* iba a acabar con mi vida.

—Por supuesto que sé que no estoy rodeada de los míos, no es necesario

que me lo recuerdes —balbució conteniendo las ganas de romper a llorar. Y dando los pasos que la separaban de su objetivo tomó asiento en la roca plana, a oscuras, bajo la estrellada bóveda celeste en la que resplandecía la luna blanca, la luna Laris, esa con la que la había confundido Kainah en su forma terrenal, testigo muda de su dolor.

Handa regresaba de su incursión de caza con un pesado animal a su espalda, pero ella se arremolinó sobre su propio cuerpo, abrazándose a sí misma, cubriéndose los pies embutidos en las sandalias de piel con la tela del maltrecho vestido de seda. No les pediría nada de comer, no iba a pedirles nada así muriese de hambre y de sed.

De pronto dio un respingo, se había adormilado y la cabeza había caído hacia delante, sobresaltándola, haciéndola despabilar, cuando oyó que alguien se le acercaba por la espalda. Miró hacia detrás y descubrió a Kainah que se aproximaba con un el muslo asado de un animal entre sus manos como una bandera.

—Tienes que comer algo, princesa. Toma —Ella negó el ofrecimiento.

—No tengo hambre —Y al decir aquellas palabras su estómago protestó. Estaba hambrienta.

—¿Estás segura? Porque una de dos; o tenéis hambre u os habéis tragado a un felino de las montañas sin que nos hayamos percatado —bromeó, haciendo resplandecer su inmaculada dentadura. Era tan joven, había tanta vida en el interior de aquellos ojos castaños, que se sentía reconfortada de haberle salvado. Tomó el muslo entre sus manos y aceptando que el hambre podía más que su voluntad le dio un mordisco. Kainah tomó asiento a su lado mostrándole su cantimplora de piel de cabra con cierre de metal para que bebiese—. Vaya qué *salvaje* —bromeó refiriéndose a su modo de morder, hambrienta, haciéndola reír. Masticó en silencio aquella carne caliente y jugosa, deliciosa, o quizá era el hambre el que la hacía saborearla de ese modo. Se limpió los labios con las manos y éstas en la vegetación, como si no tuviese modales, su ama se avergonzaría si pudiese verla. Kainah continuó comiendo a su lado y dando sorbos de su cantimplora.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Catorce. ¿Y tú?

—Diecinueve, hace dos noches fue mi cumpleaños.

—Lo siento. Siento que te hayas visto envuelta en todo esto.

—¿Envuelta? Talik me ha secuestrado, amenazó con atravesarme la

garganta con su puñal —espetó con rabia, dirigiendo sus ojos al jefe scorpion que deglutía su cena meditabundo rodeado por sus compañeros.

—Talik puede comportarse como un bruto, y sé que debió ser violento que te amenazase con su daga de aquel modo, pero si no lo hubiese hecho estaríamos todos muertos. Él solo trata de ayudar a nuestro pueblo. De recuperar a Jannike, ella y su padre son su única familia.

—No tiene madre, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo murió? —preguntó, recibiendo una mirada recelosa. Aquel era un tema peliagudo, al parecer —. Talik ha jurado por su difunta madre, ¿es que murió al darle a luz?

—No. Pero no creo adecuado que sea yo quien te hable de eso. Es su dolor, su historia... —aseguró con una madurez impropia, arrojando el hueso pelado hacia las sombras.

—Está bien. Pero me vais a mantener prisionera sesenta lunas, ¿qué va a ser de mí? ¿Por qué tanto tiempo?

—Por la nevada.

—¿Qué nevada?

—Nos aguarda una nevada inminente. Será el tiempo necesario para el deshielo. No te preocupes por tu seguridad, estarás bien, nadie te hará daño.

—Son sesenta lunas alejada de mi familia, no puedo estar bien bajo ningún concepto. Habré muerto antes de que llegue el día del intercambio y le devuelvan a Talik su novia de una vez.

—Jannike no es su novia —advirtió Kainah divertido—. Jannike es su hermana.

—¿Su hermana? Yo creí...

—Jannike es la hermana menor de Talik —Lyn sintió cómo un alivio inexplicable recorría todo su cuerpo.

—¿Cuántos años tiene Talik?

—Veintidós —Parecía mayor, mucho mayor que ella, tanto por su aspecto rudo y fiero como por el modo de comportarse y la determinación con la que hablaba—. Y Jannike catorce, como yo. Es una chica indisciplinada, rebelde y salvaje que siempre está metiéndose en problemas.

—Vamos, que te gusta, ¿no es cierto? —Kainah sonrió descubierto y ella no pudo evitar echar a reír.

—Veo que os estáis divirtiendo —les interrumpió Talik, estaba de pie a



la espalda de ambos. Les había alcanzado sigiloso cual depredador y les observaba como si les hubiese descubierto haciendo algo indebido.

—Solo estamos hablando —se excusó Kainah intimidado, temeroso de que hubiese oído lo que sentía hacia su hermana Jannike—. Bueno, creo que voy a por algo más de carne —masculló incorporándose, alejándose de ambos.

—Gracias, por ahuyentar al único scorpion que ha sido amable conmigo —espetó Odalyn mirándole con fijeza.

Talik estaba nervioso. Había sentido mucha rabia al oírles bromear en la distancia. Se preguntaba por qué Kainah había conseguido en solo un instante lo que él parecía que jamás lograría, hacerla sonreír.

¿Sentía celos? ¿Aquellos eran celos? Apretó la mandíbula, sin poder evitar que un leve gruñido escapase entre sus labios. Jamás había experimentado celos. Todos sus amigos habían encontrado ya a sus *serats*, a sus parejas de vida, y ansiaban formar una familia con ellas. Él en cambio solo pensaba en la batalla, en la lucha, en la victoria sobre el brazo opresor de aquellos malditos elfos.

—¿Es que vas a morderme? —se burló la princesa, al oírle gruñir como un animal. Era insoportable.

—No tendrás esa suerte —aseguró. Acucillándose a su lado sin perder de vista a sus compañeros que conversaban distendidos alrededor del fuego, incluido Kainah que les había alcanzado y se acomodaba junto a su hermano—. Yo... —¿sería capaz de decirlo? ¿lo haría? Su corazón le decía que debía hacerlo pero no se sentía capaz. Estaba demasiado incómodo y no por la postura, podría haber pasado un día entero en cuclillas y se hallaría más a gusto que en aquel preciso momento—. Yo...

—¿Tú qué?

—Yo... demonios... —farfullaba para sí—. Yo... lamento haber tenido que amenazarte con mi daga —dijo al fin, e incorporándose veloz se alejó de su lado con grandes zancadas. Urgido, como si el suelo bajo sus pies quemase.

Lyn le observó alejarse, apremiado, con pasos rápidos hasta alcanzar al resto del grupo y acomodarse bajo la gran roca. Y aunque no podía verlo

supo que sus ojos grises la contemplaban.

¿Qué había sido aquello, una disculpa? ¿Talík Sagán, el grandullón despiadado, el hijo del mayor jefe de cuantos clanes scorpions existían se había disculpado por utilizarla como escudo? No podía dar crédito.

Un aullido sesgó el calmo silencio de la noche y la princesa, con el corazón latiendo a mil revoluciones dentro del pecho, decidió aproximarse al amparo de sus captores. Hacía frío y el fuego que calentó sus terminaciones nerviosas fue recibido como un bálsamo reparador.

Rök vigilaba sobre sus cabezas, oteando el horizonte desde la cima de la gran piedra inclinada. Kainah se había rendido al sueño reposando la cabeza de largos cabellos castaños sobre su zurrón de piel, Talík afilaba con una pequeña piedra su magnífica espada, Ninwo dormía extendido en el suelo y Handa permanecía estático como una figura tallada en piedra, con los ojos cerrados en posición de sentado.

Ella tomó asiento cerca de Kainah y Talík, y acurrucándose contra su propio cuerpo se durmió pasados unos minutos.

Una chispa del fuego crujió, despertándola sin saber cuánto había dormido. Y comenzó a oír una voz susurrante, como un lamento, palabras sueltas arremolinadas. Rök dormía apoyado contra la roca, debía haber sido sustituido por Ninwo en la vigilancia pues era este el que faltaba en el grupo. Kainah reposaba con expresión placentera su lado, demasiado cerca pues incluso tenía atrapada la falda del vestido con el peso de su cuerpo, y Handa continuaba en la misma posición de descanso, como si tan solo acabase de cerrar los ojos.

La voz, el lamento, provenía de Talík que permanecía tendido en el suelo. No podía verle el rostro, girado hacia el lado opuesto. Así que tiró de su vestido de seda, al menos de lo que quedaba de él, pues la maltrecha tela se desgarró ante el peso que ejercía sobre ella Kainah, rompiéndose una gran parte a la altura de las rodillas en su intento de liberarse. Una vez libre se aproximó gateando al líder scorpion para tratar de descubrir si estaba despierto o no, o si algo le sucedía.

—No le toques —advirtió Handa y abrió los ojos negros como la noche, provocándole un susto monumental. Era la primera vez que oía su voz. Era

grave y profunda como si fluyese directa de una de las cavernas en las que vivían —. Tiene una pesadilla —Lyn se quedó paralizada. Poco a poco logró reaccionar y regresó a su posición, apartándose de Talik.

—¿Las tiene muy a menudo? —preguntó con un hilo de voz, Handa continuaba mirándola con fijeza.

—Desde niño —afirmó el gigantón y cerró los ojos, dando por concluida la conversación. Se sintió confundida. ¿Qué podía haberle sucedido de niño para aún padecer aquellas pesadillas?

Volvió a recostarse en el suelo junto a Kainah. Talik había dejado de hablar, de lamentarse, de farfullar lo que fuese que estaba soñando. Y Handa continuaba en su postura. Era sorprendente el modo en el que la había descubierto acercarse, el modo en el que permanecía alerta a pesar de hallarse en aquella especie de meditación. Handa le protegía a él, no era un guerrero más. Fue él quien clavó su hacha en el pecho del soldado, quien le arrebató la vida para salvarle. Le vigilaba, le protegía en cada momento, incluso durante su propio descanso. Cuánta lealtad. ¿No se suponía que solo eran salvajes?

—Vamos, levanta princesa —le dijo alguien antes de darle un pequeño golpe en el puente de la nariz, despertándola cuando el cielo comenzaba a tomar un color violáceo en el horizonte.

—¿Qué?

—Tranquila, soy yo —advirtió Kainah, ofreciéndole una mano para levantarse. Era de noche aún, pero todos permanecían de pie a su alrededor, con las armas ajustadas y a punto para partir—. Nos vamos, ha comenzado a nevar —anunció indicando a su alrededor. Pequeños copos caían sobre ellos, creando diminutas brumas blancas en el suelo. Ella observó un instante cómo Talik daba instrucciones al resto de guerreros. Se incorporó despacio y sacudió su maltrecho vestido—. Vaya, se ha roto —observó el muchacho, contemplando sus pantorrillas pálidas.

—No importa —masculló sonrojada. Estaba sucia, despeinada, con la ropa rota y el cuerpo lleno de rasguños de su travesía por el bosque de Yirah. No podía sentirse peor.

—No volveremos a detenernos hasta que llegemos al paso así que será mejor que la princesa apriete el ritmo —anunció Talik en voz alta. Ella le miró de reojo. Debería despreciarle, debería odiarle con todo su corazón, y sin embargo no lo hacía. No aún, quizá necesitaba tiempo pues jamás había odiado a nadie.

Iniciaron la marcha que les llevaría a recorrer una gran extensión de tierra, a cada paso más pedregosa y árida hasta que a la anaranjada llegada del alba percibiesen las sombras de las cúspides de la cordillera de Raian sobre sus cabezas. Continuaba nevando, y la nieve comenzaba a acumularse en el camino helando sus pies únicamente protegidos por las sandalias de piel.

—Ha llegado el momento —advirtió Talik, y desatándose una de las cintas anudadas en sus muñecas morenas se dirigió a la princesa que aunque extenuada trataba de mantener la compostura, ocultando su cansancio—. Voy a taparte los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es necesario.

—No puedo recorrer las montañas con los ojos vendados.

—La supervivencia de mi tribu depende de ello, Odalyn. Será más fácil de lo que piensas —Su nombre, pronunciado por aquella boca, por aquellos labios, resultaba embriagador. ¡Maldito fuera! Apretó la mandíbula, la asustaba la oscuridad y recorrer entre sombras una montaña no parecía un plan demasiado fácil de llevar a cabo.

—Está nevando, podría caermé, resbalar por un acantilado...

—Yo cuidaré de ti, lo prometo —afirmó con una leve sonrisa en los labios que la dejó sin palabras, descendió la mirada sobrecogida. Agradecía que nadie más pudiese escuchar cómo golpeaban los latidos de su corazón en sus oídos. Resultaría humillante que pudiese saber que su secuestrador producía aquel tipo de reacción en ella. Una reacción que ni siquiera era capaz de calificar.

Talik entendió su silencio como una afirmación y procedió a cubrir sus ojos con la cinta blanca de algodón.

No sabía porqué pero el mero hecho de rozar su cabello mientras anudaba aquella cinta que conservaba consigo desde hacía más de dos años, le provocaba un cosquilleo eléctrico en los dedos. Algo que no podía evitar y que le turbaba. Como no podía evitar inspirar el aroma afrutado que desprendía el cabello de la princesa.

Sintió ganas de alejarse de ella. De apartarse y dejar a cualquiera de sus guerreros la misión de acompañarla, de velar por ella, Kainah no se opondría,

estaba convencido. Sin embargo le había prometido que la cuidaría y un scorpion jamás falta a su palabra.

Pero, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué se había ablandado ante su expresión cándida y desesperada? Debía alejarse de aquel sospechoso influjo que la princesa ejercía sobre él. Y lo haría, en cuanto alcanzasen su hogar en el desierto delegaría en los guardianes de su padre su cuidado hasta el momento del intercambio.

Tomó su mano con cierta energía. Y aún así no pudo evitar el chisporroteo eléctrico a su contacto, concentrándose en la boca del estómago. Su mano era menuda, cálida y frágil.

—Vamos, yo te guiaré —dijo camuflando la turbación que mecía su cuerpo y tiró de ella.

El resto de guerreros le observaron llenos de desconcierto por su actitud, pero ninguno se atrevió a decir una sola palabra. Aquel era un comportamiento inusual en Talik. Aquella cercanía, semejante cortesía con el enemigo, a pesar de que se tratase de una princesa en lugar de un soldado y que esta hubiese salvado la vida de dos de los miembros de aquella expedición. Pero continuaba siendo el enemigo. Un enemigo sangriento y despiadado al que había tomado de la mano ante ellos en pos de hallar la entrada al paso de Aran.

Aquella era una gruta secreta que durante décadas los scorpions habían utilizado para atravesar las montañas de Raian y cuya ubicación exacta solo unos pocos conocían.



## Capítulo 10

### Cosas

Lyn caminaba pasos cortos aunque decididos en mitad de la oscuridad que la envolvía. La que le producía la venda que cubría sus ojos. Estaba segura de que Talik velaría por ella, se lo decía la fuerza que le transmitía la mano a la que se asía como a un clavo en llamas.

Aún tenía enrojecidas las mejillas del efecto que el contacto con su piel producía en ella, aunque esperaba que nadie más pudiese notarlo. Su mano era áspera, fuerte y robusta, pero cálida a su vez, y la sostenía con firmeza pero con delicadeza a su vez.

Después de una larga distancia caminando bajo el sol del día que nacía, hubo de seguir las indicaciones de Talik, agachándose, percibiendo cómo el

exterior había cambiado. Había dejado de sentir los copos de nieve cayendo sobre su pelo y su rostro, así como el calor de los rayos solares sobre su piel. El viento que arreciaba la falda de las montañas había cesado y por el contrario sentía que se hubiesen adentrado por un lugar cerrado, con el ambiente enrarecido y un particular olor a humus y tierra mojada. Un frío seco envolvía el ambiente y helaba su piel.

También podía oler el fuego. La estopa impregnada en aceite que debía sostener Talik con la mano izquierda pues la derecha le pertenecía desde que cubrió sus ojos. Y a trompicones, asida con fuerza a su mano recorrió en silencio el angosto camino durante un tiempo que pareció interminable.

Estaba hambrienta, cansada hasta la extenuación y algo mareada por el largo espacio de tiempo que llevaba con los ojos vendados. Sabía que se hallaban en una gruta bajo tierra, en lugar de atravesando a pie las vastas montañas. Pero, ¿realmente existía una gruta que condujese al otro lado? ¿Era aquello posible?

Sería una revelación decisiva para su reino. Aquellas montañas, el frío clima de éstas unido al calor del desierto que las seguía eran el escollo que había impedido durante siglos que el desierto Escarlata fuese conquistado por el Reino de Siam, que los scorpions que lo habitaban hubiesen sido exterminados por completo, obteniendo así la tan ansiada paz para su pueblo. O eso repetía su padre.

Y ella acababa de descubrir la existencia de una gruta subterránea que les conduciría hasta él sin necesidad de padecer el devastador clima de las montañas.

Habían sido demasiados los elfos caídos en el intento, la gran mayoría perecían pues sus pieles delicadas eran incapaces de soportar el hielo, la nieve, las gélidas temperaturas por demasiado tiempo. Ni siquiera tras el deshielo, el contraste del frío de Raian con el calor del desierto menguaba sus poderes, convirtiéndoles en presa fácil para los despiadados scorpions.

Talik tiró de su mano con energía trayéndola de vuelta desde los recónditos lugares de su cabeza en los que se hallaba sumergida. Apremió el paso.

—Vuelve a agacharte —advirtió.

—¿Es suficiente? —dudó doblando las rodillas.

—Sí —afirmó con una sonrisa, entonces, cuando sabía que no podría verle. Ni ella ni ninguno de sus guerreros. *Es tan valiente como uno de los*

*nuestros*, pensó. Le había seguido con pasos seguros, sin dudar de que quien la guiaba la protegería de cualquier peligro. Como si... como si realmente confiase en él. Se estremeció al pensar aquello. ¿Por qué iba a confiar en él?

Recorrieron el último tramo de camino hacia el exterior de la gruta. Y en cuanto se hallaron a una distancia prudente para que la princesa no pudiese identificar la salida, soltó su mano como si le quemase.

—Ya es suficiente —dijo, retirándole la cinta de los ojos, volviendo a anudarla en su muñeca. Aquel era su mayor amuleto. Un pedazo del que había sido el vestido favorito de su madre. Un vestido que había ido convirtiéndose en lazos como aquel que llevaba anudados a su muñeca hasta que con el paso del tiempo se deshacían. Y aquel era el último fragmento que conservaba. Un auténtico tesoro.

La luz hirió sus pupilas acostumbradas a la oscuridad. Tardó unos segundos en poder enfocar la visión alrededor. La sonrisa inmaculada de Kainah fue una bienvenida inesperada, en mitad de una *nada* en forma de piedras y arena por todo el derredor. Se giró sobre sí misma. En la lejanía la nieve se acumulaba en la cima de las montañas de Raian y las luces del día envolvían el inicio del desierto Escarlata.

Un leve viento mecía la arena rojiza que carente de peso volaba deshaciendo las altas dunas que se alzaban en el horizonte. Dunas y más dunas. Una *nada* inmensa conformada por un mar de arenas infinitas.

—Bienvenida a mi mundo, princesa —susurró Talik antes de alejarse de ella. La expresión de alarma de sus ojos al contemplar el paisaje había sido bastante evidente.

Viento, arena, sol. Arena, sol, viento. Desolación, fue el sentimiento que la invadió.

Caminar por aquel lugar bajo la fuerza del astro solar del medio día debía ser como hacerlo en una marmita puesta al fuego.

—Aún podremos avanzar un buen rato antes de refugiarnos por la llegada del medio día. Nos resguardaremos para continuar al atardecer y si nos damos prisa podríamos estar en casa antes de que llegue el alba. ¿Crees que podrás soportarlo, princesita? —inquirió Ninwo observándole con una sonrisa malévol. El viento del desierto mecía su cabello oscuro, arremolinándolo sobre el rostro, a pesar de ir atado con las cintas de cuero en



la frente.

—Por supuesto.

—No. Debemos hacer una parada antes, aunque alargue nuestro camino —advirtió con gesto serio Talik, oteando el horizonte. Sus compañeros le miraron buscando una explicación.

—¿Una parada? —dudó Ninwo, enderezando el arco a su espalda, pesaba y se movía al caminar.

—Sí. Nos detendremos en la laguna Coon, antes de dirigirnos a casa.

—¿Ahora? —Rök no podía camuflar las ganas de llegar a su hogar.

—Lo necesitamos, todos. Necesitamos purificarnos, recuperar la solidez de nuestras pieles. Kainah y yo mismo hemos sido heridos y el veneno ha penetrado tanto como para estar a punto de acabar con nosotros. Necesitamos liberarnos de cualquier vestigio de debilidad que quede en nuestras pieles, y a todos nos vendrá bien, hace demasiadas lunas rojas que no la visitamos — proclamó y no hubo protesta. No, cuando les hablaba como *yantarii* de la tribu en lugar de cómo su compañero y amigo.

Emprendieron la marcha hacia el norte a través del basto desierto. No había un solo árbol a su derredor, un solo matorral que hiciese sospechar de la existencia alguna de vida. Tan solo dunas y más dunas de aquella arena rojiza y fina que se filtraba por entre las cuerdas de las sandalias de cuero, abrasado sus pies, candente por el calor recibido por el astro solar. A pesar de que éste se hallase aún en su ascenso.

Rök caminaba en cabeza, seguido de Handa y Talik, detrás de ellos viajaba Odalyn sola, y a su espalda velando la retaguardia se situaron Ninwo y Kainah.

Handa había notado a su sobrino demasiado extraño. Le miraba de reojo a cada tanto como si de este modo pretendiese adentrarse en el interior de su mente. El comportamiento del *yantarii* no le resultaba en modo alguno natural. El Talik que él conocía jamás habría tomado de la mano a una elfa para ayudarla a atravesar las montañas, por muy princesa que fuese. El Talik que él conocía no la habría protegido de cuanto comentario despectivo emitiesen el resto de sus compañeros hacia ella, pues la despreciaría tanto como ellos.

Handa era un guerrero de pocas palabras, pero esto no significaba que no

dispusiese de una capacidad de interpretación magistral. Y el cambio de planes de Talik en el último minuto no le cuadraba en absoluto en sus ecuaciones mentales. Aquella decisión de visitar la laguna Coon, la laguna de la sanación, en aquel preciso momento, cuando podrían hacerlo cualquier otro día, cuando sus heridas se hallaban resolutas, le causaba un gran desconcierto.

—¿Cómo estás? —preguntó al hijo mayor de su añorada hermana Dánaer, al que amaba como si fuese propio. A Talik le sorprendió la pregunta, Handa podía pasar días sin hablar, era más sencillo comunicarse con él con miradas que con palabras.

—Bien —respondió mirando hacia detrás, asegurándose de que nadie más podía oírles.

—¿Por qué? —requirió Handa. El *yantarii* le entendió al instante.

—Porque necesitamos recuperarnos...

—La verdad —exigió atravesándole con sus grandes iris oscuros. Negro sobre gris. Sabía que no podía mentirle, no a su tío, él podía leer a través de cada uno de sus gestos si le decía o no la verdad. Inspiró hondo antes de atreverse a contestar —. Vamos, tranquilo —Miró hacia atrás de nuevo, con aire cansado, tampoco Ninwo ni Kainah podrían oírle, así como no lo haría Rök, mucho más avanzado.

—Siento... cosas —dijo al fin, con el corazón palpitándole en la garganta. Handa enarcó una de sus cejas morenas en la amplia frente despejada.

—¿Cosas?

—Sí... aquí —afirmó golpeándose con suavidad con el puño en mitad del pecho. Tomando aire de nuevo, temiendo a las palabras como si en lugar de éstas estuviese a punto de aflorar un cactus por sus labios—. Cosas hacia ella —indicó hacia detrás con la mirada. Entonces fue Handa quien clavó sus pupilas negras sobre Odalyn, que fingió no haberlo percibido, pero que en realidad observaba con curiosidad la conversación en voz baja.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas... Handa, cosas... Debe ser fruto de la magia, no encuentro otra explicación. Por eso deseo bañarme en la laguna Coon, sanarme, liberarme de cualquier peso de su magia sobre mí.

—Talik, jamás oí hablar de una magia que provocase semejante efecto en nuestra raza. Ni siquiera entre los elfos. Hay magia que sana, magia que

mata, pero no magia que... que provoque eso —trató de decirlo del modo más suave posible. Su experiencia le hacía situarse en una posición de alerta automática tras lo que acababa de revelarle —. Si lo que sientes... óyeme bien, si lo que sientes es real nada ni nadie podrá hacer que desaparezca. No podrás detenerlo —sentenció el gigantón de cabeza rasurada mirándole con compasión. Talik ahogó un suspiro entre los labios, apretándolos con fuerza. Tenía que conseguirlo. Debía sacarla de su cabeza cuanto antes, y un baño en la mágica laguna Coon era su última esperanza.

¿De qué estarían hablando Handa y Talik? Se preguntaba. Habían mirado en su dirección en un par de ocasiones lo cual la alarmaba bastante. Estaban hablando de ella, de eso no cabía duda. Lo que la reconcomía era saber qué. ¿Acaso su situación no había quedado clara tras el encuentro con Sirah? ¿Y si en realidad estaban planteándose acabar con ella? ¿Y si en realidad habían leído en la mirada del capitán elfo lo mismo que ella, que aquel intercambio jamás sucedería?

No hubo más palabras, recorrieron una larga distancia en el más absoluto de los silencios. El sol estaba alcanzando su cénit cuando de pronto Talik se detuvo y toda la comitiva le imitó. En dos pasos se aproximó a la princesa, extrajo el pequeño recipiente metálico forrado de piel que portaba al cinto y se lo entregó.

—Bebe.

—¿Me vas a matar? —le preguntó con la voz seca por el calor y la arena. Habían caminado durante horas sin descanso. Estaba agotada y muerta de hambre.

—¿Qué?

—Si me vas a matar hazlo ya. No creo que pueda dar un solo paso más —balbució. Talik observó sus labios, estaban agrietados, con la piel levantada, respiraba con dificultad, y en sus pies, por entre las cuerdas de las sandalias podía ver cómo sangraban grandes rozaduras. Pero, ¿cómo podía haber sido tan bruto? Se reprochó. Había caminado sin descanso demasiado tiempo, con el sol sobre sus cabezas. Odalyn no era una scorpion, era una elfa, una princesa además. Incluso para un soldado aquel camino habría sido

demasiado.

—Bebe —pidió aproximando el recipiente a sus labios. Lyn trató de tragar pero las fuerzas le fallaron, se hincó de rodillas en el suelo, incapaz de mantener su peso por más tiempo. Talik vertió entonces el contenido sobre sus labios, vaciándolo casi por completo. Tragó el agua con dificultad, tenía la garganta completamente seca, herida—. Vamos, resiste —susurró asiéndola por los brazos con dulzura.

—¿Qué sucede? —se preocupó Kainah alcanzándoles.

—Está muy débil —dijo y acto seguido la alzó en sus brazos, recostándola sobre su pecho—. Rök, abre la entrada secreta —ordenó y el guerrero que avanzaba la expedición comenzó a excavar sobre una enorme duna, similar al resto, pero que ellos identificaban por su particular tonalidad apagada. Ninwo acudió en su ayuda, apartando ambos la arena con las manos hasta que palparon una puerta de madera. Tiraron de ésta con energía, apartándola. Talik caminó entre ellos, adentrándose en la gruta que sus guerreros habían abierto.

Odalyn sintió un soplo de viento fresco en el rostro. La oscuridad también refrescó su piel, a salvo de los devastadores rayos solares, mientras se adentraban por aquel sendero subterráneo que descendía. Todos se introdujeron por éste y Ninwo selló la puerta a su paso, para evitar que nadie más pudiese seguirles.

Estaba agotada, sentía que su cuerpo se había dado por vencido. Talik la llevaba en sus brazos. En sus brazos, no sobre la espalda como un fardo. Su rostro estaba apoyado sobre su cuello, cuya piel era mucho más suave de lo que esperaba. La sostenía con delicadeza mientras se adentraban por aquella gruta escondida en la que asombrosamente había luz. Una luz lejana de un particular tono azulado provenía del fondo, del punto al que se dirigían.

—¿Dónde me llevas?

—Tranquila, enseguida vas a sentirte mucho mejor, confía en mí.

Confía en mí, le había pedido, por segunda vez aquel día. ¿Acaso podía hacerlo? ¿Podía confiar en él? Oh, por todos las Diosas Lunares cuánto deseaba poder hacerlo.

La llevó en sus brazos hasta una espectacular bóveda de piedra en cuyo techo se reflejaba una luz fosforescente, coloreándolo en una mixtura de matices verdes, azules y amarillos. La luz provenía del suelo, del fondo de la

laguna que se hallaba en el interior de la bóveda. Sus aguas eran transparentes, en ellas flotaban multitud de partículas plateadas que resplandecían de modo intermitente y adheridos al fondo, un sinfín de actinarias, anémonas que provistas de pequeños tentáculos danzaban con parsimonia. Brillaban con su particular color azul, iluminando todo el derredor.

—Esta es la laguna Coon. Es una laguna subterránea cuyas aguas harán que te sientas mucho mejor —advirtió Talik a tan solo un par de centímetros de su rostro. Lyn le miró extasiada; cómo la nuez de Adán se le movía arriba y abajo al hablar, la musculatura robusta de su cuello, y percibió el olor racial y masculino de su piel. Aún a pesar de su estado no podía evitar reparar en que le resultaba aún más atractivo cuanto más cerca le tenía. Sus labios entreabiertos parecían llenos de palabras no dichas, palabras que ella ansiaba oír aunque ni si quiera se permitiese pensarlas.

—¿Qué haces? —preguntó dando un respingo cuando comenzó a introducirse en el agua, lentamente.

—Tranquila, lo haré muy despacio —dijo con una sonrisa. Sus ojos plateados refulgían bajo la luz añil procedente de las actinarias, en contraste con la tez morena.

Kainah soltó su arma en el suelo dispuesto a acompañarles en la inmersión.

—No —le detuvo Handa—. Nosotros nos bañamos en el siguiente pozo.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —le conminó. El resto de guerreros miraron a la pareja y sin decir una sola palabra más siguieron las indicaciones de Handa, prosiguiendo por la gruta en aquel camino de destellos azulados hasta una nueva oquedad de agua, aunque de mucho menor tamaño.

—Está caliente —masculló la princesa mientras percibía que comenzaba a flotar entre los brazos de Talik. Él sonrió, claro que estaba caliente, manaba desde las profundidades de la tierra. Los ojos de Odalyn resplandecían como dos piedras preciosas en mitad del rostro níveo, así como su largo cabello dorado flotaba libre sobre el agua. Incluso sus pequeñas orejas puntiagudas le resultaban atractivas. Un signo de su raza, que como todo lo referente a ellos, había odiado desde que alcanzaba a recordar. Y que entonces en cambio le parecieron encantadoras.

—Te acostumbrarás —afirmó mientras continuaba adentrándose en el

agua hasta que les alcanzó el cuello— ¿Estás bien?

—Estoy mejor —admitió. Sentía una especie de hormigueo por todo el cuerpo, aquella agua estaba provocando que cada una de sus células se regenerase, que sus heridas se cerrasen despacio. Aunque en su fuero interno su mayor temor era que Talik la soltase, no quería apartarse de aquellos brazos—. Pero aún no estoy bien.

—Tengo que soltarte un instante.

—Pero no sé nadar.

—Tranquila, puedes apoyarte en mí —sugirió. Odalyn rodeó su cuello con los brazos asiéndose a éste con firmeza—. Tan solo necesito desprenderme de la coraza —explicó mientras liberaba con los dedos las ataduras laterales de su negra armadura de masuk para apartarla con cuidado de su cuerpo antes de arrojarla a la orilla. Odalyn sintió cómo todo el leve vello dorado de su cuerpo se erizaba cuando la rodeó entre sus brazos de nuevo, pegándola a su torso desnudo. Un cosquilleo eléctrico la recorrió de pies a cabeza enredándosele en la boca del estómago—. La coraza impide que el agua penetre a través de la piel.

—No tendrás que desprenderte de nada más, ¿verdad? —dudó con las mejillas incendiadas de rubor.

¿Cómo podía ser tan adorable? ¿Cómo podía sonrojarse de aquel modo solo porque la sujetaba contra su cuerpo? Aunque debía admitir que también él se sentía intimidado ante el contacto de los pechos de la princesa presionando contra su torso a través del vestido de seda.

—Con la coraza es suficiente —reveló con una sonrisa.

—¿Sueles bañarte aquí muy a menudo?

—Solo lo suficiente para que mi piel sea más resistente ante las flechas élficas. Las actinarias desprenden una sustancia que endurece y curte la piel.

—¿Y las hembras también? —se arrepintió en el acto de haber hecho aquella pregunta, cuando abandonó sus labios le pareció que estuviese preguntándole si acudía a bañarse con hembras a la laguna—. Me refiero a que... si las hembras scorpion también suelen venir aquí...

—Sí. Las hembras también se bañan en la laguna Coon, y los niños, cuando tienen la edad suficiente como para entender que no deben beber el agua, pues les haría daño. Aunque yo nunca me había bañado aquí con una

hembra... antes de ti, quiero decir —respondió sin poder camuflar una amplia sonrisa que hizo destellar las perlas de su boca—. ¿Y tú? ¿Te habías bañado acompañada alguna vez antes?

—Con mi hermana Arlet, solemos bañarnos en un estanque en el Castillo.

—Me refiero con... otro tipo de compañía —sugirió con expresión pícara en los ojos, apretándola con mayor fuerza contra sí. Sintiendo la presión de sus pechos contra su torso, el calor de su cuerpo sobre el suyo. Aproximándose hasta rozar la nariz con la suya en una leve caricia. Las gotas de agua resbalaron por esta, cayendo entre sus labios, malévolas, unos labios que él no podía, no debía alcanzar. Cuánto deseaba besarla, por la diosa Laris, cuánto ansiaba olvidarse por un momento de quién era, apretar sus labios contra los suyos y enterrar las manos en su cuerpo, hacerle el amor allí mismo así el mundo se desintegrara a sus pies.

—No, con nadie, jamás —respondió casi sin aliento.

La respiración de Odalyn se aceleró al sentirle tan próximo, pero no se amedrentó. No apartó el rostro. Estaba decidida a asumir lo que quiera que viniese a continuación. A pesar de que era la primera vez en su vida que se hallaba tan cerca de un macho, scorpion o elfo. Era la primera vez que un macho la sostenía entre sus brazos de aquel modo, y no sentía miedo, todo lo contrario, sentía una necesidad imperiosa de saciar la necesidad que su cuerpo le gritaba anhelante.

Talik la miró con fijeza. Era tan hermosa que incluso la diosa Laris se ruborizaría en su presencia. Tan bella como ninguna scorpion o elfa que hubiese podido contemplar en toda su vida.

Y entonces las palabras que había pronunciado su tío Handa pesaron en su conciencia: *Si lo que sientes es real nada ni nadie podrá hacer que desaparezca. No podrás detenerlo.*

Relajó la presión, permitiendo que el agua circulase entre ambos. No podía correr el riesgo de besarla, porque si sus sospechas eran ciertas las consecuencias de aquel beso serían irreparables.

—Se están borrando los dibujos —dijo la princesa tratando de romper el silencio, desconcertada por su cambio de actitud, indicando hacia las marcas de negra tinta de su piel que se deshacían en el contacto con el agua —. ¿Qué

significan?

—Son pinturas de guerra, de nuestra guerra —reveló tomando conciencia de nuevo de lo imposible de aquella situación, de que por encima de todo era su enemiga. Una enemiga que estaba provocándole una serie de sensaciones como jamás una hembra scorpion lo había hecho—. ¿Puedo soltarte ya? —dudó, urgido por apartarse de ella, por sumergir la cabeza por completo en las aguas, ansiando que al emerger de nuevo aquel sentimiento hubiese desaparecido.

La dejó sujeta al saliente de una roca y se hundió por completo, nadando hasta el centro de la laguna mientras ella le observaba en silencio a través de las aguas transparentes. Después regresó a la superficie y volvió a su lado con amplias brazadas, tomándola de la mano la ayudó a salir del agua con delicadeza.

—Ahora comeremos algo y descansaremos hasta el anochecer, entonces partiremos de nuevo —advirtió mirándola aún arrodillada en el suelo, sin poder evitar percibir cómo lo que quedaba de su fastuoso vestido de seda y tul se adhería a cada centímetro de su cuerpo, de sus pechos que se intuían turgentes y redondeados bajo la prenda. ¡Maldita sea! No había surtido efecto. Las mágicas actinarias de la laguna Coon eran capaces de sanar cualquier herida, incluso cualquier lesión producida por magia, pero al parecer inútiles para aliviar el dolor que le aquejaba.

Pero entonces, lo que le gritaba el corazón, ¿es que acaso podía ser cierto? Se negaba a creerlo.

Lyn esperaba a que su ropa se secase sentada en el suelo junto a unas rocas, mientras Talik volvía a ajustarse la negra coraza sobre la piel, mirándola de reojo a cada tanto. Sumido en sus propios pensamientos. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué le atormentaba? Se preguntaba.

Y ella, ¿lo que había sentido mientras la sostenía entre sus brazos en el agua, pegada a su cuerpo, eran las famosas *chispas en el estómago* de las que le habían hablado sus damas de compañía? Si era así, ¿por qué las había sentido con él, con un scorpion?



El resto de guerreros les alcanzaron pasados unos minutos. Kainah venía bromeando con Ninwo, burlándose de su hermano Rök porque no sabía nadar y cada vez que acudían a la laguna éste permanecía sujeto al borde como una lagartija. Handa les seguía en silencio. Ansioso por enfrentar de nuevo los ojos de su sobrino.

Talik lo sabía, por eso descendió la mirada cuando le tuvo frente a él. Y Handa supo que no había funcionado. Le dio un suave golpe en el hombro, tratando de infundirle ánimos y este forzó una sonrisa para él.

—¿Qué tal la experiencia, princesa? —requirió Kainah. Su piel resplandecía, cualquier rastro de agotamiento se había esfumado tras el baño sanador. En todos y cada uno de ellos había sucedido lo mismo. Lyn percibió cómo Talik fingía no prestar atención a su respuesta.

—Diferente. Muy diferente a lo que he vivido hasta ahora —aseguró—. Jamás imaginé que un lugar como este podría existir.

—Y si osas hablar de él, será lo último que hagas —les interrumpió Rök, áspero.

—Ya vale, Rök —le conminó Talik sin poder evitarlo, encontrándose con los ojos desconcertados de su amigo. El *yantarii* de los guerreros scorpion fue consciente de que si no modificaba su actitud con respecto a la princesa pronto Handa no sería el único conocedor de la batalla que estaba librándose en su interior—. Descansemos un poco, comamos y después nos marcharemos. Muy pronto estaremos en casa.

Una vez el astro solar hubo iniciado su descenso en el firmamento, anaranjando las cúspides de las áridas dunas, la expedición abandonó su escondite, ocultándolo de nuevo tras una tupida capa de arena. A salvo de ojos indebidos. Y retomaron la marcha rumbo al norte del desierto.

Talik miró sus manos, esas que habían ceñido a la princesa contra su cuerpo y las apretó con fuerza. Iba a necesitar mucha para librarse de aquella sensación que aumentaba en su interior a una velocidad inexplicable.

Cuando apenas faltaba una legua para iniciar el descenso a Roudan, tomó el puñal de su hermana Jannike que siempre llevaba al cinto, desde que lo hallase en el bosque de Yirah en el lugar en el que fue capturada, e hizo un

surco sobre su dedo índice. La sangre comenzó a brotar, su oscura sangre de scorpion y volteándose hacia Odalyn, caminó dando los escasos pasos que los separaban.

—¿Qué pasa?

—Abre la boca —requirió. Lyn le obedeció, separando sus labios. No tenía otra alternativa. Todos les observaban. Talik llevó el dedo pulgar hasta sus labios y lo deslizó despacio sobre estos, tiñéndolos con su sangre —. Tienes que dormir ahora —susurró y Odalyn Hawatsi lamió la sangre que los cubría, cayendo en un profundo sueño.





## Capítulo 11

### Roudan

Comenzó a sentir cómo un hilo de agua recorría su frente y su cuello, fresca, reparadora, ayudándola a despabilar, a regresar del pozo de oscuridad en el que se sentía sumergida.

—Está despertando, Talik. ¿Cuántas veces la has dormido? — decía la voz de una hembra.

—Dos —respondió él, podía reconocer aquella voz entre un millar.

—¿Dos? ¿Dos en cuanto tiempo? ¿En tres días? Es demasiado veneno. ¿No la ves? Es una princesa elfa, por la diosa Laris, es delicada, frágil... Y tú eres un auténtico bruto. Espero que no le hayas hecho el menor daño, por tu propio bien, Talik —advertía la hembra. Mientras Lyn trataba de abrir los ojos, sin demasiado éxito.

—Estoy bien —balbució, mientras hacía un esfuerzo sobrenatural por despabilarse. Al fin logró abrirlos descubriendo que se hallaba extendida sobre una especie de cama cubierta por una cobertera de gruesa lana. A su derecha había una hembra scorpion de mediana edad, de cabellos negros y rizados, con la cara redonda y unos profundos ojos negros que la observaron despertar con una mezcla de curiosidad y alivio. Tras ella el heredero de la tribu permanecía de pie, en silencio, observándola. Estaban en una especie de cueva, de paredes terrosas, sin ventanas y cuya puerta era una cortina de piel

animal moteada. Una mesa de madera ruda, un par de sillas y una gran alacena repleta de pequeños envases de vidrio con tapas de corcho llenos de licores de diversos colores eran todo el mobiliario.

—¿Podrá caminar? —preguntó Talik sin la menor emoción en la voz.

—Debemos esperar un poco.

—Sí, podré caminar —aseguró Odalyn, incorporándose con cuidado hasta permanecer sentada sobre el lecho dispuesta a levantarse—. Tengo náuseas —advirtió llevándose una mano a los labios, estaba a punto de vomitar.

—Un momento. Debe tomar esto princesa, contrarrestará los efectos del veneno. Soy Shana, la sanadora —afirmó tomando de la mesa un vaso de un tosco vidrio translúcido lleno de un líquido rojizo, entregándoselo.

—¿Qué es esto?

—Es licor de luna llena —explicó Shana.

—No debo beber licores, mi padre... —según los principios de su padre para ser una buena regente el alcohol era un arma contra sí mismo, lo tenían prohibido excepto en celebraciones especiales, como el solsticio de verano o la fiesta de la cosecha.

—¿Por qué? ¿Eres demasiado joven para beber licores pero no para desposarte con ese desgraciado de Enar Farae? Estúpidos elfos —espetó Talik con desprecio. ¿Pero qué le pasaba? ¿Acaso no era el mismo que la había sostenido con dulzura entre sus brazos en la laguna Coon? ¿Por qué la trataba entonces con semejante desprecio?

—No se trata de mi juventud. Sino de mis principios como futura reina —respondió altiva—. Sé que somos enemigos y que me retienes como prisionera pero no voy a permitir que insultes a mi pueblo y mucho menos a mi prometido —exigió sin amedrentarse un ápice. Incorporándose enfrentó sus iris grises con una mirada retadora.

—¿Tu prometido? Tu prometido es un monstruo de la misma calaña que el desgraciado de su padre.

—¿Y tú? Tú puedes juzgar a todo el mundo porque eres un dechado de virtudes, ¿verdad? —sentenció valiente y bebió de un solo trago el contenido rojizo del vaso que la sanadora le ofrecía. Talik analizó el fuego que habitaba en el fondo de aquellos ojos azules, y sintió cómo algo se estremecía de nuevo en el fondo de su corazón, una punzada honda y segadora que solo podía significar una cosa. Pero no podía ser cierto. No podía. Y nadie más

debía saberlo.

—Es agua de lluvia de luna Soor, princesa —advirtió la sanadora, tratando de suavizar la tensión entre ambos.

—Está muy bueno, es muy dulce... y es cierto, me siento mejor. Muchísimas gracias, Shana —reveló para después dedicar una última mirada cargada de ira hacia el guerrero.

Había sentido un profundo alivio al beber aquel licor, era como si fuese capaz de apagar de un solo trago el fuego que quemaba su estómago por el efecto del veneno de la sangre scorpion. La sanadora hizo una leve reverencia con la cabeza, agradecida.

—Vamos. Debo llevarla ante el *yantar* —afirmó Talik dando un paso hacia la cortina de piel, empujándola con suavidad. Odalyn se dispuso a seguir sus pasos. Se sentía débil, enlentecida tras el desvanecimiento y con el cuerpo entumecido pero aún así caminó hacia la salida.

—¿La princesa está bien? —pudo oír la voz de otro de los guerreros al otro lado de la cortina. Sin embargo él no respondió—. ¿Estás bien? —requirió Kainah con preocupación en cuanto la alcanzó. Junto a él estaban Handa y Rök, aguardando a su líder. Lyn descubrió entonces con un gran asombro que se hallaba en el interior de una cueva inmensa. Una llanura colosal en el interior de la tierra a la que calculaba la extensión de su propio castillo, serpenteada de escaleras que subían y bajaban talladas en la roca. Algunas subían varios metros hasta alcanzar la gran entrada por la que se colaba un inmenso haz de luz de la luna Laris, luna de la recién estrenada noche que iluminaba la práctica totalidad de aquella especie de plaza en el interior de la roca. Otras conducían a lo que debían ser las viviendas de los habitantes de la ciudad, con las fachadas esculpidas en la piedra con grandes columnas decorativas, había decenas, un centenar quizá de viviendas con la puerta de madera o de metal y una pequeña ventana de forma circular a un lateral de la entrada.

Había scorpions caminando arriba y abajo por la ciudad, machos, hembras, e incluso pequeños que jugaban apaciblemente ajenos a la guerra que se cernía sobre ellos.

—Sí, sí, estoy bien... —balbució impresionada. Kainah siguió con sus ojos la contemplación sobrecogida del derredor.

—Bienvenida a Roudan, princesa.

—Así que existe, la ciudad secreta de Roudan —masculló sobrecogida.

—Genial Kainah, ¿porque no le haces un mapa para que lo lleve de vuelta y sus ejércitos sepan cómo llegar hasta aquí? —gruñó molesto Talik. Este se encogió de hombros resignado por su torpeza. Odalyn buscó sus ojos furiosa. ¿A qué tanto retintín? Ella jamás revelaría nada sobre aquel lugar... ¿No lo haría? ¿Por qué? Su deber como elfa era averiguar todo lo que le fuese posible sobre aquel pueblo del que era prisionera para así poder informar a su ejército y acabar con el problema de las incursiones de los scorpions para siempre—. Vamos .

Rök y Handa se situaron tras ella, escoltándola. Tan solo hubo dado un par de pasos desde la casa de la sanadora cuando un grupo de hembras vestidas con telas oscuras y piel curtida de animal, que conversaban entre ellas en la plaza, clavaron sus ojos en ella. A estas las siguieron una decena de ojos más, los de todos aquellos a quienes iban encontrando en su camino, siguiendo los pasos decididos de Talik.

Su larga melena rubia, su piel pálida y delicada, así como sus ojos azules tan distintos a todos ellos la convertían en un auténtico reclamo. Como el repicar frenético de las campanas del Torreón Gris del Castillo de las Siete Torres, demandando la atención de todo aquel que se hallase a su alcance.

Los niños de la plaza primero echaron a correr hacia Talik, a saludarle entusiasmados y ovacionarle, al parecer era famoso entre ellos, pero al verla se asustaron y corrieron en busca de sus madres, como si fuese un espectro surgido de las sombras.

Sintió pena al percibirlo, ¿qué habrían contado a aquellos niños acerca de los suyos? Probablemente que eran auténticos monstruos, devoradores de elfos, lo mismo que le habían inculcado a ella misma desde que era una niña acerca de los scorpions ¿Y qué habría de cierto en todas aquellas leyendas, en ambos sentidos?

—¿Puedo saber dónde me lleváis?

—A ver al *yantar*, nuestro... como le llamáis vosotros... *rey* —proclamó frío como un soplo de aire de la montaña—. Guarda silencio, prisionera.

Decidió que no preguntaría nada más. Al fin y al cabo no tenía sentido hacerlo dada la actitud adoptada por Talik con respecto a ella. Y decidió disfrutar de la majestuosidad del paisaje de la ciudad secreta de Roudan. Aquella de la que hablaban las leyendas que su ama le leía cuando era una niña, la ciudad que según estas los dioses habían elegido como cuna de Cire. El lugar desde el que antaño los habitantes de *Las Tierras* surgieron para

llenarlo de esplendor. Pero que jamás había logrado ser hallada... hasta entonces.

Y era cierto, la ciudad existía y los scorpions la habían ocupado, convirtiéndola en su hogar. Su padre se sentiría muy orgulloso de ella cuando le hablase de la existencia de Roudan. Su padre... su hermana Arlet, Sirah... estarían tan preocupados por su bienestar... Su corazón se encogió de dolor al volver a pensar en ellos.

Pero debía ser fuerte, y comportarse como lo que era, la futura regente de Siam, así que se tragó las lágrimas que habían acudido a sus ojos y siguió adelante.

Contempló una impresionante fachada de grandes columnas que se erigían a ambos lados de una puerta de metal labrado, coronada por un capitel con figuras talladas sobre la roca rojiza. Era la entrada de acceso a la residencia de Barack Sagán, *yantar* de todos los clanes del desierto Escarlata, el padre de Talik. A ambos lados de la puerta sendos guerreros custodiaban el acceso.

También un gran grupo de machos y hembras que les recibieron con aplausos, formando un pasillo de bienvenida, dando pequeños golpes en el hombro con sus puños a los guerreros a su paso como saludo.

Ascendieron los escalones que conducían al interior y siguieron un camino estrecho iluminado por antorchas cuyo humo ascendía a través de unos amplios agujeros en el techo como sistema de ventilación. Alcanzaron una sala en la que aguardaba un grupo considerable de guerreros. Uno de ellos permanecía de pie bajo una gran estatua de piedra que representaba a la diosa Laris, vestida con pieles de animales, con sus delicados brazos extendidos hacia los visitantes, como si les aguardase. Un scorpion vestido con negras pieles curtidas y una capa marrón cuyo cuello estaba conformado por pieles de zorro, portaba una cinta de cuero sobre la larga cabellera ondulada. Odalyn se sintió turbada al comprobar que sus cabellos no eran negros, sino castaños, muy claros, con leves matices rojizos. La luz de las antorchas zigzagueó con la llegada del grupo y el resto de guerreros rodearon a su regente.

—Aquí está la prisionera, padre —dijo Talik sin mayor ceremonia deteniéndose ante él con una reverencia—. Odalyn Hawatsi, hija del sanguinario Garum Hawatsi, rey de Siam. Y además prometida de Enar Farae hijo primogénito y falso heredero del reino de Tiree —acto seguido se apartó,



dejándola frente al *yantar* scorpion, que la observó con curiosidad.

¿Falso heredero? Reflexionó Odalyn.

Los ojos de los dos guerreros que permanecían a espalda de su rey la analizaron de pies a cabeza. Uno de ellos era alto y espigado, con el rostro plagado de profundas arrugas, su cabello estaba recogido en una coleta que le caía por el hombro derecho hasta alcanzarle la cintura, serpenteada de canas plateadas. El otro era más bajo y de mayor edad, sus cabellos eran blancos y en su rostro arrugado había una cicatriz que partía en dos su mejilla izquierda.

—Es ella, ¿estás seguro? —preguntó el más alto. Talik asintió. El *yantar* dio un paso hacia ella. Lyn dio un paso hacia detrás muerta de miedo.

—Tranquila... —masculló este, la luz de las antorchas descubrió que sus ojos eran sorprendentemente claros. Los ojos de Barack Sagán eran azules, de un azul profundo y oscuro, como el cielo del anochecer, algo inaudito en su raza. Eso la asustó aún más, aunque logró mantener la calma, y permanecer inmóvil.

—Debemos matarla, clavar su cabeza en una pica y enviarla a su padre —masculló el más alto de los scorpions que permanecían a la espalda del *yantar*.

—¿Eso piensas Manwe? ¿Crees que matándola acabarían nuestros problemas? —dudó este.

—Matándola vengaríamos a muchos de los nuestros que han perecido bajo el fuego de esos demonios —argumentó este.

—Ellos tienen a mi hermana, no lo olvides —espetó Talik.

—Con todos mis respetos, Talik, Jannike probablemente este... —sugirió el consejero.

—¡No! —gritó él con rabia. Su voz grave reverberó en las paredes de la estancia —. Me niego a creer que mi hermana está muerta. Ese maldito de Sirah Inala la traerá consigo hasta el paso de Somerseeq, bajo la gran roca, dentro de cincuenta y ocho lunas. Allí haremos el intercambio.

—¿Es que te has vuelto loco Talik? ¿Es que piensas que llevarán a Jannike y la cambiarán por ella sin más? —intervino por primera vez el otro scorpion que custodiaba la espalda del rey—. ¿Qué no acabarán con todo aquel que acuda a aquel encuentro, incluida Jannike si es que aún sigue viva? No podemos permitirnos perder a un solo guerrero más, sería un suicidio.

—Iré yo solo, Sauk —proclamó el *yantarii* convencido. Nada ni nadie podría torcer su voluntad de hacerlo.

—¿Tú solo?

—Yo le acompañaré —afirmó Handa a su espalda, palabras que fueron repetidas por Rök y Kainah, haciéndole sentir orgulloso de la lealtad de sus guerreros.

—Majestad no podemos permitir que nuestros mejores guerreros acudan a una misión suicida —argumentaba Manwe.

—¡Silencio! —les interrumpió Barack Sagán—. Dejadme a solas con mi hijo y la prisionera —ordenó. Rápidamente todos abandonaron la sala. El *yantar* dio un paso hacia su hijo mientras Lyn permanecía con las manos entrecruzadas ante el vientre y los ojos fijos al frente, tiritando en su interior como un pajarillo abandonado a merced de un gato—. Faltan aún muchas lunas para ese encuentro del que me hablas, y tú has traído a la hija de uno de nuestros peores enemigos a nuestro hogar, Talik. Sé que tu intención es buena, pero has puesto en riesgo a todos al hacerlo. Has puesto en riesgo la seguridad de nuestra ciudad, de nuestro último refugio.

—Ella no es peligrosa padre...

—¡Sangre élfica recorre sus venas, Talik! Puede que ella no sea peligrosa, pero lo son los suyos y nada los detendrá hasta recuperarla. Tu capricho de salvar a Jannike podría costarle la vida a tu pueblo.

—¿Cómo puedes decir que salvar a Jannike es un capricho? Es mi hermana, tu hija.

—¿Crees que a mí no me duele su ausencia? Pero han sido muchas las pérdidas y debemos afrontarlas.

—Me niego. Aunque tenga que exterminar al último de esos detestables elfos con mis propias manos, aunque me cueste la vida, me niego a resignarme, a vivir escondido como una alimaña. Me niego al miedo, padre, a vivir arrodillado ante esos malditos, prefiero morir en la batalla —aseguró preso de una inmensa furia. Volteándose comenzó a caminar hacia la salida. Odalyn estaba aterrorizada, iba a abandonarla en aquella sala, frente al jefe de todos ellos, quien aún parecía debatirse entre si debía acabar con su vida o no.

—¡Talik! —Se detuvo de inmediato al oír la llamada de su padre—. Te marchaste a esa expedición suicida sin mi autorización y tu rebelión recibirá un castigo.

—No me importa. Puedes mandarme a cavar nuevas grutas, a tratar la roca, a lo que quieras que no hará que me arrepienta de lo que hice.

—Tu castigo será cuidar de nuestra prisionera hasta que decidamos qué hacer con ella.

— ¿Qué? Soy un guerrero no una niñera — protestó. No, no podía encomendarle que cuidase de ella, cuando lo que necesitaba era precisamente lo contrario, alejarse de ella y su desconcertante influjo.

—Estoy hablándote como *yantar*, no como padre por lo que no me cabe duda de que me obedecerás. Pero además eres mi, al igual que ella lo es de Siam, estoy seguro de que sabrás estarás a la altura. Enséñale quienes somos y quizá así entienda que su pueblo se equivoca al tratar de exterminarnos — ordenó. Talik continuó caminando hacia el exterior de la sala sin decir una sola palabra más —. Ve con él princesa Odalyn.

—¿Vais a matarme?

—Aún no lo sé —respondió el *yantar* con una sinceridad sobrecogedora —. Lo cierto es que me sobran los motivos para acabar con vuestra vida. Pero os daré la oportunidad de demostrarme porqué no debo hacerlo. Viva como uno de los nuestros y aprenda que somos un pueblo civilizado, muy alejado de los salvajes de los que le han hablado. Si lo hace puede que tenga una oportunidad. Si por el contrario trata de escapar, le daremos caza y la mataremos —sentenció enarcando una de sus cejas rojizas como signo de amenaza.

—Sí, eso suena muy civilizado —respondió Lyn sin meditarlo un segundo. El *yantar* Barack sorprendido por su impertinencia, rompió a reír a carcajadas. El resto de guerreros corrió al interior de la sala sorprendidos al oír a su regente reír de aquel modo tan escandaloso.



Capítulo 12  
Nunca me han besado

—¿Qué ha pasado, Talik? —requirió una hembra que esperaba fuera del palacio la salida del grupo de guerreros que habían regresado de Siam.

—Nada, Neera —respondió este con gesto cansado, a la que aún Odalyn a su espalda no alcanzaba a ver. Handa, Rök y Kainah se dispersaban, dispuestos a regresar a sus hogares al fin tras su regreso.

—Al *yantar* Barack le divierte nuestra prisionera —explicó Kainah mientras se alejaba con su espada a la espalda en dirección a la amplia plaza central.

—Sí, es cierto, mi hermano Ninwo me ha dicho que habéis traído a una prisionera —decía esta cuando Lyn surgió por la salida del Palacio de Piedra, deslumbrando el horizonte con su larga melena dorada.

Era una hembra muy guapa, pensó la princesa, con su cabello negro rizado que le alcanzaba la altura del pecho, y unos rasgos delicados sobre la piel morena. Vestía un corpiño de cuero marrón que se ajustaba a su cuerpo y unos pantalones de piel roja a la rodilla.

—Querida Neera, te presento a Odalyn Hawatsi, princesa de Siam —expuso Talik con una fingida cortesía, haciéndole una reverencia llena de burla. Neera comenzó a reír. Pero no era una risa sincera, era una risa cargada de desprecio hacia ella. Lyn descendió el rostro amedrentada, dolida con sus burlas.

—Malditos elfos —espetó Neera enseriando en el acto. Y escupió a los pies de la princesa. Talik la miró, pero no dijo nada.

Lyn sintió ganas de abofetearla, de decirle que no la conocía y no era quien para juzgarla. Pero se sabía en inferioridad de condiciones ante la hermana de Ninwo y cualquier conflicto podría inclinar la balanza del *yantar* Barack en su contra. Sin embargo le clavó una mirada profunda, sin decir una palabra. Esta le mantuvo la mirada hasta que Talik la agarró del brazo, sacándola de allí.

—Nos vamos.

—¿Dónde la llevas? —preguntó curiosa Neera.

—Soy su niñera.

—¿Tú? ¿Por qué tú? ¿Por qué no Rök, Kainah, o mi hermano? —Talik la miró, desconcertado por su pregunta. Qué podía importarle a Neera que fuese

él el encargado de cuidar de la princesa —. Quiero decir que... tú eres el hijo del *yantar*...no tendrías porqué...

—Díselo a mi padre —bufó y tirando del brazo de Odalyn con brusquedad la forzó a bajar las escaleras.

Mientras seguía sus pasos y sentía la presión de sus fuertes dedos sobre su brazo derecho, la princesa observó cómo Neera les observaba inmóvil, convertida en una estatua de piedra, a los pies del Palacio de Piedra. Observó un instante a Talik que caminaba concentrado en sus pensamientos, y dio un tirón de su brazo, obligándole a soltarla.

—Sé caminar sola —dijo, recibiendo una mirada de desprecio del guerrero. Suponía que estaba molesto por tener que vigilarla, pero también lo estaba ella por el modo en el que la había tratado, porque no había sido capaz de defenderla, a ella que le había salvado la vida en dos ocasiones. Qué ingenua había sido, a él tan solo le importaba él mismo, su hermana Jannike y su pueblo, en ese orden.

Talik se adentró en una de las viviendas excavadas en la piedra, abrió la puerta de madera y prendió dos gruesas velas blancas, situadas de modo estratégico para iluminar toda la estancia.

Era una habitación amplia, en la que tan solo había una mesa y varias sillas, también una especie de asiento excavado en la pared cubierto por pieles, lo suficientemente amplio para que se acomodase en él una persona acostada, y un viejo caldero pendido de un estribo, a su lado había un mueble de madera con un par de platos, vasos y cubiertos, todos de metal. Al fondo había una puerta cubierta por una cortina de pieles.

—Bienvenida a mi *chakra*, mi humilde hogar. Detrás de esa cortina están mi dormitorio y el baño. Es un agujero en el suelo en el que tendrás que echar agua con un cubo, no vayas a esperar otra cosa —dijo dejando su espada sobre la mesa. Lyn permaneció de pie, observando cómo también comenzó a deshacerse de su armadura de *masuk*.

—¿No vives en el palacio?

—¿Qué pasa? ¿Mi hogar no es lo bastante bueno para ti?

—No he dicho eso. Pero lo lógico sería que al ser hijo de...

—Jamás, ni una sola vez en toda mi vida, mi padre me ha tratado de un modo diferente al resto de guerreros *scorpion*. Al cumplir los quince años cada niño se convierte en adulto y debe aprender a sobrevivir por sí solo. Todos vivimos en las mismas condiciones, solo el *yantar* vive en el Palacio

de Piedra, junto con sus consejeros y yo no soy uno de ellos —espetó sacándose por la cabeza la coraza, descubriendo el formidable torso desnudo.

—Mi padre me mantenía encerrada en aquel torreón la mayor parte del tiempo, solo conozco Siam desde las alturas. En contadas ocasiones nos dejaba a mí o a mi hermana bajar al jardín a jugar o a pasear...

—¿Por qué?

—Para protegerme. Era prisionera de mi propio castillo —admitió apesadumbrada—. Mis días han pasado entre libros, clases y lecciones de magia. Siempre dentro del castillo por el temor a un ataque...

—Nuestro —concluyó la frase volviéndose para mirarla—. De nosotros los salvajes, los asesinos... Dime, la gente que has visto caminando en esa plaza, las hembras, los pequeños, ¿te parecen asesinos? — requirió ahondando en sus iris, tratando de conocer su respuesta antes de que los labios de Lyn contestasen a su pregunta.

—Esos machos, en el palacio, querían matarme.

—Manwe perdió a dos de sus hijas a manos de los tuyos, y Sauk contempló como su hijo menor era abrasado por una de esas infernales descargas de luz que surgen de vuestras manos, ¿cómo puedes esperar que no te odien? ¿Qué no os odien a todos?

Lyn descendió la mirada compungida. Había oído hablar de la guerra desde que era niña, como una desgracia necesaria para lograr un bien mayor. Pero aquello era muy distinto, ahora ponía rostros a las víctimas de la masacre, a sus familias. En su reino también habría padres que hubiesen perdido a sus hijos, como los de aquel soldado del río que cayó bajo el hacha de Handa, por ejemplo.

—No lo habría permitido —aseguró y la princesa buscó sus ojos—. No habría permitido que te hiciesen daño. Te debo la vida, aunque ellos no lo sepan.

—¿De veras tengo que creerlo?

Le observó, de pie a su lado, con los ojos fijos en ella, desnudo de cintura para arriba, con aquel torso fibroso que se mecía a cada respiración y el abdomen marcado como una tabla de lavar la ropa.

—¿Piensas que miento?

—No lo sé. No sé qué pensar. El Talik que estaba en esa sala hablando con el líder no se parece en nada al que he conocido durante estos días.

—Pues lamento decepcionarte pero el que hablaba en esa sala es el único

Talik que existe —respondió desafiante—. ¿Qué esperabas? ¿Que hiciese un alegato defendiendo tus maravillosos dones para que así te odiasen menos? No seas ingenua, van a odiarte de igual modo.

—Me trae sin cuidado que me odien, sólo esperaba que contases que os he ayudado, que he colaborado y no he puesto resistencia, que les hicieses entender que no soy una amenaza—profirió llena de rabia—. Y prefiero ser una ingenua a ser un cretino como tú

—¿Soy un cretino? Resulta gracioso oírlo viniendo de una elfa consentida que ha crecido rodeada de aduladores que le decían que sí a todo.

—No me conoces, no tienes ni idea de lo dura que ha sido mi vida y no tienes derecho a juzgarme.

—¿Dura tu vida? ¿Vas a intentar convencerme de que has vivido en escasez? ¿Que has pasado necesidad? Por favor...

—La escasez material no es la única importante, ¿sabes? Hay otras mucho peores. Yo he crecido con la mayor de todas las carencias, la de una madre a la que acudir en busca de consuelo...

—Si lo que pretendes es conseguir mi lástima estás muy equivocada. Yo también sé lo que es crecer sin una madre, porque los *tuyos* la mataron.

—Lo siento, lo siento de veras. Y si es como dices te pido perdón en nombre de mi pueblo —Talik la miró de reojo, desconfiado—. Pero no quiero tu lástima, ¡necio! Lo único que quiero es... es...

—¿Qué?

—Que te pongas en mi lugar por solo un instante. Que te olvides de cuánto odias a los míos, de quién es mi padre y lo que haya hecho, quiero me mires a mí, a Odalyn. Que me juzgues, que me trates, por mis actos, por nada más. No te atrevas a sentir lástima por mí, no tienes derecho a hacerlo —profirió con los ojos llenos de lágrimas contenidas. Talik descendió el rostro, sintiéndose culpable por haberle hecho daño con sus palabras.

Dio un paso hacia ella, y estiró uno de sus brazos hacia su rostro, como si fuese a acariciar su mejilla.

—¿Cómo está la princesa? —preguntó la voz de una hembra desde el otro lado de la puerta interrumpiendo su gesto.

—Adelante sanadora —pidió Talik. Shana se adentró en la habitación y miró a ambos, una y otra vez en silencio, percibiendo el extraño clima de tensión que se mecía entre ellos. Así como el torso desnudo de Talik, con la coraza sobre la mesa.



—Solo quería saber cómo se encuentra...

—Bien, gracias, estoy bien.

—Mi padre me ha nombrado su niñera, pero estoy seguro de que la princesa preferirá acudir a asearse contigo, Shana. Así como también podrías proporcionarle algo de ropa mientras se lava ese vestido tan sucio y ajado — La mezcla de arena con el agua de la laguna Coon que había empapado lo que quedaba de sus ropas las habían convertido en cualquier cosa menos la fina prenda que fue —. No es digno de una princesa de su alta cuna —se burló. Y entonces Lyn lo entendió, Talik vestía su máscara impenetrable de nuevo. Aunque él lo negase había dos Taliks, el cercano y atento, el que atendía sus heridas y la trataba con respeto, y el Talik guerrero, el heredero de la tribu que debía salvaguardar a su pueblo y que era su enemigo.

—Ven conmigo, princesa —pidió Shana con una sonrisa llena de dulzura. Resultaba difícil de entender porqué no había odio en los ojos de la sanadora, por qué no la miraba con la misma rabia y desprecio que el resto de scorpions. ¿Acaso ella no había perdido a nadie a manos de los elfos?—. Yo me encargaré de ti.

Lyn la siguió hasta su *chakra*, recorriendo de nuevo la plaza central de Roudan, recibiendo un nuevo número de miradas de desprecio. Allí la sanadora tomó algo de su propia ropa.

—Creo que esto te servirá —dijo mostrándole una larga túnica de color anaranjado—. No es tan bonita como tu vestido pero al menos está limpia.

—Muchas gracias, sanadora. Es perfecta.

—Vamos a las termas, allí podrás asearte como es debido. Por el estado en el que llegaste imagino que ha sido un viaje duro —aseguró abriendo la puerta de su pequeña estancia. Después la condujo por uno de los túneles laterales hasta unas escaleras esculpidas en la roca que descendían varios metros. Tenían la amplitud necesaria como para permitir el paso de un caballo y un carro pequeño. Se cruzaron con un par de jóvenes por el camino, estas la observaron con una mezcla de curiosidad y temor.

Al final de aquella escalera se extendía una piscina natural en el interior de una cúpula atravesada por largos respiraderos que permitían el paso de la luz y llevaban el vapor desprendido por el agua hasta el exterior. Había un par de jóvenes que salieron rápidamente al verlas llegar. Se envolvieron en unas mantas de lana que habían dejado en la orilla, saludaron corteses a Shana y desaparecieron escaleras arriba.

—Debo parecerles un monstruo.

—Te tienen miedo, al igual que los tuyos temen a los míos — aseguró piadosa con una sonrisa. Dejó sus pertenencias conformando un pequeño montículo a un lado de la orilla y desnuda se introdujo en el agua con cuidado.—Dales tiempo. Vamos —la instó a imitarla.

Odalyn se sacó el vestido harapiento por la cabeza y se introdujo en el agua con sus enaguas de puntillas y la camisola interior de tirantes. Era muy cálida, costaba soportar la temperatura al principio, pero poco a poco su cuerpo fue acostumbrándose al calor.

—Y tú, ¿no me tienes miedo? —le preguntó mientras se limpiaba los brazos de restos de arena seca.

—Yo me crié con una familia de elfos —reveló sorprendiéndola.

—¿Qué?

—Lo que oyes, me crié con una familia de elfos en una granja a las afueras de Tiree hasta los ocho años de edad. Mi madre scorpion fue sorprendida en el bosque de Farlat mientras buscaba a mi padre, desaparecido en una de sus incursiones. Un general elfo la prendió y se puso de parto. Dio a luz en mitad del bosque y falleció poco después, llevaba días buscándole desesperada, él era su *serat* y no podía resignarse a perderle —relataba con la mirada llena de melancolía—. Me entregaron a una familia de elfos y ellos me criaron como una hija hasta que un grupo de scorpions que regresaban de atacar el castillo me descubrió jugando entre el trigo y me raptaron, trayéndome de vuelta. Así que perdí a mi madre dos veces. A la que me dio a luz y a Nayad, mi madre elfa.

—Eso es horrible. Lo siento muchísimo.

—Fue hace mucho, princesa Odalyn.

—Llámame solo Lyn, por favor.

—Claro, si eso os complace.

—¿Y no trataste de regresar nunca?

—Intenté escapar, una vez, pero me encontraron a punto de desfallecer en el desierto. No volví a intentarlo, ellos me acogieron y me dieron mucho afecto. Aunque siempre extrañé a mis padres elfos... Pero en Roudan conocí a mi *serat* a la edad de dieciséis años, y a partir de entonces no pude ni tan siquiera imaginar la posibilidad de alejarme de aquí.

—¿Entonces estás casada?

—Los scorpions no nos casamos, bueno, al menos no como lo hacen los

elfos. Nosotros nos unimos en una ceremonia bajo la luna Laris, ofreciendo nuestra felicidad a la diosa, que refrenda nuestra unión. La unión con nuestro *serat*, hace público a los ojos de todos lo que ambos sabemos en nuestro interior, que nos pertenecemos el uno al otro hasta el fin de nuestros días — dijo Shana con melancolía—. No es algo que eliges, es algo que sientes en tu interior, como una necesidad, casi como respirar, como una especie de fuego que te consume cuando no estás a su lado.

—¿Y tu pareja? ¿Es un sanador como tú o es un guerrero?

—Era un guerrero valeroso. Él era el protector de Talik. Después de su muerte, Handa ocupó su lugar.

—Lo siento muchísimo, Shana.

—Cayó hace dos años, como tantos otros en esta guerra absurda que lleva demasiadas muertes a sus espaldas. Una parte de mí murió a su vez — añadió con los ojos llenos de lágrimas no derramadas—. Pero bueno, hablemos de cosas alegres. Corre el rumor de que estás comprometida — sugirió. Odalyn por un momento dudó de si el interés de Shana era sincero, o si tan solo pretendía obtener información de ella pero no se sintió capaz de mentirle.

—Sí, es cierto. Estoy prometida con Enar Farae desde que tenía cuatro años —pudo leer el escándalo en los ojos de la sanadora al oírla, aún así no dijo nada—. Sólo le he visto una vez en mi vida, con esa edad. Pido a las Diosas Lunares que me concedan amarle, porque los elfos sacrificamos nuestra felicidad por el bien de nuestro reino.

—Cuenta una leyenda que la diosa Laris creó a los guerreros scorpion otorgándole los mayores dones, les concedió la fuerza, la agilidad, la entereza física... Y en su interior los llenó de serenidad, de calma y felicidad. Cuando acabó los miró orgullosa por su trabajo, pues había creado a unos seres perfectos en su esencia. Pero entonces, su hermana la diosa Soor, tan poderosa como ella, sintió celos de su trabajo y dividió a los guerreros en dos partes distintas, separándolos, para que fuese incompletos y los mezcló entre sí para que ninguno fuese capaz de hallar a su mitad exacta jamás, y vagasen por el mundo probando una y otra y otra mitad sin poder jamás estar seguro de que se trataba de la correcta. Pero entonces Laris, molesta por la acción de su hermana les concedió un don especial. Cuando ambas mitades se encontrasen la esencia misma de éstos se fundiría para siempre, ambos formarían un todo, irremediabilmente en cuanto compartiesen su primer beso

—relató Shana con una chispa de emoción en los ojos castaños. Odalyn la oyó extasiada, le parecía una historia preciosa—. Tras ese primer beso todo cambiaría de un modo irremediable, ambos sabrían que era aquella su mitad y ninguna otra, para siempre —concluyó satisfecha con el interés que había despertado en la princesa—. Con esto quiero que entiendas por qué los scorpions sacrificamos todo por nuestra mitad. Hay parejas que se unen por el propio bienestar de ambos, claro que las hay, aún sin haber hallado a su *serat*. Pero cuando la diosa Laris te bendice con la llegada de tu *serat*, no hay nada ni nadie que pueda interponerse entre ambos. Ni siquiera el *yantar*. Porque oponerse a ello sería como negar a la diosa el presente que nos ha concedido. Y te aseguro que un rey feliz es mucho mejor regente que uno amargado, Lyn —aseguró con una sonrisa. Ella no pudo evitar pensar que Shana tenía toda la razón.

—Y vuestro *yantar*, ¿es feliz?

—No lo es desde hace mucho, desde que su esposa fue asesinada. Ahora su hija está prisionera en el castillo de tu padre. No es posible ser feliz así, ¿no crees?

—No. Y tú que te has criado entre elfos, Shana, ¿cómo puedes creer lo que cuentan de nosotros?

—Porque lo he vivido, Lyn, cómo Milenn mi *serat* fue brutalmente asesinado por elfos. Y sin embargo no puedo odiarles, porque fueron mi familia... Es complicado, demasiado, lo sé. Como sé que tu situación es muy difícil, pero piensa que has sido afortunada porque quien te capturó fue Talik en lugar de cualquier otro scorpion.

—¿Por qué?

—Porque Talik jamás haría daño a alguien indefenso por más que odie a los elfos. Aunque sea un bruto, aunque su boca pueda escupir auténtico veneno, su corazón es puro. Estás segura a su lado.

—Eso espero —suspiró antes de sumergirse por completo en las aguas de aquella piscina natural cuyo cálido abrazo resultó reparador para el cuerpo y aún más para el alma de la princesa.

Shana la acompañó de nuevo hasta la *chakra* de su guardián.

Lyn no pudo evitar pensar que su padre jamás habría permitido que se hospedase en la casa de un macho. En el pueblo scorpion sin embargo a nadie parecía escandalizarle la idea. Lo cual chocaba frontalmente con todos los

principios en los que había sido educada. Y no dudaba de las intenciones de Talik, no lo hacía en absoluto, ya había permanecido a solas con él en el bosque, pero le resultaba una situación insólita. El único macho con el que había permanecido a solas en una habitación además de su padre era Sirah Inala, su amigo de la infancia.

Llamó a la puerta con los nudillos sin que nadie respondiese al otro lado. ¿Se habría dormido el guerrero? No resultaría extraño tras la larga expedición, ella aún estaba exhausta. Miró a Shana que se encogió de hombros y la instó a que volviese a llamar. Lo hizo pero aún así nadie contestó. Shana dio un paso al frente y abrió la puerta.

En el interior Talik y una hembra de cabellos oscuros se besaban apasionadamente. El guerrero scorpion se apartó de esta al oír el crujido de la puerta al abrirse. Continuaba con el torso al descubierto aunque tenía el cabello húmedo y se había cambiado de ropa.

La hembra se volvió, permitiendo a ambas contemplar su rostro. Era Neera, a la que había conocido en la escalinata del Palacio de Piedra, la hermana de Ninwo. Sus ojos negros la miraron con descaro antes de posarse en el rostro de la sanadora y descender la mirada amedrentada ante esta.

—Neera, ¿puedes dejarnos a solas, por favor? —Esta asintió y después abandonó la estancia sin decir una sola palabra, dedicándole una sonrisa a la princesa al pasar por su lado rumbo a la salida—. ¿Qué significa esto, Talik? —preguntó Shana molesta. Odalyn permanecía inmóvil en la puerta intentando digerir lo que había sentido al contemplarle en los brazos de aquella hembra.

¿Por qué le dolía tanto? ¿Por qué sentía ganas de llorar? ¿De romperle la cara a bofetadas? ¿Qué derecho podía tener a eso? ¿Por qué? ¿Porque él le había curado los pies con mimo en las cataratas de Ragna? ¿Porque la había sujetado tan cerca que llevaba grabada su silueta en su cuerpo? ¿Porque todo eso la había llevado a pensar que le importaba de algún modo?

—Déjame en paz, Shana —bufó mirándola de reojo, pasando una mano por el cabello húmedo, peinándolo hacia detrás con los dedos.

—No puedes hacerle esto, Talik, pues ambos sabemos lo que ella espera de ti...

—Quizá sea el momento de entregárselo —respondió arisco, enfrentándola.

—A mi no me engañas. Te conozco desde que eras un crío. Y tus ojos... tus ojos me dicen muchas cosas Talik .

—¡Cállate Shana! ¡Cállate! —la instó. ¿Cómo podía saberlo ella? ¿Cómo podía saber lo que solo él sabía? Aquello que Handa intuía. Lo que tanto temía, lo que le atormentaba desde las últimas dos lunas. ¿Y Shana lo había sabido con solo mirarle a los ojos? Su condena era una realidad y ahora también la sanadora lo sabía —. Por favor —pidió con mucha más calma —. Sé lo que hago.

—Eso espero, por tu propio bien. Buenas noches Lyn, si este bruto no te trata como mereces quiero que sepas que en mi *chakra* siempre serás bien recibida —aseguró tomando sus manos entre las suyas, cálidas y frágiles, mirándola con dulzura antes de marcharse.

—Gracias, Shana —balbució sin dejar de sentir la honda punzada que aún malhería su corazón.

Dando un par de pasos más se adentró en la estancia. Talik aún permanecía descolocado por la interrupción, y paseaba una de sus manos por la frente despejada como si esto le ayudase a aclarar sus ideas.

—Hay comida, Neera ha traído un guiso. Está bueno — afirmó mirándola de reojo.

—Prefiero comerme un excremento de caballo antes que cualquier cosa que haya podido preparar tu *compañera*.

—Ella no es mi compañera, es una amiga.

—¿Una amiga? ¿Y sueles meterles la lengua hasta la garganta a todas tus amigas? Lo digo para ir haciéndome a la idea a lo que puedo llegar a ver mientras esté aquí —Talik la miró lleno de furia. ¿Quién era ella para reprocharle nada?

—Quizá incluso veas cosas peores.

—Creo que dormiré con Shana —dijo Lyn volviéndose hacia la entrada, pero entonces Talik la agarró del brazo.

—Espera, no te vayas. Imagino que ha sido una situación violenta y te pido disculpas, ¿de acuerdo? —Ella le miró un instante antes de decidirse a contestar. Parecía sincero.

—Está bien. Disculpas aceptadas.

—Sígueme —pidió antes de desaparecer por la habitación lateral, ella le obedeció —. Tú dormirás aquí —dijo prendiendo una vela que iluminó la

habitación en cuyo interior solo había un amplio catre de madera cubierto por pieles y mantas de lana tejida —. Y yo lo haré ahí — indicó hacia el sillón excavado en la piedra de la estancia principal.

—No es necesario. Es tu cama, es lógico que duermas tú en ella.

—No, tú eres mi invitada, debes ocuparla.

—¿Tu invitada? Querrás decir tu rehén —Estaba muy decepcionada, se sentía demasiado estúpida. Él continuaba rehuendo su mirada. Una voz en su interior le gritaba que necesitaba saber porqué Shana le había reprendido por besarse con Neera y qué significaban sus palabras.

—Llámalo como quieras.

—Esa chica, Neera... —comenzó. Los iris plateados la atravesaron por completo cuando oyó aquel nombre de sus labios —. ¿Se quedará a dormir aquí?

—No mientras tú estés aquí —respondió antes de tragar saliva, sintiendo como si tragase una bola de estopa. Su garganta estaba seca, más aún que el desierto. Aún no podía dejar de pensar en las palabras de Shana, en lo que significaba que también ella hubiese descubierto su secreto.

—Gracias. ¿Tienes más raíces de Abezno?

—Creí que no te gustaba.

—No deberías creer todo lo que te dicen —afirmó Lyn muy seria pero su expresión provocó una sonrisa en Talik. La blanca dentadura contrastaba sobre manera contra la piel morena.

—Chica lista —dijo antes de pasar por su lado rumbo a la otra habitación. Allí tomó un pedazo de raíz de un gran cuenco y tras pelarla con maestría con la afilada daga que portaba al cinto, se la entregó.

Lyn tomó asiento sobre las coberteras en el largo sillón de roca y comenzó a masticar la dura raíz. Por suerte sus dientes eran sanos y rasgaban la carne dura vegetal con facilidad. Su sabor no era como para dar saltos de alegría, pero tampoco era tan desagradable como imaginase en un principio. Al inicio resultaba ácida pero se volvía más dulce al mezclarse con la saliva. De todos modos habría comido un cactus del desierto con espinas incluidas antes que nada preparado por esa babosa hermana de Ninwo.

Y si ni siquiera era su pareja, ¿qué clase de relaciones mantenían los scorpions entre ellos? ¿Es que acaso les estaba todo permitido? A Shana no le había parecido en absoluto apropiado. Desde luego besarse no era lo único que habían hecho si incluso se había quedado a dormir.

Observó cómo él sí se alimentaba con el guiso preparado por la hembra de los labios rápidos y sintió celos. Porque ella no sabía cocinar, porque ella jamás había besado a nadie, porque habían sido los labios morenos de Neera los que besasen a Talik en lugar de los suyos. Porque ese necio mal encarado le importaba mucho más de lo que jamás se atrevería a confesar a nadie.

Alguien la tomaba en brazos, pestañeó tratando de abrir los ojos. Se había dormido en el sillón de piedra después de dar buena cuenta de su pedazo de raíz. Estaba agotada. Los párpados le pesaban como melones y no podía despegarlos. Sin embargo podía reconocer el mentón cuadrado de Talik por entre las pestañas doradas. Era él quien la transportaba entre sus brazos y la conducía hasta la cama. Allí la depositó despacio sobre el lecho. Odalyn en su duermevela había podido distinguir su mentón, su nuez de Adán, sus labios voluminosos, esos que habían sido besados por Neera...

—A mí nunca me han besado —pensó. O creyó que lo había pensado pues despabiló de golpe al oír cómo aquellas palabras furtivamente abandonaban sus labios. Por suerte Talik la había dejado de cara a la pared. ¿La habría oído? Su corazón comenzó a palpitar acelerado. No, quizá no la había oído.

—Lo sé —dijo este con una amplia sonrisa que la princesa con las mejillas convertidas en rojos farolillos no podría ver. No pudo evitar sentirse reconfortado ante la involuntaria confesión de la muchacha. Y se reprendió por ello, por desear con toda su alma ser el primero que besase aquellos labios.





## Capítulo 13

### Princesa guerrera

Un ruido proveniente de la estancia contigua la hizo despertar, fue como un golpe seco que la despabiló de golpe. Lyn se incorporó de la cama y se asomó a través de la cortina de piel de la habitación principal. Vio a Talik agachado, recogiendo un par de jarras de latón del suelo. Su ropa era distinta, vestía una especie de blusón claro en lugar de la coraza de masuk y unos pantalones de piel a la rodilla. Las tomó y al girarse para ponerlas sobre la mesa la descubrió observándole.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Sí —respondió sin moverse del umbral.

—Acércate y toma asiento —pidió. Ella le obedeció y tomó una de las sillas, acomodándose junto a la mesa. Talik removió agua que hervía en una gran jarra de metal puesta al fuego y tomó un recipiente de madera, extrajo de

este unas hierbas que añadió a la marmita. Las dejó hervir unos minutos y después sirvió la mezcla en las dos pequeñas jarras que había dejado sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó Lyn. Por su olor sabía que se trataba de algún tipo de infusión.

—Es té de Roca. De una planta que crece entre las rocas —explicó con una sonrisa al percibir su sorpresa. Lyn tomó la jarra y la llevó hasta sus labios dándole un sorbo.

—Tiene un toque dulce...

—Le he añadido unas raíces de vainilla. No a todo el mundo le gusta pero...

—Está delicioso. De veras —Él se encogió de hombros ante el cumplido, tomó un plato de metal del aparador que había junto al fuego y depositó en este dos rebanadas que cortó de una especie de hogaza oscura que guardaba también dentro.

—Pruébalo, aunque no estoy seguro de que te guste, nuestro pan no se parece en nada al vuestro.

—¿Cultiváis trigo? —dudó tomando un pedazo, llevandoselo a los labios seguido de un nuevo sorbo de infusión. Su textura era mucho más compacta a lo que estaba acostumbrada, como si se tratase de un bizcocho, y su sabor algo insípido pero en absoluto desagradable.

—No, ese pan está hecho de abezno.

—¿De esa raíz?

—Ya te lo dije, es el principal sustento de mi pueblo —dijo tomando asiento frente a ella, haciéndose con su taza de infusión—. La cultivamos, aquí en Roudan.

—¿Bajo tierra?

—Sí.

—Vaya, jamás pensé que pudiese crecer algo sin recibir la luz del sol. Sirah me regaló una planta... —Fue consciente de cómo Talik apretaba la mandíbula al oír el nombre de su enemigo y se contuvo.

—Continúa por favor —pidió, sobrepuesto.

—Él me regaló una planta por mi decimoséptimo cumpleaños, una flor preciosa. La coloqué cerca de mi cama, pero a las pocas lunas comenzó a marchitarse. Sirah me dijo que debía sacarla al balcón, que todas las plantas necesitan la luz del sol para vivir. Lo hice y se recuperó.

—El abezno también necesita la luz del sol, pero no demasiada. Por eso podemos cultivarlo. ¿Sirah y tú sois...? —preguntó observándola por encima de la taza que llevó a los labios.

—Amigos. Solo somos amigos. Sirah llegó al castillo poco después de que perdiese a mi madre. Nos conocimos en las lecciones que la institutriz Anuar impartía a los hijos de las familias nobles, ella nos enseñaba a leer y escribir. Él también se sentía muy solo, al fin y al cabo era solo un niño y acababa de ser apartado de sus padres. Los hijos de los nobles nos trataban de modo distinto a ambos, a mí por ser hija del rey y a él por no pertenecer a la nobleza. Esto hizo que solo confiásemos el uno en el otro.

—¿Está enamorado de ti? —Aquella pregunta la pilló por sorpresa. Le miró a los ojos, no había el menor pudor en ellos por preguntarle algo tan íntimo.

—Sé que no me ama.

—¿Estás segura? Vi como te miraba en el bosque, estoy convencido de que habría sido capaz de dejar que le matásemos si con eso lograba tu libertad.

—Sirah está enamorado de mi hermana Arlet, aunque creo que ni siquiera se lo ha admitido a sí mismo. Arlet era a penas un bebé cuando la conoció y desde pequeños ha sentido verdadera devoción por ella. Al principio creí que la apreciaba del mismo modo que a mí, pero con el tiempo me he dado cuenta de que no es así. Le tiembla la voz cuando se quedan a solas, la sudan las manos, aunque intenta disimularlo para que no me de cuenta, sé que en su interior siente algo especial ella —sonrió al pensarlo.

—No puedo imaginar al *Exterminador* temblando como un pájaro asustado ante una hembra.

—Sé que le llamáis así, pero Sirah sólo hace lo que cree correcto, lo que mi padre le ha ordenado que haga. Él es bueno, es auténtico en su interior. Si le conocieses como yo...

—Si alguna vez le tengo al alcance de mi espada no creo que le de la oportunidad de que me muestre *su interior* —dijo sin rabia, por primera vez le mencionaba sin tener que maldecir o escupir, pensó Lyn.

—Ojalá eso nunca suceda.

—Ya, estoy segura de que acabase él conmigo —aseguró enarcando una ceja convencido.

—Pues te equivocas. No deseo que te suceda nada malo.

—¿Por qué? Te he secuestrado, te he apartado de los tuyos...

—Y sin embargo no puedo desearte ningún mal, porque sé que lo has hecho por salvar a tu hermana, como yo sería capaz de cualquier cosa por salvar a la mía —aseguró emocionada, sin embargo fue capaz de contener las lágrimas.

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Quince.

—Un poco joven para él, ¿no crees?

—Ahora sí, por supuesto. Dentro de unos años no se notará la diferencia de edad. De todos modos Sirah jamás intentará nada con Arlet porque sabe que está fuera de su alcance.

—¿Por qué?

—Por que él no es un noble elfo, ni tiene dote que entregar por ella.

—¿Qué es *dote*?

—La dote es... —Lyn dio un nuevo mordisco al pan de abezno mientras ordenaba las palabras en su mente en el mejor modo de explicarle aquello—. Es dinero, u objetos valiosos que el futuro marido entrega al padre de la novia cuando este se la concede en matrimonio. Por ejemplo, Enar ha entregado a mi padre diez navieros, cincuenta rollos de seda y cincuenta mil escudos de oro.

—O sea, que te ha comprado.

—¡No! Claro que no.

—Pero, él ha pagado dinero a tu padre para que te entregue. Es como cuando yo vendo las cosas que ya no quiero, el que las compra me paga por ellas y entonces le pertenecen.

—Mi padre me quiere —protestó arrugando la frente.

—No he pretendido decir que no lo haga. Es que no puedo entenderlo. ¿Por qué tiene que pagar, o *regalar* cosas a cambio de entregarte? ¿Qué mayor regalo puede ansiar un padre que la felicidad de su hija junto a quien va a dejarse la vida por hacerla dichosa? —preguntó con una razón devastadora.

—Pues... Ojalá fuese así, pero no lo es. No en mi mundo —respondió y permaneció un instante reflexionando sobre aquellas palabras en silencio. Talik tenía razón, ¿por qué tenían que pagar por ella? Porque estaban vendiéndola, como a un caballo o como a un armario. Enar Farae estaba comprando una futura reina.

—Anoche, cuando te llevé al catre dijiste algo —Lyn abrió los ojos como platos, abandonando sus pensamientos de inmediato, ¿así que no pensaba dejar pasar por alto ese tema?

—¿Sí? ¿Qué dije? A veces digo tonterías en sueños.

—Dijiste que nunca te han besado.

—¿Eso dije? Qué estupidez —trató de restarle importancia, cuando había enrojecido hasta la raíz del pelo.

—Entonces no es cierto, ¿has besado a alguien?

—No creo que sea algo de tu incumbencia —respondió incorporándose, dando por finalizado el desayuno.

—¿Es que Enar nunca lo ha intentado?

—No ha podido intentar nada porque nunca nos hemos visto, al menos como adultos.

—¿No le conoces?

—Le conocí, cuando yo tenía cuatro años y él ocho. Él me rompió una muñeca y yo le rompí una ceja.

—¿Le rompiste una ceja al mismísimo Enar Farae? —dudó y ante su respuesta afirmativa rompió a reír a carcajadas. Lyn también rió, permitiendo que la tensión por el tema anterior fuese aliviándose entre risas.

—Y después tuve que pedirles disculpas a él y a su *mismísimo* padre — Talik continuó riendo.

—Desde luego no puede decirse que hayáis comenzado con buen pié — dijo poniéndose de pie, dando el paso que les separaba—. Solo te diré una cosa Lyn, si nada lo impide y acabas casándote con Enar Farae, no permitas que ese monstruo te anule, que te menosprecie, jamás —pidió muy serio. Ella asintió—. Vámonos, princesa guerrera —Lyn no pudo evitar sentirse halagada al oírle llamarla de ese modo.

—¿Dónde?

—A presentar nuestros respetos a alguien.

Salieron al espacio central de la ciudad y se dirigieron hacia un túnel alejado de las galerías principales, amplio y bastante concurrido, iluminado por multitud de antorchas. Todo aquel scorpion con el que se cruzaban se les quedaba mirando.

—Parece que soy la nueva atracción local.

—Es por tu cabello, llama demasiado la atención. Espera —pidió

acercándose a una pareja de hembras jóvenes que conversaban entre ellas mirándoles de reojo. La más alta llevaba un amplio pañuelo azul envolviendo su cabello, Talik conversó con ellas un instante y regresó con el pañuelo entre las manos—. Cúbrete con esto y verás como dejan de mirarte.

—¿Se lo has pedido? —Lyn tomó la prenda y envolvió en ella su cabello anudándolo en la nuca, dejando ocultas a su vez sus orejas puntiagudas. Ahora, vestida con su ropa y con el cabello cubierto llamaría mucho menos la atención.

—No se lo he pedido, se lo he comprado, para ti.

—Gracias.

—Vamos.

Reiniciaron la marcha. El camino se dividía en dos nuevos túneles, uno que ascendía y otro que descendía. Talik la condujo hasta el segundo, algo más oscuro, en el que se encontraron con un macho de mediana edad que cargaba con un cubo lleno de antorchas apagadas. Este saludó a Talik con familiaridad sin detenerse a mirarla, o mostrar la menor sorpresa, así que el pañuelo había funcionado. Lyn se fijó en lo que hacía, cambiaba alguna de las antorchas por otras nuevas y prendía fuego si alguna se había apagado.

—Sartam es uno de los encargados de mantener la iluminación en los túneles. Cada scorpion tiene una función en Roudan, es el único modo de que sigamos adelante por encima de todas las dificultades.

—Y esas chicas a las que has comprado el pañuelo, ¿cuál es su función?

—La misma de los consejeros de mi padre, mantener el interés en las hogueras nocturnas con sus chismorreos —proclamó haciéndola reír.

Las antorchas estaban más separadas a medida que descendían, los ojos de Odalyn no estaban preparados para la vida en la oscuridad y sus pasos se hicieron más lentos y dubitativos.

Talik al percibirlo se detuvo a su lado, ofreciéndole su mano que tomó con decisión, recibiendo de inmediato una oleada de esas dichas *chispas en el estómago* que le ascendieron por la garganta como si pretendiesen ahogarla.

Caminó de su mano hasta que accedieron a un gran espacio abierto, del tamaño de uno de los salones del castillo. Una cueva de grandes dimensiones cuyo techo estaba perforado por varios óculos, perforaciones en la piedra, a través de las cuales se colaba la luz solar.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lyn impresionada.

—Con espejos de plata, orientados para aprovechar hasta el último rayo, la luz llega desde las estancias superiores.

Y tanto que llegaba, e impactaba sobre la mayor formación de piedras preciosas naturales que la princesa había visto nunca. El montículo formado por esmeraldas tenía casi su misma altura. La luz solar se reflejaba en estas, salpicando la estancia de haces multicolores.

—Vaya, esto es, una maravilla —admiró Lyn al descubrirlo—. ¿Qué es este lugar?

—Es donde venimos a recordar a nuestros seres queridos que ya no están con nosotros. Lo llamamos *sanctum* —Talik se aproximó a la pared del fondo de la cueva, pasando junto a las esmeraldas sin dedicarles una sola mirada. Lyn le siguió descubriendo cómo había centenas, quizá miles de piedras talladas incrustadas en la pared de arena. Unas de mayor tamaño, otras más pequeñas, pero todas tenían lo que parecían letras inscritas en un lenguaje que ella desconocía—. Cada vez que un scorpion pierde a un ser querido trae una piedra, la más hermosa que puede encontrar, con su nombre grabado y la coloca en el *sanctum*. Los scorpions creemos que nuestro espíritu desaparece cuando fallece la última persona que pronunció tu nombre. Por eso venimos aquí y pronunciamos sus nombres, es nuestro modo de honrarles, de decirles que no les olvidamos, que seguimos extrañándoles.

—Eso es muy bonito.

—Es solo una tradición, pero necesito hacerlo —dijo estirando la mano hasta alcanzar una piedra de color blanco situada a la altura de su frente y la acarició con los dedos con devoción, limpiándole el polvo. Entonces cerró los ojos y guardó silencio un instante—. Te extraño, Dánaer Belarbi, madre.

Lyn se alejó de él, concediéndole la intimidad que consideró necesaria y se aproximó a la zona central de la cueva, junto al montículo de piedras preciosas, contemplando las luces multicolores reflejadas en las paredes. Giró sobre sí misma, era un espectáculo hermoso. Se situó justo bajo uno de los haces de luz y miró hacia arriba, la claridad era demasiado intensa, no podía ver nada, como si mirase directamente al sol. Cerró los ojos inspirando la solemnidad y paz interior que le transmitía aquel lugar.

Sintió un pequeño toque en la punta de la nariz que la llevó a abrirlos de inmediato, topándose con la mirada serena de Talik.

—Brillas aún más que las esmeraldas —le dijo, mostrándole el pañuelo

que sostenía entre los dedos. Lyn llevó las manos a su cabello y en efecto se le había caído al suelo, trató entonces de recuperarlo pero él lo apartó para que no lo alcanzase—. No te cubras, no aún, por favor —pidió posando los dedos en su cabello, deslizándolo por los largos mechones, enredándolos en estos, contemplando con éxtasis cómo reflejaban la luz del sol. Lyn sintió cómo se le erizaba la piel, al percibir su contacto. Se sintió morir cuando llevó un mechón a sus labios, justo bajo la nariz y lo olió. ¡Lo olió!

—Ahora huele a ti, antes lo hacía a aceites y perfumes. Así está mucho mejor —dijo sin dejar de mirarla cuando ella sentía su corazón en la garganta. Y entonces su mano se aproximó a una de sus orejas, Lyn permaneció inmóvil—. ¿Puedo? —preguntó antes de atreverse a tocarla. Ella asintió y hubo de cerrar los ojos cuando percibió el tacto rudo de sus dedos en aquella parte tan sensible de su anatomía, acariciando el lóbulo, ascendiendo despacio por la curvatura hasta alcanzar la punta, descendiendo por la parte interior hasta su cuello—. Eres preciosa, incluidas tus pequeñas orejas puntiagudas, mi pequeña princesa guerrera.

Lyn se mordió el labio inferior, cuando un latigazo de deseo la sacudió desde su interior. Sintió ganas de saltar sobre él y arrancarle la ropa. Podía ser inexperta, pero acababa de quedarle muy claro que le deseaba y cuál era la parte de su cuerpo que más le reclamaba en ese preciso momento.

Pero entonces dejó de percibir su caricia y cuando abrió los ojos descubrió que se había alejado de ella en dirección a la salida.

—¿Nos marchamos? —le preguntó con una sonrisa inocente.

¿Nos marchamos? Se repitió a sí misma incrédula. No le apetecía marcharse, le apetecía besarle, le apetecía estrecharle entre sus brazos y que calmase aquella sed que había despertado en ella, no sabía muy bien cómo, pero que la calmase.

—Sí, claro —carraspeó aclarándose la garganta, seca como el mismo desierto. Quizá fuese considerada una ofensa besarse en un lugar como aquel, o quizá su caricia había sido mucho más inocente de lo que ella creía.

—Será mejor que subamos ya, quiero enseñarte algo —*Lo que hay debajo de ese blusón*, pensó Lyn de inmediato y se reprendió por ello. Estaba volviéndose una descarada. Talik le entregó entonces el pañuelo y la princesa volvió a ocultar su cabello y sus orejas bajo este.

—Claro, vamos. Talik, has pasado un buen rato repitiendo nombres, ¿has perdido a muchos seres queridos?



—Sí. Pero no sólo recito el nombre de mis seres queridos, también el de aquellos a los que sé que nadie más menciona. Aquellos a quienes ya no les queda familia que les recuerde —dijo sin concederle la menor importancia mientras Lyn se maravillaba por lo grande de su gesto. Talik podía ser el tipo más rudo y bruto de cuantos había conocido pero tenía gestos como aquel que le provocaban una ternura infinita.

—¿Por qué llevas el cabello corto? Desde que he llegado me he fijado en que todos los scorpion sin excepción lo llevan largo, excepto Handa y tú —preguntó de improviso.

—Se lo ofrecimos a la diosa Laris antes de partir hacia Siam para que nos concediera suerte. Para un scorpion su cabello es muy importante, sobre todo para los machos, muchos creen que incluso su... —pensó en cómo decir aquello sin resultar obsceno— masculinidad, reside ahí.

—¿Y es cierto? —preguntó sin pensarlo, arrepintiéndose en el acto, por suerte habían avanzado por el túnel y la iluminación era bastante tenue.

—No lo sé. No me he *encamado* con nadie desde que me lo corté.

—¿No te has encamado? —dudó pero entonces entendió el significado —. Ah, vale, ya.

—Bueno, ¿te apetece aprender a recolectar raíces de abezno? Preguntaste si las cultivábamos aquí, te llevaré a que veas como lo hacemos. Así podríamos llevarnos algunas.

—¿Por qué no? —dijo y él tomó su mano de nuevo para guiarla en el camino de vuelta.

Regresaron hasta la galería principal de aquel túnel y tomaron el camino ascendente en esta ocasión, mucho más espacioso y concurrido. Talik miró su mano un momento antes de soltarla consciente de que en este recorrido se veía mucho mejor y tal contacto no era necesario. La miró a los ojos y sonrió, Lyn le devolvió la sonrisa y entendió que la soltaba para evitar la curiosidad de quienes caminaban arriba y abajo por la galería.

El pañuelo que ocultaba el cabello de la princesa evitó que llamase demasiado la atención. El camino volvió a dividirse en dos, a derecha e izquierda, Talik sin dudarlo tomó el camino de la izquierda.

—¿Cómo puedes orientarte? A mí todos los túneles me parecen iguales —le preguntó.

—Me he criado aquí, conozco cada rincón.

—¿Siempre has vivido en Roudan?

—No. Cuando era pequeño vivíamos mucho más al norte, en unas cuevas próximas al Bosque de Farlat en la frontera con Tiree, pero después de *La noche del dolor* nos mudamos a Roudan y proteger esta ciudad se convirtió en la mayor obsesión de mi padre.

—¿*La noche del dolor*?

—Así llamamos a la noche en la que perdí a mi madre, en la que se la llevaron, a ellas y muchas otras mujeres, y jamás volvimos a verla.

—Lo siento muchísimo Talik —dijo emocionada. El guerrero buscó sus ojos.

—No te disculpes, tú nada tuviste que ver con aquello.

—Pero aún no puedo creer que mi pueblo sea capaz de cosas así — afirmó dolida. ¿Y ellos se llamaban civilizados a sí mismos?

—Y tu madre, ¿cómo murió Lyn?

—En el parto de Arlet. Yo tenía cuatro años y sólo recuerdo que mi *ama* me dijo: Odalyn, Acércate y dale un beso a mamá que está muy malita. Recuerdo que estaba en su cama inmensa, con todas las sábanas blancas, immaculadas, pero su tez era más pálida aún. Me acerqué a ella y le tomé la mano, estaba helada. Ella me miró y me sonrió. Estaba cansada, muy cansada —se detuvo un momento en el corredor con los ojos llenos de lágrimas—. Yo le dije que la quería mucho y ella me respondió que ella me amaba más aún. Que siempre me amaría, que estaría a mi lado aunque no pudiese verla. Algo que no entendí entonces porque yo estaba viéndola con mis ojos, pero claro, ella sabía que se moría —un par de lágrimas recorrieron sus mejillas. Talik la abrazó, estrechándola contra su cuerpo.

—Tranquila, no continúes si no quieres —susurró apretándola contra sí con cuidado. Lyn se apartó un instante para mirarle a los ojos de nuevo.

—Mi padre se volvió loco de dolor y prácticamente se olvidó de que tenía dos hijas. Se concentró en hacer crecer su reinado y nos dejó al cuidado de nuestra ama de cría y de los maestros que nos inculcasen conocimientos. Así que los perdí a los dos.

—¿Y estando rodeados de elfos, no había ninguno con el poder suficiente como para sanarla? —Lyn negó con el rostro.

—Lo intentaron, pero no pudieron. Porque en Siam en ese momento era más importante desarrollar la *magia de guerra* a la *magia sanadora*. Son dos fuerzas muy distintas, casi opuestas, y quien entrenaba una concentrada toda

su atención en esta, dejando olvidada la otra. Mi madre había perdido demasiada sangre y hacía falta alguien muy poderoso para salvarla. Creo que yo, hoy en día, podría haberlo hecho. Ella ha sido mi motivación principal para desarrollarla.

—Tú podrías haberlo hecho, estoy seguro. Después de ver cómo me salvaste, cómo salvaste a Kainah, estoy convencido.

—Bueno, ¿dejamos los temas tristes a un lado? —preguntó dispuesta a reanudar el camino.

—Por supuesto.

Prosiguieron recorriendo la galería en silencio, inmersos dentro de sus cabezas.

Talik no podía dejar de pensar en cuánto debía haber sufrido al criarse sin su madre y con el total desinterés de su padre, que además la utilizaba como moneda de cambio con otro reino. ¿Cómo podía hacer algo así? ¿Es que no la amaba o la ambición era más fuerte que el amor? Él se había criado sin su madre desde que esos malditos se la arrebataron, pero al menos había tenido a su padre para preocuparse de sus necesidades y las de Jannike. También a Handa, que había sido como un segundo padre para él.

Lyn no podía dejar de pensar en la intensidad del odio que debía sentir Talik cada vez que pensaba en los suyos. Su madre no había fallecido por causas naturales, a él se la habían arrebatado, se la habían llevado y la habían asesinado. Ni siquiera había podido despedirse de ella, ni había podido darle ese último beso. ¿Cómo no iba a odiarles, a despreciarles, hasta el último aliento?

Esto la entristecía, porque el odio envenena el espíritu. Y él merecía ser feliz, lo merecía por encima de todo. Le contempló un instante, tan grande, tan alto, con aquella espalda que pareciese un aparador, caminando en silencio a su lado.

Llegaron al final de aquel túnel y de nuevo una cueva se abrió en un espacio mucho más amplio, del doble de tamaño del *sanctum*. Su suelo estaba configurado como un campo de labranza, con líneas sembrados y en el techo de la cueva, por medio de un gran agujero se colaba un considerable haz de luz.

—¿Ese agujero lo habéis abierto vosotros? —preguntó curiosa.

—Sí.

—¿Y no teméis que os descubran?

—Es el cráter de un volcán, por el exterior es demasiado inaccesible.

—Vaya, es impresionante —exclamó al contemplar a la docena de scorpions que trabajaba en el cultivo. Unos sembraban, otros recolectaban, otros portaban cestas llenas de aquellas raíces gordas y redondeadas.

—Ven, te presentaré a alguien.

Caminaron hasta el final de la cueva, allí había una puerta que daba acceso a un *chakra*. Talik golpeó la madera dos veces y una hembra scorpion de edad avanzada, menuda y con cabellos canos recogidos en una coleta baja abrió la puerta.

—¡Talik! Pero bueno, ¡qué alegría de verte! Bueno, ya sabes, es un modo de hablar —afirmó con una sonrisa.

—Lo mismo digo, Kande. Ayer regresamos de la incursión.

—Y no hubo suerte, ¿verdad, hijo?

—No. No la hubo. Kande, no vengo solo, esta es mi amiga Odalyn —dijo presentándosela. Cuando la princesa dio un paso hacia la mujer descubrió que sus iris estaban blancos, era ciega.

—¿Odalyn? —Kande estiró las manos hacia ella y Talik le hizo un gesto para que las tocara. En cuanto lo hizo la scorpion atrapó sus manos entre las suyas —. No eres de Roudan, ¿verdad?

—No.

—Porque conozco a cada uno de los habitantes de la ciudad y a ti no te conozco.

—La encontré en el camino, se había perdido explorando —dijo Talik.

—¿Eres una exploradora? —preguntó con ilusión.

—Sí.

—Qué manos tan suaves. Has trabajado poco con ellas —No supo qué responder a aquello. La anciana elevó las manos por sus brazos hasta alcanzar su rostro—. Qué hermosa eres... y joven. Talik, está hecho todo un conquistador.

—Te equivocas Kande, Odalyn no quiere nada conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó la anciana con una sonrisa, liberando sus manos—. Yo hace años que no puedo verlo pero era un macho muy bien parecido.

—Está emparejada, Kande.

—Pero, ¿es su *serat*?

—No.

—¡Entonces eso no vale nada! —proclamó haciendo aspavientos en el aire haciéndoles reír a ambos—. Disfruta todo lo que puedas hasta que encuentres a tu *serat*, muchacha. *Encámate* con cuanto macho se te antoje hasta entonces —afirmó escandalizándola ante la mirada divertida de Talik que se moría de la risa.

—Así lo haré, señora —aceptó.

—Uy, eres de los pueblos del Norte, ¿verdad? Porque ese acento.

—Muy del Norte, Kande —mintió Talik con una sonrisa.

—Pues tú insístele, que es muy bonita —dijo como si ella no estuviese—. A ver si encuentras a tu *serat* de una vez, sino te convertirás en un anciano gruñón como yo.

—Pero si tú eres la hembra más hermosa de todo Roudan.

—Adulador. Sé que es mentira pero me encanta igualmente que me lo diga —dijo guiñando uno de sus ojos blancos a Lyn que echó a reír—. ¿Queréis comer algo? Ahora mismo os saco un poco del guiso que tengo.

Talik la miró por si tenía alguna reticencia. Ella se encogió de hombros haciéndole saber que no le importaba comer con aquella señora.

—No queremos ser ninguna molestia.

—¿Cuándo has sido tú una molestia? Si te he limpiado hasta los mocos.

—Eso fue hace mucho.

—Era un cabezota —explicó ofreciéndoles las sillas para que se acomodasen en ellas. Lo hicieron—. Y un ladronzuelo.

—Kande, eso no creo que sea necesario contarlo.

—Sí es necesario, sí. Él y sus amigos venían a robarme raíces y yo los perseguía con un garrote.

—Y nos lanzaba sus sandalias, tenía mayor puntería que cualquier arquero —admitió Talik entre risas—. Kande ha sido, desde que llegamos Roudan, la encargada de salvaguardar la plantación de abezno.

—El yantar Barack tuvo esa consideración con la *desparejada* que jamás encontró a su *serat* —dijo ella misma burlándose de su mala suerte—. Pero aunque muera sin encontrarlo no creas que me he quedado esperándole, me he divertido lo mío por el camino —sentenció con una risa pícara, sirviéndoles un guiso que tenía al fuego en cuencos de madera con cuchara del mismo material. A Lyn le pareció sorprendente lo bien que se manejaba a

pesar de no ver nada—. Ahora no veo pero aún puedo oír a los pilluelos que intentan robarme por la noche, igual que hacías tú.

Talik hundió la cuchara en el guiso y lo probó. Ella hizo lo mismo, eran como fragmentos de aquel tubérculo con un toque de sabor especiado.

—¡Qué bien cocinas, Kande! Sabes que aún estoy dispuesto a darte un beso y comprobar si eres mi *serat* o no —ofreció haciéndola reír a carcajadas.

—¿Y dónde íbamos a ir los dos juntos, yo tan vieja y tan baja y tú tan joven y tan grande?

—Al fin del mundo.

—Bésala a ella mejor —dijo siguiendo el contorno de la silla hasta posar una mano en el hombro de Lyn.

—Está muy bueno, señora.

—Muchas gracias. Cualquier amiga de Talik es bienvenida en este humilde hogar así que si alguna vez necesitas algo, Odalyn del Norte, aquí estoy para ayudarte.

—Gracias.

Sin que Talik supiese el motivo los ojos de la princesa se licuaron y hubo de hacer un gran esfuerzo por no llorar. La miró descorazonado, preocupado por lo que habían dicho o hecho que la había lastimado. Por lo que en cuanto se despidieron de la anciana y abandonaron su morada no pudo reprimir preguntarle qué le sucedía.

—Si he hecho o dicho algo que te haya ofendido ahí dentro te pido mis más sinceras disculpas. Quizá me he excedido con mis bromas...

—No, en absoluto.

—¿Entonces? He visto cómo estabas a punto de romper a llorar —Lyn apretó los labios tratando de contener la emoción de nuevo, a la vez que caminaba hacia el campo.

—Ella es... buena. Y me gustaría tanto poder ayudarla. ¿Cómo perdió la visión?

—La mayoría de nuestros ancianos lo hacen. Vivir bajo tierra no es demasiado bueno para los ojos. ¿Puedes sanarla? —dudó. Lyn hizo un gesto de negación.

—No puedo sanar lo que lleva años dañado. Cuando los tejidos han cicatrizado por sí mismos, aunque lo hayan hecho mal, no puedo sanarlo.

—No debes llorar por eso. Ella está acostumbrada a vivir así desde hace mucho. Rök, Ninwo y yo nos encargamos de que no le falte de nada.

—No llores por eso —reveló cuando las lágrimas rodaban ardientes por sus mejillas—. Lloro porque no puedo dejar de imaginar lo que le sucedería a ella, a los pequeños de la plaza, y a todo este lugar si los soldados de mi padre lo encuentran —Talík sintió cómo algo en su corazón se rompía de modo irremediable, irreparable.

—No llores, jamás lo encontrarán, te lo prometo —afirmó y hubo de contener el deseo de abrazarla, estaban rodeados de demasiada gente que podrían ir con el cuento a su padre—. Bueno, recolectemos algunas raíces.

Cuando alcanzaron la plaza central de Roudan, el movimiento había aumentado, había un mayor número de scorpions arriba y abajo, varios comerciantes habían expuesto sus mercancías en la plaza. Talík se dirigió hasta esta.

—No lo recordaba, ¡Hoy es *Noche de mercado!*

—¿Qué quiere decir eso?

—Es la única noche de la semana en el que los scorpions que poseen algún tipo de negocio, pueden exponer sus productos. El zapatero sus zapatos, el costurero sus ropas, los artesanos ofrecen sus productos en la plaza sin necesidad de ir a sus chakras a comprarlos. Ven echemos un vistazo.

—Crees que es seguro, hay demasiada gente.

—Nadie osará a decirte nada, la palabra del *yantar* es ley.

A pesar de ello caminó a su lado por entre los puestos, sin alejarse demasiado. Talík se detuvo a mirar armas, dagas, cuchillos y a conversar con cuánto scorpion se encontrase. Era muy popular. También entre las hembras que la miraban recelosas.

A ella en cambio le llamó la atención un puesto de abalorios. No había demasiados, pero vio uno muy hermoso, un colgante de metal pulido con la forma de una estrella que pendía de una cuerda de cuero.

—¿Puedo tocarlo? —solicitó al dueño del puesto que asintió. Era suave y delicado, una auténtica joya.

—¿Qué precio tiene? —preguntó Talík a su espalda sorprendiéndola, echando mano a su zurrón de piel.

—No. No quiero que lo compres.

—¿Quién ha dicho que sea para ti? —dijo dejándola sin palabras. Pagó al

tendero y se lo guardó en el bolsillo.

Lyn se sintió molesta y ofendida.

¿Pero qué narices le pasaba? ¿Para quién era el colgante? ¿Y tenía que haber elegido precisamente el que a ella le había gustado?

—¿Quieres ver algún puesto más?

—No.

—Vámonos entonces.

La princesa caminó tras él en silencio hacia su *chakra*. Sintió ganas de patear aquella espalda inmensa casi con la misma intensidad con la que había deseado abrazarla antes.

El guerrero no dijo una sola palabra más, actuando como si no fuese consciente de su malestar. Cuando llegaron a su *chakra* dejó los tubérculos sobre la mesa que utilizaba para cocinar y puso agua a calentar en el hogar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al fin.

—¿A mí? A mí no me pasa nada.

—Sí que te pasa algo. Conozco esa cara.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué te has molestado?

—Porque no se puede tener menos delicadeza. ¿Ese colgante es para Neera? —preguntó llena de ira, se sacó el pañuelo de la cabeza, dejando libres sus bucles dorados—. ¿Es para ella? ¿Te has atrevido a comprarle el colgante que yo había elegido?

—Tú no ibas a comprarlo, ¿o me equivoco?

—No iba a comprarlo porque no tengo dinero.

—¿Entonces? ¿Qué hay de malo que le compre algo a mis amigas? —dudó desafiante.

—¿A tus amigas? Creo que tienes un problema eligiendo *amigas*. Y muy mal gusto, por cierto.

—Debe ser que tú tienes mejor gusto que yo. Ah, no, discúlpame, que tú ni siquiera has elegido, tu padre lo ha hecho por ti.

—¡Eres un idiota! —proclamó abandonando la estancia, recostándose en el catre de la otra habitación furiosa.

Talik inspiró hondo tratando de calmarse. Era un idiota, sí que lo era. El colgante era para ella, la había secuestrado la noche de su cumpleaños y por su culpa se había quedado sin fiesta, sin regalos, cuando vio aquel abalorio en



sus manos deseó comprárselo al instante, pero sabía que no se lo permitiría. Por eso le dio a entender que no era para ella.

Pero cuando ella le atacó no fue capaz de detenerla y explicarle que se equivocaba, reaccionó con un nuevo ataque. Y es que no podía ser de otro modo. Scorpions y elfos estaban destinados a pelear, no a entenderse. Y sin embargo, lo que había vivido junto a ella aquel día siempre lo guardaría en su corazón, de eso no le cabía la menor duda.

Era una ingenua y una estúpida, se repetía arremolinada entre las mantas de piel y trataba las ganas de romper a llorar. ¿Cómo podía ser tan tonta de creer que Talik sentía algo por ella? Kande misma lo había dicho, *encámate con cuanto macho te guste por el camino*, o algo parecido. Eso debía ser lo habitual y eso era lo que él hacía, con Neera.

¿Cómo podía si no la amaba?

Algo debía sentir por ella cuando le compraba colgantes. ¡Maldito fuera! Malditos fueran los dos.

Necesitaba marcharse de allí.

Recordó su caricia en el cabello, cómo la miraba bajo los rayos del sol en el *sanctum*, el roce de sus dedos en su oreja, y se estremeció íntimamente solo al pensarlo.

¿Las miraba así a todas?

¿Se sentía igual con todas?

Ella había percibido que era real, que lo que Talik le transmitía era puro, era directo desde el corazón.

¿Estaba equivocada?

Ella sí sentía. Ella sentía que necesitaba estar a su lado. Que estar alejada de su familia, no saber nada de ellos, todo era soportable mientras le tuviese cerca.



## Capítulo 14

### Grago

—Vamos, dormilona. Es hora de levantarse —le dijo, retirándole las coberteras. Parecía tan frágil encogida en aquella cama, vestida con las ropas de su pueblo. Con aquella larga túnica enrollada a la altura de sus muslos dejando a la vista su piel tersa y pálida.

—Déjame un poco más, Naíta —balbució dormida aún, estirando un brazo en busca de las mantas. Y Talik no pudo evitar sonreír divertido, Odalyn creía estar en su cama, en el castillo.

—Vamos —instó de nuevo, sin que sus palabras surtiesen el menor efecto. Entonces se inclinó sobre ella, estirando uno de sus fuertes brazos

hasta alcanzar la planta de sus pies con el dedo índice, realizando un recorrido ascendente. Encogió la nariz, revolviéndose y él repitió el gesto con el pie contrario, que también encogió. Sintió una tremenda ternura, sintió ganas de abrazarla y ofrecerle su cuidado hasta el final de sus días. Al reconocer semejante sentimiento se incorporó, reprendiéndose por ello. No debía sentirse así, no podía permitírselo. Todo sería mucho más fácil si ella le odiase. Tomó un vaso con agua de la estancia principal y se lo arrojó a la cara. La princesa despertó de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada, incorporándose en la cama, apartándose el cabello húmedo del rostro, oteando en el derredor al culpable de su involuntario baño—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Esperaba acaso su *majestad* una fanfarria de tambores y cornetas para despertar? —se burló. El que sentía por sí mismo, por los sentimientos que despertaba en él.

—No, claro que no, pero tampoco era necesario esto —espetó incorporándose, situándose de pie a su lado. Al menos la túnica a penas se había mojado. Escurrió el cabello dorado con las manos —. ¿Podrías prestarme una de tus cintas para atármela en el pelo? —preguntó indicando a la cinta de cuero que atravesaba su frente. De mala gana se deshizo de la cinta de cuero y se la entregó—. Gracias.

Lyn se sentó en el lecho y se dispuso a trenzar su larga melena entre los dedos, después la anudó con la cinta que le había entregado.

—Ten, tu desayuno —dijo el guerrero entregándole un nuevo pedazo de raíz y una bota de cuero llena de agua.

—¿Hoy ni siquiera hay pan? No debiste molestarte, habrás pasado horas cocinando —se burló con intención de molestarlo y tomó el pedazo de raíz, mordisqueándolo para después beber un sorbo de agua antes de colgarse la bota al hombro.

—Vamos —instó abriendo la puerta de la vivienda, saliendo al exterior.

—¿Dónde vamos?

—De caza. Como te dije ayer cada uno de nosotros tiene una función y la nuestra es proporcionar caza a la ciudad.

A pesar de la oscuridad, mitigada por la luz de las antorchas, la plaza central de Roudan se hallaba en plena ebullición. Multitud de individuos la recorrían arriba y abajo, principalmente machos. Comenzaron a caminar

hacia el centro de la plaza.

—¿Todos ellos van de caza?

—No, otros irán a recolectar, otros saldrán de expedición...

—¿Y por qué tan temprano?

—Porque no querrás estar en el desierto bajo los rayos del sol de medio día —afirmó Kainah, alcanzándoles, con una de sus amplias sonrisas—. ¿Qué tal fue el día de ayer princesa? No os vimos por ninguna parte.

—Hemos estado ocupados —respondió desabrido.

—El día bien, gracias, y la noche, aunque el despertar ha sido un poco brusco.

—Te sientan muy bien nuestras ropas.

—Gracias Kainah. A ti te ha sentado muy bien el descanso —aseguró observando el aspecto saludable de su rostro. Cuán distinto al color azulado de cuando estuvo a punto de morir en las cataratas de Ragna. Se sentía muy orgullosa de sí misma por haberle salvado.

—¿Os dejo solos? —preguntó Talik con rabia sin volverse para mirarles siquiera. ¿Cómo podían coquetear en sus propias narices?—. Os recuerdo que vamos de caza, no de paseo.

Odalyn y Kainah se miraron entre sí e intercambiaron una sonrisa, como dos chiquillos que han sido reprendidos por el profesor en plena lección. En un lateral de la plaza les aguardaban Rök, Ninwo y Handa, con sus armas a punto para la caza.

—Oda a Laris —dijo Talik como saludo, recibiendo la misma respuesta por parte de sus guerreros. Rök y Ninwo miraron a la princesa de pies a cabeza, Handa permanecía atento a los movimientos de Talik, como de costumbre —. Al pasar junto a ellos he oído que Saath y los suyos se desplazaran hacia el sur y Darren y sus guerreros alcanzarán más allá de la Duna Azul, regresarán al anochecer. Así que nosotros iremos hasta las grandes rocas picudas, al norte, espero que cacemos algo más que alimañas y roedores. Estoy seguro de que nuestras presas serán las mejores, como de costumbre —aseguró con una amplia sonrisa que relumbró sobre la piel morena.

—¿Qué hace aquí esa maldita elfa? —preguntó Ninwo, con desprecio.

—Vendrá con nosotros.

—¿Cómo? No puedes llevarla con nosotros.

—¿Acaso vas a decirme qué puedo o no puedo hacer, Ninwo? ¿Vas a

decírmelo tú? Soy Talik Sagán, tu *yantarii*. No lo olvides, amigo —espetó con rabia. El guerrero del arco agachó la cabeza, asintiendo contrariado.

—No lo haré, *yantarii*.

—Oda a Laris. Voy con vosotros —proclamó Neera alcanzándoles después de atravesar la amplia plaza a pie, sosteniendo una larga pica con punta de obsidiana en su mano derecha. Lyn sintió cómo se le revolvía el estómago.

—No necesitamos a nadie más —aseguró Talik poniéndose en camino hacia la salida de la gran cueva que albergaba la ciudad secreta. Ninwo y su hermana pequeña cruzaron una mirada.

—Si me dejas ir, podría vigilarla. Podría mantenerla a salvo y proteger su vida con mi pica. Sabes que soy una buena luchadora —argumentó Neera.

Los ojos de Talik buscaron a los de Odalyn, pero en estos sólo encontró rabia.

—De acuerdo —Neera sonrió feliz y aceleró el paso, aproximándose a ella, dedicándole una mirada gélida.

¿De acuerdo?

Encima iba a obligarla a compartir la jornada con aquella indeseable calenturienta que lo único que sabía hacer era mirarle con lascivia. ¡Cuánto la detestaba! ¡Y a él más aún!

Ascendieron las largas escaleras de piedra rojiza hasta alcanzar el exterior. Una brisa helada azotaba el horizonte anaranjado del amanecer, levantando una leve capa de arena. Lyn se abrazó a sí misma, aquella túnica de algodón era insuficiente para soportar el frío. Talik, quien encabezaba la expedición, lamió su dedo índice, ofreciéndolo al viento que agitaba su cabello y comenzó a caminar.

Recorrieron un largo sendero entre piedras. El frío inicial dejó paso al calor a medida que el sol se alzaba en el horizonte. Caminaban en fila india, en silencio, siguiendo las indicaciones de su líder. Neera seguía los pasos de Lyn, vigilando su espalda. Precisamente por ello no podía evitar mirar hacia atrás a cada tanto, pues saberla en su retaguardia le producía mayor inquietud que cualquier animal que pudiese sorprenderla. Kainah caminaba ante ella, volviendo el rostro cada cierto tiempo para comprobar que se encontraba bien. Esto la tranquilizaba.

—¡Mira al frente, maldita elfa! —susurró Neera cuando una vez más se volvió a mirarla.

Caminaron al menos durante un par de leguas por aquel mar de arena, hasta que el sol se alzó victorioso en su ascenso por el firmamento, calentando sus cuerpos.

Entonces Talik, Rök y Handa subieron una alta duna mientras Ninwo, Kainah, Odalyn y Neera aguardaban en la base de esta siguiendo sus instrucciones.

Como líder de la expedición, agazapado hizo señales con los dedos a Rök que descendió veloz la duna produciendo unas largas ondas de arena, hasta reunirse con el resto del grupo.

—Hay un grago —dijo Rök en voz baja—. Ninwo, Talik dice que subas a la duna y aguardes la señal para dispararle entre los ojos. Handa y él rodearán la duna y le atacarán por el flanco izquierdo, Kainah, tú y yo lo haremos por el flanco derecho. Neera, tú te llevarás a la princesa hasta las picudas —indicó señalando hacia una hilera de tres grandes rocas a las que la erosión había otorgado una terminación puntiaguda que emergían de las arenas rojizas.

—¿Qué es un grago? —preguntó a Kainah.

—Un animal grande, muy grande, que quitará el hambre a los nuestros por días —proclamó orgullosa de sus conocimientos Neera.

—Y que puede acabar con todos nosotros si no tenemos cuidado. Los gragos son seres peligrosos princesa, su piel es negra, muy dura, y tienen grandes colmillos...

—Vamos Kainah, deja las lecciones para después —le conminó Ninwo que comenzaba a ascender la empinada duna, a la vez que Talik y Handa se desplazaban de forma lateral por esta en pos de sorprender al animal por el flanco izquierdo.

—Camina, maldita, vamos a escondernos. Por tu culpa me perderé toda la acción —dijo su guardiana furiosa, dirigiéndose hacia la dirección indicada. Las rocas eran lo bastante amplias como para abarcar a ambas, pero Neera la dejó tras una y acudió a esconderse tras otra idéntica. Desde allí ambas podían verse la una a la otra, ver el horizonte, el mar de dunas, pero nada en absoluto de lo que ocurriese a sus espaldas.

De pronto un largo silbido cortó el aire. Neera se asomó a un lateral de la roca como una niña emocionada a la que han prohibido ver una obra de teatro

y se esconde entre las cortinas. Era Talik, había dado la señal de ataque.

Un gran bramido resonó cortando el aire, un ruido grave y profundo y Lyn sintió terror hacia cualquiera que fuese el animal que lo había producido. Se oyeron voces de ataque, jaleando la emboscada, organizándose en el asedio. El silbido lejano del arco de Ninwo, una y otra vez, gruñidos hondos del animal que parecían oír cada vez más cercanos. Observó cómo Neera volvía a asomarse para mirar, cómo tras mirar al sol tomaba un colgante plateado del cuello y lo movía apuntando en la dirección en la que estaba produciéndose la lucha.

¿Sería aquel *su* colgante?

¿Cuándo se lo había entregado?

Sintió grandes pasos, el pesado animal corría hacia ellas. Y entonces lo entendió. La hermana de Ninwo estaba reflejando la luz solar con su colgante, haciendo señales luminosas al grago que había respondido corriendo hacia donde ambas se hallaban.

Neera desapareció de detrás de su gran roca picuda. Lyn arremangó su larga túnica dudando si debía echar a correr a través del largo desierto que se extendía ante sus ojos, con lo cual sería presa fácil para el animal, o permanecer inmóvil donde se hallaba cuando un fuerte resoplido levantó la arena a sus pies.

El animal salvaje se encontraba justo tras la roca picuda en la que se escondía. Sintió cómo los latidos de su corazón atronaban en sus oídos cuando un largo hocico negro surgió por el lateral, observando cómo los orificios se movían oliéndola.

El grago bramó haciendo temblar el aire y la princesa echó a correr hacia el Este, tratando de alcanzar la tercera de las rocas picudas. Era un animal gigantesco, del tamaño de una carroza, su piel era tostada como la arena y su hocico similar al de un oso, su cola peluda se agitaba en alto a la vez que corría a cuatro patas tras ella.

Gritó, ella no era tan veloz, la alcanzaría enseguida. En la lejanía divisó el cuerpo menudo de Kainah corriendo hacia el animal, gritándole, tratando de llamar su atención para intentar ayudarla, pero estaba demasiado lejos, jamás les alcanzaría a tiempo.

Tropezó, cayendo de bruces contra el suelo, trató de levantarse pero sus pies resbalaron con la fina arena. Se volteó sobre sí misma cuando las

grandes fauces del animal se abrían para devorarla. Pero entonces alguien saltó sobre el lomo oscuro de aquel ser, clavando su espada plateada hasta la empuñadura detrás de la oreja izquierda del animal que cayó muerto en el acto a sus pies.

Sintió ganas de romper a llorar, de deshacerse, pero se contuvo, ya todos la consideraban débil por el mero hecho de ser elfa y no deseaba alimentar sus motivos. Había estado a punto de morir, Neera había tratado de matarla. Se incorporó de suelo veloz, sacudiendo la arena de su larga túnica mientras Talik extraía la espada del cuerpo del grago y la limpiaba sobre su pelaje castaño. Rápidamente fueron alcanzados por el resto de la expedición.

—¿Estás bien, princesa? —preguntó Kainah situándose a su lado.

—¡Oh, por todos los dioses! Le dije que no se moviera y no me hizo caso Talik... —proclamó Neera en cuanto llegó junto a ellos. A su derecha Ninwo, Handa y Rök observaban su gesto compungido tan falso como sus intenciones.

Lyn dio un paso al frente en silencio y la abofeteó con toda su alma. La bofetada fue tan repentina y violenta que Neera estuvo a punto de caer de espaldas. Ninguno de los guerreros tuvo la posibilidad de contenerla. Pudo ver entonces que su colgante era redondo y nada tenía que ver con el que ella creía que se trataba, sintiéndose aliviada por ello. Ninwo reaccionó dando un paso hacia la princesa alzando la mano con intención de golpearla pero Talik se cruzó en su camino, impidiéndoselo.

—Tócala y te corto la mano, Ninwo.

—Pero... esa maldita elfa ha golpeado a mi hermana... ¿Y tú la defiendes? ¿Es que vas a defenderla?

—Esta *elfa* ha salvado mi vida, también la de Kainah y probablemente la de todos nosotros en las cataratas de Ragna. Esta *elfa*, es nuestra invitada así que cuando te refieras a ella lo harás con el debido respeto —advirtió muy serio, atravesándole con sus ojos plateados—. Neera hizo señales de luz al grago con su colgante, atrayendo su atención, lo vi con mis propios ojos —reveló.

—También yo —asintió el silencioso Handa. Ninwo miró a su hermana, que descendió el rostro avergonzada.

—Por las Diosas Lunares Talik, ¡es una elfa!

—Es mi protegida y no permitiré que ni tu hermana, ni nadie, trate de hacerle daño, ¿he sido lo suficientemente claro? —espetó con una



determinación sobrecogedora, ocultando a la princesa con su formidable cuerpo en un gesto que hablaba por sí mismo. Odalyn le concernía, y no solo porque su padre le hubiese encomendado su cuidado.

Había sentido un miedo irracional cuando aquella bestia la atacó, un miedo que jamás había experimentado con respecto a nadie ajeno a su familia. Porque no necesitaba una Noche de las Hogueras que certificase lo que él ya sabía, ni siquiera necesitaba besarla, para confirmar lo que ya sabía, la amaba. Odalyn Hawatsi, una elfa, hija de uno de sus peores enemigos, era su *serat*.

La miró un instante, sus labios sonrosados mostraron una sonrisa de agradecimiento. Talik trazó con los suyos una línea recta en un fallido intento de devolverle el gesto. Y es que el *yantarii* de los scorpions no acostumbraba a sonreír, al menos no desde que dejó de ser un niño, y sin embargo parecía que las comisuras de sus labios cobrasen vida propia cuando se hallaba junto a ella.

—Rök, Ninwo y Handa, ayudadme a llevar al grago hasta aquellas cuevas. Kainah y Neera, id prendiendo el fuego —ordenó y todos se pusieron en marcha. Talik aguardó a que se alejasen lo suficiente para poder hablar a solas con la princesa que permanecía de pie a su lado en silencio, inmóvil —. ¿Estás bien? —le preguntó en cuanto estuvo segura de que no podrían oírles.

—Sí. Gracias por salvarme la vida.

—Tú has salvado la mía dos veces —respondió mirándola de reojo, como si temiese enfrentar sus iris.

—¿Lo has hecho por eso? ¿Porque te sientes en deuda conmigo?

—Claro que no. Lo he hecho porque no voy a permitir que te suceda nada malo, al menos mientras estés bajo mi cuidado —proclamó con determinación. Lyn miró sus manos, aún manchadas con la sangre del animal, de pie, a un paso, y a la vez tan lejos.

—Bueno, hoy he aprendido que el animal más peligroso de todos es una hembra scorpion celosa —admitió Lyn haciéndole reír. Qué encantadora podía ser cuando se lo proponía—. No sé qué le he hecho para que me odie así... bueno sí, lo sé, haber nacido.

—¿Era necesario abofetearla en presencia de todos? —preguntó con cierta ironía.

—Debe sentirse dichosa por mantener aún la cabeza unida al cuerpo —proclamó.

—¿Estás segura de que te has criado en un castillo y no en los suburbios de la ciudad? —preguntó echando a reír de nuevo.

—Las apariencias engañan, guerrero —aseguró divertida.

—Y tanto. Eres mucho más valiente de lo que nunca imaginé —confesó muy serio. Ella sonrió halagada—. De todos modos ha sido una mala idea traerte aquí, Odalyn. Si ese grago llega a tocarte jamás me lo habría perdonado.

—Llámame solo Lyn, por favor. Mi hermana y mi *ama* me llaman así y bueno, no tengo demasiados amigos pero si los tuviese también me gustaría que lo hiciesen —sugirió. Talik respondió devolviéndole la sonrisa, una sonrisa que le supo a maná de los dioses, que esfumó cualquier resentimiento que tuviese contra él—. Lo que ese animal no sabía era que me protegía el más valeroso de todos los guerreros scorpion —aseguró dispuesta a no dejarse amedrentar por la oleada de pudor que recorrió todo su cuerpo al pronunciar aquellas palabras. Un pudor que sentía que fluía, precipitado por algo mucho más intenso, hacia un río de aguas turbulentas y convulsas, en las que podrían acabar ahogándose, ambos.

—Vamos a comer, Lyn.

El grupo de cazadores desollaron y asaron sobre el fuego una pata delantera del enorme animal, carne más que suficiente para todos. A Odalyn continuaba sorprendiéndole la facilidad con la que eran capaces de prender fuego en cualquier lugar a partir del contacto entre unas piedras sobre la

yesca. También los elfos lo hacían con facilidad utilizando su magia de guerra, de la que ella carecía.

Talik se encargó de desmembrar el animal para facilitar su transporte hacia Roudan, actuando como maestro para Kainah a quien explicaba cada corte, cada certero golpe en las articulaciones con la pequeña hacha de empuñadura de marfil y brillante hoja recta de Handa. Y se divertía ante los torpes intentos de este por imitarle, todos lo hacían. Rök disfrutaba de su pedazo de carne entre los dedos a la vez que reía de modo escandaloso al contemplar la escasez de soltura de su hermano como matarife. Mientras Talik acababa rindiéndose permitiendo que cortase a placer por donde creyese conveniente, dudando de sus capacidades como maestro.

Lyn le observó embelesada. Quizá fuese su aspecto salvaje, sus hombros y brazos capaces de aplastar osos, o su atuendo de cuero y pieles negras, o sus ojos del color de la luna Laris o incluso el tono autoritario con el que se dirigía a cuántos le rodeaban porque había nacido para gobernar. No sabía porqué, pero muy dentro de su ser que estaba volviéndose loca por él. O quizá estaba loca sin más.

También ella había nacido para reinar. Un reino al que no conocía. Algo que le parecía imposible después de ver cómo Talik era recibido por los suyos con una ovación, cómo éste parecía conocer a cada uno de sus futuros súbditos y se relacionaba con ellos, viviendo entre estos como uno más de aquellos seres rudos cada vez menos salvajes a sus ojos.

Lyn había comprendido que no conocía en absoluto a los que algún día deberían ser sus súbditos. ¿Cómo podría ser una buena reina?

Quizá dejándose guiar por el buen juicio de su futuro esposo, del elfo que su padre había elegido para ella: Enar Farae. Alguien a quien no conocía y por quién quizá ni siquiera sentiría el menor afecto.

Se suponía que aprendería a amarle, eso le había dicho su ama Naíta. Pero, ¿se podía aprender a amar? ¿O tal como le había contado Shana existía una mitad de cada ser buscando a su par? Shana se refería a los scorpions, los elfos no tenían par... Talik la miro en aquel preciso instante cómo si pudiese leer su mente. Tenía la frente y los antebrazos manchados de sangre del animal y ni siquiera esto le restaba una pizca de atractivo.

¿Y si no deseaba ser la reina que Enar Farae y su padre querían que fuese?

¿Y si sacrificar su felicidad por el beneficio de ambos reinos no llenase su corazón?

Desde que abandonó el Castillo de las Siete Torres había descubierto que el mundo no era tal y como se lo habían contado.

Había descubierto parajes asombrosos que pertenecían a su reino y de los que ni siquiera había oído hablar. Una ciudad subterránea repleta de maravillas habitada por unos seres que en absoluto eran los demonios nocturnos, peludos y sin conocimiento que le habían contado. Que los elfos también los secuestraban y asesinaban. Que había otro modo de vida fuera de la seguridad del castillo y que esta vida no parecía tan horrible como se la habían descrito. Que para los scorpions el amor era algo tan sagrado que ni siquiera el *yantar* podía oponerse a él.

Talik le dedicó una fugaz sonrisa ladeada, antes de regresar al trabajo que Kainah terminaba con el grago. También ella sonrió, sonrojada. Y sus ojos azules se deslizaron por la cueva hasta encontrarse con los iris negros de la hembra que masticaba un pedazo de carne entre las manos, agazapada junto a su hermano. Su mirada destilaba un profundo desprecio.

Había anochecido cuando alcanzaron Roudan. Un camino silencioso cargando el gran animal por el desierto. Los scorpions eran unos porteadores organizados, habían utilizado la piel del animal para envolverlo y así poder transportarlo como un fardo entre Handa, Ninwo, Rök y el propio Talik. Mientras Kainah, Neera y ella cargaban con las extremidades.

Lo dejaron en la plaza, en la que cada noche se exponía lo que los cazadores habían capturado junto a las hierbas y raíces obtenidas por los recolectores, para sustento de la población. Sin duda el grupo encabezado por el *yantarii* había resultado vencedor. Ninguna presa superaba al enorme grago de pelaje arenoso. Lyn observó con curiosidad cómo una hembra organizaba la especie de mercado establecido en la plaza. Su túnica era blanca y le alcanzaba los tobillos, y su cabello de un particular color castaño. Se acercó hacia el grupo.

—Es ella, ¿verdad? La princesa elfa.

—Sí —admitió Talik.

—Es hermosa —dijo observándola con curiosidad haciéndola sentir como un trofeo más—. Soy Marna, la regidora del mercado nocturno —La saludó, presentándose aunque sin esperar respuesta alguna por su parte—.

Bien hecho —dijo refiriéndose a la presa con una amplia sonrisa y entregó una bolsa llena de monedas de oro a Talik que fue rodeado por sus compañeros. Todos excepto Ninwo y Neera, quienes no habían vuelto a pronunciar palabra desde el incidente en el desierto. Talik vació la bolsa en la palma de su mano y repartió la cantidad en partes iguales, entregándola a cada uno de sus guerreros.

—Voy a beberme hasta la última de estas monedas —dijo Rök con una sonrisa.

—No creo que tu *serat* te lo permita —bromeó Kainah.

—Mi *serat* no me dice lo que debo hacer.

—No, ella solo te dice lo que *no* debes hacer —rió Kainah, provocando las risas de todos y recibió un pescozón de su hermano mayor en el cogote.

—Anda, vámonos. Que las diosas os acompañen —dijo a modo de despedida antes de desaparecer por entre la multitud que ocupaba la plaza tirando de su hermano.

Lyn podía sentir una multitud de aquellos ojos sobre ella. Observándola con curiosidad, incluso con miedo. Talik se aproximó a Ninwo y su hermana, les entregó su parte del oro obtenido con aquella cacería y ambos se marcharon.

—Vámonos —dijo consciente de su malestar al estar rodeados de tantos ojos curiosos, menos discretos en esta ocasión sin el pañuelo que ocultase su cabello dorado. Caminaron hasta su pequeña *chakra* donde prendió las velas para iluminarse.

—Siento que hayas tenido que enfrentarte con Ninwo y Neera por mi culpa.

—No ha sido culpa tuya. Neera ha puesto a todo nuestro pueblo en peligro al atacarte. Ya oíste al *yantar*, si algo te sucediese tu pueblo nos masacraría —dijo sin emoción, depositando sobre la cazuela su pedazo de carne del animal que portaba envuelta en pieles, pedazos que habían sido repartidos entre todos los miembros de la expedición. Lyn sintió un gran malestar al creer que el único motivo de preocupación de Talik por su seguridad era la repercusión que esto provocaría sobre su pueblo. Este vació sobre la carne el contenido de una jarra de metal —. Necesito más agua — afirmó alzando el recipiente vacío—. Voy...

—Voy yo —aseguró arrebatándoselo de las manos. ¿Cuánto tiempo más podría soportar estar a su lado sin saber lo que sentía por ella?

—No, espera, debes estar cansada.

—Sí que lo estoy, pero de ti, de todo esto —proclamó dolida, tratando de salir de la *chakra* apresurada. Pero Talik la agarró del brazo, reteniéndola, forzándola a mirarle.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

—¿Por qué estoy enfadada contigo? Me has secuestrado, me has entregado al rey de los scorpions que aún no ha decidido qué hará conmigo, dos animales salvajes han estado a punto de devorarme, y una de tus novias celosas ha intentado matarme. Pero lo peor de todo es que... —dudó, sintiendo el calor de aquella mano poderosa sobre su brazo.

—¿Qué? Vamos, dímelo...

—Que incomprensiblemente, mi mayor preocupación en este momento no es el sufrimiento que deben estar padeciendo mi padre o mi hermana por mi ausencia, sino el temor a que tarde o temprano tendré que apartarme de ti —La mirada del guerrero se apartó de sus ojos, arrugó la frente, como si soportase un gran dolor. Pero Lyn no pensaba callarse, iba a liberarse de todo lo que llevaba dentro—. No sé por qué siento esto Talik, siento como un fuego aquí dentro cuando estamos juntos —afirmó llevándose una mano hasta el corazón.

—Estás confundida, es lógico. Nunca habías estado rodeada de machos y quizá eso haga que...

—Claro que estoy confundida, pero no sobre lo que siento, sino por el porqué lo siento. Y no sé si esta bien o mal, o si tú sientes lo mismo o no — Él extendió sus brazos, alcanzando su delicada barbilla con los dedos, acariciándola. Sentía unas imperiosas ganas de besarla, de rendirse a lo que sentía. Lyn acababa de demostrarle que era mucho más valiente de lo que él mismo sería nunca o quizá es que no tenía ni idea de las consecuencias de sus actos. Él no se habría atrevido jamás a convertir en palabras sus sentimientos de aquel modo. Negó con la cabeza y descendió el rostro, sobreponiéndose a su deseo.

—No puede ser, Lyn. Esto es un error, las diosas se burlan de nosotros...

—¿No lo sientes? —dudó desconcertada.

—Sí, claro que lo siento, aquí —dijo tomando su mano, llevándola hasta el pecho posándola sobre su corazón—. Lo siento desde la primera vez que te vi, cuando caíste a mis brazos en el Castillo de las Siete Torres —confesó atravesándola con sus espectaculares ojos de luna llena—. Pero es algo contra

lo que debemos luchar —afirmó tomando sus manos entre las suyas—. Debemos ser fuertes y luchar contra esto porque es un error, una mala jugada de las diosas. Tú no puedes ser mi *serat*, porque no pertenecemos a la misma raza, porque nuestros pueblos son enemigos. Ellos jamás lo aceptarían y tú... tú estás comprometida con...

—Con un elfo al que ni siquiera conozco.

—Con el más sanguinario de todos los elfos, con uno que no cesará hasta haber convertido este lugar en cenizas si no regresas.

—Tienes miedo, ¿es eso, Talik? —El *yantarii* sintió aquellas palabras como si fuesen puñaladas en su corazón.

—No.

—¿Te asusta la reacción de tu pueblo, la de tu padre, te asusta la guerra entre los nuestros?

—¿A ti no? Ni siquiera sabemos si lo que sentimos es real o no, si es una fantasía, una quimera malévolas de las diosas.

—Solo hay un modo de averiguarlo —afirmó dando el paso que les separaba, posando ambas manos sobre su pecho—. Bésame —pidió cerrando los ojos.

—¿Qué?

—La sanadora me lo ha explicado —reveló mirándole de nuevo—. Cuando un guerrero scorpion besa a su *serat* por primera vez lo sabe. Sabe que es ella y ninguna otra. Se produce un cambio en su misma esencia y ambos se pertenecen, para siempre. Bésame y demuestra que me equivoco, que nos equivocamos —pidió cerrando los ojos de nuevo. Talik miró sus labios sonrosados y sintió cómo su corazón galopaba salvaje en mitad del pecho. Si lo hacía y Odalyn Hawatsi, la hija de Garum Hawatsi, era realmente su *serat* jamás habría vuelta atrás, ella sería su pareja para siempre, y solo un scorpion podía entender cuanto dolor sufriría al no tenerla a su lado. Respiraría por ella, su corazón latiría por ella, toda su vida giraría entorno a ella por el resto de sus días. ¿Y Jannike? ¿Qué sucedería con su hermana si la princesa no regresaba junto a los suyos?

—No puedo, no puedo hacerlo... —balbució. Odalyn abrió los ojos, mirándole con destellos azulados llenos de rabia—. Es un camino sin vuelta atrás, ¿es que no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, eres un cobarde —espetó soltándose de sus manos con un brusco tirón.

Alguien llamó a la puerta y sin esperar la confirmación se adentró en la pequeña *chakra*. Era Shana, la sanadora, que miró a ambos en silencio, consciente del extraño clima de tensión reinante en la estancia.

—Oda a Laris —les saludó urgida—. Talik, el *yantar* te reclama. Acababa de terminar de sanar el estómago de Manwe en el palacio cuando oí cómo tu padre pedía a su guardia que te buscase —explicó—. ¿Qué ha pasado hoy? —Unos rudos golpes en la madera interrumpieron las palabras de Shana. Talik abrió la puerta.

—*Yantarii* Talik, el *yantar* Barack desea veros —dijo uno de los guerreros.

—Voy. Shana, cuida a la princesa en mi ausencia.

Talik marchó con los enviados de su padre sin mirar atrás. Odalyn intercambió una mirada temerosa con la sanadora quien forzó una débil sonrisa con la que intentó sin éxito tranquilizarla.

—¿Qué pasa, Shana?

—Nada, no te preocupes.

—Dime la verdad, por favor.

—El *yantar* sabe que has estado en peligro hoy.

—¿Le pasará algo a Talik por ello?

—No. No lo creo —sus palabras negaban pero su expresión decía lo contrario.

El tiempo de espera se tornó interminable en el interior de la *chakra* del guerrero. Shana comenzó a cocinar la carne que Talik había dejado en el caldero, picando un pedazo de raíz y añadiéndole distintos fragmentos de hierbas que había en un pequeño frasco de cerámica junto al fuego.

—¿Cómo puedes pensar en cocinar en un momento así? — requirió Odalyn dando vueltas en la estancia como un animal enjaulado.

—Trato de distraerme, de ocupar la mente. Al fin y al cabo tendréis que comer algo princesa.

—¿Yo? Tengo el estómago revuelto —confesó arremolinándose entre las suaves pieles del asiento de piedra.

En aquel preciso instante Talik atravesó la puerta. Miró a ambas un instante, con el semblante serio, y cerró tras de sí. Odalyn se incorporó dando los pasos que les separaban. Shana dejó de remover el guiso para atenderle.



—¿Qué ha pasado? —preguntó la princesa impaciente.

—Lyn, desde este momento quedas bajo el cuidado de Shana. Vivirás con ella en su *chakra* hasta que llegue el momento del intercambio —dijo arrastrando las palabras como si pesasen como una losa de granito.

—¿Por qué?

—Te esperaré fuera, Lyn — advirtió la sanadora con un brillo de compasión en sus ojos negros. Ella sabía que las órdenes del *yantar* no tenían vuelta atrás. Y salió de la estancia, cerrando tras de sí.

—¿Por qué, Talik?

—Es lo mejor. Para ambos, para todos —sentenció sin atreverse a mirarla. Odalyn sintió cómo una profunda rabia recorría todo su cuerpo.

—¿Lo has decidido tú?

—No. Alguien ha informado al *yantar* del incidente con el grago hoy, no tengo modo de demostrarlo pero estoy seguro de que ha sido Neera. Aunque curiosamente ha obviado el detalle de que fue ella quien te puso en peligro.

—¿Y se lo has dicho tú?

—No. Claro que no. ¿Serviría de algo? El *yantar* tiene razón, estuviste en peligro por mi culpa, pero yo no puedo permanecer día y noche encerrado en mi *chakra*. Mi pueblo me necesita, mis guerreros me necesitan. Por eso ha decidido que sea Shana quien se ocupe de ti, de tus necesidades hasta...

—Hasta que te olvides de mí, ¿verdad? —masculló.

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quien?

—Para todos. Nos evitará problemas.

—Eso es lo que soy para ti, ¿verdad? Un problema —El guerrero apartó la mirada—. Pues yo no pedí esto. Yo no pedí que me secuestraras, ni que me cursases los pies haciéndome sentir que te importaba, ni que me hicieses sentir como me siento. Yo no pedí nada de esto.

—Ha sido culpa mía. Jamás debí traerte conmigo, jamás debí permitir que te convirtieses en algo más que una prisionera —admitió sin mirarla.

—Eres un cobarde —sentenció soberbia, abandonando aquella estancia de paredes terrosas iluminada por la titilante luz de las velas.



## Capítulo 15

### Hambre

El llanto de la princesa resultaba conmovedor para la sanadora. Shana se sentía emocionada por su dolor, y no sabía cómo podría ayudarla. Ayudarles a ambos, pues ella conocía la dimensión que, sin que ninguno de ellos pudiese haberlo evitado, habían tomado los acontecimientos.

Odalyn era la *serat* de Talik, su pareja de vida. Única e irrepetible. Como un scorpion había sido elegido por la diosa Laris como inusual compañero de una princesa elfa. Laris era considerada una diosa impredecible y en ocasiones poco compasiva, pero en esta ocasión se había excedido, con creces. Sellar los corazones de una princesa elfa con el *yantarii* de los clanes scorpion era un acto de auténtica crueldad a los ojos de la sanadora, pues ninguno de ambos podría llegar a vislumbrar la felicidad sin la compañía del otro. Una compañía que se presentaba arto difícil pues su unión era imposible.

Los elfos no creían en las parejas de vida, en los *serats*. Al menos no los reyes y reinas elfos, quienes casaban a sus hijos en función del bienestar y conveniencia acordes a las familias de los contrayentes. Donde el amor, aquel don procedente de la divinidad tan apreciado por ellos, era sustituido por un papel en el que se estampaban las dos singladuras familiares.

Ellos no creían en el sublime ritual de la Noche de las Hogueras, durante el cual la diosa Laris compartía su creación con su hermana Soor; la Luna Roja, diosa de la guerra y la magia y sus tres súbditos los dioses menores; Amut: el astro solar, dios de la vida diurna, Dagán; la bruma nocturna, dios del inframundo y la muerte y Argán; dios inmaterial de la naturaleza.

Las nuevas parejas de vida compartían con todos ellos el preciado don de la felicidad al sentirse completos al fin, y éstos hacían llover estrellas como muestra de su complacencia, todos excepto Soor que se sentía muerta de celos por el triunfo de su hermana.

Sin embargo los grandes señores elfos subidos a sus caballos, regentes de sus castillos y sus latifundios, quienes despreciaban a los scorpions como sucios animales que no merecían el menor respeto, no creían en la divinidad de dicha unión.

El pueblo en cambio era distinto. Ella había sido criada por una pareja de elfos que se amaban, que habían luchado juntos por tener un hijo que nunca llegó, y que en cambio fueron capaces de amarla a ella, una niña huérfana hija de sus enemigos. Y lo hicieron con amor y gran dedicación.

Shana fue consciente de que aún los extrañaba demasiado. Jamás había podido regresar a aquella pequeña choza a las afueras de Tiree. Ni siquiera sabía si continuarían con vida. Y aquella duda lastimaba su corazón incompleto.

Un hondo suspiro rompió el silencio de la noche. Odalyn continuaba llorando. A penas había cenado un pedazo de carne desecada. La muchacha se había negado a ocupar su cama y tan solo había accedido a acostarse en un montón de pieles en el suelo a su lado. Una princesa durmiendo en el suelo. Cuán distinta era a los nobles elfos que ella misma había conocido cuando niña. Aquellos que la miraban con desprecio y a los que debía besar las botas antes de que bajasen del caballo. Los nobles del reino de Tiree.

Pobrecilla, Enar Farae, su prometido, era un elfo ambicioso y despiadado. Decían las malas lenguas que era capaz de abrasar a sus víctimas solo con los ojos, azules y de mirada asesina. Digno heredero de su padre y de su abuelo pensó.

—No llores, Lyn, pronto regresarás a casa —dijo la sanadora. Aunque en realidad sabía que no era aquel el motivo de sus lágrimas.

De pronto alguien llamó a la puerta. La sanadora acudió rauda a comprobar de quién se trataba. Por un instante Lyn pensó que podría tratarse de Talik. Shana abrió sin preguntar de quien se trataba, como si supiese quien podía acudir a visitarla tan avanzada la noche.

—Te he extrañado —dijo una voz masculina al otro lado. La princesa no alcanzaba a ver el rostro de quien hablaba, era alto, una sombra oscura.

—Yo... también lo hice —admitió la sanadora con la voz acelerada, nerviosa —. Esta noche... estoy acompañada —dijo en un susurro. La curiosidad de Odalyn se sintió azuzada como unas brasas que han sido sopladas.

—¿Qué?

—La princesa... me han encargado de que cuide de ella por un tiempo, Handa —aquel nombre heló su sangre. Handa y la sanadora, ¿en serio? ¿Es que estaban juntos?

—Que las diosas te guíen —dijo el guerrero como despedida.

—Que las diosas te guíen —repitió la sanadora con dulzura entre penumbras antes de cerrar la puerta.

Shana regresó con lentos pasos de sus pies descalzos hasta el lecho. En silencio se acomodó sobre el colchón de pieles, acurrucándose entre ellas.

—¿Handa y tú...? —preguntó. Quizá debiese fingir que no les había oído, pero no podía hacerlo, aquellas palabras le quemaban en la punta de la lengua como un pedazo de carne recién retirada del fuego.

—Handa y yo —repitió la sanadora sin más.

—¿Desde hace mucho?

—La curiosidad no es una buena virtud para una dama noble, según creo —sugirió con una sonrisa que destelló entre la penumbra de la habitación.

—¿Es que hay alguna por aquí? —bromeó Lyn limpiándose las lágrimas que empapaban sus mejillas.

—Desde hace un par de años. Cuando un scorpion pierde a su pareja de vida le quedan muy pocas razones para continuar hacia delante. Después de perder a Milenn deseé la muerte en muchas ocasiones. También Handa lo hizo cuando su June falleció durante el parto en el desierto. Mi razón para continuar hacia delante es la necesidad de sanar a mi gente, Handa lo hace por su pequeña Dánaer —relató Shana. Así que el guardián de Talik tenía una hija que proteger—. Handa resultó herido de gravedad en un asalto y hube de tenerle bajo mi cuidado durante casi cuarenta lunas. En ese tiempo aprendimos que aunque no seamos *serats* el uno del otro, al menos podemos acompañarnos en el camino y así sentirnos menos solos.

—¿Y mientras él está fuera quien cuida de Dánaer?

—La madre de June vive en Roudan. Ella la cuida.

—Por eso os veis a escondidas... —Shana no contestó y fue una respuesta clarificadora—. Me parece muy tierno. Handa, tras su fachada impenetrable, parece alguien sereno y cabal. Durante estos días que hemos compartido me ha sorprendido cómo cuida de Talik.

—Handa es hermano de Dánaer, la madre de Talik. Por eso su pequeña tiene el nombre de su hermana. Handa les quiere como un padre, daría la vida por él y por su hermana Jannike.

Semejante revelación la sorprendió. Así que Handa era tío de Talik. Lo desconocía por completo.

—¿Cómo murió la madre de Talik, Shana? Sé que fue asesinada por elfos pero...

—Es una historia muy dura y quizá no sea el mejor momento para que la conozcas, Lyn.

—¿Fue mi padre quien la mató? —preguntó con el corazón tiritando de terror. Quizá era eso lo que le impedía dejar de mirarla como a una enemiga.

—No, no fue tu padre —ella suspiró aliviada—. Fue el padre de tu prometido, Surim Farae.

Pues aquella no era una respuesta mucho mejor.

Recordó las palabras de Talik sobre Enar: *Tu prometido es un monstruo de la misma calaña que el desgraciado de su padre.*

Tenía todo el derecho a odiarle, a desear su muerte. Quizá también desease la muerte de su propio padre, a saber cuántas cosas aún desconocía

Por las Diosas Lunares, ¿cómo no iba a tener miedo de admitir que sentía algo por ella?

¿Cómo aceptarlo sin más?

Porque lo había admitido, había dicho que se trataba de un error, pero que se sentía como ella misma.

Eso debería hacerla... ¿feliz?

Por la diosa Soor, ¿por qué tenía que ser tan difícil?

¿Y si era un espejismo tal y cómo el decía?

Tenía que descubrirlo, no podía marcharse de Roudan sin descubrir si era real o una ilusión.

Aquellos pensamientos invadieron su mente hasta que se quedó dormida, exhausta, con el corazón hecho pedazos.

A la mañana siguiente acompañó a la sanadora a las termas donde ambas se asearon. Era muy temprano y estaban poco concurridas. Después Shana atendió en su *chakra* a una hembra y a su hijo pequeño, ambos afectados de una extraña lesión irritativa en la piel, fruto de la humedad, según les explicó la sanadora antes de entregarle un remedio de polvos rojos que debían aplicarse dos veces al día. El pequeño miraba a Odalyn con curiosidad, aunque sin temor, y trataba de alcanzar con sus dedos pequeñitos su largo cabello mientras ésta ayudaba a la sanadora sosteniendo el tarro de polvos

rojizos.

Más tarde curó con un emplaste de raíces y polvos la lesión en la rodilla de un recolector elfo que se había cortado con su herramienta de trabajo. Una ancha hoja curva muy afilada que utilizaba para segar raíces.

—Es curioso lo que haces Shana —afirmó la princesa mientras limpiaba el mortero en el que la sanadora había machacado los elementos necesarios con los que preparar un ungüento—. Cómo tus preparados limpian las heridas, las secan y cicatrizan. Nosotros sanamos con magia, con nuestra magia interior e incluso con la magia de los elementos.

—Los elfos sois unos grandes catalizadores de la energía natural. Y depende tanto de vuestra maestría como de vuestras capacidades individuales el poder de vuestra magia.

—Y de la *Iniciación*.

—Sí, claro. La *Iniciación* permite a los soldados elfos desarrollar la magia que es capaz de matar en lugar de sanar. ¿Alguna vez la has visto? ¿Has visto como lo hacen?

—No. Nunca.

—¿Y no has sentido curiosidad? —dudó Shana mientras seguía recogiendo sus herramientas de sanación.

—Claro. Cuando Sirah cumplió catorce años.

—¿Sirah Inala?

—Sé que vosotros le llamáis el *Exterminador*, pero él es bueno, de verdad. En realidad es mi único amigo —dijo con melancolía.

—Sirah sirve a tu padre, y posee un gran poder para hacerlo. No seré yo quien le juzgue, Lyn.

—Cuando Sirah tenía catorce años, un día desapareció. Dejé de verle en el patio a través de mi ventana, solía espiarle cuando hacían instrucción, y dejó de venir a verme a escondidas para hablar cuando mi ama se quedaba dormida. Una tarde pregunté por él al general Dirham. Él me dijo con orgullo que Sirah se estaba convirtiendo en un adulto. Yo no podía entenderlo, él solo tenía catorce años —recordó con pesar—. Fueron los siete días y siete noches más largos de toda mi vida. Cuando al fin regresó, cuando le vi por primera vez de nuevo en el castillo supe que algo había cambiado en él para siempre. Su mirada no era la misma. A pesar de que se esforzó en sonreír para mí y trató de fingir que nada había sucedido, supe de inmediato que no era así. En cuanto tuve oportunidad le pregunté en qué había consistido aquel

entrenamiento, pero jamás quiso decírmelo. ¿Tú lo sabes, Shana? ¿Sabes qué les hacen? —La sanadora desvió la mirada antes de asentir—. Dímelo, por favor.

—La *Iniciación* fue implantada por Surim Farae hace dos décadas. A su parecer la magia de sus soldados era insuficiente para defender el reino, a pesar de los duros entrenamientos a los que eran sometidos. Y decidió llevarlos al límite, en condiciones extremas, atándolos a un árbol durante cinco días, sin comida ni agua, bajo la atenta vigilancia de la Guardia Real, que solo intervendría en caso de ataque de una emboscada scorpion —relataba sin dejar de ordenar sus enseres—. Durante esos largos días el elfo era mordido por los insectos, por los animales del bosque, se deshidrataría, y su magia sanadora habría de trabajar intensamente para mantenerle con vida. Llegado un momento de extrema debilidad su cuerpo sería capaz de canalizar hasta la más mínima fuente de energía, incluso la del viento, la de la savia que recorre el interior del árbol... Si aún así la *magia azul* no brotaba con la suficiente fuerza de sus manos permanecería atado al árbol hasta que falleciese de sed e inanición.

—Oh, por todos las Diosas Lunares. ¿Es eso cierto Shana? —la sanadora asintió.

—Los soldados de Tiree desarrollaron una magia poderosísima, la mayor de todas, y el resto de monarcas imitaron su entrenamiento. Aunque tan solo Tiree continúa dejándolos perecer. El resto de reinos elfos al quinto día libera a los soldados que no han sido capaces de desarrollar su poder lo suficiente y los devuelve al reino para ejercer como sirvientes.

—Es terrible. Tan solo son niños. No puedo creer que mi padre permita algo así.

—En realidad todos los reinos temen a Surim Farae. El reino de Tiree no parece suficiente para él, hay quien cree que su intención es apoderarse de los cinco reinos.

—Por eso mi padre pretende casarme con su hijo, ¿verdad? Para establecer alianzas, para evitar que nos ataque, algún día —reflexionó.

—Bueno, vamos a la escuela.

—¿A la escuela?

—Sí. En Roudan hay una escuela. ¿No lo sabías? Allí cuidan de los niños cada día mientras los padres se desviven por buscarles alimento. Yo me encargo de explicarles cuáles son las raíces y plantas comestibles del desierto.



Nuestros niños sufren de una gran desnutrición, y aunque gracias a Talik y los suyos hoy comerán carne, la alimentación suele basarse en raíces e insectos. Aquí no hay frutas, ni grandes huertos, como habrás podido comprobar, por eso es tan importante que conozcan qué raíces o insectos pueden comer y cuales no por ser venenosos —Aquellas palabras la hicieron estremecer.

—¿Desnutrición? En las fértiles tierras del valle de Siam crecen suficientes frutas para alimentar a todos ellos, incluso en el bosque de Yirah hay multitud de manjares... —dijo recibiendo la mirada reprobatoria de la sanadora. Por supuesto, Odalyn no se había percatado de que aquellos pequeños eran scorpions y que los suyos jamás compartirían con ellos el menor alimento.

—Tú lo has dicho princesa, en Siam. Pero estamos en el desierto Escarlata y ellos no son niños elfos, son scorpions.

Lyn había cubierto su cabello y sus orejas a petición de Shana con un largo pañuelo rojo para evitar asustar a los niños. Por ello los pequeños apenas percibieron diferencia alguna en ella cuando se adentró siguiendo los pasos de la sanadora en la cueva que era utilizada como escuela. La iluminación de las antorchas resultaba insuficiente incluso durante el día. Había una veintena de pequeños de diversas edades, entre los cinco y los diez años calculó. Niños y niñas que sentados en el suelo sobre una gruesa estera permanecían atentos a las palabras de su maestra, que la miró con curiosidad.

—¿Ella es...? —dudó la maestra, observándola con el temor que se tiene a un oso amaestrado.

—Sí.

—¿Y estás segura de que no hay peligro alguno?

—Ninguno Tara, confía en mí —dijo la sanadora. Cruzó por su lado cediendo el paso a Shana, y Lyn que cargaba una cesta de mimbre repleta de raíces e insectos disecados, y se situó en el extremo opuesto de la sala—. Oda a Laris —les saludó recibiendo la misma respuesta por aquellos niños que las observaban con interés—. Hoy voy a hablaros de una raíz que estoy segura de que todos conocéis. A ver, es esta —anunció extrayendo un fragmento de la cesta que portaba Odalyn. Los ojos de la princesa recorrían veloces las paredes de la cueva. Había unas ilustraciones en ellas, trazadas con tinta roja, unos grandes dibujos que la ocupaban casi por completo. En ellas podía

distinguirse a un ser alto, fornido, con una corona y aspecto de elfo pero con los dientes puntiagudos y ojos que desprendían rayos, y otro ser de cabellos largos y ondulados y vestido como los scorpions. Estaban parados uno junto al otro. En el siguiente dibujo aparecían dos jóvenes, un elfo y una hembra scorpion, y el elfo de dientes afilados a su espalda. La siguiente representación era particularmente espeluznante; el elfo de dientes puntiagudos llevaba en la mano la cabeza del otro elfo, goteando sangre sobre el suelo.

—¡¡¡Abeznooooo!!! —gritaron todos los niños al mismo tiempo, sobresaltándola.

—En efecto, es raíz de abezno.

—Yo la como todos los días para que no se hinche la panza, pero hoy no —proclamó una pequeña de grandes ojos castaños poniéndose de pie. Sus bracitos eran muy delgados y también sus piernas, aún así su blanca sonrisa resplandecía sobre el rostro moreno.

—¡¡Hoy comeremos carne de grago!! —proclamó otro niño con ilusión desmedida.

—Del grago que mató Talik —dijo otro pequeño de mejillas sonrosadas y grandes ojos negros.

—Yo de mayor seré tan valiente como Talik y le cortaré la cabeza a cien elfos —dijo la niña de ojos castaños. Odalyn no pudo evitar sentir una profunda pena. Shana la miró con compasión.

—Tú eres demasiado pequeña, Dánaer. Yo seré como Talik —intervino otro de los pequeños que no había hablado hasta el momento. Así que aquella niña era Dánaer, la hija de Handa.

—Se acabó, nadie va a cortar la cabeza a nadie —intervino la maestra desde su rincón, tratando de devolver el orden a la clase.

—Bueno, como os iba diciendo, el abezno es nuestro principal alimento. Nos proporciona mucha energía para resistir las largas travesías en el desierto, y es rica en agua. Y además tiene una particularidad muy importante para los scorpions, ¿cuál es?

—Shana —volvió a intervenir la maestra, su rostro mostraba una expresión de alarma—. ¿Crees que puedes hablar de esto delante de *ella*?

—Sí, claro. El *yantar* Barack dijo que debe aprender quienes somos, y es lo que trato de enseñarle —argumentó—. ¿Qué produce el abezno? ¿Quién lo sabe?

—Envenena la sangre —dijo Dánaer. Odalyn buscó los ojos de Shana. Llevaba ingiriendo abezno a diario desde que fue capturada por Talik. Shana sonrió tratando de tranquilizarla.

—Tienes razón, Dánaer. Lo cierto es que hace poco que descubrimos que es el abezno el que envenena nuestra sangre lentamente, provocando que el cuerpo se acostumbre a ella mientras se vuelve tóxica y si la utilizamos en flechas, por ejemplo ¿qué es capaz de producir en los animales?

—Sueño —gritó de nuevo la pequeña Dánaer, haciendo un ademán de dormirse con ambas manitas bajo la barbilla, acunando su rostro diminuto. Estaba tan delgada. En realidad todos lo estaban. Sintió una terrible culpa. Porque a ellos no les faltaba el alimento, vivían en un valle fértil y próspero en el que los animales crecían alimentados por los verdes pastos y los huertos producían víveres durante todo el año. Pero ellos, ¿qué podían cultivar en aquel desierto? ¿Qué animales podrían alimentar y engordar en mitad de aquella nada cuando a duras penas lograban alimentar a sus hijos a base de raíces e insectos? En aquel lugar en el que alimentarse de carne en abundancia resultaba un auténtico motivo para festejar.

—Muy bien Dánaer. El abezno hace que nuestra sangre adquiera un color oscuro, sea considerada venenosa, y temida por ello —explicó Shana antes de entregar la raíz a los pequeños para que la pasasen de unos a otros observándola.

—Entonces mi sangre ahora...

—Tienes sangre de scorpion, princesa —admitió la sanadora con una sonrisa—. El efecto dura tan solo unos días cuando dejas de comerlo, a tu vuelta al Castillo de las Siete Torres tu sangre volverá a ser roja, como la del resto de los tuyos.

Los suyos. Arlet, su padre, Sirah, su ama. Y sin embargo cada vez la asustaba más la idea de regresar. Su vida no volvería ser la misma. Ella no era la misma elfa despreocupada que cayó desde el cuarto de las escobas de la Torre de Guardia. Quería hacer algo por aquellos pequeños, quería hacer algo porque aquella guerra que cada vez parecía más absurda a sus ojos terminase.

Si los scorpions tan solo deseaban vivir en paz, podrían cederles una parte del bosque de Yirah, Siam era muy extenso, y ellos podrían comprometerse a no asaltar los convoyes de mercancías que viajaban entre los reinos. Porque no lo necesitarían, no necesitarían de sus víveres, de sus medicinas, porque podrían negociar con los productos que cultivasen, con los

animales que criasen y establecer un comercio con los reinos elfos.

Debía hablar con Talik. Si Talik era capaz de convencer a su padre de acudir a aquel encuentro para intercambiarla por la Jannike, ella intentaría por todos los medios de convencer al suyo de dar una oportunidad a la paz. Habían muerto demasiados miembros de ambos bandos. Los cinco reinos se verían beneficiados con el fin de la guerra, pues los scorpions eran una tribu minoritaria pero sus acciones eran efectivas y arrasadoras. Les iba la supervivencia de los suyos en ello.

Pasó el resto del día en la escuela, incluso compartió con los niños el alimento, un gran caldero repleto de carne de grago con distintas especias y raíz de abezno, como no podía ser de otro modo. Los pequeños arrasaron con aquella deliciosa comida, como si de un manjar enviado por las diosas se tratase.

Lyn deseó poder compartir con ellos los dulces y pasteles obrados por las cocineras del Castillo de Las Siete Torres, cuánto disfrutarían con ellos. Quizá algún día pudiese hacerlo. Si firmaban la paz. La princesa percibió cómo Dánaer la observaba con especial curiosidad y decidió acercarse a ella.

—Oda a Laris, Dánaer.

—Tus ojos... son transparentes —dijo la pequeña. Lyn apretó entre los labios una sonrisa—. Como los de Talik. Aunque los niños dicen que tiene ojos de brujo —reveló arrugando los finos labios en un mohín de fastidio.

—No les creas, se equivocan —proclamó—. Tiene los ojos de la diosa Laris, ella tiene los ojos claros, como él y como yo.

—¿Si? —dudó la pequeña con ilusión.

—Pregúntale a la maestra, verás como tengo razón.

La pequeña corrió feliz en busca de Tara para confirmar aquel nuevo dato que la hacía feliz. Debía querer mucho a Talik.

—Hasta el próximo día pequeños. Nos marchamos —anunció Shana, despidiéndose agitando la mano. Ella imitó el gesto.

—*Que los dioses os acompañen, por los cinco caminos, que Laris os guíe, y os lleve al destino* —cantaron todos los pequeños como despedida mientras tocaban palmas.

Ambas abandonaron la escuela de camino a la *chakra* de la sanadora. Había anochecido, en la plaza central de Roudan las expediciones de caza habían regresado y exponían las piezas capturadas así como los montones de raíces y hierbas secas. Distinguió en la distancia a Kainah que arrojaba el

cuerpo de un pequeño animal de pelaje gris a un montón. La responsable del mercado le entregó varias piezas de oro a cambio.

—¿Puedo acercarme a hablar con Kainah? —preguntó con ojos de cordero degollado a su *guardiana*.

—Ten mucho cuidado, sabes que no eres la más querida en este lugar. Te esperaré en mi *chakra*.

—Lo tendré. Gracias.

Ajustó el pañuelo sobre su cabeza, así al menos su cabello dorado no llamaría demasiado la atención. Y caminó hacia el guerrero que guardaba el oro en su zurrón.

—¿La caza no ha ido bien hoy? —preguntó llamando su atención. Kainah la miró y sonrió.

—No siempre se puede cazar un grago —respondió ajustándose la correa—. Con esos pocos conejos habrá suficiente para que al menos los niños mañana puedan comer algo de carne otra vez.

—¿Siempre comen en la escuela? ¿No lo hacen en sus casas con sus familias?

—En la escuela comen a diario, en sus *chakras* no siempre hay demasiado que comer. Y bueno, ¿dónde vas? Te acompaño —dijo recogiendo los rizos rebeldes del cabello bajo la cinta de cuero que atravesaba su frente.

—¿Dónde está Talik? Me gustaría hablar con él.

—Debe estar en su *chakra*. Está de muy mal humor por la caza de hoy. En siete lunas es la Noche de las Hogueras y si continuamos a este ritmo habrá muy pocas presas que presentar a la diosa Laris como ofrenda. Te acompaño —afirmó Kainah y ambos comenzaron a caminar en dirección a la vivienda del *yantarii* de los scorpions.

—¿En siete lunas será la Noche de las Hogueras?

—Sí. En siete lunas, al anochecer, miembros de los siete clanes iremos hasta la Laguna Seca a esperar la bendición de los dioses. Aquellos que tengan la suerte de tener a sus *serats* consigo antes del amanecer sellarán su unión bajo los ojos de Laris.

—Seguro que Jannike está sana y salva, Kainah. Habrá otra Noche de las Hogueras para vosotros.

—No puedes saberlo.

—Claro que sí. Para la próxima Noche de Hogueras estará contigo y si

verdaderamente ella es tu *serat*...

—Lo es —confesó en un susurro—. Lo sé, ambos lo sabemos. Jannike y yo nos besamos en casa de Talik.

—¿Qué? ¿Y él lo sabe?

—No, ¿estás loca? Me mataría. Fui a buscarle y no le hallé, Jannike le aguardaba, sola. Me armé de valor y le dije lo que sentía por ella. Nos besamos... y lo supimos. Lo sentí, aquí, en el estómago —relató con los ojos llenos de emoción—. Un estremecimiento, un calor, como si tuviese el estómago lleno de estrellas fugaces, el mundo comenzó a girar en mi cabeza, no podía parar de sonreír, tampoco ella... Y entonces Talik nos descubrió, de pie, uno frente al otro. Disimulamos como pudimos y me marché. Sé que aún somos demasiado jóvenes, que deberemos esperar para estar juntos pero ella es mi *serat*, como yo soy el suyo. Hasta el fin de nuestros días.

—Que serán muchos, Kainah, ya lo verás. Pronto estaréis juntos.

—Las diosas te oigan —suspiró cansado, forzando una sonrisa, habían llegado a su destino por lo que se despidió con un leve gesto antes de marcharse. Lyn llamó con cuidado, oyó pasos en el interior antes de que la puerta de madera se desplegara ante sus ojos.

—Hola.

—Hola —respondió él observando que venía sola.

—Me gustaría hablar contigo —pidió, Talik se apartó de la puerta permitiéndole el paso.

—¿Shana te ha permitido venir sola?

—Shana confía en mí, pero no sabe que estoy aquí.

—¿Te has escapado?

—No. Necesito que me escuches.

—Habla.

—Hoy he estado en la escuela. He conocido a los niños de Roudan, son tan pocos.

—Es difícil sobrevivir aquí, más aún para un niño.

—Debemos detener esta guerra, Talik. Tenemos que hallar el modo de convencer a los nuestros de que no tiene ningún sentido. Nadie sale ganando con este conflicto que ha durado ya demasiados años. Y no es justo que unos pequeños paguen por ello, que pasen necesidad cuando a penas a tres días de camino hay un valle capaz de alimentarlos a todos —decía. Talik la oía en silencio, sorprendido y complacido con sus palabras—. Yo... hablaré con mi

padre, mi padre es piadoso, de veras lo es. Le he visto condonar grandes faltas a cambio de trabajo... —insistió ante su expresión incrédula. ¿Garum Hawatsi piadoso? Pensó el *yantarii*. Contaba con centenares de muertos a sus espaldas, quizá su propia hermana entre ellos.

—Capaz de perdonar a los suyos —apuntó.

—Pero estoy segura de que si logro hablar con él, si logro explicarle todo esto...

—Sería inútil. Aunque lograses convencer a tu padre, cosa que calculo imposible, aún deberías convencer al resto de reyes elfos.

—El rey de Notna estoy segura de que seguiría a mi padre, son grandes aliados...

—Pero no Ogu, Tiree, ni tampoco Nuuk.

—Nuuk es un reino independiente, está tan al norte y es tan inhóspito que ni siquiera se siente amenazado, aunque su opinión es tomada muy en cuenta en el consejo de los cinco reinos. Según he oído decir a mi padre. Así como que la lealtad del reino de Ogu hacia Tiree se debe al miedo que sienten a una posible invasión por parte de Surim Farae y su hijo Enar —aseguró—. También mi padre es fiel a Tiree, pero no porque sea el más poderoso de todos los reinos, sino porque su abuelo Leam Hawatsi y el príncipe Nellam Farae eran como hermanos. Crecieron juntos. Y él fue el primero en unirse a la Gran Guerra tras su asesinato... Mi padre continúa siendo fiel a quien protegía su padre, y su abuelo antes que éste. Pero quizá yo pueda convencer a Enar para que firme la paz, cuando me convierta en su esposa —dijo con pesar. Aquellas palabras enfurecieron a Talik que pateó uno de los taburetes de madera que había junto a la mesa, sorprendiéndola con su rabia. No quería imaginar siquiera la posibilidad de que Odalyn se marchase para siempre de su lado, que desapareciese de su vida de la mano de aquel asesino despiadado.

—El reino de Tiree jamás firmará la paz con mi pueblo. Fueron ellos quienes comenzaron esta guerra y solo les detendrá nuestro exterminio.

—¿Tiree inició la guerra? Según tengo entendido la guerra la iniciaron los guerreros scorpion, asesinando al príncipe Nellam Farae cuando iba a desposarse con Senya Sagán...

—Eso es lo que llevan décadas haciéndoos creer, Lyn. ¿Quieres oír la verdadera historia del origen esta guerra? ¿Estás preparada para saber la verdad? —preguntó atravesándola con sus impresionantes ojos plateados.

Odalyn asintió. El *yantarii* tomó asiento sobre el sillón de pieles, y le ofreció que le acompañase. La princesa se sentó a su lado, oyéndole con atención—. Hace tres generaciones los scorpions poblaban parte del bosque de Yirah, así como parte del bosque de Farat, próximo a Tiree, además del desierto Escarlata cuando éste aún contaba con manantiales y húmedos oasis a los que acudir durante las largas travesías necesarias para atravesarlo. Los reinos de Siam y Tiree vivían en paz con la gran tribu de scorpions, liderada por el clan Sagán. Un rey justo gobernaba sobre Tiree, llamado Raaham Farae. Raaham tenía dos hijos, Nellam y Elrik Farae. Conocido como Elrik *El Grande*, entre los elfos y como Elrik *El Sangriento* entre los scorpions. Raaham creyó conveniente casar a su hijo mayor, Nellam, con la hija del *yantar* de los scorpions. Una buena alianza con la tribu le proporcionaría una nueva vía de comercio para con los lejanos reinos de Notna y Ogu. Así no tendría que bordear todo el desierto Escarlata para llegar hasta ellos sino que podría atravesarlo acompañado de los fuertes guerreros que durante milenios habían habitado aquella tierra devastada por los elementos. Su hijo menor, Elrik ya estaba comprometido con Reana Tein, la tercera hija del entonces rey de Notna, Frey Tein I, que aún era una chiquilla de tan solo ocho años con la que se desposaría cuando ésta alcanzase los diecinueve, por lo que el elegido para dicha unión de conveniencia fue su hijo mayor, Nellam. Raaham Farae envió a su hijo Elrik acompañado de un séquito real a la desaparecida ciudad de Nerha, situada en el bosque de Yirah, en la que vivía parte de mi tribu antes de que fuese arrasada, para negociar con el abuelo de mi padre, Akon Sagán dicha unión. Elrik contactó con Akon en representación de su padre para solicitar la mano de su primogénita y firmar así una alianza inédita entre elfos y scorpions que les uniría para siempre, un enlace propicio para ambos. Pero como ahora sabes, los scorpions no creemos en las uniones de conveniencia, creemos en la existencia de nuestros *serat*, nuestras parejas de vida, por lo que a pesar de lo beneficioso que resultaría también para los nuestros dicho enlace Akon decidió que ambos jóvenes debían conocerse. Compartir una noche juntos en la que dispusiesen del tiempo necesario para saber si estaban predestinados el uno para el otro. Y si tras esa noche Senya reconocía a Nellam como su *serat*, aceptaría dicha unión de buen grado. Elrik marchó dispuesto a entregar el mensaje a su padre. Pero en su regreso el destino quiso que conociese con sus propios ojos la gracia de la *yantarae* Senya que se bañaba en el río Ragna y quedo prendado con su exótica



belleza. Desde aquel día Elrik no pudo dejar de pensar en ella, en la joven que sería desposada con su hermano Nellam. Ambas partes habían acordado que el encuentro de los jóvenes se produciría en la Noche de las Hogueras dada la gran significación que tiene para nuestra tribu, si la mismísima diosa Laris bendecía aquella unión nada podría impedirla. El propio Elrik, con una escolta de cinco elfos, llevó a su hermano hasta Nerha para conocer a la hija del *yantar* de la tribu Sagán, deseando en su interior que le repudiase y dicha unión jamás llegase a producirse. Pero Senya y Nellam se enamoraron al instante. Ambos estaban predestinados a establecer unión definitiva entre ambos pueblos — relataba Talik con una profunda emoción—. Elrik no cabía en sí de rabia, ¿por qué debía ser su hermano quien se desposase con Senya y no él? Los dioses bendijeron aquella unión con la mayor lluvia de estrellas que se recuerda en todo Cire. Tras la lluvia de estrellas, su unión a los ojos de las diosas, ambos se retiraron a la *chakra* que el *yantar* había dispuesto para ambos pues ya estaban unidos a ojos de la diosa Laris y de la tribu scorpion. Antes del amanecer, cuando todos dormían, Elrik, enloquecido de ira, se adentró a escondidas en la *chakra* y decapitó a su hermano.

—Es horrible —suspiró Odalyn al recordar entonces las imágenes que tanto la horrorizaron en las paredes de la escuela, relataban aquella misma historia.

—Elrik mostró la cabeza de Nellam a los suyos que acampaban a las afueras del poblado, diciendo que todo había sido una trampa para acabar con el primogénito del rey de Tiree. Ahí se inició esta guerra sin fin. Pero lo que Elrik desconocía era que Senya había quedado embarazada de Nellam, y dio a luz a Káno, *el dorado*, mi abuelo. Le llamaban así por el color de su cabello. Pues era rubio y de ojos azules, como vosotros, los elfos. Todos los reinos elfos se unieron en la lucha contra el pueblo scorpion que tan vilmente les había traicionado. Raaham Farae falleció poco después de saber que su hijo predilecto había sido decapitado y Elrik heredó un trono que teñiría de sangre, de sangre de los míos, durante décadas. Quería encontrar a Senya y secuestrarla. Durante sus largas travesías por el desierto acabaron con cada oasis, con cada manantial, con cada esbozo de vida que hallaron a su paso. Haciendo del desierto Escarlata un lugar aún mucho más terrible. Y todo porque supo de labios de un comerciante, al que mató en el acto, que Senya había dado a luz a un niño elfo. Un niño en cuya espalda poseía la marca de nacimiento de los varones Farae, una marca con forma de martillo, la que

estampa sus estandartes y escudos. La marca del legítimo heredero del trono de Tiree.

—¡Por todos los dioses!

—Una marca que ha perseguido a mi familia y costó la vida a mi madre —afirmó levantando el brazo izquierdo, mostrándole las costillas bajo—. Esta marca.

Lyn observó atónita cómo realmente la marca de nacimiento de la familia Tiree se hallaba estampada en sus costillas. No podía dar crédito a lo que veía, un scorpion marcado con sangre élfica. Un scorpion como legítimo heredero al trono élfico de Tiree.

—Oh, por todos las Diosas Lunares, Talik. Si mi padre supiese esto... Si mi padre pudiese ver tu marca de nacimiento.

—Ellos jamás pidieron una explicación para la muerte de Nellam, les sirvió la palabra de Elrik, y nos han masacrado desde entonces, tratando de acabar con nosotros por todos los medios. Por suerte Munsee, el traidor que pretendía entregarme y que en cambio hizo que se llevasen a mi madre, desconocía la ubicación de Roudan y hemos podido resguardarnos aquí durante años. De no ser así ya estaríamos muertos. Fue difícil atravesar las montañas de Raian hasta que descubrí... —se contuvo, no podía hablar de aquello con ella, ¿o si podía?

—Un paso subterráneo, ¿verdad? Por el que llegamos hasta aquí, lo reconocí por el olor, por la oscuridad a pesar de la venda que cubría mis ojos. Vuestros secretos están a salvo conmigo Talik, lo prometo ante la diosa Laris. Jamás desvelaré una sola palabra de lo que he aprendido a vuestro lado. Pero necesito hablar con mi padre, necesito que me escuche y tratar de detener esta guerra injusta.

—Tu padre jamás te creerá Lyn. Tu padre es fiel a ese asesino de Surim Farae.

—Quizás Surim no sea como su abuelo.

—Surim es aún peor que su abuelo. Él y su hijo Enar han secuestrado y asesinado a cada scorpion con ojos claros o cabellos menos oscuros a los habituales, sin importarles que se tratase de hembras o niños, por el miedo a que fuesen portadores de la marca de la familia Farae, de su propia familia. Una revelación como la que acabo de hacerte acabaría con su reinado.

—Aún así hablaré con mi padre y le contaré esta historia cuando...

—Cuando te marches —concluyó con pesar.

—Cuando me marche.



## Capítulo 16

### La noche de las hogueras

Shana dormía abrazada a un pedazo de piel de cabra enrollada sobre una maya de lana a modo de almohada. Su expresión era seria incluso durante el sueño, Lyn la observó con detenimiento. ¿Cuántos años podía tener? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Era joven y bonita, pero el dolor marcaba cada una de sus facciones, el dolor de su pérdida, de la pérdida de su *serat*. Una pérdida irremplazable. Solo existía una pareja de vida para cada scorpion y una vez ésta hubiese desaparecido el dolor de su ausencia permanecería por todos y cada uno de sus días, como si una parte de sí mismos hubiese muerto con ella.

Pobre Senya, pensó al recordar la historia que Talik le había contado una semana atrás. La *yantarae* scorpion compartió tan solo una noche con su *serat*, que resultó ser nada más y nada menos que un príncipe elfo. Y aquella unión que debía sellar el común destino de ambos pueblos acabó convirtiéndose en una guerra terrible entre ellos. Y Senya después de ver cómo su *serat* era asesinado por su propio hermano debería añorarle por el resto de sus días. Meses después daría a luz a un niño de cabellos rubios, con los ojos azules de su padre, al que llamaría Káno, que sería apodado como *El Dorado* por su aspecto élfico. Un niño sobre el que la amenaza de su propia familia paterna se cerniría por siempre. Por ser el legítimo heredero al trono

de Tiree. Un niño al que Senya debería proteger en un lugar tan inhóspito como el desierto Escarlata, pero para el que su tribu, su raza, serían los únicos preparados para sobrevivir.

Sentía una gran compasión por ella, por lo mucho que debió sufrir. Así como la sentía por su pueblo, quienes a pesar de la injusticia que se había cometido, que se continuaba cometiendo con ellos, eran capaces de sobrevivir, de cuidarse entre ellos, de amar y ser amados, disfrutando de cada día como si fuese el último. Un pueblo calificado como bestias salvajes por los suyos. ¿Acaso no eran más salvajes quienes obligaban a contraer un matrimonio de por vida a sus hijos por mera conveniencia? ¿Quiénes ambicionaban el poder por encima de todo? Incluida la propia felicidad de estos.

Y ella deseaba regresar. ¿Lo deseaba? Regresar junto a su padre para que pudiese entregarla a manos de un elfo que aún conociendo la verdadera historia de su familia prefería asesinar, masacrar a cuanto miembro de la tribu hallase en su camino, así se tratase de pequeños inocentes, pues resultaban una amenaza para el trono que de modo ilegítimo había ocupado su abuelo. Un elfo que según los rumores que recorrían Roudan era un digno heredero del despiadado modo de actuar de este.

¿Pero acaso tenía otra alternativa? ¿Podía hacer algo distinto? Podía permanecer en Roudan. Permanecer junto a Talik, Shana, Kainah, Handa y la pequeña Dánaer... Pero entonces Jannike jamás sería liberada, si es que aún continuaba con vida. Y la guerra se mantendría a lo largo de los años, de los siglos, hasta que tarde o temprano una expedición de elfos les hallase y masacrara su refugio por completo.

Su padre, Garum Hawatsi jamás se rendiría. Jamás dejaría de buscarla. Mucho menos Sirah Inala, su amigo sería capaz de prender fuego al desierto por hallarla.

Además Talik no había vuelto a cruzar una palabra con ella desde que se despidieron en su *chakra*, le veía cada noche regresar de sus expediciones de caza. Al menos los roudenses comenzaban a acostumbrarse a su particular aspecto y esto unido al pañuelo con el que solía cubrir su cabello la ayudaba a no llamar tanto la atención. Así podía espiarle entre la multitud. Tan alto, tan grande, tan guapo y fiero a la vez. Las escasas veces en las que sus miradas se habían cruzado Talik había fingido no verla, lo cual lastimaba su corazón de un modo que él jamás podría imaginar. O quizá, sí, y por eso trataba de

alejlarla de su lado.

—Duérmete de una vez, Lyn. Es muy tarde —ordenó Shana con dulzura. La miró, la luz tenue de las velas mecía su rostro moreno que permanecía con los ojos cerrados. Así que no estaba dormida—. Mañana es la Noche de las Hogueras y descansaremos poco.

—¿Iremos? ¿Yo también? —dudó con ilusión casi infantil.

—Siempre acudo a la Noche de las Hogueras, algunos scorpions se pasan con el *licor de luna llena* y saltan sobre el fuego, o tropiezan, provocándose quemaduras, torceduras, golpes... Es una noche de mucho trabajo para una sanadora —explicó aún sin abrir los ojos.

—¡Pero si dijiste que el licor de luna llena no contenía alcohol!

—Porque si te hubiese dicho lo contrario no lo habrías tomado —proclamó haciéndola reír.

—Eres terrible. ¿Cómo es la Noche de las Hogueras, Shana? Cuéntamelo, por favor.

—Eres demasiado curiosa, princesa.

—Ya me lo habías dicho.

—Está bien —afirmó abriendo los ojos negros rodeados de larguísimas pestañas oscuras en los que se reflejaba el brillo dorado de la llama de las velas que iluminaban la pequeña *chakra* —. La Noche de las Hogueras comienza cuando al atardecer todos los jóvenes que han alcanzado la madurez en Roudan caminan hacia la Laguna Seca. En el pasado se realizaba frente a la antigua ciudad de Nerha, en el bosque de Yirah, en un gran claro entre los árboles, era todo un acontecimiento. Ahora también lo es aunque resulta menos llamativo, miembros de todos los clanes se reúnen en la Laguna Seca, prenden las hogueras y sirven las grandes jarras de *aguamiel* y *licor de luna llena*. Un adulto prende las piras de fuego y a los pies de tanto machos como hembras hay estacas de madera con yesca prendida. Cada hembra scorpion toma una de ellas y la lleva hasta el macho que es de su agrado. Si éste responde a su invitación ambos se apartan del resto para conversar con mayor intimidad. Al cabo de un rato, si ambos, o alguno de ellos, sabe que no son *serats* regresan a sus posiciones iniciales y el ritual comienza de nuevo. En ocasiones es suficiente con una conversación para reconocerse el uno al otro como su pareja de vida, otras el legendario primer beso entre ambos... Antes del amanecer, según la cantidad de parejas establecidas, según el éxito de la Noche de las Hogueras, se produce una

lluvia de estrellas, con la que la diosa Laris bendice las nuevas uniones, mostrando así su contento con ellas.

—¿Y si no se produce ninguna pareja?

—Ha sucedido. Pocas veces, pero ha sucedido. Pues tras el amanecer, sin lluvia de estrellas, cada scorpion regresa a su hogar, sin más.

—¿Y deben acudir todos los jóvenes?

—Todos. Al menos todos los jóvenes scorpion. Nunca habíamos tenido la oportunidad de compartir una Noche de las Hogueras con una princesa elfa. Aunque tú vendrás conmigo como mi ayudante.

—¿El *yantar* Barack estará de acuerdo?

—Al *yantar* déjame a mí —afirmó guiñando uno de sus ojos oscuros—. Ahora vamos a dormir de una vez.

Otra vez aquella pesadilla había regresado. Talik podía ver a su madre en la distancia, caminaba a solas, el viento agitaba su largo cabello oscuro impidiendo que viese su rostro. Corría hacia ella, pero sus piernas se hundían en arenas movedizas. Y entonces aparecía ella, Odalyn, le ofrecía su pálida mano para salir del profundo abismo en el que se sumergía. Y Talik temía tomarla tanto como lo deseaba, pues creía que si lo hacía, si se prendía a su cálida mano, jamás podría soltarla.

Despertó en mitad del lecho, con el corazón galopando acelerado y aquel aroma, el dulce aroma de la princesa que aún impregnaba su almohada. La apartó, arrojándola a las sombras. Y se levantó, refrescando su rostro con el agua de una gran jarra de barro.

Abrió la puerta y miró al exterior, en la lejana entrada de la cueva que daba acceso a Roudan, los destellos rojizos sobre el profundo azul de la noche hacían intuir que pronto amanecería. Talik volvió dentro y comenzó a morder un pedazo de raíz, a penas contaba con otro alimento en su *chakra*.

¿Cómo estaría Odalyn? Se preguntó. No habían vuelto a hablar a solas desde que le contó la verdadera historia de la guerra entre sus pueblos. Desde que la sanadora les descubrió conversando y se la llevó de vuelta a su *chakra*.

Aquella elfa era la hembra más inconsciente que había tenido la oportunidad de conocer. ¿Cómo podía haberle sugerido siquiera que la

besara, que comprobase si lo que ambos sentían, era cierto? Lyn había sido capaz de convertir en palabras lo que ambos percibían crecer dentro del pecho, el temor de si ambos eran sus *serats*.

Pero si era cierto, si ella era su pareja de vida, ¿cómo podría obligarla a vivir escondida, huyendo del peligro que acechaba en cada esquina al ultrajado y malogrado territorio scorpion? ¿Cómo podría obligarla a cambiar su lujosa habitación en el Castillo de las Siete Torres, por una humilde y mugrienta *chakra*, para siempre?

Si la *revelación* no se producía, aún habría alguna posibilidad para ambos, con el tiempo, de ignorar lo que alguna vez sintieron el uno por el otro.

Pero pensar en que Odalyn sería entregada a Enar Farae le atormentaba. Cómo un padre podría casar a su adorada hija con semejante villano.

Alguien llamó a la puerta. Era Kainah, Talik salió a su encuentro y caminó a su lado hasta la plaza central de Roudan. En la distancia, inevitablemente localizó la *chakra* de Shana, la sanadora, en la que debía permanecer dormida aún. Sonrió con dolor.

Aquella noche debía enfrentarse a una nueva Noche de las Hogueras, sería la séptima para él. Sus amigos Ninwo y Rök, hallaron a sus *serats* la primera noche. Ambas eran miembros de un clan lejano a Roudan y regresaron con ellas de la mano. No podía evitar sentir envidia sana por ambos un año tras otro. Durante su primera Noche de las Hogueras solo aceptó la compañía de las hembras scorpion que había considerado atractivas a primera vista, había incluso compartido algún beso con ellas, con la esperanza de percibir algo que se escapase a los ojos. Pero nada, no había sentido nada en absoluto.

Las siguientes noches había aceptado la compañía de jóvenes que ni siquiera consideraba atractivas, porque temía que el error estuviese en él, en sus prejuicios. Con el paso del tiempo incluso había comenzado a temer que no hubiese una pareja predestinada para él, que nunca percibiría aquel nerviosismo, aquella necesidad irracional de compartir cada instante de su vida junto a la otra persona.

Cuán equivocado estaba. Lo había sentido, todo aquello, de la mano de Odalyn. Cada vez que había cogido su mano una explosión se había producido en su interior, algo inexplicable y místico, que le hacía



replantearse su existencia lejos de ella. Una existencia que se antojaba sin sentido en ausencia de la princesa.

Pero era su obligación como *yantarii* asistir una vez más a la ceremonia de La Noche de las Hogueras y lo haría. Aunque a ciencia cierta supiese que su *serat* no se hallaría entre aquellas jóvenes provenientes de los lugares más remotos del desierto.

Ayudado por Kainah armaron una estructura de arrastre sobre la que depositar gran cantidad de madera que transportarían hasta la Laguna Seca. Eran pues los habitantes de Roudan, por su cercanía, los encargados de realizar los preparativos para la ceremonia de la Noche de las Hogueras. El resto de clanes debían recorrer largas distancias a través del desierto durante días e incluso semanas en el caso del clan Tartarian, los *scorpions* que habitaban más alejados del sur del desierto Escarlata.

Al caer la tarde todo se halló dispuesto en el pequeño valle entre dunas donde una vez existió una laguna que proveía de agua a todos los animales de la zona. Laguna Seca fue en la antigüedad un oasis, el más rico del desierto. En el lugar en el que entonces tan solo se hallaba una basta extensión de arena finísima hubo una vez una pequeña población de *scorpions* que vivían a merced de las plantas y animales de que les proveía la laguna. Pero como si las diosas se hallasen furiosas tras el inicio de la guerra se desecó. Permaneciendo como último vestigio las grandes rocas desde las que antaño mayores y niños se lanzaban al agua durante sus juegos. Talik las observó con tristeza, cuán hermoso habría sido aquel lugar, como su madre le relataba cuando era niño, a quien a su vez se lo había contado la suya, un auténtico paraíso en mitad de la nada.

Ninwo a penas le había dirigido la palabra durante el trayecto, lo evitaba desde que acudiese a sus espaldas ante el *yantar* relatándole lo sucedido en el desierto con la princesa, omitiendo como era de suponer, que su hermana Neera había sido responsable de dicho ataque. A pesar de ello le apreciaba, Ninwo era su amigo desde la infancia, y esperaba que con un poco de tiempo, y sobre todo después de que Odalyn abandonase Roudan, las aguas volviesen a su cauce entre ambos. Sin embargo jamás podría perdonar a Neera por haberla puesto en peligro.

Esperaba que al menos aquella noche esta no hiciese como en cada Noche de las Hogueras, como cada vez que tenía oportunidad, reclamándole, para pasar un rato a solas y suplicarle que la besase porque estaba convencida

de que ella y no otra era su *serat*. Pero Neera no era su *serat*, claro que no lo era, y por más que la había besado jamás sintió aquel sentimiento hacia ella. Hubo ocasiones, en el pasado, en el que hubiese deseado poder provocarlo, poder sentir hacia ella lo mismo que ella afirmaba sentir por él. Porque así además sería hermano de Ninwo, y la felicidad por ambas partes sería incalculable, pues el padre de Ninwo, Manwe era uno de los consejeros del *yantar*, su padre. Pero no era así, ni jamás lo sería.

Las dos grandes piras que debían arder se hallaban situadas una a cada lado, en el centro adecuaron pequeños montones de antorchas que una vez prendidas arderían hasta el amanecer si ninguno de los jóvenes las apagaba contra la arena. Colocaron tres grandes tinajas de barro llenas de *licor de luna llena* entre ambas piras de las hogueras de cuyas bocas colgaba una veintena de tazas de barro enganchadas por el asa.

Una vez todo estuvo preparado los jóvenes scorpion de Roudan que carecían de *serat*, una docena, montaron su propia tienda de paredes de cuero, en la que se asearon y vistieron sus mejores galas, sus corazas de *masuk*, sus mejores pieles y pinturas ceremoniales, y aguardaron la llegada de los primeros acudientes al anochecer.

Cuando la noche cayó sobre Laguna Seca, eran casi un centenar de jóvenes los que habían acudido hasta el lugar. Montando un gran campamento compuesto por más de treinta tiendas en torno a la antigua laguna. Habían llegado jóvenes de los Tartarian, de los Erdogan y los Almadena, así como de los Neethen, Odarites, Danerian y Algareses. Todos los clanes que antaño poblaban los bosques colindantes a Siam, Tiree y Ogu y que al igual que los Sagán, *yantares* de todos ellos, fueron expulsados y masacrados durante el inicio de la guerra.

La luna Laris había emergido en el horizonte cuando el grupo de hembras de Roudan alcanzó Laguna Seca. Cuatro jóvenes, entre ellas Neera, cuyos ojos negros se cruzaron con los iris plateados del *yantarii* un instante. Seguidas de Handa y otro guerrero que las escoltaban. Así como Shana, la sanadora, a quien seguía... Odalyn.

Talik no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. La princesa estaría presente en la Noche de las Hogueras. ¿Sería capaz de soportarlo? ¿Soportar tenerla cerca en una noche como aquella y no reclamarla como su *serat*?

¿Por qué Shana pretendía torturarlo de ese modo?

Había algo distinto en ella, lo percibió de inmediato. Su cabello estaba cubierto por un pañuelo de algodón gris, del mismo color de la túnica que vestía, idéntica a la de Shana, la sanadora. Y además, aunque su piel resplandecía nívea, no lo hacían así sus cejas, las cejas de Lyn eran dos delineadas rayas negras. ¿Se las había teñido?

La sanadora y la princesa se situaron a un lateral de las hogueras, descargando de sus espaldas los dos pesados fardos que ambas portaban y comenzaron a montar su tienda, el lugar en el que atenderían a quienes lo necesitasen.

Una leve brisa meció el pañuelo que ocultaba el cabello de Odalyn, descubriendo a ojos de Talik que también lo había teñido. Decidido caminó hacia ellas.

—¿Por qué la has traído, Shana? —preguntó interrumpiendo sus quehaceres, visiblemente enfadado.

—Porque este es mi lugar hoy, y ella está bajo mi cuidado, ¿o es que no lo recuerdas? —respondió esta sin emoción.

—¿Sabes que podrían matarla si descubren quién es?

—No lo harán.

—¿Por qué? ¿Porque le has teñido el cabello? Si alguno de los nuestros habla de más...

—No lo harán. Lo han jurado ante la diosa Laris antes de salir de Roudan.

—¿Lo sabe el *yantar*?

—No. No le consulto cada paso que doy, sabe que está a mi cuidado, y que mi lugar es este en la Noche de las Hogueras. Tu padre nos pidió que le enseñásemos quienes somos, y es lo que hago. Si Lyn debe conocernos, esta es nuestra tradición más sagrada.

Talik se marchó tras emitir una protesta en forma de bufido y regresó junto a Kainah que apilaba los últimos troncos de una de las piras incendiarias. Este la saludó con la mano en la distancia y ella le correspondió con una sonrisa.

Aquel era un momento de reencuentros, Talik volvía a reunirse con distintos machos de los clanes esparcidos a lo largo y ancho de todo el desierto. Erdan, un macho alto y espigado hijo de Erdogan Draavo *El Osado*, señor del clan del mismo nombre. Yasná y Danán, los hermanos gemelos, hijos de Arán *El Rojo*, llamado así por el gran parche rojo que cubría su ojo

izquierdo, perdido en la lucha contra un inmenso *masuk* el día que consiguió el liderazgo de su clan, los Neethen. También la hermosa Irisaut y sus hermanas Serena y Laana, tres bellezas morenas del Este del desierto, hijas de Allavis, líder del clan Almadena. Todos ellos aguardaban la llegada de su *serat*.

Erdan y Talik eran grandes amigos, ambos llevaban siete visitas a la noche de las hogueras sin que ninguno descubriese a su pareja de vida entre las jóvenes que allí se reunían. Bromeaban entre ellos a cerca de cuál abandonaría antes su soltería.

Irisaut y su hermana Serena era la segunda vez que visitaban aquel mágico paraje, ambas reclamaron a Talik la ocasión anterior a pasear su antorcha, y ambas recibieron una respuesta negativa de su parte. Ambas eran hermosas, pero ninguna era su *serat*. No podía sentir nada hacia ellas más allá a la admiración por su extraordinaria belleza. Nada más. Con Lyn el sentimiento era muy distinto.

—¿Quién es ella? —preguntó Erdan dando un codazo cómplice a su amigo.

—Es una amiga de Shana.

—Por el color de sus ojos diría que pertenece a tu familia, pero nunca la había visto antes. ¿Es su primera Noche de las Hogueras? Porque es preciosa —dijo enarcando una de sus cejas negras. Talik le miró ceñudo.

—No pertenece a mi familia. Y deberías olvidarla —espetó malhumorado—. Ella no participa en la ceremonia.

—¿Ya tiene *serat*?

—No.

—Entonces, participa en la ceremonia, como cada hijo de *scorpion* —respondió Erdan mirando a su amigo con una sonrisa desafiante mientras se alejaba en pos de un nuevo fardo de madera.

*Ni siquiera es una hija de scorpion*, farfulló para sí, molesto. Esa era la magia, ninguno sabía el momento en el que aparecería su *serat*. Podía aparecer en la Noche de las Hogueras, donde los distintos clanes se concentraban, o podían descubrirlo una mañana cualquiera en el mercado de Roudan, con alguien desconocido o con un amigo de toda la vida. Tan solo la diosa Laris decidía el momento en el que ambos cruzarían su camino, pero cuando dicha unión se produjese sería indisoluble.

Con el ocaso llegó el momento de prender las hogueras. La sanadora de Roudan era la encargada de tal honor. La madera de comenizó a arder despacio. Un escaso humo surgió de las llamas mientras Sauk, el consejero del *yantar*, guía de los asuntos espirituales de la tribu, se dispuso a exponer el mandamiento único que gobernaba a todos los clanes.

—Esta noche, hijos de los scorpions, hijos de Laris, nos hemos reunido para ofrecernos a la Diosa, para ceder nuestra voluntad a sus deseos. Para dejar en sus manos el resto de nuestras vidas. En vuestras manos está. ¡Oh, Laris muéstrales a su *serat*! Que sus vidas dejen de ser un camino solitario para hallar a quien los acompañará hasta el último de sus días —dijo el guerrero de larga barba cana con ambas manos alzadas al cielo estrellado.

—Oda a Laris —proclamaron todos al unísono.

—Te honramos con tu único mandamiento. Ama a tu hijo, a tu hermano, a tu pueblo, como a ti mismo. Amad a vuestra *serat* como a vuestra propia vida, protegedla con la última de vuestras gotas de sangre, exhalad por ella vuestro último aliento y haced de ella vuestro destino, como vosotros seréis el suyo —Tras oír aquellas palabras de Sauk una lágrima rodó por la mejilla de Shana, que junto a Odalyn permanecían por detrás del maestro de ceremonias, sentadas sobre la arena. Lyn supo que la sanadora estaba recordando a su *serat*, ese que le fue arrebatado tiempo atrás. Su única pareja de vida, que ya jamás regresaría. Sintió una profunda compasión por ella—. Que el fuego os guíe —proclamó antes de arrojar a las llamas un puñado de polvos de colores que hicieron castañetear el fuego, elevando un ligero humo plateado con olor a flores.

La Noche de las Hogueras había comenzado. Los jóvenes, a uno y otro lado de las llamas se miraban con curiosidad, e incluso con cierto pudor. Con la inquietud de quién de ellos sería el primero en dar el paso, quién tomaría una de las antorchas y reclamaría a alguien como *serat* en un paseo que bien podía durar minutos, horas, o toda una vida.

—Y ahora a esperar el amanecer —dijo la sanadora con una sonrisa compasiva en los labios.

—¿Y si nadie encuentra a su *serat*? —preguntó Lyn acomodándose a su lado, abrazando ambas rodillas contra el cuerpo, mientras sus ojos tan solo podían centrarse en Talik. ¿Y si encontraba a su verdadera *serat* entre aquellas bellas jóvenes? ¿Y si lo que ambos sentían era tan solo un espejismo?

—Es complicado, de cada noche de las hogueras suelen encontrarse varias parejas. Pero si no es así, siempre quedará la próxima Noche de las Hogueras —aseguró. Ambas contemplaron como Neera tomaba una de las antorchas y se dirigía hacia Talik, una vez más. Este ni siquiera la miró.

—Talik Sagán, ¿quieres caminar conmigo bajo las estrellas?

Hizo un gesto de negación, pero la joven insistió, tratando de que tomase el pedazo de madera prendida. Volvió a hacer un gesto de negativa sin mirarla.

—¿Quieres dejar de poner en ridículo a nuestra familia? —espetó Ninwo furioso, agarrando a su hermana del brazo. Talik se incorporó como un resorte temiendo su reacción—. Él no es tu *serat* y nunca lo será, olvídale de una vez —ordenó en cambio tirando de ella, sacándola de allí, haciendo un gesto de asentimiento a su *yantarii* al que respetaba por encima de todo.

Entonces fue la menor de las bellas hijas de Allavis la que se incorporó y caminó decidida hacia la hoguera que dividía al centenar de jóvenes de ambos sexos. Allí tomó una de las antorchas y caminó decidida hacia Talik. El corazón de Odalyn latía apresurado en sus oídos, era tan hermosa.

—Tranquila —susurró Shana—. Ella no es su *serat*.

—Talik Sagán, ¿quieres caminar conmigo bajo las estrellas? —le preguntó, a penas era una niña.

—Gracias Laana, tu invitación es un honor para mí, pero debo declinar tu ofrecimiento, no siento que seas mi *serat*.

Y así es como se declina un ofrecimiento a “*caminar bajo las estrellas*” pensó Lyn respirando aliviada ante su negativa. Entonces fue Dartal, del clan Neethen quien se incorporó. Prendió su antorcha y caminó decidido en su dirección. En la dirección de la sanadora. Mientras el resto de jóvenes les observaban. Odalyn comenzó a ponerse nerviosa. Aquello no podía ser posible. Caminaba hacia ella. Una elfa. Una elfa con el cabello teñido con tinte de raíz.

—Buenas noches, soy Dartal, hijo de Naret, de los Neethen, del Norte. ¿Le gustaría caminar conmigo bajo las estrellas? —le preguntó. Era apuesto, claro que lo era. Todos los scorpions reunidos aquella noche lo eran. Embutidos en sus lustradas corazas de masuk, con sus largos cabellos oscuros y sus iris de noche insondable. Todos eran atractivos, ahora que había aprendido a mirarles, a ver más allá del miedo que le produjeron en un principio.

—No... Quiero decir... Gracias, es para mí todo un honor, pero no, no siento que... — balbuceó nerviosa sintiendo los ojos de todos y cada uno de los presentes posados en su menudo cuerpo —. Que seas mi *serat*. Pero gracias por el ofrecimiento.

Tras oír aquellas palabras el scorpion se retiró, sin poder evitar el gesto contrariado, regresando a su posición. Los ojos de Lyn buscaron inconscientemente a Talik. El *yantarii* la miraba ceñudo, aunque aliviado por su negativa estaba muerto de celos de que otro scorpion hubiese osado reclamarla.

—Buenas noches, bella Lyn —llamó su atención Erdan, quien sin que se hubiese percatado la había alcanzado armado con su antorcha—. Mi nombre es Erdan Draavo, hijo de Erdogan, señor del clan Erdogan, y debo confesaros que esta noche he sido profundamente cautivado por vuestra belleza.

—Gracias —balbució impresionada por el despliegue verbal de su pretendiente.

—Me convertiríais en el ser más feliz de todo Cire si tan solo aceptaseis dar un breve paseo bajo las estrellas conmigo en el que podamos conversar para así conocernos —dijo decidido. Resultaba obvio que aquella no era su primera Noche de las Hogueras, tanto como que se hallaba muy interesado en ella. Talik apretó los puños con rabia aguardando su respuesta.

—Me... me sorprende que conozcáis mi nombre y me halagáis con vuestro ofrecimiento, Erdan, pero... yo no puedo...

—¿Por qué? Solo os pido un paseo, quizá cambiéis de opinión tras nuestra charla.

—No. De verdad, gracias.

—Lyn, por favor, me haríais tan feliz si... —No parecía dispuesto a darse por vencido con facilidad.

—Ha dicho que no —proclamó Talik, caminando decidido hacia ellos. Erdan se revolvió observándole, pero al contrario de lo esperado le aguardó con una amplia sonrisa.

—Claro que ha dicho que no —afirmó Erdan—, porque ella ya ha elegido a su *serat*. Como lo has hecho tú, buen amigo — afirmó entregando su antorcha prendida al *yantarii* de los clanes scorpion, invitándole a ofrecérsela a Odalyn. Había sido una artimaña, un juego de su amigo que le conocía mucho mejor de lo que él mismo creía para forzarle a hacer lo que jamás se habría atrevido, reclamarla como *serat*. Talik le miró a los ojos

descubierto.

—Lyn, ¿deseas pasear conmigo bajo las estrellas? —preguntó. La princesa sonrió con el brillo de una estrella en su mirada. Aquellas palabras la hicieron tan feliz que no cabía en sí de dicha. Miró un instante a Shana antes de contestar, esta asintió estirando los labios en una sonrisa que desprendía una profunda ternura.

¿Podía ser cierto? ¿Podía ser la *serat* de Talik Sagán, que su destino y el del guerrero estuviesen sellados para siempre?

—Sí, quiero hacerlo.

El corazón le latía veloz mientras caminaba a su lado en silencio, alejándose del grupo de scorpions que permanecían junto a las hogueras. La luz de las llamas resplandecía sobre el rostro de Talik, iluminándolo, el guerrero permanecía con la mirada fija en el horizonte. La miró un instante y sonrió.

Se detuvieron a los pies de una alta duna y la miró con una dulzura infinita.

—¿Te parece bien que nos sentemos aquí? —preguntó. Lyn temblaba como un pajarillo asustado—. ¿Tienes frío?

—En realidad no. Creo que no —respondió con una sonrisa. Talik clavó la antorcha en el suelo y tomaron asiento en silencio uno junto al otro sobre la arena que permanecía cálida aún tras las largas horas bajo los rayos solares—. Esto es... una locura.

—Lo es —afirmó sin borrar la sonrisa, extendió su mano junto a ella, ofreciéndola con los dedos entreabiertos—. Por eso me negaba a creerlo, mi pequeña princesa guerrera —Lyn tomó su mano, y sintió como cien mil estrellas fugaces volaban dentro de su estómago.

—¿Lo notas? —preguntó con pudor. Él asintió.

—Es la magia de la diosa, fluyendo entre ambos.

—Tengo miedo.

—También yo.

—¿Tú? ¿Cómo puedes tener miedo? Te he visto subir al lomo de un animal aterrador y atravesarle con tu espada.

—No me asustan los animales aterradores, me asusta perder a quienes amo. Como perdí a mi madre cuando fue secuestrada ante mis propios ojos. Se la llevaron mientras Jannike y yo nos tragábamos las lágrimas escondidos entre las rocas. Ella me hizo jurarle que pasase lo que pasase no saldría de allí



hasta que el peligro hubiese desaparecido —decía con un profundo dolor reflejado en sus ojos de luna llena—. Debí haberla desobedecido, debí enfrentarme a ellos.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho, y Jannike seis.

—No podrías haber hecho nada Talik, eras demasiado pequeño.

—Vivíamos en las Cuevas de Doren, en una zona por entonces poco explorada por los elfos. La determinación de Surim por eliminarnos parecía no tener límites. Los guerreros avistaron a un destacamento de elfos en las cercanías y salieron a su encuentro para evitar que llegasen a las cuevas. Pero se trataba de una artimaña del rey de Tiree. Yo era su objetivo. Munsee Dagal, un antiguo consejero de mi padre, le había hablado de mi marca de nacimiento. Nos traicionó a cambio de una vida entre los elfos. Aunque después supe que fue eliminado. El rey no podía permitirse que nadie más supiese el secreto de Elrik *El Sangriento*, su propio secreto. Ellos acabaron con cuanto scorpion hallaron a su paso. Muchas de las hembras de la tribu escondieron a sus hijos cuando oyeron que se iniciaba el ataque. Ninwo y Neera, Kainah y Rök, Jannike y yo mismo, perdimos a nuestras madres y a muchos de nuestros amigos aquel día —relataba con un profundo pesar—. Cuando los elfos se marcharon huimos al desierto donde permanecimos escondidos durante dos días hasta que nuestros padres nos encontraron. Nos mantuvimos a base de raíces y de los pequeños animales que cazábamos Rök y yo. Cuando nos encontraron estábamos a punto de desfallecer de sed. Jamás olvidaré la expresión en el rostro de mi padre. Nos abrazó a Jannike y a mí como jamás lo había hecho, porque nunca fue dado a las muestras de afecto —decía cuando las lágrimas asomaban a sus ojos—. Había perdido a su *serat*, a mi madre, pero al menos nos había recuperado a nosotros.

—Debió ser terrible también para él.

—Y cuando Jannike fue capturada... creí que me volvería loco. La muy idiota pensó que podía adentrarse en el bosque de Yirah ella sola para cazar. No hay nadie igual a ella con el arco, pero las flechas no son suficientes contra la magia élfica.

—Parece una chica muy valiente.

—Está loca —dijo con una sonrisa que translucía todo el amor que sentía por su hermana—. Casi tan loca como tú.

—¿Cómo yo?

—No necesito besarte para saber que eres tú mi *serat*, la única hembra a la que amaré toda mi vida... —confesó taladrándola con sus ojos de luna llena. Sus palabras emanaban una verdad sobrecogedora—. Pero... si lo hago no habrá vuelta atrás. Lo que ambos ya sabemos se revelará con una fuerza irrefrenable, me necesitarás tanto como respirar y yo sentiré lo mismo hacia ti. ¿Imaginas lo que eso significa? No solo eres elfa, además procedes de una familia noble, has crecido en un castillo, alimentándote con guisos deliciosos y toda clase de manjares, rodeada de vestidos de seda y lujos que yo jamás podré ofrecerte ¿Cómo te acostumbrarías a vivir en para siempre en una *chakra*, alimentándote a base de raíces y vistiendo nuestra ropa, en brazos de quien te arrebató todo eso? ¿Cómo puede ser feliz una mariposa en la guarida de un escorpión?

—Ya lo hago, ya te necesito, Talik. Estos días separados han sido terribles —admitió sin pudor—. Si decido quedarme a tu lado no serás tú quien me haya arrebatado todo eso. Puede que fuese una mariposa, pero vivía encerrada en una jaula de oro, ni siquiera sabía quién era yo misma ni de lo que era capaz. Ahora lo sé, lo sé gracias a ti. Elijo estar a tu lado, por encima de todos esos lujos y manjares, por encima de todas las comodidades, por encima de mi familia y mi reino. Te elijo a ti, Talik —El guerrero la abrazó con suavidad, estrechándola contra su cuerpo. Olía a fruta fresca, a flores, a un aroma dulce y embriagador—. También yo sé que eres tú el único al que amaré toda mi vida —afirmó apretando sus dedos con dulzura.

—Dime que no estoy soñando, que voy a besarte al fin.

—Bésame de una vez.

Se aproximó despacio hasta alcanzar sus labios. Y la besó.

Y Odalyn Hawatsi sintió un estremecimiento interior que la sobrecogió, provocando que empezase a temblar de pies a cabeza, percibiendo una sensación embriagadora, como si flotase en mitad del cielo del desierto. Mientras la mano del guerrero scorpion asía su mentón entre los dedos con dulzura infinita.

Talik sintió sobre sus hombros todo el peso del universo y una felicidad hasta entonces desconocida. Los sentimientos que habitaban en su interior prendieron como fuegos artificiales, ascendiendo con violencia, estrellándose contra la bóveda celeste, revelándole que aquel era un camino de una sola dirección. La amaba, como jamás podría amar a nadie más. Odalyn Hawatsi formaba parte de su ser, como él lo formaba de ella, para siempre.

Ambos quedaron en silencio, mirándose con pudor, cuando sus labios al fin dejaron de tocarse.

—Por todos los dioses —suspiró Lyn aún estremecida. Talik sonrió.

—¿Qué tal tu primer beso?

—No ha sido mi primer beso —mintió avergonzada.

—Claro que lo ha sido.

—No.

—Por qué me mientes, soy tu *serat* —pidió provocando que sus mejillas se llenaron de rubor—. Me alegro de haber sido el primero y espero ser el único.

—Para siempre.

—Para siempre.

Entonces desde el cielo surgió un relámpago que iluminó la practica totalidad del desierto, seguido de un profundo estruendo y comenzó a llover. Las nubes se habían cerrado entorno a Laguna Seca de modo repentino y una lluvia tupida y espesa como una manta de lana comenzó a caer sobre sus cabezas.

Talik y Odalyn se miraron entre sí. Anonadados. Llovía en el desierto, algo insólito. La lluvia empapaba sus cabellos, sus rostros. Lyn se puso de pie y abrió los brazos recibéndola gustosa. Talik imitó su gesto, ambos se miraron y sonrieron.

—Es una señal de la diosa Laris —proclamó Talik.

—Es una señal de las diosas —afirmó Odalyn. Talik la abrazó, alzándola en el aire, apretándola contra sí con energía—. Aprueban que estemos juntos.

—Ya ni siquiera ellas podrían separarnos, Lyn —aseguró besándola de nuevo, sosteniéndola entre sus brazos, saboreando de su boca el mejor manjar de todos cuantos había probado.

Cuando la lluvia hubo cesado ambos volvieron a tomar asiento sobre la arena húmeda. El agua había arrastrado consigo el tinte de raíz que oscurecía el cabello de la princesa, que resplandecía dorado bajo la luz de la luna.

—Tengo que entregarte algo —dijo tirando de una cinta de cuero que llevaba atada alrededor del cuello y cuyo extremo permanecía oculto bajo la coraza de masuk. El colgante de estrella que había comprado en la Noche de Mercado, lo desató, entregandoselo.

—¿Es para mí?

—Por supuesto que es para ti, siempre fue para ti. Te hice creer que no era así para que me permitieses comprarlo —Ella se giró, haciendo su cabello a un lado, ofreciéndole el cuello desnudo para que lo anudase.

—Gracias.

—Eres tan hermosa... —susurró posando los labios sobre su piel mientras ataba la cinta de cuero. Ella se encogió a su contacto.

—Talik, debo hablar con mi padre. Tengo que explicarle...

—Lyn, todo eso se acabó. Tu padre jamás aceptará que estemos juntos. Él no podría entenderlo. Esa vida ha terminado para ti —explicó con calma.

—Mi padre me quiere Talik, sé que para ti es un ser despiadado, pero me quiere. No merece que desaparezca sin más.

—Merece eso y mucho más —balbució. Odalyn fingió no haberle oído. Sería muy complicado estrechar lazos entre ambos, mucho peor que complicado, imposible. Pero su destino entonces estaba sellado a Talik Sagán, de un modo irreversible.

—Aún así necesito hacerle saber que no volveré, que no deseo ser rescatada. Que soy feliz. Por eso debo ir a ese encuentro con Sirah, hablar con él y pedirle que libere a Jannike.

—No pienso permitir que te pongas en peligro.

—Es el único modo de liberar a tu hermana.

—No. Hay otro. Acabar con todos ellos.

—¿También conmigo? Te recuerdo que soy uno de ellos. También lo es mi hermana Arlet, ¿quieres acabar con ella también? —Talik apretó los labios contrariado. Jamás había pensado en ellos, en los elfos que nada tenían que ver con la guerra—. Son inocentes, como lo son los pequeños de Roudan, y merecen saber la verdad. Déjame hablar con Sirah, él es mi amigo, mi padre creerá lo que él le diga.

—Acudiremos juntos entonces. No volveré a separarme de ti, nunca —afirmó estrechándola entre sus brazos de nuevo para volver a besarla.

Antes del amanecer ambos caminaron de regreso al lugar de la ceremonia en Laguna Seca, lo hicieron cogidos de la mano. Ahora su unión era irrevocable, se pertenecían el uno al otro, para siempre.

Shana alzó la vista al divisarlos, recibiendo con una amplia sonrisa. El fuego de las hogueras se había apagado con la lluvia, pero la luna resplandecía con tal intensidad que podían verse las caras aún en la distancia. Sentados a su alrededor estaban las nuevas parejas formadas. Eran cuatro.

Entre ellas Erdan y Laana, sonreían tomados de la mano. El resto de jóvenes conversaban entre ellos de modo distendido. Todos les miraron con gran sorpresa al verles llegar. El cabello de Odalyn refulgía dorado como tan solo era posible en una elfa.

—¿Es una elfa? —dudó Dartal incorporándose alerta. Él no había hallado a su pareja de vida entre las jóvenes scorpion.

—Es mi *serat*.

—Es una elfa —repitió otro muchacho de la tribu de Dartal, aproximándose a ellos.

—Es mi *serat*, y la defenderé con mi vida —advirtió Talik, dando un paso al frente, ocultándola con su cuerpo. Desenvainó la larga espada que siempre portaba a la espalda.

—No será necesario. Guarda tu espada, Talik Sagán, tanto Dartal como Sunné conocen la ley. La *serat* de tu semejante es sagrada —afirmó Shana. Talik volvió a envainar la espada a su espalda—. La diosa Laris nos ha mostrado su conformidad con vuestra unión con un hecho insólito, lluvia en el desierto Escarlata. Y nos lo sigue mostrando —Alzando las manos al cielo, ofreciéndoles que contemplasen el inicio de una lluvia de estrellas espectacular. Decenas, cientos, de estrellas fugaces surcaban el firmamento. Una lluvia de estrellas como jamás había sido vista por el pueblo scorpion—. *Ellos* están predestinados a cambiar nuestro mundo —afirmó con una determinación abrumadora enredando una cinta de cuero con la que entrelazó sus manos, atándoles del mismo modo en el que lo estaban sus corazones, unidos, sin remedio.



## Capítulo 17

### Deseo Concedido

Amanecía cuando la expedición regresó a Roudan. La mano de Talik quemaba, ardía, sujetando la suya con firmeza, unidos aún por la cinta de cuero, como cada una de las parejas que regresaban tras la Noche de las Hogueras más intensa que nadie podía recordar. No volvería a soltar su mano, nunca, porque ahora se pertenecían el uno al otro, para siempre.

Un corro de gente se formó de inmediato a su alrededor mientras descendían las escaleras de piedra. Scorpions, de ambos sexos, que observaron incrédulos cómo el heredero de la tribu acababa de encontrar a la que sería su compañera hasta el fin de sus días, y que esta era nada más y nada menos que la princesa Odalyn Hawatsi.

Lyn temió la reacción de su pueblo, podría entender que la odiasen, que no fuesen capaces de aceptarla. Pero al contrario de lo esperado un alto guerrero al que no conocía hincó su rodilla al suelo y descendió el rostro, al pie de la escalera. El resto, una multitud silenciosa le imitó. La presión de la mano de Talik se hizo más intensa, le miró y contempló su sonrisa radiante de felicidad.

—Es su modo de mostrarnos su respeto —reveló Talik.

Descendiendo aquella escalera con las muñecas atadas acababan de proclamar que se amaban. Y no solo se amaban sino que su amor había sido sellado por una lluvia de estrellas que sería rememorada durante siglos en todo Cire.

—¿Y ahora?

—Iremos a mi *chakra*, que ahora también es tuya, para consumir nuestra unión —Lyn buscó sus ojos sin poder camuflar su alarma—. Pero no tenemos por qué hacerlo, ellos pensarán que sí, pero no hay por qué. Quiero decir que...

—Tranquilo, confío en ti.

La comitiva les acompañó hasta la puerta de su vivienda, haciéndola sentir incómoda. Talik la abrió y pasaron al interior. Permaneció de pie, observándola como si no terminase de creer que estaba allí, con él, al fin y para siempre.

—Ahora mi vida te pertenece, Lyn. Es tuya, como lo son cada uno de los latidos de mi corazón, cada uno de mis pensamientos. Me levantaré cada mañana con el único ánimo de hacerte feliz y lucharé cada día por honrar este amor —proclamó extrayendo su daga del cinto y arrodillándose se la entregó, descendiendo el rostro— Podemos separar nuestras manos mas nunca nadie separará nuestras almas. Mi vida es tuya.

—También la mía te pertenece —dijo rasgando la cinta de cuero y arrodillándose a su lado le abrazó. Inspiró el perfume de su pecho y sintió unas irrefrenables ganas de volver a besarle. Talik acunó su rostro y se aproximó despacio a sus labios.

—¡Serat, serat, serat! —vitorearon en el exterior sesgando en dos la magia del momento.

—¿Es que no piensan marcharse? —preguntó Lyn en un susurro.

—No hasta que... ya sabes. Sepan que hemos... —admitió con resignación y esto la hizo reír. También él rió y entonces sus cejas negras se alzaron, acababa de tener una idea.

El guerrero se aproximó a la puerta y comenzó a hacer ruidos, a gemir y dar golpes contra la puerta. Lyn le observó atenta, pero entonces él la agarró de la mano y la pegó a su cuerpo, pidiéndole que le imitase.

La princesa comenzó a gemir y jadear, y a reír a la vez, risas que su *serat* trataba de contener tapándole los labios con besos pues restaba credibilidad a su actuación. Pero ella no sabía el porqué de aquellos ruidos tan extraños, qué significaban.

De pronto Talik dio un hondo gemido de satisfacción y la conminó a hacer lo mismo, Lyn le imitó conteniendo la risa. El pueblo fuera les vitoreó con silbidos y gritos, y poco a poco comenzaron a marcharse.

—¿Ya está? ¿Les hemos convencido?

—Yo creo que sí. Espero que a mí nunca me engañes de ese modo.

—¿Cómo? Yo nunca te engañaría, pero no entiendo porqué alguien tendría que gemir de ese modo.

—Yo te haré gemir de ese modo —sentenció decidido. Volviéndose hacia ella le acarició la mejilla despacio, para luego deslizar su dedo índice

despacio hasta sus clavículas sobre las que realizó un dibujo invisible.

—¿Has estado con muchas hembras?

—Soy adulto Lyn. A estas alturas incluso pensaba que jamás hallaría a mi *serat*. He conocido a hembras, algunas de ellas en mi misma situación, otras que habían perdido a sus parejas... —aquella revelación ensombreció su rostro.

—¿Neera fue una de ellas durante mucho tiempo?

—Lo fue, en alguna ocasión, pero jamás le prometí nada. Nuestro único compromiso fue calmar la necesidad de nuestros cuerpos, nada más. Pero, por favor, no pienses en eso ahora. Nunca ninguna alcanzó una milésima parte de lo que tú has despertado en mí. Solo pretendía llenar el vacío que aún sin conocerte habías dejado en mi interior, sin éxito. Pero ahora que al fin te tengo ninguna otra volverá a tener el menor interés para mí. Te amo Odalyn Hawatsi.

—Y yo a ti, Talik Sagán.

El guerrero se inclinó sobre sus labios y la besó. Aquel no fue un beso dulce, fue un beso apasionado, un beso que llenó sus labios del sabor del deseo, del que desbordaba a ambos. Sosteniéndola por las nalgas la subió a su cuerpo, apoyándola contra la puerta, mientras ella se asía con fuerza a sus hombros y rodeaba con sus caderas su cintura, atrapándole, asiéndole contra sí.

Talik disfrutó del roce enloquecedor de aquellos labios que tanto había deseado, que tanto había anhelado creyéndolos un fruto prohibido para él.

Y trató de contenerse, por más que ansiaba desprenderla de aquella túnica, por más que su cuerpo le pedía sacársela por la cabeza y hacerla suya. Pero temía asustarla, por lo que sus caricias por encima de la ropa eran todo lo suaves y comedidas de lo que era capaz.

Sin embargo Lyn no pareciese sentir el menor temor. Metió las manos por el lateral de su coraza de *masuk*, tirando de las cintas para desprenderle de ella. El guerrero envalentonado la posó en el suelo, deshaciéndose de la coraza, echándola a un lado, y apremiado recuperó el sabor de su boca, de su mentón, de sus clavículas que se marcaban sobre la piel blanca.

Lyn gimió, echando la cabeza hacia atrás, mientras él besaba su garganta, descendiendo con besos suaves hasta sus senos por encima de la prenda. Regresó a sus labios, con la respiración jadeante.



—No imaginas cuánto te deseo, desde la primera vez que te vi —susurró sobre su boca.

—Sácialo ahora, sáciate de mí.

Aquellas palabras fueron como un latigazo que despertó su lado más salvaje. Tiró del cuello de la túnica, partiéndola en dos entre sus manos, desgarrándola, provocando que cayese a sus pies. Descubriendo los pechos pequeños de pezones sonrosados, que le aguardaban desafiantes, enhiestos.

Su boca se apoderó de uno de sus senos mientras su mano izquierda se apoderaba del otro. Lamió el pezón erecto, deleitándose con su textura rugosa y suave.

—Oh, por las Diosas —gimió ella para su regocijo.

Talik tiró de las enaguas de muselina, la única prenda que aún ocultaba parte de su desnudez, y las sacó por sus piernas, descubriendo el leve bello dorado que cubría su pubis.

La princesa no podía dar crédito cuando el guerrero se arrodilló a sus pies y hundió su boca en aquella parte de su cuerpo. Cuando sintió su lengua húmeda y ardiente, acariciar su intimidad, despertando infinidad de destellos eléctricos que provenían de su sexo.

Y volvió a gemir, por supuesto que lo hizo, nunca se había sentido de ese modo.

Entonces fueron sus manos quienes tiraron de él, obligándole a levantarse. Talik la besó, regalándole ligeros matices del sabor de su propio cuerpo, y ella acarició su torso con los dedos, tocando sus pezones morenos, pellizcándolos como él le había hecho con sus dientes. Y por su expresión supo que le gustaba, descendió la mano por su abdomen hasta perderla dentro del pantalón de piel, palpando con sus manos la dura prominencia que había sentido contra su cuerpo.

Talik dejó que le explorase con tanta curiosidad como deseo. Lyn buscó sus ojos al percibir aquel miembro grande, templado y enhiesto, él sonrió complacido. Lo acarició desde su base hasta la cima y el guerrero emitió un gemido grave y profundo, alzando el cuello deleitado. Por lo que volvió a repetir la caricia, con más decisión, comprobando cómo una llama había prendido en ellos. Tiró del pantalón de piel, deshaciéndose de él, descubriendo aquella parte íntima de su anatomía, acariciándole sin pudor.

Talik la tomó en brazos y la llevó hasta su habitación, posándola con cuidado sobre el catre.

—¿Me dolerá? —preguntó con cierto temor.

—¿Confías en mí?

—Más que en mí misma —fue su respuesta.

El guerrero se inclinó sobre ella, acomodándose entre sus muslos, presionando la entrada de su cuerpo con cuidado, a la vez que la besaba bajo la oreja, recorriendo con su lengua despacio la curvatura del lóbulo. Lamió la punta de su delicada oreja, excitándola sobremanera, descubriendo cuánto la deleitaba esto.

Y empujó con sus caderas la leve resistencia de su cuerpo. Lyn se mordió el labio inferior, dividida entre aquel pequeño dolor y el placer que sentía ante sus caricias. Hasta que la resistencia se venció, permitiendo que su sexo la invadiese, estallando una oleada de placer.

Talik apremió la incursión, retirándose despacio para volver a invadirla.

—¿Estás bien? —preguntó buscando sus ojos hallando auténtico furor en estos.

—Mejor que nunca en toda mi vida —fue su respuesta, moviéndose, elevando las caderas, ofreciéndole que la llenase en toda su plenitud.

El guerrero aceleró su movimiento, a la vez que volvía a derretirla con sus besos, en silencio, con el movimiento de sus cuerpos como única banda sonora, hasta que una explosión de placer la hizo convulsionar, la hizo agarrarse a su cuello como si temiese perderse dentro de aquella oleada maravillosa. Le mordió, en el hombro, desenfrenada y sintió cómo se derramaba en su interior, cómo también él convulsionaba, cómo se deshacía, fundiéndose con su misma esencia.

Nada de lo que había experimentado en toda su vida se parecía lo más mínimo a lo que acababa de sentir al unirse a él, cuando sus cuerpos habían conformado uno solo.

Nada.

El guerrero se tumbó a su lado, agotado, sin dejar de mirarla con devoción, ambos desnudos sobre la cama.

Le contempló sobre las pieles que conformaban el lecho, acarició su hombro moreno y él la miró con una dulzura sobrecogedora. Había sido muy cuidadoso, todo lo que la pasión desenfrenada le permitió.

—Eres tan hermoso...

—Tu sí que eres hermosa, mi princesa guerrera —suspiró tirando de ella hacia sí, pegándola a su cuerpo—. ¿En qué piensas? —requirió al ver su expresión soñadora.

—En que todo eso de que vuestra *masculinidad* reside en el cabello es una mentira como un castillo —respondió haciéndole reír a carcajadas—. Me has dejado muy claro que no es así.

—Me alegra haber satisfecho vuestras expectativas —sugirió con ironía.

—Las has superado, con creces —sonrió con dulzura—. ¿Así que *esto* es de lo que hablaban entre susurros las damas de la corte? —Talík rió y ella peinó hacia detrás su cabello moreno con los dedos, besándole justo en la base del cuello.

—Imagino que sí.

—Pues no deberían contarlo en susurros, ¡deberían gritarlo al mundo! Quizá hay gente que no sabe que *esto* existe.

—No lo creo —dudó él divertido.

—Yo no lo sabía. Bueno, sí sabía algo, pero nunca imaginé que fuese así. No puedo creer que entre tantas cosas que nos contó el viejo maestro Ifirin no nos hablase de *esto*.

—Gracias a las diosas que no lo hizo —dijo Talík divertido—. ¿Cómo imaginabas que era?

—Sabía que el sexo del macho se... *unía* con el de la hembra, porque una vez descubrí a una de mis doncellas con el hijo del panadero en la despensa...

—¡No me digas!

—Sí. Pero yo creía que ella se quejaba porque le dolía, ¡seré tonta! —Talík rompió a reír de nuevo—. No te rías de mí.

—No me río de ti, en absoluto. Estoy maravillado con tu inocencia, me parece absolutamente encantadora.

—Pues yo estoy maravillada con lo que me has hecho sentir. Podemos hacerlo todos los días, ¿verdad? ¿Todas las veces que queramos?

—Estás asustándome, Lyn.

—Quiero hacerlo a todas horas. Quiero que vuelvas a apretarte contra mí, a llenarme de ti y que vuelvas a formar parte de mi cuerpo...

—Deseo concedido, princesa —sugirió enarcando una ceja con picardía encendido de deseo y se cernió sobre ella en el lecho, demostrándole cuánto lo deseaba también él.





## Capítulo 18

### Sin vuelta atrás

—Tranquila, mi padre conoce la ley, sabe que debe respetar a mi *serat* por encima de todo. Incluso de la opinión de su pueblo. Es la ley suprema — Talik trataba de calmar su desazón interior. Estaban apunto de revelar al *yantar* que se amaban después de que uno de los guerreros que custodiaban el Palacio de Piedra hubiese acudido a reclamarles su presencia en esta, interrumpiendo la octava o décima vez que se amaban, habían perdido incluso la cuenta.

—¿Y si me rechaza?

—No puede hacerlo. Y aunque así lo hiciese nada ni nadie puede separarnos ahora. Nos marcharemos a vivir a cualquier otro clan, o asentaremos el nuestro propio. Tú y yo somos uno, para siempre —afirmó con una sonrisa mientras se adentraban en el palacio. Los guardias les dejaron pasar al salón regio. El lugar visitado por Lyn a su llegada a Roudan como una prisionera.

—Oda a Laris *yantar* Sagán.

—Oda a Laris, hijo —repitió este.

—Padre, la diosa Laris ha querido que encuentre a mi *serat* esta pasada Noche de las Hogueras.

—Lo sé, hijo —asintió con gesto cansado. Odalyn supo que la noticia no le hacía en absoluto feliz—. Los rumores son más veloces que el viento del norte.

—Ninguno lo hemos elegido —dijo Lyn.

—No tengo nada en contra de vos, princesa, pero esta unión puede ocasionar el exterminio definitivo de nuestra raza.

—No si hablo con mi padre, si le digo que yo...

—Tu padre jamás te creerá, pensará que te hemos engañado, que te hemos seducido con algún tipo de veneno. Y nunca perdonará que uno de los nuestros te haya mancillado.

—Nadie me ha... *mancillado*. No oséis decir algo así, Talik me ha amado, como yo le amo a él.

—No lo dudo, pero vos sabéis mejor que nadie cuán importante es la *virginidad* de una hembra para los elfos —Lyn enrojeció, no porque se avergonzase de lo que había hecho, sino porque el *yantar* hablase con tanta frialdad de algo que había sido tan íntimo y hermoso para ella—. Vuestro padre creerá cualquier cosa menos que deseáis permanecer a nuestro lado por propia voluntad —Guardó silencio, estaba preocupado, muy preocupado, podía leerlo en sus ojos claros.

—¿Qué sucede, padre?

—Garum Hawatsi ha unido sus fuerzas a las de Enar de Tیره buscándola. Enar Farae junto a Sirah Inala y un destacamento de soldados elfos han exterminado a dos expediciones de nuestra tribu: Garan, Seena, Foale, están todos muertos... Uri es el único que ha regresado con vida, pero está muy grave. Le han dejado vivir para que nos transmita su ultimátum; si no llevamos a la princesa al gran árbol de Tejo, en el pedregal de Sorna, matarán al resto de expedicionarios mañana al anochecer... tienen a cuatro más de los nuestros.

—¿Y qué haremos padre, porque no pienso entregarles a mi *serat*?

—Quizá debemos luchar, Talik. Quizá ha llegado el momento de alzarnos sobre nuestras rodillas, aunque perezcamos todos. Ven hijo, acompáñame a visitar a Uri, él podrá contarnos de cuántos elfos hablamos —pidió abandonado el salón seguido de su escolta.

—Lyn, ve a nuestra *chakra* y espérame allí, por favor —pidió dispuesto a seguir los pasos de su padre.

—Espera Talik, ese árbol del Tejo... ¿es el gran árbol que vimos en

nuestro camino?

—Sí. Ese mismo. Al parecer los elfos se han aproximado demasiado esta vez a la entrada secreta del paso de Aran, espero que no siguiesen a Uri, por nuestra propia seguridad —masculló pensativo. Buscó los ojos de la muchacha, hallando una profunda preocupación en ellos. Alzó su barbilla con los dedos—. Eh, tranquila, no va a pasar nada —mintió, tratando de tranquilizarla. Odalyn se arrojó a sus brazos, estrechándole con fuerza entre ellos.

—Te quiero, Talik.

—Yo también a ti, mi princesa guerrera —afirmó besándola en los labios con dulzura, un beso tierno, etéreo como el revoloteo de una mariposa, que llenó los corazones de ambos de fuegos artificiales—. Espérame en nuestra *chakra*, por favor.

El *yantar* aguardaba a su hijo a la entrada del palacio. Peinaba los bigotes de su larga barba cobriza con las yemas de los dedos. En los más de cuarenta años de liderazgo de los clanes era la primera vez que se sentía sobrepasado por la situación. Amaba a su hijo, pero también amaba a su pueblo y sin embargo algo le decía que no podría tenerlos a ambos.

Se sentía agotado, los años, la ausencia de Dánaer y de su hija Jannike pesaban demasiado para él. Él que en secreto había ansiado los últimos años que Talik, su primogénito, el mejor hijo que cualquier padre podría tener, hallase a su *serat* para poder entregarle el bastón de mando de los siete clanes. Aquel bastón de rugosa madera de agave que apretaba en la mano derecha. Cediéndole su lugar en el Palacio de Piedra para así poder dedicarse a descansar, a recorrer los rincones más alejados del desierto entregándose a la reflexión y el viaje. Pero entonces Jannike fue secuestrada, su pequeña Jannike, su niña de los cabellos de fuego. Cuánto la echaba de menos, cuánto se parecía a su madre, valiente, temeraria, tan bonita. Y entonces Talik había encontrado a su *serat*, al fin, podía verlo en sus ojos, estos le gritaban cuanto amaba a su pareja de vida, que resultaba ser una elfa, ¿a qué estaban jugando las diosas?

—Vamos, padre —pidió Talik, trayéndole de vuelta del pozo de melancolía y desazón en el que se hallaba sumergido.

—Vamos, hijo —dio un paso al frente rumbo a la *chakra* de Uri, situada en la parte sur de Roudan. Caminaron en silencio, acompañados por dos

guerreros de la escolta real que jamás se apartaban del lado del *yantar* cuando abandonaba el palacio. La luz del sol se colaba a través de la gran entrada a la cueva, tiñendo las paredes rojizas con su pátina dorada.

Los scorpions saludaban con una leve inclinación de cabeza a su *yantar*, mostrándole de ese modo su respeto. Talik admiraba a su padre, a pesar de sus diferencias, admiraba el modo en el que había gobernado todos aquellos años. El modo en el que era respetado por todos, en el que se preocupaba por sus semejantes, y esperaba parecerse a él algún día.

La guerra estaba cerca, lo sabía, esa guerra que tantas veces él mismo había reclamado a su padre, lamentando su negativa. Porque el Talik que fue tan solo ansiaba la libertad, el respeto y el sustento dignos para su pueblo. Pero el Talik que era entonces, aquel que había hallado a su pareja temía entonces por ella. Si la guerra estallaba, si los elfos alcanzaban Roudan, ¿qué sería de ella? ¿Qué sería de ambos?

Pero ya no había marcha atrás, jamás podría entregarla para que fuese desposada por Enar Farae, porque Odalyn era tan suya como la sangre de scorpion que recorría sus venas. Tan suya como él mismo le pertenecía a ella.

Envuelto en aquellas reflexiones se hallaba cuando atravesaron la puerta de la *chakra* de Uri.

Había dos niños junto a la entrada. El mayor de unos cinco años abrazaba a su hermano pequeño. Ambos sollozaban, las lágrimas dibujaban líneas blancas en sus rostros ennegrecidos por el polvo rocoso de Roudan.

La *serat* de Uri permanecía a su lado asiendo su mano entre las suyas, arrodillada en el suelo junto al camastro en el que el explorador, inconsciente, con una gran marca azulada surcada de laceraciones sobre el pecho era atendido por la sanadora.

—¿Cómo está, Shana? —preguntó Barack Sagán. Ambas se volvieron para mirarles. La *serat* de Uri apretó el llanto.

—Muy grave. La magia élfica es difícil de extraer —afirmó aplicándole un emplaste de hojas grandes y verdes rellenas de una sustancia untuosa marrón—. La magia fluirá por las heridas que he abierto en su carne hasta esta cataplasma que la absorberá —relató mientras fijaba las hojas sobre la piel—. Pero vivirá, estoy segura de ello.

—Oh, gracias Shana —balbució la hembra que asía las manos de Uri.

—Deena, necesito saber si Uri dijo algo más antes de perder el conocimiento —pidió el *yantar*.



—Que vendrán a por todos nosotros y nos exterminarán — sollozó.

—No permitiré que eso pase. La guerra es ya una realidad —afirmó.

—¿La guerra? —masculló Shana preocupada.

—Rastrearán todo el desierto Shana y no podemos permitir que encuentren Roudan —aseguró el *yantar*.

—¿Y por qué no les entregáis a esa maldita elfa? Todo esto es por su culpa —lloró Deena entre amargos hipidos—. Por su culpa acabarán con todos nosotros.

—Hace ya mucho tiempo que los elfos acabaron con nosotros Deena —respondió Talik con calma—. Desde que nos convirtieron en alimañas que viven escondidas, desde que por el miedo a enfrentarlos permitimos que nuestros niños enfermen de desnutrición o mueran por enfermedades que podrían ser curadas con plantas del bosque de Yirah. Esa elfa a la que desprecias es mi *serat*, Deena, ¿entregarías tú a Uri? —dijo con serenidad enfrentado su rostro enrojecido por el llanto, ella descendió la mirada, arrepentida. Su silencio fue una respuesta evidente.

—¿Qué haréis Talik?

—Lo que menos esperan, les atacaremos y que la diosa Laris nos proteja. Al menos no hallarán Roudan.

De camino a su *chakra* para hablar con Lyn no podía evitar lamentarse de lo breve que había sido su tiempo juntos. Los días en su compañía habían transcurrido demasiado rápido cuando aún eran enemigos, y ahora que al fin ambos habían aceptado sus sentimientos el destino debía separarlos. Había pasado horas en compañía de su padre trazando el mejor plan de ataque en el Palacio de Piedra, y entonces varios exploradores habían partido hacia los lejanos rincones de todo el desierto reclamando el apoyo de todos los guerreros en aquella que debía ser la gran batalla.

Abrió la puerta de su humilde hogar dispuesto a pasar allí la primera y última noche en desconocía cuánto tiempo junto a su *serat*, temiendo si volvería a verla pues antes del alba partirían al encuentro de los elfos bajo el gran árbol de Tejo. Pero no la halló. Se adentró al dormitorio alarmado, hallando sobre la cama un corazón hecho con piedras, un símbolo utilizado por los elfos como despedida de alguien a quién amaban. La sangre del guerrero comenzó a burbujear de un modo frenético. Lo supo de inmediato,

Lyn se había marchado, pensaba entregarse para evitar aquella guerra. Echó a correr hacia el palacio para informar a su padre, interrumpiéndole mientras cenaba un guiso de raíces en compañía de sus consejeros.

—Se ha marchado, padre —exclamó sin aliento, a su lado. Los ojos del *yantar* se abrieron grandes y azules—. Odalyn se ha marchado, ha decidido entregarse para salvar Roudan.

—Quizá sea lo mejor... por doloroso que resulte para vuestro hijo —dijo Manwe.

—Perder a su *serat* nunca puede ser lo mejor —sentenció el regidor de los scorpions.

—Voy en su busca padre, tengo que detenerla antes de que llegue al gran árbol de Tejo.

—Sabes que hasta bien entrada la noche de mañana no podré acudir en tu ayuda con el resto de guerreros tribales. Que la diosa Laris guíe tus pasos hijo —afirmó con todo el dolor que le producía perder también a su primogénito. Se incorporó de la mesa y alcanzándole le abrazó—. Vuelve, a salvo.

—Lo haré, padre.

Cuando Talik alcanzó su *chakra* recogió su pequeño zurrón con urgencia y su bota de piel, llenándola de agua. Ambas cosas, unidas a su espada eran todo lo que necesitaba para emprender aquel viaje que pareciese no tener retorno. De un soplo apagó la vela que iluminaba su pequeño hogar y caminó hacia la salida de Roudan.

A la altura de la plaza central fue asaltado por Kainah que corría en su busca.

—¿Vamos a la guerra? —preguntó con la ilusión que su juventud le permitía tener en un momento semejante.

—Eso parece.

—Pero... nos vamos mañana por la noche. Aunque eso tú... tú ya lo sabes —dijo mirándole de arriba abajo, caminando apresurado a su lado para seguirle el paso.

—¿Dónde vais con tanta urgencia? —requirió Rök alcanzándoles, llevaba a uno de sus tres hijos, la pequeña Leela, en brazos. Kainah se encogió de hombros. Al ver que no le contestaba bajó a la pequeña al suelo y se ajustó la espada en el cinto—. Ve a decirle a madre que he tenido que salir con Talik a una incursión.

Al oír aquello este se volvió hacia su amigo mirándole fijamente, cómo podía conocerle tan bien.

—¿En serio? ¿Ya? —dudó Kainah mirando a ambos.

—Vosotros no... No tenéis porqué venir, ellos tan solo me quieren a mí. A mí y a ella. Odalyn se ha marchado para proteger a nuestro pueblo. Tengo que detenerla.

—¿Vas a entregarte? ¿Es eso? —se horrorizó Rök.

—No... voy a matar a cuanto soldado elfo sea posible mientras trato de rescatarla. Y vosotros debéis quedaros aquí para proteger Roudan.

—Hicimos un juramento, hermano —dijo Ninwo a su espalda, sorprendiéndoles.

—Volveremos todos o ninguno —afirmó Handa a su lado.

—Sabemos lo de la princesa y no irás en su busca de ella tú solo — advirtió Ninwo con serenidad. Talik se sentía muy orgulloso de sus guerreros, sus amigos, sus hermanos.

—Vamos pues —urgió apretando una mueca de satisfacción en los labios morenos.



## Capítulo 19

### Rescate

Prácticamente amanecía cuando Odalyn logró atravesar el paso secreto de Aran. A oscuras, como lo había recorrido en sentido inverso, solo que en esta ocasión sin el consuelo de la cálida mano de Talik asiéndola, transmitiéndole aquella paz que tan solo él era capaz de ofrecerle. Pero su privilegiada memoria le permitió hacerlo.

A pesar de que este vendase sus ojos, de que tratase de despistarla para no reconocer la entrada, había vislumbrado pisadas, una roca anaranjada a la salida del desfiladero, una duna alta y torcida, por los párpados entre abiertos.

Apenas portaba abrigo sobre sus hombros y la nieve cubría el derredor, cuando la cálida luz solar acarició su rostro pálido al otro lado del paso. Comenzó a caminar sin descanso, mordiendo de vez en cuando el pedazo de raíz de abezno que guardaba en el bolsillo.

Antes de que el sol se alcanzase en mitad del firmamento pudo distinguir la silueta de varios elfos apostados junto el gran árbol de Tejo. La hoguera humeaba aún, contó diez casetas de campaña, capaces de contener a una docena de soldados cada una de ellas, todo un destacamento. En el suelo alrededor de la hoguera había una decena de elfos.

Uno de los vigías dio la voz de alarma al distinguirla en el horizonte. Señalando en su dirección. Varios de ellos se incorporaron para comprobar

de quién se trataba, quién caminaba hacia ellos desde el angosto pedregal.

Uno de ellos era Sirah, pudo reconocer de inmediato su armadura dorada que resplandecía bajo los rayos solares. El capitán subió a su caballo y corrió en su busca seguido de otros dos elfos.

Sirah se arrojó del caballo al alcanzarla y alzándola entre sus brazos la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—¡Por todos los dioses, Lyn! No puedo creer que sea cierto, estás aquí. ¿Estás bien? ¿Te han lastimado? —requirió observándola con detenimiento.

—Sí, sí, estoy bien. Nadie me ha hecho daño.

La pareja de elfos que seguían a el capitán Inala descendieron de los caballos e hincaron una rodilla al suelo en señal de respeto hacia la princesa.

—Al final se han rendido, han decidido liberarte temiendo nuestro ataque. Enar Farae estaba dispuesto a quemar el desierto para encontrarte —advirtió Sirah, con los ojos iluminados de felicidad por su reencuentro. Su cabello del color del trigo maduro resplandecía cayendo como una cortina de satén sobre sus robustos hombros.

—No exactamente Sirah. Tengo que contarte muchas cosas. Enar no es el elfo que tú piensas, hay algo que no sabes, que no sabéis de ellos, de todo el linaje Farae —Los brillantes ojos azules del capitán se encogieron llenos de desconcierto—. Talik me lo ha contado todo, por eso quieren capturarlo, porque es el verdadero heredero de la corona de Tiree —concluyó apresurada pues un jinete se acercaba galopando con su armadura de bronce en el horizonte, seguido por una docena más.

—Es Enar —advirtió Sirah confundido aún por las palabras de su princesa y amiga—. Estaba escondido para atacarles. Lyn todo eso que me cuentas... Es lógico que estés confundida, esos scorpions te han lavado el cerebro con sus...

—Ssst. No quiero que nos oiga, Sirah —pidió ante la extrema cercanía del jinete.

—Princesa —la saludo Enar Farae, deshaciéndose del casco de su armadura, liberando la larga cabellera que cubría su cabeza. Acto seguido hincó una rodilla al suelo y tomó su mano, besándola con sobreactuado dramatismo antes de volver a incorporarse frente a ella. Era alto como un castillo, sus hombros anchos y su mandíbula cuadrada, en su ceja izquierda pudo distinguir la leve marca de la cicatriz que ella misma le había provocado en la infancia—. Al fin os tengo ante mí y he de confesar que ninguno de los

comentarios que oí a cerca de vuestra belleza os hacían justicia. Sois la elfa más hermosa que jamás han visto estos ojos.

—Gracias por las alabanzas Enar, más no son necesarias. Tan solo deseo reunirme con mi padre y descansar, han sido días muy duros —pidió liberándose de su mano.

—Primero iremos a Tiree, allí podréis descansar, enviaré a uno de mis soldados a avisar a vuestro padre para que venga a visitaros.

—Lamento contradeciros pero iré Siam, no es necesario que me acompañéis alteza, Sirah y sus soldados lo harán.

—Vais a ser mi reina Odalyn Hawatsi —dijo con el rostro constreñido por una profunda ira que a duras penas lograba contener ante su voluntad de desobedecerle—. Nos vamos a Tiree.

—No. Yo regreso a Siam.

—No he pasado días buscándoos sin descanso para que ahora me humilléis delante de mis súbditos. He prometido a mi pueblo que os rescataría de esas alimañas.

—Vos no me habéis rescatado, me he escapado yo. Lo que hayáis prometido o no solo os concierne a vos. Yo he de regresar a Siam junto a mi padre, me urge hablar con él —Enar apretó la mandíbula pleno de rabia.

—Os guste o no vais a obedecerme, maldita princesa consentida.

—Un sola palabra más en esos términos y te enfrentarás conmigo Enar Farae —exclamó Sirah rojo de ira.

—No lo creo —sentenció Enar y entonces, al menos diez rayos de luz azulada atravesaron el pecho de Sirah Inala. Otros tantos acabaron con la vida de sus soldados al mismo tiempo, en el campamento improvisado junto al gran árbol de Tejo. La roja sangre élfica tiñó la nieve que se acumulaba en el suelo, mientras la princesa gritaba presa del horror.



## Capítulo 20

### Guerra

La sangre podía distinguirse desde la distancia, tintando la nieve con su ferviente carmesí, convirtiéndola en rojizos ríos que alcanzaron los pies de la expedición de guerreros scorpions que pretendían rescatar a Odalyn.

Talik echó a correr hacia el grupo de cuerpos inertes desperdigados en torno al gran árbol. Todos eran machos, soldados, caminó entre los cuerpos inertes hasta que una mano le frenó agarrándole por el tobillo, haciéndole caer de bruces contra la nieve. Ninwo, Rök, Kainah y Handa rodearon a quién había osado derribar a su líder, apuntándole con sus armas.

El *yantarii* se incorporó y pasó entre sus amigos buscando el rostro de aquel elfo malherido.

Sirah Inala agonizaba sobre la nieve, su pecho, penetrado por un profundo agujero en el vientre, se contraía tratando de respirar. ¿Habrían sido atacados por scorpions provenientes del desierto? Resultaba imposible. Los informadores de Roudan habían partido poco antes que ellos y las órdenes eran sencillas, reunirse en la ciudad para coordinar el ataque. Pero entonces, ¿quién podría haber hecho algo así?

—¿Qué ha sucedido, quién os ha atacado? —preguntó a su enemigo.

—Enar... Enar Farae —balbució con dificultad, con los grandes iris congestionados—. Se la ha... llevado... a Tiree.

—¿A Odalyn? ¿Se ha llevado a Odalyn? —requirió exasperado.

—Tienes... que... salvarla...

—Está bien. Pero tú te vienes con nosotros.

—No... puedo...

—Puedes sanarte, ¿no? Los elfos pueden regenerar sus tejidos con magia.

—No tengo... suficiente energía...

—Nosotros te la proporcionaremos.

—¿Por qué?

—No lo haremos por ti, lo haremos por Lyn —sentenció—. Ninwo, Rök, Kainah, Handa, poned vuestras manos izquierdas sobre su pecho. Vamos *elfo*, haz tu parte —exigió el guerrero scorpion posando su ruda mano justo sobre el corazón del soldado malherido.

Sus compañeros de expedición hicieron lo mismo sin un ápice de duda.

El gesto de Sirah se contrajo, cerró los ojos, su vida y muy probablemente la de su princesa dependían de que fuese capaz de sanarse a sí



mismo. Hacía décadas que el capitán no necesitaba utilizar su magia sanadora. Siempre había un soldado sanador a mano, aquellos que no habían sido capaces de superar el reto de iniciación eran destinados a esta labor y su magia sanadora, al ser la única que habitaba en sus seres, se hallaba mucho más desarrollada.

El capitán elfo cerró los ojos, concentrando toda su energía en la herida de su vientre, absorbiendo cada partícula del aire, de la nieve bajo su cuerpo, pero sobre todo de los potentes corazones de los cinco guerreros scorpion que le sujetaban con firmeza, asiéndole a la vida.

Poco a poco esa energía ancestral fue canalizándose en su fornido cuerpo, y los cinco guerreros comprobaron sorprendidos como los bordes de aquella herida abierta iban cerrándose, encogiéndose, mientras el tejido cicatrizaba a su alrededor de modo sobrenatural.

Y Sirah Inala, el *Exterminador*, volvió a abrir los ojos, sus iris azules resplandecieron llenos de vida. Talik Sagán, *yantarii* de los clanes scorpion, le ofreció su brazo para que se levantase y el capitán elfo lo tomó, asiéndolo con firmeza. El resto de guerreros se dispersaron para verificar si existía algún otro elfo con vida entre los cuerpos que reposaban sobre la nieve.

—Gracias, hijo de Barack —dijo Sirah.

—Dáselas a Lyn —respondió, soltando su mano.

—Ella es muy importante para ti, por lo que veo — sugirió el elfo. El guerrero scorpion le miró tratando de discernir si su interés era o no sincero.

—Ella es lo más importante para mí. Odalyn Hawatsi es mi *serat* — afirmó con determinación, escrutando su reacción con sus vívidos iris plateados. Esta no se hizo esperar, una profunda turbación sacudió el corazón de Sirah.

—¿Es eso posible?

—Lo ha sido. Y tanto ella como yo lo sabemos.

—Odalyn dijo algo antes de que Enar nos atacase, pensé que estaba desvariando... Algo a cerca de que tú eras el legítimo heredero de Tiree...

—No debió hablarte de eso.

—¿De qué?

—De esto —Talik comenzó a desatar su coraza de masuk, desprendiéndose de ella mientras el capitán le observaba expectante. Después elevó el brazo izquierdo, mostrándole su marca de nacimiento.

—Eso es...

—El martillo de Tiree. La marca de nacimiento que heredé de mi padre, como este lo hizo del suyo, y mi abuelo del suyo, Nellam Farae, heredero legítimo de Tiree— Los ojos del elfo se abrieron como platos.

—Eso significa que...

—Que Elrik El *Sangriento* mató a su propio hermano, sí lo hizo e inició esta guerra que se ha cobrado ya demasiadas vidas.

—No puede ser cierto —repetía Sirah mientras Talik volvía a anudar su coraza.

—Pero lo es. Tú acabas de ser testigo de lo que son capaces los Farae. Solo espero que no hayan dañado a Lyn todo lo demás no importa.

—Estoy convencido de que desean extraerle toda la información posible acerca de dónde os ocultáis y descubrir cómo ha sido capaz ella sola de atravesar las montañas de Raian sin siquiera la ropa adecuada para una travesía semejante.

—*Exterm...* Sirah, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Acabas de salvar mi vida, mientras no concierna a la seguridad del castillo de Siam, puedes preguntarme lo que quieras.

—Hace seis lunas rojas capturasteis a mi hermana Jannike en el bosque de Yirah ¿Está muerta? —Su corazón latía frenético, ansiaba conocer el paradero de su hermana.

—No lo sé. Es cierto que capturamos a una scorpion de cabellos rojos, pero en cuanto Enar Farae lo supo envió a varios soldados de Tiree a buscarla y el rey Garum se lo concedió. Hace tres lunas que se llevaron a tu hermana en un carro tirado por caballos rumbo a Tiree, no sé qué habrá sido de ella.

—No voy a dejar piedra sobre piedra en el Castillo Blanco de Tiree, que la diosa Laris me perdone, porque lo haré.

—Necesito hablar con el rey Garum, necesito revelarle lo que ahora sé. Que sepa que su hija está prisionera en el Castillo Blanco, que Enar Farae es un traidor, como lo fue su padre, y su padre antes que este. Pero antes debemos rescatar a Odalyn.

—Y a mi hermana, si es que continúa con vida.

—Rescataremos a ambas y después hablaré con el rey. Si lográsemos que los nobles de la corte del Castillo Blanco contemplasen tu marca de nacimiento todo sería muy distinto, Surim Farae y su hijo estarían solos y la batalla no sería necesaria, podríamos salvar muchas vidas.

—¿Y cómo haremos eso?





## Capítulo 21

### Veneno

Amanecía cuando Lyn volvió abrir los ojos. Enar Farae la había golpeado con su magia, dejándola inconsciente, desconocía por cuántas horas o incluso días. La luz rojiza del amanecer se colaba por una alta ventana protegida del exterior por una gruesa reja de hierro. Se estiró percibiendo que estaba en el suelo, un duro suelo de piedra cubierto de paja. Y miró a su alrededor, una profunda oscuridad envolvía la habitación. Frente a ella había una ruda puerta de madera con una pequeña ventana también enrejada. El aire olía a humedad, a la podredumbre ácida del agua estancada.

Le dolía todo el cuerpo, desde los pies a la cabeza. Trató de ponerse en pie pero las rodillas no le respondían. Posó ambas manos sobre éstas e intentó iniciar un conjuro de sanación. Pero fue inútil, no poseía la energía suficiente. Llevaba demasiado tiempo sin comer, estaba débil, muy débil. Se arrastró hasta la pared y apoyó el cuerpo contra esta.

—¿Por qué estás aquí? —dijo una voz femenina que provenía de la oscuridad—. ¿Por qué estás aquí si eres una de ellos? ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —preguntó Lyn a las sombras que la rodeaban, sin ver a nadie.

—Yo he preguntado primero —advirtió una hembra que caminaba hacia ella desde la oscuridad—. Pero debes haber hecho algo muy malo para que te

encierren aquí conmigo —afirmó cuando al fin la alcanzó la luz. Era de su misma altura aproximada, tenía los ojos de un azul profundo y su cabello era anaranjado, como el mismo fuego, pero su piel era oscura, su piel la delataba como miembro de la raza...

—¡Jannike! —exclamó Lyn feliz—. ¡Estás viva! Oh, por la diosa Laris, qué feliz se van a poner tu hermano Talik, y tu padre.

—¿Quién eres tú? —exigió agarrándola del cuello, aplastándola contra la pared de piedra de la celda—. ¿Por qué mencionas a los míos? Tratas de engañarme, ¿verdad? Para eso estás aquí —Le presionaba la garganta con tanta fuerza que no podía responder a sus preguntas con palabras, así que hizo un gesto de negación meciendo el rostro. Jannike liberó su garganta para permitirle hablar.

—Me llamo Odalyn y no te estoy engañando, Jannike. Les he conocido, a todos; Talik, Ninwo, Rök, tu tío Handa y a... Kainah, también he conocido a Kainah —repitió percibiendo cómo arrugaba el ceño, apretando aún en los labios un mohín de desprecio—. Les he conocido porque Talik me secuestró y...

Mientras Odalyn le relataba en susurros cómo les había conocido y lo que había acontecido durante aquellos días la oyó con atención y lentamente su desconfianza fue desapareciendo.

Aquella elfa, aquella princesa elfa parecía conocer cada recoveco de Roudan, a cada guerrero scorpion que formaba parte de su círculo más próximo. Entonces le reveló lo sucedido en el pedregal del gran árbol de Tejo, sin poder evitar que las lágrimas acudiesen a sus ojos al recordar el trágico final de su amigo Sirah.

—Llevas un día entero inconsciente. Los soldados te dejaron ahí, en el suelo, con una chispa azulada aún humeante sobre el pecho y se marcharon. Temí que fueses una asesina.

—¿Qué te han hecho, Jannike? —requirió la princesa alcanzando su delicado rostro marcado en ambas mejillas por una honda cicatriz.

—Torturarme, cada día, tratando de que les revelase la ubicación de Roudan. Hace meses que no tomo abezno y me siento muy débil, mi sangre se ha vuelto roja, como la vuestra, y cada vez aguanto menos sin perder la conciencia —confesó con pudor. Odalyn recordó el pedazo de raíz que portaba en el bolsillo, desconocía si aún estaría ahí, lo buscó. Sí aún lo tenía.

—Ten, la tomé de la *chakra* de tu hermano —reveló entregándosela. A pesar del relato de su estancia en Roudan, Odalyn había omitido de quién era hija, por temor a su reacción—. Hay algo más que aún no te he contado —confesó, nerviosa. Jannike continuó mordiendo la raíz, cuánto había extrañado aquel sabor—. Talik... Talik y yo... somos *serats*.

—¿Él te ha reclamado como *serat*? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, lo ha hecho.

—¿Cómo es eso posible?

—Le amo, Jannike y él me ama a mí —La expresión de la joven scorpion no reflejaba nada, ni gozo ni malestar—. La Diosa Laris bendijo nuestra unión con la mayor lluvia de estrellas que se recuerda en el desierto.

—Vaya, con razón pasó tantas Noches de las Hogueras sin reclamar a nadie. Supongo que ese es el motivo de que estés encerrada aquí. Si eres la *serat* de Talik, entonces eres mi hermana —afirmó tomando su mano, apretándola con suavidad.

—¿Qué piensas que pasará con nosotras?

—No lo sé, pero cuando han permitido que nos conozcamos, es que ninguna de las dos abandonaremos el castillo con vida.

—Ellos aún no saben que Talik y yo nos hemos emparejado. Aunque deben sospechar que conozco la verdadera historia y por eso me han encerrado. Solo espero que Talik no haya salido en mi búsqueda, espero que haya aguardado las órdenes de su padre.

—¿Mi hermano? ¿Por su *serat*? Levantará piedra sobre piedra hasta encontrarte, como estoy segura de que ha hecho por mí — admitió orgullosa.

—Así es. Jamás el Castillo de las Siete Torres había recibido un asedio semejante. Temblaba de miedo cada vez que repicaban las campanas. Atacaron una y otra vez en tu búsqueda.

—Ese es mi hermano. Solo que yo no estaba allí, estaba aquí.

Las palabras de Jannike la hicieron reflexionar. Mostraba una fe ciega en él, a pesar de los meses que llevaba capturada, de todo lo que debía haber padecido. A pesar de todo ello no se había rendido, no había confesado la ubicación de Roudan. Tampoco ella lo haría. Así acabasen con su vida, jamás confesaría el lugar en el que resistía el pueblo de los guerreros scorpion, su propio pueblo entonces.

El tiempo transcurrió despacio, encerradas en aquella celda, tan sólo el sol en su ascenso les servía para orientarse sobre el paso de las horas.

—Dime Odalyn, ¿todo eso que cuentan sobre los *serats* es cierto? ¿Eso de que el mundo gira a tu alrededor? ¿Y cómo han reaccionado todos al saber que una elfa era la elegida por la diosa Laris para mi hermano?

—Bueno... creo que aún están digiriéndolo —afirmó con una sonrisa contenida—. Aunque Talik estaba decidido a que nos marchásemos de Roudan si nuestra unión no fuese bien recibida, pero en mi interior creo que tarde o temprano lo aceptarán. Los *scorpions* son, sois, un pueblo pacífico.

—Vaya, jamás creí oír algo así de labios de una elfa.

—Y en cuanto a lo de sí sientes que el mundo gira a tu alrededor cuando encuentras a tu *serat*, sí, claro que sí, el cielo baila a tu alrededor, las estrellas te susurran palabras hermosas a los oídos, y los ojos de tu *serat* se convierten en la única luz que guiará tu vida. Aunque tú, todo eso ya lo sabes, ¿verdad? — requirió con sumo cuidado. Los grandes ojos azules de Jannike chisporrotearon de emoción, sintiéndose descubierta.

—¿Lo... sabes?

—Kainah es un buen chico y aunque aún seáis muy jóvenes en realidad es bueno que lo sepáis.

—¿Cómo ha podido contártelo? ¿Cómo ha podido contártelo a ti, que a penas te conoce?

—Durante el ataque en el que fui capturada Kainah fue herido de muerte. Estaba muy grave, no habría tiempo suficiente para llevarle hasta Roudan, hasta Shana. Así que tan solo mi magia sanadora podría salvarle, y lo hice, yo le sané con ayuda de la energía de las cataratas de Ragna. Eso hizo que me tenga en alta estima, o eso creo.

—Oh, gracias Odalyn.

—Llámame Lyn por favor.

—Gracias Lyn. Y... ¿Él está bien ahora?

—Sí, sí, está a salvo en Roudan, esperándote —Entre sus labios sonrosados destelló una sonrisa. Solo entonces que también ella añoraba a su *serat* podía entender su sufrimiento.

De pronto unos pasos rompieron el silencio calmo que contenía la emoción de ambas. Unos pasos pesados y decididos que se aproximaban desde el exterior de la oscura mazmorra en la que se hallaban.

Ambas jóvenes unieron sus manos, apoyándose la una en la otra, dispuestas a enfrentar lo que aconteciese.

Unos ojos azules enmarcados por rubios cabellos miraron a través de la

minúscula ventana enrejada de la puerta. Los ojos de Enar Farae. Los ojos del asesino.

—Sacadla de ahí, necesito compartir unas palabras con mi prometida — pidió a quien le acompañaba fuera, apartándose. Jannike la miró, buscando en sus ojos si aquello era o no cierto.

—¿Me has engañado?

—No. Yo era su prometida antes de conocer a Talik, antes de conocer de verdad a tu pueblo —reveló con urgencia mientras dos altos soldados elfos con su armadura plateada se adentraban en la sucia celda.

—Tú... Tú eres Odalyn Hawatsi —masculló Jannike sobrecogida.

—Soy Odalyn Hawatsi, *serat* de Talik Sagán, *yantarii* de todas los clanes scorpion y heredero legítimo del trono de Tiree — sentenció atravesando con una mirada al tirano que la observaba desde la puerta mientras era sujeta por ambos brazos por los soldados elfos y alzada del suelo, separándola de las cálidas manos de Jannike. Al oír aquello Enar Farae se aproximó, dando los escasos pasos que les separaban y extrayendo el guante metálico que cubría su mano la abofeteo con la mano desnuda. Lyn sintió cómo si un muro chocase contra ella.

—Cobarde, maldito cobarde —gritó Jannike tratando de atacarle, pero uno de los soldados que sujetaban a Lyn la empujó contra la pared.

—Espero que continúes con la lengua igual de suelta durante nuestra pequeña charla, querida —chascó Enar antes de abandonar la habitación.

Lyn fue forzada por los soldados a seguir sus pasos. Era la segunda vez que era capturada en pocas lunas, con la excepción de que Talik, jamás la había maltratado, jamás había osado lastimarla, a pesar de la cantidad de cosas horribles que le había dicho.

En cambio Enar, el elfo que su padre había elegido como su prometido, era un ser despiadado, capaz de asesinar a su más fiel amigo, Sirah Inala, ante sus propios ojos, capaz de abofetearla y dañarla de formas que aún ni siquiera era capaz de imaginar.

Se adentraron en una habitación de piedra, en cuyo centro había una gran mesa de madera desgastada con gruesos grilletes, la madera estaba impregnada de sangre seca. Oscura sangre de scorpion.

—Bueno, bueno, parece que la niña bonita de papá se ha convertido en una traidora —canturreaba maligno. Su cabello rubio resplandecía sobre la armadura dorada, tintineando bajo el fuego de la luz de las antorchas —. La



dulce princesita lleva sangre de scorpion en sus venas —afirmó despiadado, alcanzando sus labios malheridos por la bofetada de los que brotaba sangre oscura, fruto de los días que llevaba alimentándose de abezno según le había explicado Talik —. Y sospecho que entre sus piernas lleva algo más. ¿Cómo han hecho esto? ¿Cómo han conseguido que transformes tu naturaleza interior y que por fuera continúes siendo elfa? ¿Qué tipo de magia han usado?

—Ninguna. Tú eres el traidor, tú sabes la verdad y por eso quieres acabar con los verdaderos herederos de Tiree.

—Vamos zorra, no me provoques. Aún no sabes de lo que soy capaz, pero vas a descubrirlo muy pronto —aseguró con una sonrisa helada que provocó que echase a temblar de pies a cabeza. Sentía miedo, un miedo terrible. Pero no temía al dolor, temía a su capacidad de resistencia, temía revelar los secretos que pondrían en peligro a los habitantes de Roudan—. Atadla a la mesa —ordenó y los soldados la forzaron a subir a esta. Pataleó tratando de resistirse, pero eran demasiado fuertes y acabaron sellando sus manos y pies a la superficie con los gruesos grilletes. Enar posó una de sus manos en su tobillo—. Es una pena que lo hayas echado todo a perder, porque hubieses sido una bonita reina —afirmó deslizado la mano en sentido ascendente, llegando hasta la rodilla, continuando por el muslo, metiéndose bajo la túnica arremolinada. Lyn comenzó a forcejear pero estaba bien sujeta.

—No me toques, desgraciado. Déjame.

—Es una auténtica pena —dijo ascendiendo sin ninguna delicadeza, alcanzando su pubis sobre las enaguas.

—¡Suéltame, desgraciado! —Lejos de obedecerla introdujo la mano bajo estas, con un brillo de perversión en los ojos, de auténtica maldad.

—¿Por qué? ¿Pretendes hacerme creer que no has estado revolcándote con esos salvajes? —preguntó palpando su sexo con brusquedad mientras ella intentaba patalear sin éxito. Introdujo uno de sus dedos en su interior, desoyendo sus gritos de que la soltase, y sonrió al comprobar que ya no era virgen—. Esto es una ofensa, lo sabes ¿verdad? Que ese desgraciado haya osado mancillarte, solo por eso ya tengo el beneplácito de los cinco reinos para matarle —Extrajo el dedo y se lo llevó a los labios, lamiéndolo sin el menor pudor—. Sabes deliciosa. Creo que voy a tener que enseñarte cómo es un macho de verdad, princesa.

—Ya he estado con un macho de verdad, maldito desgraciado. De un

macho que te arrancará el corazón con sus propias manos y al que yo ayudaré a hacerlo.

—Ya lo veremos —concluyó divertido—. Volveré dentro de un rato, tienes hasta entonces para decidir qué harás. Si decides callar lo que sabes sobre esos salvajes te garantizo que no seré el único en disfrutar de tus... *manjares*. Mis soldados se verán recompensados con ese pequeño premio y después te mataré del modo más horrible que puedas imaginar. En cambio si hablas te permitiré vivir, aunque por supuesto no eres digna de convertirte en mi esposa puede que te permita formar parte de mi harén— aseguró con una sonrisa llena de maldad.

—Prefiero que me mates a convertirme en tu ramera —espetó embravecida.

Enar echó a reír e hizo un gesto a los dos soldados que le acompañaban para que abandonasen la estancia junto a él, dejándola a solas en la habitación, sujeta a la estructura de madera.

¿Cómo podía ser aquel el elegido por su padre para casarse con ella?

Un monstruo despreciable que la había tocado, que la había ultrajado, como a un objeto de su propiedad, con desprecio, con rudeza. No quería ni imaginar lo que le haría cuando regresase.

¿Cómo pudo su padre haber ignorado la maldad que transmitían sus ojos? Sólo había que reflejarse en ellos para vislumbrarla.

Enar Farae era un ser perverso, el mal hecho carne.

Trató de tragar las lágrimas que empañaron sus ojos, pero no pudo contener más el llanto, y a solas, rompió a llorar, tendida en aquella mesa que olía a sangre seca, con las extremidades en tensión por los grilletes.

¿Cuántos scorpions habrían perdido la vida sobre aquella mesa? Muchos sin duda, y en cada uno de ellos Enar había visto a Talik y su familia, buscándole, tratando de cazarle como a un animal.

Se sentía desfallecer de hambre y sed, con el labio inferior rasgado por la bofetada de aquel impostor que se hacía llamar príncipe de Tiree. Aquel que en sus venas portaba la sangre de Elrik *El Sangriento* quien fue capaz de asesinar a su propio hermano por envidia. La misma sangre que le había convertido en digno heredero de su apodo, Enar Farae era tan despreciable como pudo serlo su abuelo.

Trató de sanar su propia herida pero su magia se encontraba bajo mínimos, apenas tenía energía para respirar, menos aún para sanarse.

La luz de las antorchas era la única que iluminaba la habitación, por lo que no podía orientarse con respecto al paso del tiempo. Tiritaba de frío, sus dientes castañeteaban sin cesar. Se durmió de agotamiento, una y otra vez, despertándose con el sonido de las ratas a las que oía correr por el suelo, con el de una gota de agua de una pila al estrellarse en un cubo a su derecha. Desconocía las horas que llevaba sujeta a aquella mesa cuando fueron a buscarla. Dos soldados escoltaban a una doncella elfa, ataviada con un vaporoso vestido de gasa.

Ni una sola palabra abandonó sus labios mientras la soltaban. Sin embargo fue incapaz de sostenerse en pie cuando al fin la liberaron, se encogió en el suelo, de rodillas. No había un solo músculo de su cuerpo que no le doliese, las articulaciones le enviaban latigazos como si fuesen a partirse en dos y su espina dorsal se había convertido en una correa laxa incapaz de sostenerla.

Esto no impidió que el par de soldados la sostuviesen por las axilas y que, aunque arrastrando los pies, la transportasen siguiendo a la elfa por las estancias interiores del castillo.

Llegaron hasta una amplia habitación de paredes de piedra de cuyos techos colgaban largos tapices con escenas de caza. A través de una ventana situada en la pared lateral Lyn pudo comprobar que había anochecido, había pasado el día entero atada sobre aquella mesa. En el centro había una gran mesa con una bandeja plateada en la que había una jarra y dos vasos de metal. Y al fondo, junto a una cama enorme de cobertores de seda azul, había una bañera de porcelana con patas de oro de la que ascendía abundante vapor.

—Podéis meterla dentro —pidió la doncella a los soldados que así lo hicieron, la arrojaron a la bañera y se retiraron un paso.

El agua caliente la hizo sentir como si hubiese caído en un caldero. Gritó, abrazando sus rodillas contra el pecho, había pasado tanto frío en aquel sótano que ahora se sentía arder.

—Tranquila, pronto te adaptarás a la temperatura, no está tan caliente —dijo la elfa mirándola con compasión.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Para qué me has traído aquí?

—Me llamo Dianis, soy una de las doncellas de la reina y mi único objetivo es ayudarla a asearse, princesa.

—¿Te parezco una princesa?

—Una princesa siempre es una princesa. ¿Puedo ayudarla a quitarse esa

túnica?

—¿Enar ha pedido que me lavéis?

—El príncipe Enar me ha pedido que os ayude a asearos.

—¿Para qué? ¿Para que huela a limpio cuando me viole? Pues no pienso hacerlo —Uno de los soldados dio un paso hacia ella, Dianis alzó un brazo pidiéndole que se detuviese.

—Ellos tienen órdenes de obligarla, princesa. Será mejor que colabore.

—Que se vayan, que salgan de aquí. No pienso desnudarme en su presencia.

—¿Serían tan amables de dejarnos a solas? —preguntó la doncella a los soldados, estos se miraron entre ellos.

—Tenemos órdenes...

—Lo sé, pero es lógico que la princesa no desee desnudarse en vuestra presencia, así que por favor, esperad fuera. Si os necesito gritaré.

Ambos elfos abandonaron la habitación dejándolas a solas.

—Por favor princesa, colaborad, os lo digo por vuestro propio bien —dijo como si hubiese repetido esa frase en demasiadas ocasiones.

—Él me ha tocado con sus sucias manos y tú me pides que me lave para que vuelva a hacerlo, para que me ultraje...

—Siento deciros que lo hará igualmente, pero si no colaboráis no sólo vuestro cuerpo sufrirá, también lo hará vuestro espíritu. Ha ordenado asesinar a la hembra scorpion que tiene en su poder si oponéis resistencia —confesó Dianis en voz baja. Lyn sintió cómo sus ojos volvían a empañarse al pensar en Jannike, no quería que la dañasen, por supuesto que no. Comenzó a sacarse la túnica, que por el agua pesaba mucho más de lo habitual, hasta deshacerse de ella. La doncella la observó con curiosidad mientras tomaba una esponja y la impregnaba de aceites de baño. Después se desprendió de las enaguas, arrojando ambas al suelo a un lado. Cuando la agarró de la muñeca Lyn se revolvió pero fue consciente de que era para lavarla y le permitió hacerlo.

—Me muero de sed, podríais darme un poco de agua.

—Por supuesto —dijo soltando la esponja en la pequeña mesa de madera en la que estaban los aceites, perfumes y toallas. Caminó hasta la otra mesa situada en el centro de la habitación, le sirvió un vaso de agua y regresó a su labor. Lyn lo bebió de un solo trago y le pidió otro. La doncella repitió la operación—. Sí que estáis sedienta.

—Ni siquiera sé los días que llevo sin comer ni beber.

—No hay alimentos en esta habitación, princesa, lo siento —afirmó como si lo lamentase de verdad—. Tenéis una piel preciosa.

—Gracias —respondió recelosa con tanta amabilidad.

—Dicen que Siam es un reino hermoso.

—Lo conozco poco.

—¿Lo conocéis poco? Pero si sois su princesa.

—Una princesa que ha crecido encerrada entre las paredes del castillo.

—También dicen que el Castillo de las Siete Torres es precioso. Y que los sirvientes son tratados con mucho cariño y respeto.

—¿Quién lo dice? —preguntó permitiéndole tomar el otro brazo.

—Doncellas que vivieron en él antes de que el rey Garum las enviase a Tیره para servir al rey Surim.

—¿Por qué haría mi padre algo así?

—Por petición del príncipe Enar, no le gusta tener las mismas doncellas demasiado tiempo.

—¿Abusa de vosotras?

—Dicen que vos y vuestra hermana sois muy amables y que por los pasillos se respira paz y felicidad —Dianis no podía camuflar su bochorno, por eso evitaba mirarla a los ojos.

—¿Aquí no? —la doncella apretó los labios en un mohín de incomodidad, no había respondido a una sola de sus preguntas.

—Elevad una pierna, princesa —pidió. Lyn la obedeció y esta continuó con su quehacer.

—Debe ser difícil vivir con el temor de que tu príncipe te ultraje en cualquier lugar, con ese terror a cada paso... —Dianis volvió a mirarla y prosiguió su quehacer con la otra pierna.

—El príncipe no es el peor —masculló de pronto, casi en un susurro. La princesa buscó sus ojos horrorizada—. El rey...

—Malnacidos, malditos sean —La furia la consumía—. ¿Y la reina? ¿Lo sabe? —Ella asintió.

—¿Os froto la espalda? —Lyn se echó hacia delante para permitírselo, no quería que terminase, quería extraer la máxima información posible de ella —. La reina siente pavor de su esposo, sabe que mientras esté con una de nosotras no la molestará.

—Aún así es despreciable que permita algo así. Tal y cómo has dicho en

el Castillo de las Siete Torres jamás se os trataría de ese modo. Mis doncellas y las de mi hermana, son queridas y respetadas, como cualquier otro sirviente. Si alguien osase atacarlas me encargaría de que recibiese su merecido. ¿Tus padres son nobles, Dianis? —La joven asintió enjugando la esponja, Lyn se la pidió con un gesto y ella se la entregó—. ¿Y permiten algo así?

—El príncipe Enar ha acabado con todo aquel que se ha interpuesto en su camino, ha acabado con familias completas, no hay nadie capaz de alzar la voz ante él. Su magia es demasiado poderosa —relató entre susurros cuando Lyn terminaba de frotar sus senos y su vientre.

—¿El pueblo de Tiree es infeliz?

—No lo sé. Yo solo me relaciono con otras doncellas, con los soldados y los sirvientes del castillo.

—¿Ellos son felices?

—No. Los soldados tiemblan a su paso, como lo hacemos los demás. No se puede ser feliz cuando alguien mata por diversión, como lo hace Enar. Ha acabado con la vida de campesinos por considerar que no les entregaba suficiente diezmo, de sirvientes por no cumplir sus deseos, de nobles por no entregarles a sus hijas como doncellas... Mi madre dice que su padre siempre fue cruel, pero que él va camino de superarle.

—Malnacido. Pobre Jannike, cuánto daño debe haberle hecho.

—No creo que la haya tocado, en ese sentido. El príncipe siente auténtico asco hacia los scorpions, un asco visceral, sólo mencionarles le hace enfurecer. ¿Por qué os importa tanto esa hembra, princesa?

—¿La has visto?

—No. Pero sé que la tienen, y que tiene ojos de elfo, es la comidilla de los soldados del castillo.

—Es sólo una chiquilla, como tú. Tiene dos manos, como tú y dos ojos, una boca con la que lamentarse cuando le hacen daño y un corazón para amar. Sus orejas no son puntiagudas, como las nuestras, tienen una curiosa forma redondeada, pero le sirven para lo mismo que a ti y a mí.

—¿Qué pretendéis decirme, princesa?

—Esa joven me importa porque están haciéndole daño, porque ese que crees tu príncipe no lo es en realidad y trata de salvaguardar su posición por encima de todo —Dianis arrugó la frente en un acordeón de dudas—. Y también me importa porque amo a su hermano como jamás podré volver a

amar a nadie más.

—¿Amáis a un scorpion?

—Más que a mi propia vida. No sé qué te habrán contado sobre mí, o cómo Enar tratará de desacreditarme, pero mi único delito es amar a un guerrero scorpion. A un ser maravilloso, hermoso y fuerte, capaz de entregar su vida por mí. Todo lo que nos han contado sobre ellos es mentira, Dianis, mentira.

—Los soldados dicen que... —dudó con pudor.

—¿Qué?

—Que habéis sido vejada por toda la tribu y eso os ha llevado a perder la cabeza.

—¿Crees que estoy loca? ¿Te parezco demente?

—No.

—El único que me ha ultrajado tocándome en contra de mi voluntad es Enar. El único que ha asegurado que me violará y después me matará es Enar. He vivido entre los scorpions durante muchos días y jamás ninguno ha osado tocarme. Solo uno, bajo mi voluntad —sentenció con mirada soñadora. Talik, cuánto le amaba, cuánto le añoraba.

—No puedo creer lo que decís, princesa —aseguró la doncella incorporándose del filo de la bañera en el que se había sentado oyéndola embelesada. Caminó hasta la cama, sobre la que había un largo camisón de seda que tomó entre sus dedos con cuidado.

—No voy a ponerme ese camisón para él —sentenció Lyn incorporándose del agua, tomando una toalla de la pequeña mesa auxiliar, envolviéndose con ella.

—¿Por qué? Es precioso.

—Porque no voy a envolverme como un regalo cuando prefiero que me mate a que me tome.

—Os matará, princesa.

—¿Cuántos años tienes, Dianis? —le preguntó caminando descalza hacia el armario, buscando entre la ropa de Enar. Eligió un pantalón y una camisola y se los puso, anudando con fuerza las cintas, pues era mucho más alto y robusto que ella. La doncella la observó anonadada.

—Dieciséis.

—¿Y desde cuando abusan de ti?

—Desde los catorce.

—¿Has estado con alguien más?

—Por supuesto que no. Jamás permitiré que nadie más me toque —Lyn caminó hasta ella y cogió su mano.

—No pienses así. Cuando todo esto acabe, porque va a acabar antes de lo que piensas, recuerda lo que voy a contarte. Lo que te han hecho esos desgraciados de Enar y su padre, el modo en el que te han tocado, en el que te han tomado... es algo monstruoso. Pero no tiene porqué ser así. Cuando el macho al que amas te toca —explicó deslizando su dedo por la muñeca de la doncella en sentido ascendente hasta su antebrazo, hasta su hombro—, sientes un hormigueo, sientes *chispas en el estómago*. Cuando te besa —aseguró posando el dedo índice en los labios de la muchacha—, sientes que algo se remueve bajo tu vientre. Y le deseas, y anhelas sus caricias. Y cuando al fin te toma, lo hace con delicadeza al principio, hasta que pides más y más, complacida con tenerle dentro de ti, con sentirle dentro de ti —Dianis tragó saliva, oyéndola ensimismada—. Hasta que el mundo estalla entre tus piernas, haciéndote temblar de gozo.

—¿Vos habéis sentido todo eso? —preguntó con las mejillas llenas de rubor.

—Sí, lo he sentido, entre los brazos de mi guerrero. Y Enar jamás podrá despojarme de ello. Lo que Talik me ha hecho sentir, lo que soy, jamás podrá arrebátarmelo. Tú también lo sentirás, algún día, estoy segura, cuando encuentres al macho adecuado, sea elfo o scorpion.

Alguien llamó a la puerta interrumpiéndolas.

—¿Quién es? —preguntó la doncella.

—¿Habéis terminado ya? —requirió uno de los soldados desde el otro lado de la puerta.

—¡Un momento! —respondió Dianis y comenzó a buscar algo en su escote. Tiró de una cuerda de cuero y extrajo un pequeño colgante de vidrio con forma de dedo y se lo entregó—. Tomad princesa, es polvo de adormidera. Si tenéis oportunidad echádselo en la copa y se dormirá, o al menos le calmará lo suficiente para que no sea demasiado brusco. Es lo que hago en ocasiones cuando viene a mi habitación, después, provocaos una herida sangrante, manchad las sábanas y fingid que os ha tomado, sino no hay sangre lo creará.

—Muchísimas gracias, Dianis.

—Por favor, sed discreta, si lo descubre me matará.



—Puedes estar tranquila, jamás lo descubrirá.

—Quizá sea demasiado tarde para mí, no creo que pueda llegar a amar, no puedo ni siquiera imaginar que llegue a permitir que un macho me toque bajo mi voluntad. Pero vos no merecéis que nadie mancille el recuerdo de vuestro amado —aseguró con los ojos llenos de lágrimas no derramadas.

—Tú también amarás Dianis y serás amada, ya lo verás.

Los golpes en la puerta regresaron y esta se abrió sin más aviso, Lyn guardó entre su ropa el pequeño contenedor que le había entregado la doncella. Uno de los soldados caminó hasta ambas, mirando a la princesa de arriba abajo, por su expresión debía pensar que estaba demente.

—El príncipe dijo que solo permanecieseis el tiempo necesario para asearla.

—Ya hemos terminado.

—¿Y porqué va vestida como un bufón?

—Porque es la ropa que he elegido. ¿Acaso sois experto en moda? —dijo Lyn. El soldado le dedicó una sonrisa ladeada.

—Ya se encargará el príncipe de deshaceros de ella —sentenció antes de empujar a Dianis hacia la puerta. La doncella le dedicó una última mirada de compasión antes de abandonar el dormitorio. El soldado cerró con dos vueltas de llave.

Lyn sentía una profunda lástima por ella.

Porque Enar podía ultrajarla, podía lastimarla, pero ella había experimentado en su cuerpo que existía otro modo de recibir a un macho. Y para ella siempre sería un algo puro y lleno de amor, lo otro era un acto vil y despreciable.

¿Cómo podían permitirlo los nobles de la corte?

¿Cómo podían soportarlo los súbditos de Tíree?

¿Cómo podían consentir que se ultrajase a sus hijas, que se las maltratase y dañase de ese modo tan íntimo, más aún conociendo la importancia que los elfos otorgaban a la virginidad de las hembras?

Algo que para ella en ese momento era un absurdo porque los scorpions le habían enseñado que cuando encontrabas a tu pareja de vida el resto de relaciones que hubieses mantenido se convertían en un mero recuerdo, en un consuelo que había mitigado la soledad hasta encontrarla.

¿Su padre sabía de todo aquello, de la tiranía de Surim Farae y su hijo?

¿Le apoyaba porque lo desconocía o es que también sentía miedo a ser invadido?

¿Acaso su padre compartía su modo de gobernar?

No, no lo hacía, la propia Dianis le había hablado de las buenas palabras de las doncellas del reino de Siam.

Doncellas que su padre había enviado a esos malnacidos para que las dañasen.

Pensó en algunas de aquellas jóvenes a su servicio que habían ido cambiando a lo largo de los años, las menos cercanas a ella y a su hermana. Cuando había dejado de verlas en el castillo y había preguntado por ellas a Tinara y Ganae, sus doncellas más próximas, la respuesta de estas fue que habían contraído matrimonio. Nunca más había vuelto a verlas después de eso, mas no la había extrañado pues las escasas ocasiones en las que Lyn abandonaba el castillo resultaba casi imposible encontrárselas en la ciudadela.

Enara, Imán, Yeseny... solo eran algunas de las que recordaba. ¿Habrían acabado en manos de aquel par de desalmados?

Las ganas de llorar regresaron al pensar en ellas.

Tomó asiento en la cama, el baño la había hecho sentir algo más recuperada, no demasiado fuerte, pero al menos había alejado el frío que se le había colado en los huesos. Se había sentido capaz de curar su labio con la energía del agua pero no lo había hecho porque quería que Enar la creyese en su máxima debilidad.

Se dirigió a la ventana. Tiró de la manija de acero pero estaba bloqueada. Ella no era la primera a la que aquel ser despreciable encerraba, estaba convencida, y había tomado las precauciones necesarias. Miró a través de los vidrios. Podía ver las antorchas prendidas en un patio, algunas viviendas de piedra y tras estas la muralla que rodeaba la ciudadela con soldados apostados en ella.

¿Cuántos días habrían transcurrido desde que fue secuestrada junto al gran árbol de Tejo?

Al menos un par de ellos de viaje, que había realizado inconsciente gracias a la poderosa magia de Enar, otro más en la mazmorra según le había contado Jannike y el que acababa de terminar.

Con razón sentía que su estómago estallaría de inanición en cualquier momento.

Y pesar del hambre sus pensamientos la llevaban otra vez a Talik.

Rogaba a las diosas que encontrasen una salida a aquella situación, ella moriría, pero esperaba que al menos Talik saliese victorioso. Porque sabía que Enar jamás se rendiría, continuaría buscándoles, atacándoles, masacrándoles sin ninguna piedad porque su miedo a ser destronado era incluso mayor que su odio.

La despertó el crujido de la puerta al abrirse. Después de revisar cada recoveco de aquella habitación sin hallar nada que pudiese ayudarla a escapar se había echado en la cama y agotada se había dormido. En el rato que había pasado a solas había tenido tiempo de pensar en el mejor modo de utilizar los polvos que Dianis le había entregado para desmayar a Enar. Y decidió que lo mejor era hacerle creer que había ganado, que se había rendido para evitar que la dañase. Había devuelto las ropas al armario y se había puesto el camisón, escondiendo entre sus senos el polvo de adormidera dispuesta a encontrar la oportunidad de utilizarlos. Dejarle fuera de combate y huir.

Enar entró en la habitación seguido de dos sirvientes que portaban grandes bandejas plateadas que depositaron en la mesa central.

En estas bandejas transportaban multitud de alimentos, así como dos servicios que colocaron con parsimonia mientras el ilegítimo príncipe la observaba en silencio con una expresión indescifrable.

—Marchaos —pidió a los sirvientes que permanecían inmóviles, junto a la mesa. Estaban aterrorizados, el príncipe les producía auténtico pavor. Cuando se hubieron marchado Enar dio un paso hacia ella.

Lyn se había levantado de la cama, descalza, con los pies sobre la mullida alfombra de pieles y no pudo evitar que sus ojos se dirigiesen a los alimentos.

—Imagino que tendréis hambre, princesa —No respondió—. Podéis comer —Dio un paso hacia la comida pero Enar interfirió en su camino—. En cuanto me digáis cuál es vuestra decisión —advirtió mirándola con severidad.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Solo depende de vos, como os expliqué en nuestra pequeña charla esta mañana. Estáis aún más hermosa así, limpia. Incluso volvéis a parecer una elfa —proclamó alzando uno de sus brazos hasta tocar su mejilla, Lyn no se movió. Permitted que acariciase su mentón, pero cuando fue a tocar su labio herido dio un paso atrás.

—Respondedme, por favor.

—Depende de vos. Contadme todo lo que sabéis sobre esas alimañas, sed fiel a vuestra raza. Contádmelo todo sobre ese ser, Talik Sagán, y os proveeré una vida cómoda, a mi lado. No como mi reina, por supuesto, pero sí como...

—Vuestra ramera.

—Es un modo de decirlo. Yo prefiero el término *distracción*.

—¿*Distracción*? ¿Así llamáis a las hembras a las que violáis? —Enar apretó la mandíbula molesto. Lyn debía relajar su furia o ni siquiera lograría salir de allí.

—Así llamo a las hembras que tienen el honor de que me las *coja* una y otra vez hasta que me canse de ellas.

—Y cuando os canséis de *distraeros* conmigo, ¿qué será de mí?

—Puede que os quedéis a mi servicio, o que os devuelva a vuestro padre, lo pensaré llegado el momento, pues algo me dice, princesa, que tardaré en cansarme de vuestros encantos —sugirió mirándola con lascivia.

—No quiero morir, tampoco que vuestros hombres me tomen. Ni siquiera Talik merece un sacrificio semejante —Su respuesta le sorprendió, sonrió complacido—. Él ha sido amable conmigo, me ha tratado bien y eso me ha confundido, pero ahora que vuelvo a estar entre elfos me he dado cuenta de que no quiero esa vida.

—¿Él os violó? ¿Lo diríais ante el consejo?

—A cambio de que me dejéis marchar a Siam, diré lo que deseéis —mintió con toda la entereza de la que fue capaz.

—Pero no fue así, ¿verdad? Os abristeis de piernas para él, le entregasteis vuestra honra.

—Sí, lo hice y ahora soy consciente de que fue un error. Me dejé llevar por sus palabras, por su amabilidad, por su promesa de amor eterno.

—¿Os prometió amor eterno? —rió, meciendo su larga cabellera dorada—. Sois tan ingenua como hermosa. Y bien, contadme, ¿dónde os han tenido cautiva? ¿Algún tipo de campamento? ¿Al Norte o al Sur?

—Sí, era un campamento con casetas fabricadas con telas —mintió—. No sé si estaba al Norte o al Sur.

—¿Estaba próximo al mar?

—Sí.

—¿Y de qué se alimentaban? ¿Cazaban o cultivaban?

—Cazaban.

—¿Sólo comen carne?

—Sí. Esa hembra, Jannike, ¿con qué habéis estado alimentándola todo este tiempo?

—Con sobras, y no ha enfermado. Su sangre ha ido perdiendo el color, se ha vuelto más clara y sus heridas cierran más despacio. Quizá hayamos logrado extraerle todo el veneno con las sangrías —dijo reflexivo.

—¿Sangrías? ¿Qué es eso?

—No importa.

—¿Por qué le habéis cortado en la cara?

—Las preguntas las hago yo. Sin embargo os diré que fue por puro placer. Odio su cara, odio su aspecto, me encantaría arrancarle esos ojos azules —pronunció con desprecio. Lyn se estremeció.

—No comparto vuestra ira, ni vuestro rencor, pero lo único que quiero es regresar a mi hogar y para ello estoy dispuesta a todo.

—Comenzamos a entendernos princesa. Habéis estado hablando mientras estabais en la celda, ¿verdad?

—¿Nos habéis espiado?

—¿Os sorprende? —preguntó divertido—. Bueno, será mejor que comamos un poco, la comida se enfría, después continuaremos con este tema.

Lyn dio buena cuenta de los alimentos. Enar sirvió vino para ambos, quizá pretendiese que con la ayuda del alcohol opusiese menor resistencia cuando se decidiese a tomarla.

—Creo que en el tiempo que hemos compartido juntos has tenido la oportunidad de comprobar que soy el elfo más poderoso de cuantos existen y que vuestro capitán de la Guardia Real no fue rival para mí —dijo pavoneándose mientras masticaba sin modales un pedazo de cerdo asado. Lyn tuvo que morderse la lengua para decirle que claro que había vencido a Sirah, con ayuda de otros tantos soldados y atacándole por la espalda. Maldito fuera—. Tampoco lo será ningún otro elfo, o scorpion.

—¿Qué pretendéis decirme con eso?

—Que menos aún lo será una hembra. Si osas engañarme o traicionarme de algún modo...

—No lo haré. Valoro demasiado mi vida para tratar de engañaros —dijo dando la cena por terminada—. Podéis tomarme, no opondré resistencia —

Enar enarcó una ceja incrédulo y se levantó de la silla, caminando hasta ella.

—Sólo os pediré que primero os deis un baño, por favor. Y prometo ser la más sumisa de las amantes que hayáis tenido.

—Tampoco deseo que seáis sumisa. Me gustan las hembras que se resisten —aseguró agarrándola por los hombros.

—Me resistiré entonces.

—¿Ah, sí? ¿Te resistirás?

—Primero el baño, por favor.

—¿Insinúas que apesto? Pues ve acostumbrándote a este olor, princesa —rió malévolamente.

—Si os bañáis os haré cosas que he aprendido de esos salvajes, cosas que ni siquiera imagináis... —sugirió Lyn sintiendo cómo la presionaba con sus manos en los brazos.

—¿Qué cosas?

—Cosas que os harán temblar de placer.

—Maldita seas, con la cara de mosquita muerta que tenéis —aseguró y comenzó a desabotonar su jubón, lo arrojó sobre la cama, también la camisola, mostrando su torso impoluto, su esternón algo hundido, Lyn distinguió la marca de nacimiento de la familia Tiree en su costado izquierdo, bajo la axila, idéntica a la de Talik.

Debía ser fuerte, por él.

Debía ser valiente, por todos ellos.

Posó una mano en su torso.

—No os imagináis el placer que puedo ofreceros, pero antes pedid agua caliente y...

—No necesito agua caliente— afirmó sacándose el pantalón, desnudándose se metió en la bañera—. Contadme, ¿cómo copulan esos salvajes?

Lyn regresó a la mesa y comenzó a servir dos copas de vino, pensando en la respuesta que más agradaría a Enar.

—Como salvajes, copulan entre ellos.

—¿Hembras y machos? —insistió este a su espalda. Ella extrajo con cuidado el contenedor de adormidera.

—Sí —Lo vertió en su copa y lo escondió de nuevo. Caminó con ambas copas hacia la bañera y se la ofreció.

—Quiero esa —dijo señalando la que no contenía la adormidera.

—¿Por qué?

—Porque nunca tomo la copa que me ofrecen.

—Está bien —dijo entregándole la otra. Ella fingió beber de la suya. Enar tiró de su camisión, obligándola a inclinarse hacia él, haciéndola caer en la bañera. La agarró del cuello y la besó con tal fiereza que la mordió en el labio herido. Lyn sintió el intenso dolor y el sabor metálico de la sangre invadió toda su boca.

Logró zafarse de él, empapada, con los labios chorreantes de sangre. Cayó de culo al suelo y le vio incorporarse en la bañera, desnudo, con el sexo enhiesto y la boca llena de sangre, su sangre.

Lyn trató de incorporarse pero sus pies resbalaron con el agua derramada cuando él daba un paso fuera de la bañera, relamiendo su sangre en los labios. Se abalanzó al suelo, dispuesto a destruirla y... cayó desplomado.

Hubo de hacer un gran esfuerzo para hacerle a un lado, pesaba como el plomo.

Lyn no podía entender lo que había sucedido, si no había tomado el polvo de adormidera, ¿cómo era posible?

La sangre goteaba por su barbilla y se relamió la herida del labio inferior. Esa era la respuesta. Su sangre, su sangre de scorpion, le había envenenado con el abezno presente en esta.

No podía creerlo, Enar yacía desplomado, tirado en el suelo boca abajo cuan largo era. Se acercó para comprobar si respiraba y lo hacía.

Oyó cómo giraba la llave en la puerta. Los soldados debían haber oído el golpe al impactar la cabeza de su príncipe contra el suelo.

—Maldita traidora, ¿qué le has hecho al príncipe? —preguntó el más alto furioso. Ella se alejó del cuerpo inconsciente.

—Nada, se ha desmayado.

—Le habéis envenenado —la acusó el otro desenvainando la espada.

—Está vivo, se ha desmayado, nada más.

—Llevémosla a los calabozos.

—Acude a llamar al físico para que atienda al príncipe, y avisa también al rey Surim —ordenó el más alto y el otro echó a correr por el pasillo.

—Yo no le he hecho nada, lo prometo —dijo cubriéndose la boca con las manos, la herida no dejaba de sangrar.

El soldado dio la vuelta al príncipe que continuaba inconsciente, le tomaba el pulso cuando el rey Surim entró en la habitación, seguido de otro

elfo que por su túnica debía ser el físico, y cuatro soldados más. Surim, al que recordó de inmediato por su larga barba cana y su cuerpo voluminoso y desgarrado, miró a su hijo en el suelo y después a Odalyn, pegada a la pared del castillo, atemorizada ante su posible reacción.

—¿Qué le has hecho a mi hijo maldita furcia? —la increpó.

—No le he hecho nada —balbució muerta de miedo.

—¿Qué tiene mi hijo, físico? Sánalo.

El elfo de la túnica se agachó junto a Enar y le palpó el pulso en el cuello, oyó su respiración y le exploró.

—¡¿Qué le has hecho?! —exigió Surim dirigiéndose hacia ella con intención de agredirla, Lyn echó a correr, apartando las manos de su boca, mostrándoles su herida y la sangre que corría por su garganta.

—Rey Surim, ya sé qué le sucede al príncipe Enar —proclamó el físico recuperando la completa atención de este.

—¿Qué le ha hecho?

—Ella, su sangre, está envenenada con el veneno scorpion, mirarla, es oscura —Surim lanzó sus malévolos ojos hacia ella de nuevo—. El príncipe debe haberla tomado.

—Él me mordió, me provocó esta herida... —masculló Lyn.

—Podéis estar tranquilo, pasado un buen rato el príncipe se recuperará por completo —dijo el físico.

—Vosotros, subid al príncipe a la cama —ordenó a los soldados que habían llegado con él—. Y tú, encierra a esa maldita traidora en las mazmorras de nuevo, sola.

El soldado la agarró del brazo y la arrastró descalza y mojada por el laberinto de corredores y escaleras hasta regresar a la sucia mazmorra de la que había salido, encerrándola en una de las celdas de piedra, sola.

El resto de la noche transcurrió en el más absoluto silencio, con el temor de que Surim o su propio hijo regresasen y acabasen con ella de una vez por todas.





## Capítulo 22

### Verdades ocultas

—¿Sabéis quien soy? —preguntó al par de soldados elfos que acudieron en su busca, pero ambos guardaban silencio como si no pudiesen oírla—. Soy Odalyn Hawatsi, hija de Garum Hawatsi, rey de Siam. Retenéis a la princesa de Siam —insistió sin que surtiese el menor efecto. Uno de ellos unió sus manos y las ató con una soga—. Mi padre os matará por esto, pero si me ayudáis él os recompensará. De verdad... él...

—Garum Hawatsi está esperándola arriba, princesa, es uno de los asistentes a su juicio —respondió uno de ellos. El corazón de Odalyn se estremeció al conocer aquello.

—¿Mi juicio? —Su padre, estaba allí para contemplar una farsa en la que se la condenaría a muerte.

No podía creer que fuese cierto. ¿Qué tipo de mentiras debía haberle contado Enar para que estuviese convencido de que su propio padre no se opondría a su juicio? Si lo que aquel soldado decía era cierto.

Cuántas mentiras, cuánto dolor, y todo por el poder, por el miedo a perder el poder, a perder un trono que jamás le había pertenecido.

Sosteniéndola por los hombros la obligaron a caminar, hicieron que

ascendiese la escalera de piedra hasta las estancias superiores del castillo. Una vez allí hubo de desfilarse ante la guardia élfica que vigilaba la entrada a una de las torres. Con los pies heridos, con las articulaciones entumecidas, comenzó a ascender la larga escalera de caracol que llevaba hasta la cima.

A través de una de las ventanas distinguió que el atardecer caía sobre Tíree. Vislumbró altas torres, un pueblo grande construido alrededor de la ciudadela fortificada, las chimeneas humeaban, los niños jugaban en las calles, mientras el sol se ocultaba sobre las lejanas montañas nevadas de Andara.

*Puede que este hermoso atardecer sea el último que vean mis ojos,* pensó con dolor. Solo deseaba que al menos Talik estuviese a salvo, llevándose ambas manos atadas al pecho sintió cómo su corazón latía dentro, apresurado, como debía hacerlo el del *yantarii* de los scorpion.

Aunque muriese una parte de sí misma viviría para siempre dentro de él.

Al alcanzar la cima de la escalera una gran puerta de madera custodiada por dos nuevos soldados se abrió para ella. Las hojas se plegaron permitiéndole el paso al interior de una gran sala a cuyo fondo un inmenso ventanal permitía la entrada del sol del atardecer, tintando de rojizos matices todo el derredor, dificultando que la princesa reconociese los rostros de la docena de elfos que se hallaban en el interior de pie en torno a una inmensa mesa ovalada.

Uno de estos dio un paso hacia ella, pero fue contenido por otro.

Lentamente sus ojos se acomodaron a la luz y pudo distinguirles. La expresión de horror en el rostro de su padre le proporcionó una idea de lo lamentable de su aspecto. El rey Garum parecía haber envejecido diez años desde la última vez que le vio.

Lyn sintió cómo su corazón se quebraba al percibir su dolor. Sin embargo logró mantener su expresión impertérrita.

Junto a su padre estaba Gragos, el segundo al mando de la Guardia Real, era quien había contenido las ansias del rey de acudir junto a su hija, por lo poco apropiado en la complicada situación en la que se hallaban.

Frente a ella, en el extremo opuesto de la mesa se hallaba el despreciable rey de Tíree, sentado en su trono dorado, y a su diestra, de pie, su malvado hijo Enar, quien parecía haberse recuperado de su desmayo la noche anterior. En su rostro una expresión de ira y cansancio.

A ambos lados de ambos una decena de elfos encorsetados en sus

carísimos y pomposos trajes de encajes y terciopelos que les delataban como miembros de la corte real, la nobleza cuyos peculios apoyaban y mantenían al vigente rey. Lyn reconoció a dos de ellos, a August Meire, el consejero real que había acudido a Siam a negociar los términos de su enlace, y al general Taradean, que le acompañó en dicha misión. Este permanecía inmóvil a la derecha, en un segundo plano.

—¿La habéis maltratado? —Preguntó Garum horrorizado.

—Le hemos aplicado un poco de disciplina, nada más —afirmó orgulloso Enar.

—¡No tenéis ningún derecho! ¡Es mi hija!

—Ya no. Ahora es una traidora de este reino y del vuestro —sentenció Surim Farae. Su barba resplandecía sobre la enorme papada que cubría bajo esta, su cuerpo era tan rechoncho y redondeado que Odalyn dudó que alguna vez se levantase de aquella silla con remates dorados—. La princesa Odalyn Hawatsi ha transformado su naturaleza, los días compartidos con esas alimañas la han cambiado de un modo irreversible, ahora incluso comparte su sangre —reveló haciendo un gesto a uno de los soldados que la había escoltado hasta el torreón. El soldado sacó un pequeño estilete de su cinto y tomando la mano de la princesa rasgó su palma ante el horror de su progenitor. Odalyn no se movió, no se lamentó, aguantó estoica el dolor frío y afilado del metal contra su delicada carne. De su herida comenzó a brotar sangre, una sangre oscura y espesa, provocando que los nobles de la sala asombrados balbuceasen sendas exclamaciones de asombro. Garum Hawatsi comprobó con horror cómo sangre scorpion brotaba de las venas de su hija.

—¡Mentís! Todo lo que acabáis de decir no son más que sucias mentiras —proclamó Odalyn—. No soy una de ellos. Mi sangre es como la vuestra, en unos días volverá a ser como la vuestra, créeme, padre, por favor.

—¡¿Cómo osáis decir algo así cuando anoche envenenasteis a mi propio hijo con vuestra sangre!! —proclamó Surim Farae.

—¡Él trató de violarme!—les acusó. Su padre miró a todos alrededor sin dar crédito a lo que oía—. ¡Como hace vuestras hijas y hermanas sin que hagáis nada por evitarlo! ¿No os da vergüenza nobles de Tiree?

—¡Calladla! —ordenó Enar alterado, alzando las manos dispuesto a atacarla con su magia.

—Dejadla hablar —dijo uno de los nobles, ataviado con un grueso abrigo de piel blanca, cuyas gruesas pulseras y collares de oro revelaban su

alta disposición en la Corte—. No nos conocemos princesa, aunque llevo años oyendo hablar de vuestra belleza. Mi nombre es Rune Ryus y yo deseo oír qué tenéis que decir, no he viajado desde tan lejos para dar fe de algo sin oír a la acusada —pidió el rey de Nuuk.

—Yo no os he traicionado, a ninguno, jamás dañaría a mi pueblo... Padre, continuó siendo yo, Lyn. No te dejes engañar,

—Hija, ¿qué te han hecho esos salvajes?

—Ellos... ellos me cuidaron, me alimentaron y me enseñaron más sobre nuestra propia historia de lo que jamás aprendí en las clases de Ifirin.

—Odalyn, por favor, prométeme que vas a decirles cómo llegar hasta ellos —pidió el rey con ojos anhelantes. Jamás había visto a su padre tan preocupado, ni siquiera cuando las cosechas se arruinaban por la sequía y el invierno se antojaba demasiado largo para Siam. Pero la princesa guardó silencio y descendió el rostro, jamás lo haría. Jamás condenaría a su otro pueblo, porque entonces sentía que pertenecía a ambos.

—¿Veis? Es una traidora, merece la muerte... —clamó Enar frenético por ser él quien la llevase a cabo.

—Padre, majestad, ellos no son como creéis. Ellos solo quieren la paz...

—Sí, claro, y que el desierto se convierta en un vergel. Querido Garum, entiendo tu dolor, pero mi hijo me ha revelado que Odalyn ha admitido haberse unido al hijo de Barack Sagán bajo sus leyes, ahora es su esposa o como quiera que lo llamen esos salvajes —Los ojos de su padre rebosaban incredulidad—. Además de haberle entregado su *virtud*.

—¿Es eso cierto? —dudó el rey de Siam estremecido.

—Lo es padre, pero Talik no es como pensáis, él es... él es el verdadero heredero del trono de Tiree —Surim Farae rompió a reír a carcajadas ante semejante afirmación, seguido de sus nobles.

—¿Veis? Ha perdido la cabeza, por completo —sentenció.

—¡No! Él es el descendiente de Nellam Farae, porta en sus costillas la marca del martillo de Tiree.

—¿En serio tenemos que continuar oyendo esta sarta de necedades? —reclamó Enar caminando hasta ella con intención de silenciarla. Garum Hawatsi hundió el rostro contra el pecho, su hija había perdido el juicio.

—¡Lo que digo es cierto! ¡Es cierto! —comenzó a gritar desesperada.

—Me volví loco cuando descubrimos que esos salvajes te habían secuestrado. Talik Sagán ha asesinado a Sirah, que era como un hijo para mí,

y aún así le defiendes. Ahora estás aquí, de vuelta, y sin embargo no siento que hayas regresado —aseguró dolido el rey de Siam.

—Porque todo es mentira, padre. Una gran mentira que nos han hecho creer todos estos años. Por supuesto que me duele haber perdido a Sirah, pero no fue Talik quien le atacó...

—No, no lo fue —proclamó el capitán de la Guardia Real de Siam. El mismísimo Sirah Inala se adentraba apremiado en la habitación, con el pecho intacto bajo el gran agujero que perforaba su armadura dorada, seguido de una escolta de cinco *elfos*.

—¿Sirah? ¿Continuas vivo? —dudó Garum Hawatsi y los ojos de todos los elfos presentes en la sala se volvieron hacia Enar Farae.

—Aseguraste que había muerto, juraste que había muerto —reclamó Rune Ryus al monarca de Tiree.

—Le vi muerto, con mis propios ojos —trató de excusarse Enar dando pasos hacia atrás, hacia su padre que aún permanecía sentado en el trono.

—Con tus propias manos querrás decir —afirmó desafiándole con la mirada—. Enar Farae ha tratado de matarme en el pedregal del gran árbol de Tejo.

—¿Qué? —requirió Surim. Rune Ryus permanecía atento a la escena sin decir una palabra.

—El capitán también debe haber sido afectado por el veneno scorpion. ¡Pero no voy a permitir que insulte a mi hijo en mi propia casa! —trató de cortarle Surim Farae, pero el capitán Inala estaba dispuesto a revelar aquella verdad que estaba quemándole en los labios.

—Ningún veneno scorpion me aturde. Todo cuanto ha dicho la princesa es cierto. Nellam Farae tuvo un descendiente antes de *ser asesinado* por su hermano Eirik, un hijo conocido por los scorpions como Káno *El Dorado*, por su aspecto élfico —Los nobles de Tiree miraron a su regente con ojos desorbitados. Odalyn permanecía apostada en un lateral de la sala.

—Vamos, no podéis creerle...

—¡Cállate de una vez, Enar! —ordenó Rune Ryus.

—¡Está mintiendo! —gritó preso de una profunda rabia y enfrentó una de sus manos ante la otra, provocando que un potentísimo halo de luz azulada brotase de estas, dispuesto a atravesar de nuevo el corazón de Sirah. Pero en esta ocasión algo se interpuso entre el cuerpo del capitán y el fuego amigo. Una coraza de masuk, utilizada como escudo. Los soldados *elfos* que

acompañaban a Sirah descubrieron sus cabezas ocultas por el casco mostrando sus cabellos oscuros. Toda la nobleza élfica de Tiree les observó sorprendidos.

—¡Talík! —le llamó Lyn. El *yantarii* de los scorpions dio un paso al frente, situándose delante de Sirah Inala. Enar se enderezó dispuesto a enfrentarle, su mirada era la de un demente.

—Mueve un solo dedo y te atravesaré la sien con mi arco —advirtió Ninwo a Enar ante la posibilidad de un nuevo ataque.

—Lo que el capitán Inala ha revelado es cierto. Soy nieto de Káno *El Dorado*, esta es la marca de nacimiento que lo prueba —aseguró soltando los engarces de su armadura, mostrando su torso descubierto antes de alzar el brazo izquierdo y mostrarles la marca oscura sobre la piel, el martillo de la familia Farae—. Soy el legítimo heredero del trono de Tiree y estoy dispuesto a terminar lo que mi antepasado Nellam Farae pretendía para ambos pueblos. La unión. La paz junto a la princesa Odalyn Hawatsi, a la que amo pues es mi *serat*, a la que he sido unido por obra y gracia de la diosa Laris —proclamó, aproximándose a su amada. Lyn corrió a sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas, y él la estrechó entre estos con fuerza. Al fin, al fin la había recuperado, al fin podría volver a respirar. Los soldados que la custodiaban se hicieron a un lado—. Mi pueblo no quiere más que la paz, pero si no la permitís mi padre, Barack Sagán, legítimo heredero de este trono, está dispuesto a conseguirla a la fuerza. Camina hacia aquí con un ejército compuesto por cada scorpion del desierto Escarlata, provenientes de los siete clanes, en un despliegue como el que jamás habéis visto que alcanzará esta misma noche Tiree, arrasándolo.

—¡Atacadle! —grito Surim Farae empotrado en su gran silla, pero ninguno de sus soldados respondió.

—No doy crédito a lo que ven mis ojos... ¿Lo sabíais? — requirió August Meire al usurpador regente elfo—. ¿Sabíais que un descendiente de Nellam vivía?

—No solo lo sabía sino que ha tratado de exterminarnos por este motivo, a su propia sangre, durante todos estos años —reveló Talík.

—Mi familia ha servido durante generaciones al trono de Tiree, soportando incluso lo intolerable en vuestro reinado creyendo que esa era la voluntad de la diosa Soor, ¡y ahora descubrimos que sois un impostor! ¡No eres digno del trono! ¡Maldigo tu nombre ante las Diosas Lunares Surim

Farae! —afirmó August Meire incorporándose, caminando hasta ambos para hincar una rodilla al suelo ante Talik.

—Majestad, mi abuelo era prácticamente un hermano de Nellam Farae, este reino ha vivido condicionado por su pérdida y el trágico ascenso de su sangriento hermano. Vos y vuestro padre siempre tendréis mi apoyo, la casa Meire es vuestra — proclamó August, acto que siguieron e imitaron el resto de nobles elfos de Tiree.

—He sido convocado para ejercer como testigo del juicio a una princesa elfa y he acabado presenciando cómo se desenmascara a un par de traidores a la corona de Tiree —sentenció Rune Ryus, rey de Nuuk.

—Apresadles —ordenó el general Taradean quién había permanecido en silencio hasta ese momento, y los soldados elfos de Tiree se dispusieron a detener a quienes habían sido sus regentes.

Pero entonces Enar Farae lanzó un nuevo haz de luz de entre sus manos, justo antes de que un hacha scorpion se introdujese profundamente en su pecho. El hacha de Handa. Esto no logró evitar que aquel último destello de magia de guerra fuese dirigido hacia Talik. Una magia tan poderosa que le habría matado en el acto de no ser porque Lyn le empujó hacia un lado para evitar que resultase herido.

La princesa prefería la muerte al dolor de perderle y ante los ojos desorbitados de su padre se interpuso entre ésta y Talik, siendo alcanzada de lleno por la magia que atravesó su vientre, quedando derrotada entre los brazos del *yantarii* de los scorpions.

Surim también se levantó dispuesto a atacarles pero una flecha de Ninwo en la sien le detuvo al instante.

—¡Noooo! —gritó Talik posando a Lyn despacio en el suelo, mientras el color escapaba de su rostro, con un gran agujero abierto en su vientre.

—Ssst. Tranquilo, lo hemos conseguido, el trono es vuestro —masculló con un hilo de voz, con ambas manos presionándose en la herida de la que fluía la sangre sin parar.

—¿Crees que me importa el trono? —masculló Talik con los ojos llenos de lágrimas.

—Se ha hecho justicia.

—No si te pierdo, si te pierdo nada habrá merecido la pena. ¡Ayudadla! ¡Ayudadla con vuestra magia malditos elfos! —gritó desesperado sosteniéndola entre sus brazos.

—¡Un sanador! ¡Buscad un sanador!—gritó el general Taradean. Pero en Tíree eran más abundantes los soldados que los sanadores.

—Mi pequeña, perdóname —sollozó el rey Garum arrodillándose a su lado—. Perdóname porque yo soy incapaz de hacerlo. Perdóname por no haber sabido cuidar de ti y de tu hermana, por haber sido un padre nefasto, por haber tratado de entregarte a un ser despreciable con el que jamás habrías sido feliz —dijo entre lágrimas ahogadas, con el rostro congestionado por el dolor—. Por haber sido un egoísta que cerró los ojos ante el mal y no haber sido capaz de enfrentarme a él. Pero si te pierdo ya no me quedarán motivos para vivir.

—Sé que hiciste lo que creías correcto, padre. Te perdono —masculló Lyn en un aliento de vida antes de mirar a Talik de nuevo—. Siempre te amaré, desde donde quiera que esté te seguiré amando, seguiré acariciando tu cabello entre los dedos y besando por donde pisas, mi serat.

—No digas eso, no te atrevas a decirlo. Ellos te sanarán.

—No hay magia suficiente para sanar una herida como esta. Una vida necesita una vida y ni siquiera entre una docena de sanadores podrían salvar la mía.

—Lo harán —Las lágrimas de Talik recorrían sus mejillas, ardientes, prendiendo la piel a su paso.

—Bésame —pidió con una sonrisa en su tez pálida como la nieve. Y Talik la obedeció, besando sus labios helados, inmóviles, comprobando cómo la vida se había marchado de ellos cuando se alejó de su piel para volver a mirarla.





## Capítulo 23

### El llanto de la ciudad

Las campanas del Torreón Gris repicaban frenéticas, una y otra vez, meciendo el aire, invadiéndolo con su triste melodía de duelo. Una melodía que recorrió calles y callejuelas, plazas y fuentes, desde el castillo hasta el último rincón de la ciudadela, alcanzando la aldea que se extendía a sus pies

para que nadie, en absoluto, pudiese olvidar que todo Siam estaba de luto.

Miles de flores blancas adornaban cada rincón del largo paseo por el que desfilaría el coche de caballos que transportaba el ataúd dorado, tan brillante que deslumbraba a quien osase mirarlo demasiado rato.

La comitiva partió desde el castillo, los lentos pasos del cortejo fúnebre seguían la carroza mientras todo un pueblo lloraba a su paso formando un largo pasillo a ambos lados de este. Elfos de todas las edades lloraban como chiquillos con el corazón roto de dolor.

Al final, justo ante la puerta del templo, aguardaba su llegada un concurrido grupo de guerreros scorpion quienes ansiaban mostrarle su respeto por primera y última vez. Los guerreros hincaron una rodilla al suelo y agacharon el rostro ante el paso del ataúd a hombros de una docena de soldados de la Guardia Real.

Tras el féretro caminaba sin fuerzas un alma rota en mil pedazos, cuyos ojos no podían dejar de llorar. Odalyn Hawatsi no podía hacerse a la idea de que hubiese perdido a su padre para siempre. Su hermana Arlet, vestida de riguroso blanco en señal de luto, la sostenía con fuerza, y ella a su vez, se apoyaba en el brazo de su *serat*.

Talik la observaba compungido, cada una de sus lágrimas le dolían como llagas lacerantes. Habría sido capaz de cualquier cosa por menguar su dolor, cualquiera menos la que ella hubiese necesitado, recuperar a su padre. Y sin embargo no podía evitar sentir un profundo alivio cuando pensaba en que gracias al sacrificio del rey no la había perdido a ella.

Cuando la vida de Lyn se extinguió entre sus brazos, herida de muerte por Enar Farae, se preguntó cómo podría vivir sin ella. ¿Cómo podría soportar un solo día en la certeza de que jamás volvería a ver a su compañera de vida?

Sintió que el corazón le estallaba en mitad del pecho mientras Sirah Inala y el propio rey Garum arrebatában a la princesa de sus brazos y la extendían sobre la mesa. Tomó su mano y se aferró con fuerza a esta, nada ni nadie le obligaría a soltarla.

Handa y Kainah le miraron con compasión. Ellos sabían lo que significaba perder a su *serat*, el vacío irremplazable que se instauraría en su alma para siempre.

Pero de pronto una luz tan poderosa como el sol iluminó la habitación.

Cada elfo presente en la sala había posado su mano sobre la frágil piel de Odalyn, desde los pies a la cabeza, incluidos Rune Ryus, el general Taradean y cada uno de sus soldados.

Cuando el estallido de magia llenó la habitación, cegó a todos, por completo, provocando que cada uno de los elfos saliese disparado contra una de las paredes del torreón. Agotados, extenuados, exhaustos.

Pero habían logrado su objetivo, Lyn abrió los ojos, la enorme herida en su abdomen había cicatrizado.

Sin embargo el rey Garum no se movía. Permanecía tirado en el suelo, sin vida.

Talik recordó las palabras de su amada justo antes de desvanecerse: *Una vida necesita una vida*. Y el rey Garum había entregado la suya para salvar a su hija.

La princesa caminó hasta él a duras penas, sosteniéndose del hombro de Talik y ambos descubrieron que estaba muerto.

Su necesidad de salvarla le había llevado a emplear incluso su energía vital. Había elegido la vida de Odalyn por encima de la suya propia. Los presentes se arrodillaron en señal de respeto reconociendo la magnitud de su sacrificio.

Todo el pueblo de Siam lloró la pérdida de su rey. Como la lloraron los cinco reinos elfos que proclamaron cinco días de luto en su honor.

Arlet sostuvo con fuerza su mano, su hermana pareciese haber madurado una década desde la última vez que la vio. Lyn le sonrió con dolor, ambas detenidas ante el féretro mientras el sumo sacerdote pronunciaba el salmo a las diosas. Pero entonces los ojos de Arlet buscaron a alguien entre la multitud y Lyn los siguió, descubriendo que miraban a Sirah. El capitán de la Guardia Real permanecía impertérrito ataviado con su uniforme rojo, inmóvil, con el rostro serio, a un lado. Arlet le observaba con auténtica devoción.

Lyn sintió cómo Talik apretaba su mano y le miró, conteniendo una sonrisa, también él había apreciado el interés de la joven princesa en el capitán.



## Capítulo 24

### Un nuevo Amanecer

Talik contemplaba el horizonte desde el balcón de su dormitorio. La suave brisa del valle mecía su cabello castaño sobre los poderosos hombros morenos. No vestía camisa, solo unos amplios pantalones de lino marrón. Acaba de despertar, y contemplaba extasiado la belleza de Siam desde las alturas.

El río Osir fluía caudaloso fruto del deshielo ante la recién estrenada primavera, alimentando los molinos que rodaban frenéticos. Las chimeneas humeaban sobre los tejados de paja y brezo exhalando largas nubes oscuras como resultado del fuego que alimentaba aún los hogares en la ciudad que

despertaba. Siam había crecido mucho en los últimos dos años. Incluso alcanzaba una zona próxima a la antesala del bosque de Yirah, en el que habían vuelto a instalarse elfos y scorpions desde que fuese reinstaurada la paz por los nuevos regentes.

Más allá de las montañas, en el desierto, Roudan se había convertido en una ciudad libre y abierta que comerciaba con el resto de poblaciones, en la que poco a poco ambas razas comenzaban a convivir bajo el mandato del rey Barack Sagán quien los proveía de recursos desde su trono dorado en Tiree. Muchos habían sido los cambios en el reino, mucha la felicidad que la caída de aquellos seres sanguinarios había producido a sus súbditos, incluida la anterior reina y sus otros hijos, a quienes tras saberles inocentes, se les permitió vivir en libertad en la ciudadela. La estabilidad del trono se asentaba cada día más gracias a la entrega de su nuevo rey.

Trono que algún día heredaría su hijo Talik.

Pero Talik no tenía prisa alguna por convertirse en rey de Tiree, ya era feliz como rey consorte de la reina de Siam y no deseaba perder ni un instante de dicha felicidad tratando asuntos de la corte allende el desierto. Cuando llegase el momento fusionarían ambos reinos convirtiéndolos en uno solo y se instalarían en un nuevo castillo que haría construir pues se negaba a habitar el Castillo Blanco donde su pueblo de origen, su hermana y su serat tanto habían padecido.

Un bebé comenzó a llorar a su espalda. Talik se volvió al oírle, mirándolo con dulzura y se apresuró a dar los pasos que le separaban del pequeño, alzándolo entre sus brazos del lecho que habían compartido. Olió su dulce perfume a leche tibia y besó sus cabellos rojizos con dulzura. Era una pequeña de ojos muy azules y orejas puntiagudas, aunque mucho menos que las de su madre. Tan solo contaba con cuatro lunas plateadas pero ya miraba el mundo con curiosidad. Y Talik había descubierto que en sus delicadas manitas destellaba una luz muy leve, casi imperceptible, en determinadas ocasiones como por ejemplo cuando estornudaba o cuando lloraba requiriendo su alimento. La pequeña Dánaer, como se llamaba en honor a su madre, sería muy poderosa cuando creciese, más de lo que él o su propia madre llegarían a serlo nunca. Lo necesitaría para enfrentar los cambios que se producían y los que aún se avecinaban en todo Cire.

Dánaer comenzó a hacer pucheros con sus labios sonrosados y a

lloriquear, protestando, su padre sonrió, complacido con su genio.

—Tráela, Talik, seguro que quiere comer —pidió Lyn con una sonrisa—. Esta pequeña es insaciable, como su padre.

—Y cabezota como su madre —aseguró aproximándose a su *serat* para besarla en los labios con dulzura. Su *serat*, a ojos de los scorpions, y además su esposa, después de que se uniesen en matrimonio ante los ojos de los restantes cuatro reyes elfos, en una ceremonia sin precedentes. Su *serat*. Su mitad a ojos del mundo—. Te amo, mi princesa guerrera, y te amaré hasta el final de los tiempos, así vivamos uno o cien años más.

—Y yo a ti, mi *salvaje* del desierto, siempre te amaré, hasta el último de mis días.

Talik le entregó a su pequeña y Lyn le ofreció el pecho, Dánaer protestó pero al final lo aceptó, alimentándose con energía.

—Si ella no lo quiere, me lo puedes dar a mí—bromeó.

—No sé quién es más ansioso de los dos.

Se tumbó a su lado en la cama, acariciando su mejilla mientras contemplaba el entusiasmo con el que su hija tomaba el pecho.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por caer por esa ventana del castillo. Por irrumpir en mi vida y provocar que el mundo que conocíamos haya cambiado —aseguró con los ojos empañados de emoción.

—Gracias a ti, por secuestrarme... Eso suena un poco raro, ¿verdad?

—Suena maravilloso.

—¿Tú crees? Fuiste bastante antipático conmigo.

—Siempre fui cortés.

—¿Cortés? Me tiraste al suelo.

—Fue por accidente.

—¿Las tres veces?

—Tres accidentes —rió con picardía.

—Mira, se ha quedado dormida —dijo y tomando a la pequeña en brazos la dejó en su cuna, regresando al lecho junto a su esposo—. Bueno, será mejor que nos levantemos, esta noche llegan Jannike y Kainah a pasar unos días en el castillo y hay que organizar muchas cosas.

—¿Muchas cosas? ¿Qué cosas? —preguntó rodeándola por la cintura, pegándola a su cuerpo.

—Tendremos que ofrecerles una cena como es debido, ¿no? Con un baile, fuegos artificiales...

—Odio cuando te sale la vena elfa aristócrata. Kainah y Jannike se han criado comiendo raíces, como yo, con que tenga un poco de carne será una buena comida.

—Y tendrás que ponerte el jubón de terciopelo y las mayas...

—¿Las mayas? Me niego, no saldré de la habitación. Esas prendas debió inventarlas un torturador, se ajustan ahí abajo y lo estrangulan todo. No. Me niego.

—¿Seguro? Sé cómo convencerte —sugirió la reina tirando de los lazos de su camisión, abriéndolos para él, exponiéndose en su deliciosa desnudez.

—Cuando te pones así, no puedo negarte nada —respondió el yantarii con ojos hambrientos.

Aquella noche, los reyes de Siam, Odalyn Hawatsi y Talik Sagán, acompañados de su pequeña Dánaer, dieron una elegante fiesta de bienvenida a sus invitados, la recién unida pareja formada por Jannike Sagán y Kainah Feer quienes habían sellado su amor en la última Noche de las Hogueras celebrada en el bosque de Yirah.

Pero tenían mucho más que celebrar, Sirah Inala, había recibido el permiso real para cortejar a la princesa Arlet Hawatsi. La propia Lyn había alentado a su hermana a declarar sus sentimientos al capitán pues sabía que él nunca lo haría.

Las alabanzas de dicha fiesta recorrieron los cinco reinos elfos, más los siete clanes de la tribu scorpion. Pues aquellos festejos no eran sino el reflejo de la nueva realidad de los pueblos que antes fueron enemigos, una vida en la que la escasez y el miedo desaparecieron para siempre. Y en la que Talik Sagán vistió unas bonitas aunque incómodas mayas élficas.

FIN





## AGRADECIMIENTOS

La novela que acabáis de leer llevaba tres años en un cajón, tres años en los que he pensado una y otra vez en publicarla, pero en los que la sentía tan especial, tan distinta a todo lo que había escrito, que nunca encontraba el momento oportuno para hacerlo.

Ese momento llegó gracias a vosotr@s, mis Caperucitas y Lobos, mis lectores, gracias a vuestras palabras, a la ilusión que compartimos, Scorpions ha salido a la luz y ha decidido viajar por el mundo para acompañaros, para compartir con vosotros y tratar de hacerse un rinconcito en vuestro corazón. Espero que lo haya logrado.

No puedo dejar de agradecer a mi familia por su apoyo incondicional, a Hugo y Eric, por dejarme el espacio suficiente y la batería del portátil cargada ;). A Antonio por su confianza en mí, por animarme una y otra vez a lanzarme al vacío.

A Nuria y a Ana Belén, por su apoyo, por su ilusión, por estar ahí para mí, siempre, os quiero.

A mis Caperucitas Capitanas, Rocío, Susana y Cristina, gracias por estar siempre al pie del cañón, por estar al otro lado del móvil o de la pantalla y mantener viva la llama que nos une, sois maravillosas.

A Alexia Jorques, por su profesionalidad y su paciencia infinita, por saber captar la esencia de lo que yo quería para la portada de esta novela y hacerla realidad, eres una genia ;).

Y por último y aunque no por ello menos importante a mi querida Esther, por estar siempre ahí para mí dispuesta a enamorarse de Talik, de Dominic o de Martin, abierta incluso a mis desvaríos fantástico épicos :-P, gracias corazón.



## ACERCA DE LA AUTORA

María José Tirado nació a orillas del Atlántico, en la mágica ciudad de Cádiz, y creció en un pueblo de blancas fachadas y largas tardes de sol llamado Benalup-Casas Viejas, al que adora. Siempre ha escrito, desde muy niña y es una auténtica apasionada de la lectura.

Debutó en la literatura con la trilogía de novela romántica paranormal Entre Vampiros, con muy buena repercusión de público y crítica. En diciembre de 2013 se proclamó ganadora del IV Certamen de Novela Romántica RNR-Vergara con Mangaka. Lágrimas en la Arena. Y en octubre de 2015 quedó como finalista del II Premio Titania con Corazones de Acero. Novela con la que daría comienzo su exitosa serie Hombres de Acero, que continuó con Acero Bajo la Piel, publicada por Titania en 2017. Mismo año en el que obtuvo una mención especial en el premio HQÑ Digital con su novela Bajo la Luna Azul.

Además es enfermera, repostera amateur, una gran apasionada de la naturaleza y por encima de todo, la orgullosísima mamá de dos pequeños que convierten cada uno de sus días en una mágica aventura.

Podéis encontrarla en su blog:

**De cuando caperucita se comió al Lobo** en [www.mariajosetirado.com](http://www.mariajosetirado.com)

O en las redes sociales:

Facebook: María José Tirado

Twitter: @marijosetirado

Instagram: mariajosetirado